Laura Lee Guhrke

La boda de la Temporada

esencia

PLANTADAS EN EL ALTAR

Plantadas en el altar Nº1

Autor: Guhrke, Laura Lee
ISBN: 9788408036005
Generado con: QualityEbook v0.56

Prólogo

El conde de Danbury

tiene el honor de invitarlos al enlace de su hija

lady Beatrix Elizabeth Anne

con

William James Mallory,

marqués de Richfield e

hijo del duque de Sunderland,

el próximo martes, 15 de setiembre de 1896,

a las doce y media del mediodía

en la iglesia de Saint Mary

Stafford Saint Mary, Devon

Extracto de la columna publicada por la señorita Delilah Dawlish, periodista del diario sensacionalista *Ecos de la Ciudad,* el 7 de setiembre de

1896:

Queridos amigos: ¡un pajarito me ha confirmado que la boda de la Temporada se ha anulado! No hace falta que os diga que ambas partes están actuando con absoluto tacto y discreción, pero tales nimiedades no han podido detener a esta intrépida reportera. Mi búsqueda de la verdad y la absoluta certeza de que la gente se merece conocerla me han llevado a averiguar todos los detalles y voy a contároslos en exclusiva.

Lord Richfield ha sido invitado a formar parte de la expedición a Egipto, liderada por el famoso y respetado arqueólogo sir Edmund Tavistock, y lady Beatrix ha decidido liberarlo de su compromiso matrimonial. Esta columnista sólo puede llegar a la conclusión de que a lord Richfield le parece mucho más fascinante buscar momias en Egipto que contraer matrimonio.

Pobre, pobre lady Beatrix. Es fácil imaginar cómo está sufriendo. Todas las mujeres simpatizamos con ella y la apoyamos en esta devastadora humillación. Y si esta reportera averigua algún otro detalle jugoso, les prometo, queridos lectores, que serán los primeros en saberlo.

D. D.

Carta de sir Anthony Hale, abogado de la firma Hale, Spencer y Teague, dirigida a William James Mallory, noveno duque de Sunderland, fechada el miércoles 21 de noviembre de 1900:

Estimado señor duque:

Mi más sentido pésame por la pérdida de su padre. Lamento oír que no puede asistir a la ceremonia de investidura que va a celebrarse en la Cámara de los Lores para conferirle formalmente su título. Será un placer asistir en su nombre y le aseguro que nos ocuparemos de cumplimentar todos los requisitos oficiales y de gestionar sus propiedades durante su ausencia. Buena suerte con sus excavaciones en Egipto. ¡Qué aventura! Le confieso que le envidio.

Me despido recordándole que sigo siendo, como siempre, su más leal servidor.

Extracto de una noticia aparecida en la edición local de Stafford Saint Mary, condado de Devon, del *Weekly Telegraph*, el viernes 26 de abril de 1901:

A pesar del delicado estado de salud de su padre, lord Danbury, lady Beatrix ha tenido la amabilidad de inaugurar la subasta benéfica del primero de mayo para recaudar fondos para las viudas y los huérfanos de la comarca. El evento se ha celebrado, como dicta la tradición, en la pradera que hay al lado de la vicaría. El nuevo vicario, el señor Venables, confirmó a *The Telegraph* que estaba encantado con la generosidad de lady Beatrix y que le agradecía su dedicación a los menos afortunados. La parroquia en pleno rezará para que el padre de la generosa dama se recupere cuanto antes.

Telegrama de la baronesa de Yardley a su prima, lady Beatrix Danbury, martes, 11 de junio de 1901:

QUERIDA EXCLAMACIÓN NO PUEDO NI IMAGINAR LO MAL QUE LO ESTÁS PASANDO STOP SÉ QUE QUERÍAS MUCHO A TU PADRE STOP COJO EL ORIENT EXPRESS EN BUCAREST HOY STOP LLEGARÉ A DEVON EL VIERNES CON UN DAIMLER STOP ESTE VERANO TÚ Y YO NOS IREMOS DE VACACIONES STOP SIN RECHISTAR EXCLAMACIÓN TU QUERIDA PRIMA JULIA STOP STOP

Columna semanal de la señorita Delilah Dawlish, periodista del periódico sensacionalista *Ecos de la Ciudad*, 9 de setiembre de 1901:

Mis queridos lectores: les traigo una noticia de lo más suculenta. ¡Lady Beatrix Danbury está pasando unos días en Cornualles! Dado que tan estimada dama tiene por costumbre pasar el mes de agosto en Torquay, esta periodista creía que su elección se debía a su deseo de seguir de duelo por la muerte de su padre, el conde de Danbury, que falleció a principios de año. Pero lamento deciros que ése no es el motivo y que no ha ido a Cornualles para esconderse ni para superar la pena, ¡sino para pasárselo bien! Lady Beatrix se ha instalado en una preciosa casa junto al mar, con su prima, la escandalosa baronesa Yardley, y hemos podido verla conduciendo a toda velocidad el coche de ésta, bebiendo champán en la terraza y paseando sin medias ni zapatos por la playa. El martes pasado por la noche incluso asistió al baile de verano de Saint Yves.

Después de la humillación que sufrió por parte del duque de Sunderland (lord Richfield) hace cinco años, esta reportera había llegado a la conclusión de que la pobre lady Beatrix estaba destinada a convertirse en una solterona y a dedicar su vida a las obras benéficas. Al parecer, dicha conclusión era precipitada, porque el jueves, lady Beatrix asistió a otra fiesta y no dejó de bailar, ¡bailó dos valses seguidos con el increíblemente guapo y soltero duque de Trathen! Su excelencia, que tiene fama de ser un hombre de modales impecables y de respetar hasta la más mínima norma de decoro, parecía más que dispuesto a perdonar las indiscreciones de su compañera de baile. Dicho acto de generosidad fue provocado sin duda por la extraordinaria belleza de lady Beatrix (o por el escandaloso escote del vestido que la dama eligió para la ocasión). La prenda había sido diseñada por Vivienne, una de las amigas más próximas de lady Beatrix y no llevaba ni un lazo negro en memoria del fallecido conde.

Coches rápidos, prescindir del luto, exhibir descaradamente los tobillos en las playas de Cornualles... ¿Adónde iremos a parar si una flor tan delicada, devota y virtuosa como lady Beatrix llega a tales extremos? Lo único que podemos decir es que ¡tendremos que esperar a ver qué pasa!

1

SE había olvidado de lo precioso que podía ser un día de verano en Inglaterra.

William Mallory, duque de Sunderland, se quitó el sombrero y echó la cabeza hacia atrás para mirar el cielo despejado antes de centrar toda su atención en el carruaje, prácticamente aplastado bajo su equipaje. Lo contempló durante un instante y después se dirigió al sirviente de tez oscura que acababa de colocar otra maleta encima del pobre vehículo.

—Tienes que aprender a viajar ligero, Aman —le dijo, lanzando el sombrero encima de la torre de baúles—. A este paso yo no voy a caber.

—¿Señor? —El ayuda de cámara miró confuso el espacio vacío que había junto al conductor, pero no contradijo a su señor—. Como su excelencia desee —murmuró la respuesta que utilizaba siempre que Will le tomaba el pelo.

El conductor, un anciano encorvado que llevaba transportando viajeros de la diminuta estación de Stafford Saint Mary a sus respectivos hogares, hostales o a los lugares más bellos de Dartmouth desde antes de que Will naciese, se rió, divertido, ante su comentario.

—Hace un buen día para cabalgar —comentó sagaz, mirando a Will y adivinándole los pensamientos—. Y para correr a todo galope por la pradera.

Él se rió a su vez.

—Veo que me conoce muy bien, señor Robinson. Tiene mérito, teniendo en cuenta el tiempo que ha pasado.

—Hay cosas que no cambian con el paso del tiempo, su excelencia —dijo el anciano—. Tengo un caballo joven que tal vez pueda gustarle. Todavía no está del todo domado, mantiene su espíritu intacto y cabalga rápido como el viento.

Will no necesitaba que siguiera persuadiéndolo. Se volvió hacia su ayudante y le dijo:

—No es necesario que viajes encima de ese castillo de naipes, Aman. Baja y siéntate aquí con el señor Robinson. Yo iré a Sunderland Park cabalgando. De hecho —añadió mirando al cochero—, me gustaría alquilar el caballo del que me ha estado hablando durante toda la semana, si fuera posible.

—Estoy convencido de que cuando me lo devuelva estará completamente domado —respondió el señor Robinson mientras se bajaba del carruaje para ir en busca del animal.

—No, no se moleste —lo detuvo Will—. Le diré al joven Jim que me lo ensille. Bueno, si sigue trabajando para usted y no se ha ido a buscar fortuna.

El anciano negó con la cabeza al escuchar su comentario acerca de su único hijo y volvió a sentarse en el pescante con Aman ahora a su lado.

—Jim sigue aquí, su excelencia, aunque no por mucho tiempo, supongo. Se llena la boca con que quiere ir a trabajar a una de las fábricas del norte, o a los astilleros de Plymouth. Incluso ha llegado a afirmar que irá a la India. O a África, como hizo usted, milord.

—No es una mala decisión —le aseguró Will, pero el señor Robinson no se quedó muy convencido.

—Perdone el atrevimiento, su excelencia, pero no hay mejor lugar en la tierra del Señor que Inglaterra. Además —añadió antes de que Will pudiese rebatirle tal afirmación—, Jim le romperá el corazón a su madre si se va.

Las riendas chasquearon en el aire y los caballos tiraron del carro mientras el señor Robinson movía la cabeza resignado al pensar en los sueños de aquella joven generación.

Will cruzó el camino hasta los establos y quince minutos más tarde ya estaba montado en *Galahad*, el veloz caballo de Robinson, y se alejaba del pueblo por el camino que conducía a Sunderland Park.

Mantuvo un trote suave durante un rato, para disfrutar del buen día y de la sensación de haber vuelto. Hacía calor para ser Inglaterra, pero incluso allí, cerca de la costa de Torbay, en una tarde de verano, Will seguía sin sudar. No era como en Egipto. Allí, en esa época del año, las temperaturas podían llegar a ser insoportables.

Le gustaba estar en casa, pensó, sorprendido. No había contado con sentirse así.

Fuera como fuese, aquellas colinas verdes cubiertas de setos ofrecían un paisaje de lo más surrealista. Él había crecido allí, conocía cada camino, cada curva, todos los prados; podía distinguir todas las razas de ponis del condado de Devon y también las vacas de Jersey. Podía identificar las fragancias que flotaban en el aire; los campos de manzanas, los de trigo, el mar que había cerca y que, con todo lo demás, configuraba el aroma indiscutible del hogar. Todo estaba tal como lo recordaba, tal como había estado siempre. Y, sin embargo, le resultaba extraño, desconocido, y se dio cuenta de que ahora Egipto era su hogar, no Inglaterra.

Se desvió del camino principal y la memoria lo llevó hasta el puente de piedra que cruzaba el río Stafford y después giró hacia el sendero que conducía a Sunderland Park, Danbury Downs y los prados salvajes que se extendían por las fincas vecinas.

La mansión Sunderland estaba alquilada a una rica familia americana que, afortunadamente, se había ido a pasar el verano al norte para visitar el Distrito de los Lagos, por lo que William podía instalarse allí sin problemas. Tampoco iba a quedarse mucho tiempo. Confiaba en poder resolver sus asuntos en una semana, dos como mucho, y luego se iría.

Dado que no quería alargar su estancia bajo ningún concepto, pensó que lo mejor sería que dejase de perder el tiempo por la campiña y que fuese a inspeccionar sus propiedades. Al fin y al cabo, ahora era duque y, aunque el título no le importaba demasiado, era su deber velar por las tierras que había heredado. Si de verdad quería aprovechar el tiempo, lo mejor sería que se ocupase de los asuntos del ducado cuanto antes.

Pero su montura no parecía opinar lo mismo. *Galahad* sacudió la cabeza y relinchó, ofendido por su aburrida decisión.

—Ya veo que no te apetece ir a inspeccionar granjas —le dijo, inclinándose hacia la crin del animal—. Los dos tenemos ganas de correr campo a través, ¿verdad?

Mientras hablaba con el caballo, Will reconoció para sí mismo que en realidad le apetecía cabalgar. Quería correr por la pradera como solían hacer Paul Danbury y él cuando eran pequeños, durante las vacaciones de verano. Muy poca gente sabía que Will había vuelto y supuso que, de ésos, a pocos les importaba. Sus padres estaban muertos y, con excepción de su hermana, que se había casado y vivía en la India, y de unos cuantos primos, no tenía familia. No había nadie esperándolo en Sunderland Park para darle la bienvenida a casa. Ni siquiera Beatrix.

«No vayas tan de prisa, Will. Espérame.»

La voz de Beatrix resonó en su mente y le trajo un recuerdo de casi dos décadas atrás, cuando una niña de siete años con un vestido rosa, rizos color miel y ojos castaños corría tras él por los establos, pidiéndole que la esperase.

«Espérame, Will. Yo también quiero ir...»

Él no recordaba qué le había contestado ese día en concreto, pero probablemente había sido algo desagradable y antipático. Al fin y al cabo, ¿qué niño de once años quiere que lo persiga la prima de su amigo, cuatro años menor que él?

Cómo cambiaban las cosas... Trece años más tarde, había sido él quien le había suplicado que lo esperase, quien había hecho todo lo posible para convencer a aquella chica de pelo dorado de que lo acompañase en la aventura de su vida. Tendría que haber sabido que pedírselo no iba a servir de nada.

De repente, volvió a ponerse furioso; una rabia ardiente y súbita que, como tantas veces, Will se obligó a contener y a enterrar en lo más profundo de su ser. Beatrix y él habían tomado una decisión hacía seis años y ambos tenían que vivir con las consecuencias.

Un ruido lo distrajo de sus pensamientos, un rugido discernible incluso por encima del sonido de los cascos de *Galahad* y que parecía completamente fuera de lugar en medio de la bucólica campiña de Devon.

Tiró de las riendas para aminorar la marcha y aguzó el oído para identificar aquel ruido tan extraño. Recordaba al zumbido de un enjambre de abejas, pero era mucho más agresivo, mucho más escandaloso. Y parecía sonar cada vez más cerca.

El sonido provenía de detrás de él y se volvió sin desmontar para echar un vistazo de reojo. Vio un automóvil blanco con interior de cuero rojo y acabados de acero reluciente envuelto en una nube de polvo, doblando el último recodo del camino.

El conductor del descapotable era sin duda una mujer. A pesar de que el rostro estaba oculto por el cuello del abrigo, bufanda y anteojos, era evidente que era de sexo femenino, a juzgar por las enormes mangas de piel y por el chal que llevaba alrededor de la cabeza para sujetarse el gorro de ala ancha que completaba su atuendo.

La dama no conducía especialmente de prisa, pero parecía impaciente pues, cuando se acercó a él, tocó el claxon con decisión.

Galahad se asustó ante el sonido e intentó huir, pero Will tiró de las riendas y consiguió contener al animal, al menos hasta que el automóvil se acercó por la derecha para adelantarlos.

El estruendo de aquel carruaje que avanzaba sin caballos resultó demasiado para el pobre *Galahad*, que relinchó asustado, se levantó sobre las patas traseras y, cuando volvió al suelo, se sacudió violentamente a su jinete de encima.

Will salió volando por los aires y aterrizó con un golpe seco en medio del camino. El animal huyó y, al pasar, le dio una patada en la rodilla al correr hacia el bosque para protegerse.

Hacía mucho tiempo que no se caía de un caballo, pensó Will, de hecho, hacía tanto que ya se había olvidado de lo que se sentía. Hizo una mueca de dolor y se quedó tumbado de espaldas. Se había olvidado de que doliese tanto.

El automóvil se detuvo en seco delante de él y la conductora apagó el motor.

—¿Está usted bien? —le preguntó una voz femenina que le resultó familiar. Demasiado familiar.

Will frunció el cejo y levantó la cabeza a tiempo de ver a la mujer saliendo del vehículo. Y cuando vislumbró el delicado tobillo que sobresalía por debajo de unos pantalones bombacho suspiró aliviado. Beatrix no era el tipo de mujer que se pondría pantalones, ni bombacho ni de ningún otro tipo. Ni tampoco conduciría un coche por la campiña. Seguro que se había equivocado.

La desconocida corrió hacia él y la cola de su abrigo revoloteó detrás de ella. Se detuvo en cuanto lo vio y separó atónita los labios.

—¿Will? —murmuró, arrodillándose a su lado—. Dios santo.

Se quitó los anteojos y dejó al descubierto un par de ojos castaños que él reconocería en cualquier parte, unos ojos que habían invadido sus sueños incontables veces durante los años que había estado lejos de Inglaterra. No se había equivocado, pensó resignado. Sólo Beatrix tenía unos ojos como aquéllos, ojos de gacela. Sintió una opresión en el pecho y se obligó a apartar la vista.

Beatrix tenía la misma cara, los mismos labios carnosos, la misma nariz diminuta, las mismas mejillas que William recordaba. Incluso captó su aroma a gardenia. Seis años y por lo visto ese perfume seguía siendo el preferido de ella.

Pero a pesar de lo familiar que Beatrix le resultaba, era innegable que había cambiado durante su ausencia. Desvió la mirada de su rostro a su cuerpo y luego hacia el automóvil. ¿Desde cuándo conducía y llevaba pantalones? No era propio de ella comportarse así; siempre había sido muy femenina. Si lo hubiese sido un poco menos, quizá él no habría tenido que irse solo a Egipto.

Will volvió a mirarla y algo se rompió dentro de él; las capas de indiferencia que había ido acumulando en los últimos seis años se resquebrajaron.

Se había esforzado mucho por olvidarla, pero cuando comprendió que no podía seguir retrasando aquel viaje a Inglaterra, pensar en Beatrix había sido inevitable. A lo largo de los últimos meses se había preguntado incontables veces qué sentiría cuando volviese a verla. Ahora lo sabía.

Le dolía como el infierno.

Se sentó como pudo y disimuló lo mejor posible el insoportable pesar. Él ya sabía que aquel primer encuentro no iba a resultarle nada fácil, pero estaba decidido a comportarse como si no lo afectase lo más mínimo.

—Hola, Trix —la saludó y se sintió muy orgulloso al oír el tono indiferente de su voz—. Vaya, tienes buen aspecto.

Ella lo miró tirado en el suelo y luego se detuvo en su rostro.

—Me temo que no puedo decir lo mismo de ti. Tienes muy mal aspecto. Es evidente que la vida en Egipto es tan dura como pensaba.

—La vida en Devon también parece estar plagada de peligros últimamente, al menos para la gente que va a caballo. Me gustan los coches, pero ¿quién te ha enseñado a conducir, el diablo?

—No, Julia.

William asintió al escuchar el nombre de la alocada prima de Beatrix.

—Es más o menos lo mismo, ¿no?

Ella se cruzó de brazos.

—¿Qué estás haciendo aquí? Lo último que supe de ti fue que estabas en Egipto buscando la tumba de Tutankamon. ¿Ya la has encontrado o sigues coleccionando vasijas rotas y papiros?

No disimuló la opinión que le merecía la vida que él llevaba, la única vida que Will había querido desde niño, la que había creído que compartirían cuando llegase el momento.

Al oír la burla en su voz, la furia que intentaba contener estalló de golpe sin que pudiese hacer nada por evitarlo.

—El hijo pródigo siempre vuelve —contraatacó, fulminándola con la mirada—. Aunque sólo sea para recordar por qué se fue.

Ella entrecerró los ojos.

—Hace seis años que te fuiste. ¿Por qué has vuelto precisamente ahora, al cabo de tanto tiempo?

Will sonrió de oreja a oreja, tanto que hasta le dolió la mandíbula.

—Por ti, cariño. ¿Por qué, si no?

Beatrix resopló escéptica.

—Ya debería saber que eres incapaz de contestar nunca en serio.

—Mi vuelta no es asunto tuyo. ¿Te parece ésta una respuesta lo bastante seria? —Intentó levantarse, pero el dolor de la rodilla se lo impidió y lo

hizo gemir—. Maldita sea —farfulló, cayendo de nuevo al suelo—. Esta vez me he hecho daño de verdad.

A ella no pareció importarle demasiado.

—Creía que después de seis años habrías madurado, pero es obvio que estaba equivocada.

Will se mordió la lengua para reprimir las palabras que estaba a punto de decir y se esforzó por mantener su actitud de falsa indiferencia.

—¿Seis años? —repitió tras un instante—. Vaya, el tiempo pasa volando.

—Sí, ¿verdad? Me sorprende que a estas alturas te hayas molestado en volver.

—No sé por qué debería sorprenderte, cariño —le dijo, guiñándole un ojo—. ¿De verdad creías que iba a perderme tu boda?

Beatrix se quedó mirando a aquel hombre al que había creído que no volvería a ver más y se preguntó si estaba soñando... o teniendo una pesadilla.

Pero tanto si era fruto de su imaginación como si estaba sucediendo de verdad, se trataba sin duda de Will. Lo había reconocido al instante.

Lo miró con atención y supuso que mucha otra gente no habría sabido que era él, pues era innegable que vivir en un país incivilizado lo había cambiado. Tenía el pelo del mismo color café oscuro que cuando se fue, pero el sol egipcio lo había bronceado y ahora su piel era de color dorado, lo que le hacía resaltar sus ojos verdes como si fuesen esmeraldas. Estaba más delgado y tenía las facciones más marcadas, más duras que las del hombre que ella recordaba, pero esa rudeza sólo lo hacía más atractivo que seis años atrás.

Estaba tan absorta mirándolo y pensando lo guapo que estaba que tardó unos segundos en comprender lo que acababa de decirle.

—¿Mi boda? —repitió horrorizada. Se soltó los brazos y se incorporó sobre las rodillas—. ¿Has vuelto para asistir a mi boda?

—No me la perdería por nada del mundo —contestó él sin dejar de sonreír.

Su sonrisa tuvo en Beatrix el mismo efecto que un puñetazo en mitad del pecho. Will había cambiado mucho, pero si no lo hubiese reconocido, aquella sonrisa lo habría delatado, porque siempre que le sonreía de esa manera, ella experimentaba un placer tan intenso que incluso se mareaba. Durante un segundo, se sintió como si volviese a estar completa y perdidamente enamorada de él.

Sí, aquél era Will, el hombre con el que había bailado su primer vals, el que la había besado por primera vez. Quien siempre había sabido provocarla, hacerla arder de pasión y reírse de su sentido común como nadie en este mundo. Will, el hombre al que había amado desde que tenía uso de razón, el mismo que la había abandonado rompiéndole el corazón y todos sus sueños.

—Ya te dije que algún día volvería —dijo él, y su voz la despertó del aturdimiento—. Me duele ver que no me creíste.

Beatrix miró aquellos ojos verdes que tanto había amado, y el breve instante de sincero e inocente placer que había experimentado al ver a William desapareció como si no hubiese existido nunca y su lugar lo ocupó un sentimiento mucho más oscuro y demoledor: la rabia.

Había tardado cinco años en recuperarse y ¿ahora se atrevía a regresar? Había tardado cinco años en asimilar que se había ido para siempre, en dejar de confiar en que cambiaría de opinión y volvería a buscarla. Y ahora, cuando habían pasado seis años, cuando ella por fin lo había olvidado e iba a casarse con otro, ¿aparecía y quería echar por la borda la felicidad que había conseguido?

Si le quedaba alguna duda sobre si todavía sentía algo por él, la furia que la embargó en ese instante la desvaneció.

—Vete al infierno —le dijo y se puso en pie—. O mejor aún, vuélvete a Egipto. En esa tierra olvidada de Dios probablemente hace más calor que en el infierno y seguro que se está peor.

Por un instante, Beatrix vio reflejada en los ojos de él su misma rabia, pero luego Will siguió sonriendo.

—¿Irme a Egipto? —repitió como si estuviese considerándolo—. ¿Y perderme la boda de la Temporada? Ni hablar. Todo el mundo da por hecho que apareceré y que montaré un espectáculo. No quiero decepcionarlos.

—¡Ni siquiera estás invitado! —gritó ella—. Ni Aidan ni yo nos hemos planteado la posibilidad de que asistas a nuestra boda.

Y dicho eso, se dio media vuelta para volver al coche y lo dejó tirado en el suelo.

—¿Aidan? —dijo él mientras Beatrix se alejaba—. Ah, sí, Aidan Carr, el duque de Trathen. Veo que has atrapado un pez gordo. Trathen es el décimo en la línea de sucesión al trono, ¿no?

—¿Que he atrapado un pez gordo? Yo no he hecho tal cosa. Yo... —Se detuvo al ver que estaba a punto de justificarse. No le debía ninguna explicación.

Cerró la boca y se volvió sin decirle ni una palabra más. Todavía seguía ignorándolo cuando se agachó para hacer girar la palanca de metal que ponía en marcha el motor, tal como le había enseñado Julia: retirando el pulgar para evitar pellizcárselo al arrancar.

—¡Espera! —gritó Will por encima del ruido al ver que ella iba a subir al coche—. Tienes que llevarme contigo.

—No, no tengo que hacer tal cosa —le respondió secamente mientras se sentaba. Se echó hacia atrás la cola del abrigo y se puso cómoda en su asiento de cuero rojo—. Por mí puedes pudrirte en este camino lleno de polvo. Si quieres llegar a Sunderland Park, tendrás que ir a pie.

—¿A pie? Pero si me he hecho daño, y aún faltan siete kilómetros para llegar a casa.

—Ocho —lo corrigió, poniéndose las gafas para protegerse los ojos.

Volvió la cabeza para mirarlo con disimulo y vio que se tambaleaba al ponerse en pie. Se obligó a ignorar la mueca de dolor que cruzó el rostro de él. Para lograrlo, se recordó todo el daño que le había causado a ella.

—No te preocupes, Will —le dijo—. Estoy segura de que algún granjero pasará por aquí y te recogerá. Tarde o temprano.

—¡Beatrix! —gritó él, cojeando hacia el vehículo—. ¡No puedes dejarme aquí!

—¿Por qué no? —le preguntó como si nada—. Tú no tuviste ningún reparo en dejarme hace seis años.

Y con esa frase miró al frente, apretó el volante de madera pulida entre las manos, y pisó el pedal del acelerador. A medida que el automóvil

avanzaba por el camino, tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no darse media vuelta y mirar al hombre al que había dejado en el camino.

Mirar hacia atrás no habría servido de nada, se dijo, manteniendo la mirada fija hacia adelante. Ni entonces, ni nunca.

2

BEATRIX no se permitió siquiera mirar de reojo hasta que el Daimler enfiló el sendero que conducía a Danbury Downs. Para entonces, las ramas de los árboles que flanqueaban el camino ocultaban ya cualquier rastro de aquel hombre alto y moreno que había sido su némesis en el pasado. Era una pena que su mente se negase a dejar de pensar de él.

«Ven conmigo.»

Mantuvo la vista fija en el camino mientras en su cabeza oía la voz de Will seis años atrás pidiéndole que lo siguiera a una vida que ella no estaba dispuesta a aceptar.

Y como si el destino quisiera atormentarla, también recordó la respuesta que le dio.

«¿A Egipto? ¿Quieres que abandone a mi padre, mi hogar y a todos nuestros amigos, que duerma en una tienda de campaña y me bañe en un barreño al aire libre? ¿Acaso te has vuelto loco?»

Todavía veía a Will sujetando el telegrama de sir Edmund y su expresión de pura alegría después de leer su contenido, que lo impulsaba a seguir adelante completamente decidido.

«Esto es lo que siempre he soñado. Es la oportunidad de mi vida. No puedo dejarla pasar, ni siquiera por ti, Trix.»

Al evocar el rostro de él en aquel instante, Beatrix recordó también el horrible presentimiento que tuvo de que iba a perder lo que siempre había deseado. Y todo por culpa del maldito desierto de Egipto. Pasaron tres días peleándose como el perro y el gato. El padre de Beatrix intentó hacer entrar

a Will en razón, su propio padre amenazó con desheredarlo. Ella discutió con él, razonó, habló hasta quedarse afónica y, que Dios la ayudase, incluso le suplicó que se quedase. No sirvió de nada.

«Ni siquiera por ti, Trix.»

Will se fue en busca de la tumba de Tutankamon con su reverenciado mentor de Cambridge, mientras Beatrix escribía cartas de disculpa a los cuatrocientos ochenta y seis invitados de la boda y les decía que ésta se había anulado. Ella se quedó con su amor no correspondido, su vestido de novia de seda color marfil y un montón de sueños rotos.

En ese momento, se dio cuenta de que estaba aferrando el volante con tanta fuerza que le dolían los dedos y se obligó a aflojarlos un poco y a recordar que Will pertenecía al pasado. Ahora tenía sueños nuevos, unos sueños que incluían a otro hombre; un hombre honorable que la amaba y que jamás la abandonaría.

Sin dejar de conducir, intentó visualizar en su mente el rostro de Aidan, pero las serias facciones de su prometido le resultaron esquivas y su lugar lo ocuparon los brillantes ojos verdes y la sonrisa demoledora de su primer amor.

Beatrix no asumió la realidad hasta después de la muerte de su padre: el único hombre al que había amado no iba a volver y jamás tendría la vida que había soñado compartir con él. Cerró los ojos con fuerza. Él se negó a renunciar a su sueño y ella perdió el suyo.

El Daimler se salió del camino y cuando Beatrix abrió los ojos, vio que estaba acercándose peligrosamente al tronco de un olmo. Gritó asustada y dio un volantazo justo a tiempo de volver al camino principal, levantando una enorme polvareda a su alrededor.

Suspiró aliviada y se obligó a dejar de pensar en el pasado y a centrarse en la carretera que tenía delante. Su prima le había regalado el coche por su cumpleaños y si tenía un accidente y se hacía daño, Julia jamás se perdonaría habérselo dado. Así que se concentró en la conducción y en llegar a casa sana y salva.

Pasó por delante de Sunderland Park y condujo un par de kilómetros más hasta llegar a las puertas de hierro de la mansión Danbury. Tomó el camino de grava, pero no se detuvo. En vez de eso, giró y se dirigió hacia el

ala sur, donde se encontraban los establos. En el cobertizo de los carruajes no había sitio para el Daimler, así que habían adecuado dos cuadras del establo para guardar el automóvil. El señor Warren le había dejado las dos puertas abiertas para que pudiese entrar sin maniobrar cuando volviese del pueblo y Beatrix deslizó el coche por la abertura con mucho cuidado.

Echó el freno y apagó el motor, pero no salió del coche. No sabía por qué había decidido quedarse dentro, aunque la verdad era que el establo era el lugar que más recuerdos le traía de Will. A éste le encantaban los caballos; adoraba todo lo relacionado con esos animales y lo que más le gustaba era cabalgar en uno de ellos lo más rápido posible, algo que siempre había aterrorizado a Beatrix, porque tenía miedo de que se rompiese el cuello.

Se removió en el asiento de cuero y miró a su alrededor. A su derecha podía ver el morro de varios caballos que sobresalían por la puerta de sus cuadras; un potro, un bayo, uno negro, uno moteado. A su izquierda, colgando de una pared de madera, había sillas, riendas y utensilios para asearlos.

¿Cuántas veces había salido a cabalgar junto con Will cuando éste iba a casa por vacaciones? No demasiadas, supuso. A él le gustaba más salir a cabalgar con Paul, el primo de Beatrix que siempre iba a Danbury a pasar el verano. Ella tenía que utilizar una silla de montar para niñas y no podía cabalgar al ritmo temerario de ellos dos.

En las contadas ocasiones en que habían cabalgado los dos solos, él no dejaba de decirle que utilizase una silla normal, que fuera más de prisa, que saltase más alto. Siempre la empujaba a romper los límites de las estrictas normas de decoro que debían observar las damas.

Y también la retaba a hacer muchas otras cosas, recordó Beatrix. Se la llevaba a escondidas para poder besarla detrás de los arbustos. Will siempre quería más, no importaba cuánto estuviese dispuesta a ceder ella, él siempre quería lo imposible.

«Ven conmigo.»

Will siempre estaba dispuesto a correr riesgos y a tentar hasta al mismo diablo. Beatrix no. Tuvieron que pasar cinco años desde que él se fue para

que ella comprendiese que no podía pasarse la vida esperando empezar a vivir.

Por eso se había ido a Cornualles, con Julia. Por eso por fin había dejado atrás el amor que sentía por Will. Por eso había aceptado la proposición de Aidan al cabo de tres meses de conocerlo.

Porque había pasado mucho tiempo y ella quería casarse y tener hijos, porque le tenía muchísimo cariño a Aidan y porque la vida era corta y estaba hecha para ser vivida, no para perderla pensando en alguien que no iba a volver, alguien que no la había amado lo suficiente como para quedarse a su lado.

«Egipto siempre será tu sueño, Will. No el mío.»

Qué rara era la vida. En cuanto dejó atrás al hombre que había creído que le daría todo lo que ella quería, apareció como de la nada otro hombre dispuesto a dejarlo todo por ella y a hacer realidad hasta el último de sus sueños.

Beatrix se llevó una mano enguantada a los labios para reprimir un sollozo.

—Señorita, ¿se encuentra bien?

Se sobresaltó y apartó la mano de golpe para mirar al señor Warren, de pie junto al Daimler. Beatrix se preguntó cuánto tiempo llevaría allí con la cabeza en las nubes. Un rato, a juzgar por la cara de preocupación del chófer de la familia.

—Estoy perfectamente, señor Warren —respondió, obligándose a dejar a un lado aquel momento de autocompasión.

Él le abrió la puerta y ella le dio la mano para que la ayudase a salir, pero no se dirigió a su casa de inmediato. En vez de eso, se pasó más de diez minutos contemplando el Daimler y dándole instrucciones muy precisas a Warren sobre cómo ponerle gasolina, o cómo lavarlo y encerarlo. El hombre, aunque había oído dichas instrucciones como mínimo una docena de veces y de que tenía experiencia de sobra conduciendo coches, la escuchó resignado.

Cuando Beatrix se sintió satisfecha, abandonó los establos y se dirigió a la mansión.

Una doncella que estaba cerca de una ventana la vio llegar y le abrió la puerta antes de que ella llegase.

—Gracias, Avery —le dijo Beatrix entregándole los anteojos y los guantes, para luego empezar a desabrocharse el abrigo—. ¿Dónde está tía Eugenia?

—En la biblioteca, tomando el té.

—¿El té? ¿Tan pronto?

—Son las cinco, señorita —contestó la doncella, cogiéndole el abrigo.

Dios santo, se había quedado más de veinte minutos sentada en el Daimler. Suspiró exasperada consigo misma y recorrió el pasillo a toda prisa hasta la biblioteca.

A medida que iba acercándose a la puerta, Beatrix se cuestionó si debía contarle a su tía que Will había vuelto, pero no tuvo tiempo de llegar a ninguna conclusión.

—Sunderland ha vuelto de Egipto —dijo la mujer en cuanto ella entró en la sala.

Beatrix se detuvo en el umbral sin entender cómo era posible que se hubiese enterado tan rápido de la noticia. Abrió la boca para decirle que ya lo sabía, pero lo pensó mejor y volvió a cerrarla. Si le decía a tía Eugenia que ya había visto a Will, seguro que ella le haría preguntas y entonces tendría que explicarle lo que había sucedido. Y cuando se enterase de que había dejado al duque de Sunderland tirado en el camino, seguro que la reñiría. Mejor dejar las cosas como estaban, decidió, y se dispuso a fingir que no tenía ni idea del regreso de Will.

—¿Sunderland? —Se rió y se quitó el alfiler que le sujetaba el sombrero —. No digas tonterías, tía —la reprendió, cariñosa, intentando reírse del comentario—. Creo que ambas sabemos que no hay fuerza humana capaz de hacerlo volver a casa —añadió, tirando del largo alfiler y dejando el sombrero en la silla de al lado—. Me temo que ni la dinamita podría hacerlo volar hasta aquí.

—Digas lo que digas, ha vuelto.

Beatrix se esforzó por esbozar una sonrisa burlona.

—¿Y cómo te has enterado de una noticia tan jugosa?

—Groves me lo ha dicho, quién si no.

—¿Groves? —En esta ocasión Beatrix no tuvo que fingir que se sorprendía—. ¿Y cómo sabe Groves tal cosa?

—Mi querida sobrina, los mayordomos siempre lo saben todo. Forma parte de su trabajo.

—Tonterías. Groves debería sentirse avergonzado. Mira que hacer circular un rumor como ése.

—No es ningún rumor —dijo una voz divertida.

Beatrix se dio media vuelta y vio a su primo Geoffrey detrás de ella. Tenía un hombro apoyado en el marco de la puerta y las manos en los bolsillos del pantalón a rayas.

—Es un hecho. Yo mismo lo he visto —añadió, alejándose de la puerta y sacudiendo la cabeza para apartarse de los ojos los mechones de pelo rubio que le caían por la frente—. Me lo he encontrado hace diez minutos, cuando venía hacia aquí en bicicleta.

—No me lo creo —insistió Beatrix—. Tú sólo tenías diez años cuando Will se fue a Egipto. Es imposible que lo hayas reconocido después de tanto tiempo.

—Iba cojeando por el camino de Stafford —siguió relatando Geoff como si Beatrix no hubiese dicho nada y la esquivó para acercarse a la bandeja llena de pastas de té—. Iba mascullando tu nombre y renegando como un marinero. Teniendo en cuenta esas dos cosas, ¿quién más podía ser?

—¿Cojeando? —preguntó tía Eugenia, antes de que ella pudiese decir nada—. Oh, cielo santo. ¿Se habrá roto una pierna en Egipto?

—Will no se ha hecho daño en Egipto —informó Geoff a su madre con cara de satisfacción, mientras cogía un bollo de semillas de la bandeja—. Se ha hecho daño en Stafford Saint Mary hace apenas media hora, gracias a nuestra querida y dulce Beatrix.

—¿Qué? —gritó la mujer, atónita, volviéndose para mirarla—. Beatrix, ¿qué ha sucedido?

—Nada —siguió negando ella, a pesar de que se sintió un poco culpable al pensar en la rodilla de Will—. No se ha hecho daño —añadió, para tranquilizarse a sí misma y a sus parientes—. Estaba fingiendo.

—Qué va —la contradijo Geoff con la boca llena. Se dirigió a su madre antes de añadir—: Beatrix lo ha atropellado con el Daimler.

—¡Yo no he hecho tal cosa! —gritó ella, dolida por la acusación—. No sabes de qué estás hablando —añadió, poniéndose a la defensiva—. Tú no estabas allí.

—Cuando me he encontrado con Will cojeando, he bajado de la bicicleta y he estado hablando con él. Me lo ha contado todo, incluida la parte en la que el coche que te regaló la prima Julia lo ha tirado del caballo. Aunque no tengo ni idea de cómo se ha enterado Groves, a no ser, claro, que me haya oído cuando se lo contaba a Paul.

—¿Se lo has contado a Paul?

—Por supuesto. Al fin y al cabo, Will y él eran muy buenos amigos y he pensado que querría saberlo. —Geoff le sonrió taimado—. Probablemente a Trathen también le gustaría estar al tanto de la noticia, pero no se lo diré. Dejaré que lo hagas tú, Trix. Sabes que tienes que decírselo —añadió, asumiendo que ella no tenía previsto hacerlo—. Tarde o temprano se enterará y entonces se preguntará por qué no se lo contaste. Además, Trathen odia el Daimler, y tiene derecho a saber que su futura esposa lo utiliza para atropellar a sus antiguos pretendientes.

—Menudo desastre —murmuró tía Eugenia—. Oh, Beatrix, cuando insististe en traerte ese horrible coche de Cornualles, sabía que nos traería problemas. Siendo un regalo de Julia no podía ser menos. Esa chica siempre te ha metido en líos.

—Yo no he atropellado a Will con el Daimler —repitió entre dientes.

Su tía no pareció creérsela.

—Ya te lo he dicho muchas veces, conduces demasiado rápido. Estoy segura de que tu padre jamás lo habría aprobado.

Beatrix también lo creía así, pero se abstuvo de decirlo en voz alta.

—Me acuerdo de cuando fui a visitaros a las dos el verano pasado en Cornualles —prosiguió tía Eugenia—. Julia fanfarroneó sobre que había conducido el Daimler desde Gwithian hasta Saint Ives a cincuenta kilómetros por hora. ¡Cincuenta! ¡Por esos caminos de cabra! Dios santo, fue un milagro que no se matase. Y así se lo dije, te lo aseguro. Estaba muy preocupada por su seguridad.

Y por eso mismo Beatrix decidió no decirle a su tía que ella acompañaba a Julia en esa excursión.

—Yo nunca conduzco tan rápido —señaló en cambio—. Soy una conductora muy prudente.

—Estoy segura de que lo eres, querida, pero tu querido padre me pidió en su lecho de muerte que cuidase de ti y tengo derecho a preocuparme por tu bienestar. Y no soy la única a la que no le gusta que cojas el Daimler. Al bueno de Trathen tampoco le hace ninguna gracia.

—Y tiene lógica que así sea, mamá —convino Geoff—. A Trathen no le gusta el Daimler porque lo que a él le gustaría sería que siguiéramos viviendo como hace cien años —resopló burlón—. Es un aburrido y un carcamal.

—¡No lo es! —gritó Beatrix defendiendo a su futuro marido—. Aidan prefiere ir en carruaje porque los coches hacen mucho ruido y... y... —Buscó desesperada algún motivo que no hiciese quedar a su prometido como un muermo.

—¿Lo ves? —dijo Geoff, victorioso y alegrándose por haber hecho enfadar a su prima.

—Vosotros dos dejad de discutir —les dijo Eugenia—. La cuestión es que Trathen está de acuerdo conmigo en cuanto a lo del coche.

Eso era verdad. Aidan había dejado claro que se cuestionaba la seguridad del Daimler y que no creía que fuese una afición adecuada para una joven dama. Pero a pesar de que Beatrix valoraba la opinión de Aidan y de que solía ceder ante ella, en ese asunto se había mantenido firme.

Renunciar al coche habría sido como ceder una parte de su alma. Cerró los ojos y recordó el terror que sintió cuando acompañó a Julia en aquella excursión hasta Saint Yves. Se agarró al salpicadero absolutamente consciente de que no había ninguna puerta que la separase del precipicio que se extendía a pocos metros de ella; estaba convencida de que, de un momento a otro, saldría volando por los aires y caería sobre las piedras.

Sin embargo, junto con el miedo también sintió euforia y una incontenible sensación de libertad. Su prima la obligó a quitarse el sombrero y, al recordarlo, casi podía volver a sentir el viento soplando entre su pelo. Casi podía saborear la sal de la brisa marina.

Se acordaba perfectamente del momento en que Julia le sugirió que cogiese el volante; la garganta se le secó y el corazón empezó a latirle frenético contra el pecho. Todavía seguía sin comprender por qué había accedido a la petición de su alocada prima. Beatrix no era una persona atrevida, pero por algún motivo aceptó coger el volante. Y entonces, en aquel preciso instante, un año atrás, se transformó, y ya no había vuelta atrás.

Fueron unas vacaciones maravillosas, que le recordaron aquellos días de verano sin ninguna preocupación, cuando Will, Paul, Geoff, Julia y ella iban a la villa del vizconde Marlowe en agosto, a Pixy Cove, y se bañaban de noche en el mar, con las hermanas de Marlowe, y contaban historias de fantasmas y de cuevas encantadas.

Aunque esas vacaciones con Julia le recordaron las de cuando era pequeña, Beatrix se dio cuenta de que durante esos días no echó de menos a Will, al menos no tanto como los veranos anteriores. La vida, comprendió, seguía adelante, y en Cornualles superó su abandono. En Cornualles fue donde conoció a Aidan.

—¿Beatrix?

—¿Eh? ¿Qué? —Abrió los ojos y se obligó a volver al presente y a escuchar lo que su tía le estaba diciendo.

—Teniendo en cuenta que has atropellado al pobre Sunderland y que, por tanto, todos nosotros somos responsables de sus heridas, ¿no crees que deberíamos mandarle al doctor Corrigan?

Ella suspiró exasperada.

—Tía, yo no he atropellado a Sunderland. Su caballo se ha asustado cuando el Daimler ha doblado la curva y él no ha sabido controlar al animal, que lo ha tirado al suelo.

—Y cuando se le ha escapado, le ha dado una coz y lo ha dejado cojo —terminó Geoff—. Seguro que le quedará un buen moratón.

—¡Ya ves, eso es lo que ha pasado! —exclamó Beatrix, fulminando a su primo con la mirada—. El caballo es el responsable de las heridas de Sunderland, no yo.

—No, tú lo único que has hecho ha sido dejarlo allí tirado. —Geoff negó con la cabeza, burlándose de su falta de compasión—. Herido y

sintiendo tanto dolor que prácticamente no podía caminar.

—Oh, Beatrix —suspiró tía Eugenia, mirándola con desaprobación—. ¿Sabías que estaba herido y lo has abandonado? ¿No lo has llevado al pueblo ni has ido a pedir ayuda?

Al parecer, que seis años atrás la dejase plantada ante el altar no le daba motivos suficientes para dejarlo tirado, pensó ella.

—¡Oh, por Dios santo! —exclamó, harta—. No estaba herido. Se ha caído del caballo, eso es todo, le pasa a todo el mundo. A él mismo le pasaba antes a diario. Lo único que ha pretendido Will contándoselo a Geoff es hacerme sentir culpable. Y si de verdad necesita un médico —añadió, mirando a su primo—, ¿qué estás haciendo tú aquí? ¿Por qué no has pedaleado como un loco hasta el pueblo para ir en busca del doctor Corrigan?

—Porque cuando estaba hablando con Sunderland ha pasado el señor Robinson —se justificó Geoff—. Transportaba el equipaje de Will en su carreta y, sentado a su lado, iba un hombre egipcio con turbante y todo, que se ha bajado para dejar que Will subiese. El egipcio se ha montado a la parte de atrás de la carreta y el señor Robinson los ha llevado a Sunderland Park.

—¿Lo veis? —señaló Beatrix, satisfecha—. Acabas de darme la razón. Si hubiese estado herido de verdad, no habría podido subirse a la carreta del señor Robinson —explicó, mirándolos—. ¿Lo ves, tía? No tenemos por qué preocuparnos de Sunderland. Está perfectamente. Lo que debería preocuparnos es el motivo por el que ha vuelto a casa. Sólo faltan dos meses para mi boda, ¿recuerdas?

Tía Eugenia la miró confusa.

—¿Qué estás insinuando, Beatrix?

—No lo sé —confesó—. Pero siento curiosidad. ¿Por qué ha vuelto? Will no vino cuando su padre murió, ni tampoco cuando murió el mío... —Se atragantó y tardó unos segundos en recuperar la voz.

—Tal vez quiera reconquistarte... —sugirió Geoff, cogiendo otro bollo —. Quizá haya venido para impedir la boda.

Beatrix se lo quedó mirando horrorizada.

—Will no puede hacer tal cosa —murmuró, a pesar de que en su mente volvió a escuchar a Will diciéndole que había ido para montar un espectáculo—. No se atreverá.

—Oh, Dios mío —suspiró tía Eugenia llevándose una mano a la frente —. Tenemos un problema.

Geoff se echó a reír.

—Ya me lo estoy imaginando; todos los invitados sentados en la iglesia, los periodistas con los lápices afilados, el vicario que pregunta si alguien conoce algún motivo por el que los novios no puedan contraer santo matrimonio y Will se pone en pie...

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Beatrix acercándose a su primo. Cuando éste no le respondió, le tiró de una oreja—. ¿Te ha dicho que ha regresado por eso? ¿Para detener mi boda? ¿Te lo ha dicho?

—¡Ay! —Geoff se quejó de dolor y cogiéndola por la muñeca, intentó zafarse—. ¡Suéltame!

—¡Beatrix, para de una vez! —le ordenó su tía—. ¡Retorcerle la oreja a tu primo no es nada propio de una dama!

Ella tiró aún más fuerte.

—Geoff, si no me dices lo que te ha dicho, te juro que...

—¡Ay, ay! —protestó él, intentando apartarle la mano—. ¡No me ha dicho nada! ¡Te estoy tomando el pelo!

Beatrix lo soltó exasperada y aliviada al mismo tiempo.

—Tendría que haber adivinado que después de enterarte de lo sucedido te inventarías cosas. Aunque la verdad —añadió, mirando a su tía— es que Geoff podría tener razón esta vez.

—¿No me dirás que crees que Sunderland ha vuelto para montar un escándalo? —le preguntó la mujer, dudosa—. Yo no puedo imaginármelo.

—Yo sí —afirmó Beatrix, seria—. Antes me ha insinuado exactamente eso. Y sería propio de él interrumpir la ceremonia. Seguro que creería que era una broma con mucha gracia.

—Sigo sin poder creerlo. Sunderland es un caballero.

—¿Un caballero? —Beatrix se la quedó mirando atónita—. ¿Un caballero abandona a su prometida dos semanas antes de la boda? ¿Un caballero se niega a aceptar su título nobiliario, o a asumir sus obligaciones

ducales? No, tía Eugenia, Sunderland es muchas cosas, pero ¡no es un caballero!

—Modera el tono, Beatrix —le dijo la mujer con reprobación—. Estoy a medio metro de ti y oigo perfectamente. Una dama no grita, tenlo presente.

Sí había gritado, pensó avergonzada. Respiró hondo e intentó aplicar la lógica. Era imposible que Will hubiese vuelto para reconquistarla. Ella no era tan engreída como para creer tal tontería y, además, habían pasado seis años y ya llevaba casi nueve meses prometida a Aidan. Si hubiese querido reconquistarla, había tenido tiempo de sobra para intentarlo.

Sin embargo, fuera cual fuese el motivo de su regreso, era innegable que estaba allí y no podía descartar la posibilidad de que intentase causarles algún problema a Aidan y a ella, durante su estancia. Pero fueran cuales fuesen sus intenciones, Beatrix iba a averiguarlas.

—No voy a quedarme a tomar el té, tía —le dijo, acercándose decidida a la silla a la que antes había lanzado el sombrero—. Voy a volver a salir.

—Será mejor que dejes el Daimler aquí —le aconsejó Geoff mirándola, mientras se masajeaba la oreja—. Así Sunderland estará más seguro.

—Le pediré a Groves que ordene que me preparen el carruaje —contestó ella dignamente, poniéndose el sombrero.

—Pero si acabas de volver del pueblo... —se quejó Eugenia—. ¿Adónde vas ahora?

—Me temo que sin querer le he hecho daño a un viejo amigo de la familia —respondió, tras colocarse el alfiler en el sombrero y sacar algunos mechones por debajo del ala—. Tengo que ir a verlo de inmediato para desearle que se mejore.

Ignoró la mirada escéptica de Geoff y se dirigió hacia la puerta.

Will hizo una mueca de dolor cuando su ayuda de cámara le masajeó la rodilla con aquel linimento que apestaba a alcanfor.

—En momentos como éste, Aman, creo que preferiría que me dieses un whisky con soda y no uno de tus mejunjes.

El sirviente egipcio, que durante la última media docena de años lo había curado de todo, empezando por las picadas de los escorpiones y terminando por la malaria, tapó la botella que contenía el linimento y volvió a guardarla en la maleta de piel de la que la había sacado antes.

—¿De verdad, señor? —murmuró sin inmutarse, igual que haría el más flemático sirviente inglés—. Entonces me alegro de haberle pedido a su ama de llaves, la señora Gudgeon, que me trajese una botella de whisky y un sifón.

Will sonrió.

—No sabes cuánto me alegro de haberte salvado la vida aquella noche en El Cairo.

—Yo opino igual, su excelencia. —Aman fue a por una otomana que había en una esquina del despacho y la acercó a Will para que pudiese descansar la pierna encima. Después, le bajó el pantalón para volver a cubrirle la rodilla y alisó las arrugas de la tela hasta quedar satisfecho con el resultado—. Sería aconsejable que no apoyase peso en la pierna durante uno o dos días, señor.

Él, que ya estaba impaciente, movió un poco la pierna.

—Me siento como un viejo con gota —se quejó.

De un maletín que estaba en el suelo, Aman sacó la carpeta en la que Will guardaba la correspondencia y se la enseñó.

—Quizá le apetezca escribir unas cuantas cartas mientras está indispuesto, señor.

—No estoy indispuesto y sabes que odio escribir cartas.

Aman poseía la paciencia y la resignación propias de sus antepasados.

—Si prefiere leer, señor —le sugirió calmado—, será un placer ir a buscarle un libro a la biblioteca.

Will miró la carpeta de piel que sujetaba su ayuda de cámara y suspiró. La verdad era que tenía algunas cartas pendientes.

Aunque ninguna tenía que ver con el motivo por el que había vuelto a casa. Cuando un hombre quería pedirle a un pariente de su antigua prometida que le prestase dinero, no lo hacía por escrito. Pero sí tenía que escribir otras cosas. Una lista de los objetos que había encontrado durante los últimos meses en la excavación, el discurso para el Club de Arqueología

en el que iba a presentar sus descubrimientos, el artículo que le había prometido al *Times*, una carta para sir Edmund, en Escocia... Cogió la carpeta y se hizo a la idea de ponerse a trabajar.

—Necesito una pluma y tinta y un lugar donde apoyarme —le dijo a Aman y señaló una enorme cajonera china que había en una esquina del despacho—. Si la memoria no me falla, mi padre tenía un pequeño escritorio portátil ahí dentro.

El hombre fue en busca de éste y lo colocó encima de la mesa que había al lado de Will.

—Si no necesita nada más, señor, iré a desempaquetar sus cosas. ¿Querrá vestirse para la cena? —Ni siquiera parpadeó al oír el sonido burlón de Will—. ¿No es ésa la costumbre en Inglaterra, su excelencia?

—Sí lo es, una costumbre muy idiota, teniendo en cuenta que voy a cenar solo.

Se imaginó a sí mismo cenando con traje y corbata en la mesa del comedor de la mansión, rodeado de cuadros con marcos dorados y de enormes cortinas de damasco. Él estaría sentado en la presidencia, al final de dos filas de sillas vacías y comería en un plato de porcelana de Limoges y bebería vino en una copa de cristal, tal como lo habían obligado a hacer sus padres cuando habitaban aquella casa.

Will recordaba a la perfección al viejo duque sentado pletórico a un extremo de la mesa y a su madre al otro, dirigiéndole una mirada gélida a su esposo. El silencio que reinaba entre los dos dejaba más claro que cualquier insulto lo mucho que se despreciaban.

De repente, Will tuvo la sensación de que se asfixiaba y se deslizó un dedo por el cuello de la camisa.

—Cómo cuesta respirar en este maldito país.

—¿Señor?

—Nada, déjalo. —Suspiró y se acomodó en la silla—. Puesto que voy a cenar solo, puedo ir perfectamente con estos pantalones y el batín, Aman. Y cenaré en la salita, no en el comedor.

—Muy bien, señor. —El ayuda de cámara le hizo una reverencia y se fue, y Will se quedó mirando enfadado la pierna culpable de su situación actual.

Hacía miles de años que no se caía de un caballo. Gracias al horrible ungüento de Aman, el dolor empezaba a remitir, pero si salía bien lo de Paul, probablemente no tuviese tiempo de volver a cabalgar el potro del señor Robinson por el páramo. Sintió un poco de pena por no poder hacerlo. A Will siempre le había gustado mucho el páramo, le gustaba su belleza salvaje, sus senderos retorcidos, sus colinas cubiertas de musgo. Pasear a caballo por allí era una de las cosas de Devon que había echado de menos durante los años que había estado fuera.

«Pero no la única», le susurró una voz maligna en su cabeza.

Sin que pudiese impedirlo, unos ojos castaños acompañados de una melena rubia aparecieron en su mente y antes de que supiera lo que iba a hacer, deslizó una mano hacia el bolsillo interior de la chaqueta y sacó el recorte de periódico que tenía allí guardado, una página de la sección de Sociedad del *Times* de enero del año anterior.

El conde de Danbury se complace en anunciar el noviazgo entre su prima, lady Beatrix, y su excelencia, el duque de Trathen...

Will apretó el puño y arrugó el papel amarillento al recordar el día en que lo leyó por primera vez. Se quedó petrificado en su sofá del club de Tebas, con los ojos clavados en aquella noticia que había caducado hacía un mes. Releyó el comunicado del noviazgo una vez y otra para ver si así lo asimilaba. Arrancó la página del periódico y se la metió en el bolsillo interior de la chaqueta, demasiado sorprendido como para saber qué estaba haciendo.

Su sorpresa no se debía a su vanidad; él sabía que Beatrix tarde o temprano terminaría casándose. Era una mujer demasiado atractiva y tenía muchas ganas de contraer matrimonio y tener hijos como para que siguiera soltera toda la vida. No, su sorpresa no se debía a lo que había leído, sino a su propia reacción al leerlo. Se había sentido como si le hubiesen dado un

fuerte y doloroso golpe en el estómago; un golpe del que le costó mucho tiempo recuperarse.

Pero el dolor había retrocedido. Y en los últimos nueve meses se había ido reanimando. Se había recordado que era mejor así e incluso había rezado por la felicidad de ella, diciéndose que lo hacía de corazón. Pero a pesar de todo, había sido incapaz de tirar aquel estúpido pedazo de papel. Siempre lo llevaba en el bolsillo que le quedaba encima del corazón, al alcance de la mano.

«¿A Egipto? ¿Quieres que abandone a mi padre, mi hogar y a todos nuestros amigos, que duerma en una tienda de campaña y me bañe en un barreño al aire libre? ¿Acaso te has vuelto loco?»

En cuanto Beatrix pronunció esas palabras con voz estrangulada y los ojos abiertos como platos, Will supo cómo iba a acabar su relación. Se pasaron tres días discutiendo, el uno intentando persuadir al otro con todos los argumentos a su alcance para que hiciera algo imposible, los dos confiando en que el otro claudicaría, en que cambiaría y aceptaría una vida que en realidad no quería.

«¿A Egipto? ¿Acaso te has vuelto loco?»

La verdad era que cualquier posibilidad que hubiesen podido tener de disfrutar de una vida juntos se esfumó en cuanto Beatrix dijo esas palabras. O quizá antes, cuando él recibió el telegrama de sir Edmund y vio en él el modo de escapar de aquella vida sin sentido que le había sido adjudicada desde su nacimiento.

Quizá por eso seguía guardando aquel pedazo de papel, para recordar lo cerca que había estado de quedarse atrapado en un vida asfixiante, llena de obligaciones estúpidas y de rituales sociales sin sentido; una vida que habría odiado. O quizá, pensó con una sonrisa, el motivo era mucho más simple: tal vez había guardado esa noticia para demostrarse que había olvidado a Beatrix.

Bajó la mirada y vio que mantenía el puño apretado con el papel arrugado en él y se obligó a aflojar los dedos. A pesar de lo que le había dicho antes a ella, no había viajado hasta allí para ver cómo se casaba con otro. Dios, no se le ocurría una situación más insoportable. No, el motivo de

su regreso no tenía nada que ver con Beatrix y, a no ser que la tuviese delante, ni siquiera pensaría en ella.

Ahora mismo tendría que estar pensando en Paul y en cómo convencer a su amigo de la infancia de que le prestase veinte mil libras.

Tenía que encontrar el modo de hacerlo. Aunque el Museo Británico le pagase por todas las antigüedades que había traído consigo, con eso no tendría suficiente para mantener la excavación. Will se había gastado ya prácticamente toda su herencia y confiaba en que Paul le prestase el dinero o en que decidiese patrocinar la expedición durante los próximos doce meses. Así tendría margen para descubrir por fin lo que llevaba seis años buscando en el Valle de los Reyes: la tumba de Tutankamon, una tumba que sólo sir Edmund, Howard Carter y él creían que existía.

Recordó el desdén con que Beatrix habló de su trabajo seis años atrás y se le revolvían las tripas al pensar que ella supiese que se había gastado toda su herencia sin encontrar nada excepto vasijas rotas. Oh, sí, habían descubierto un montón de cosas; jeroglíficos esculpidos en piedra, papiros sellados, restos de lapislázuli y de oro, un montón de sarcófagos con momias dentro. No cabía duda de que todos esos hallazgos eran valiosos, de que eran importantes para la ciencia en general y para él en concreto como arqueólogo, pero no eran el motivo por el que había ido a Egipto. No eran Tutankamon.

El faraón estaba allí, en alguna parte. Sir Edmund había encontrado la primera prueba hacía siete años, una vaga mención en una tablilla de arcilla y Will tenía intención de encontrar al niño rey antes de que transcurriese otro año.

Era perfectamente consciente de que el hecho de que hubiese elegido perseguir su sueño iba en contra de todo lo que Beatrix creía acerca del honor y la tradición e incluso del sentido común. Probablemente se alegraba de no haberse casado con él y de haber encontrado a un hombre más importante, a un triunfador. Ella siempre le había seguido la corriente con lo de Egipto y con lo de la arqueología, pero nunca había sentido su misma fascinación.

El sonido de unos pasos en el pasillo interrumpió sus pensamientos y se apresuró a guardarse el recorte de periódico de nuevo en el bolsillo, donde

lo llevaba siempre. Levantó la vista y se encontró con la cara sonrosada de la diminuta señora Gudgeon en la puerta. Sujetaba una bandeja en la que había una botella con un líquido ambarino, un vaso y un sifón, el remedio preferido de Will.

—Ah —dijo aliviado al ver lo que le llevaba—. Por fin.

—Lo siento, señor. Tiene visita y como los americanos se han ido al norte con la mayoría de los sirvientes, he tenido que ir a abrir yo.

—¿Ya tengo visitas? —preguntó, sorprendido.

La vida en la campiña inglesa era menos formal que en la ciudad, pero si recordaba correctamente las normas de etiqueta, se suponía que era él quien tenía que ir a presentar sus respetos antes de que sus vecinos pudiesen ir a visitarlo. Al fin y al cabo, era quien acababa de regresar tras una larga ausencia. Pero cuando la señora Gudgeon le comunicó la identidad de su visitante, Will se sorprendió todavía más.

—Es lady Beatrix, señor. La he hecho pasar al salón.

—¿Beatrix? —Will gimió frustrado. Maldición, ¿acaso iba a aparecérsele siempre que pensase en ella?—. ¿Qué diablos quiere?

—Ha venido a interesarse por su estado de salud.

Quizá la señora Gudgeon creyese tal cosa, pero Will sabía que a Beatrix le importaba un rábano su estado de salud. Además, si eso fuera verdad, se lo habría preguntado directamente al ama de llaves, habría dejado su tarjeta y se habría ido.

—¿Ha venido con su tía, o con alguna otra dama?

—No, señor. ¿Quiere que le diga que está indispuesto?

Will abrió la boca para aceptar efusivamente la sugerencia, pero de repente cambió de idea. Si Beatrix había ido allí sin carabina, señal de que tenía muchas ganas de verlo y le picó la curiosidad.

—No, señora Gudgeon —respondió—. Hágala pasar, por favor, pero antes tráigame ese whisky.

El ama de llaves obedeció y entró en la habitación para dejar la bandeja en la mesa que había junto a la silla de Will. Le sirvió dos dedos de whisky en el vaso y añadió una dosis menos generosa de sifón, mezcló ambos líquidos con un movimiento rápido de muñeca y dio un paso atrás.

—Gracias, señora Gudgeon —dijo él al coger el vaso—. A juzgar por mi primer encuentro con lady Beatrix —añadió con una sonrisa, desviando la vista hacia la rodilla—, más me vale estar preparado.

La mujer no le devolvió la sonrisa y su rostro no manifestó ninguna emoción, tal como correspondía. Se limitó a asentir y se dirigió hacia la puerta. Pero apenas había dado dos pasos cuando se detuvo de repente.

—¿Su excelencia?

—¿Sí?

El ama de llaves se dio media vuelta para mirarlo y Will vio que estaba sonrojada. Miró a su alrededor y se apoyó primero en un pie y luego en el otro antes de volver a mirarlo.

—Me alegro de tenerlo de vuelta, señor. Esta casa se convirtió en un lugar muy triste después de que usted se fuera.

Eso sí que no se lo esperaba. La señora Gudgeon era el ama de llaves de Sunderland desde la época del padre de Will y el viejo tirano no toleraba, ni a ella ni a ningún sirviente, que le hablasen de algo personal o que expresasen su opinión. Antes de que pudiese recuperarse lo suficiente como para contestarle, la mujer le hizo otra reverencia y desapareció tras la puerta.

¿La casa estaba triste sin él? Teniendo en cuenta lo antipático y amargado que era su padre, era de lo más comprensible. Observó el despacho con detenimiento, era la habitación preferida del anterior duque. Tenía las paredes pintadas de azul marino y a Will aquella decoración a base de nogal siempre le había parecido de lo más deprimente. Quizá se debiera a que cuando lo convocaban allí era para recordarle que no estaba a la altura de la imagen de la familia Sunderland, algo que había sucedido con bastante regularidad. En especial durante las últimas dos semanas antes de irse a Egipto. Cuando su padre se enteró de que tenía intenciones de acompañar a sir Edmund, casi echa abajo la casa a gritos. Y cuando supo que había roto su noviazgo con Beatrix, casi le da una apoplejía.

—Ojalá pudiera decir que me alegro de estar de vuelta, señora Gudgeon —murmuró, antes de beber un trago generoso de whisky—. Pero cuanto antes me marche de aquí, mejor.

3

CUANDO la señora Gudgeon anunció a Beatrix por su nombre, Will ya estaba preparado para recibirla. Antes de que entrase, había movido un poco el taburete para que ella pudiese verlo nada más llegar. Si no lo hubiese dejado tirado en el camino, él no habría tenido que apoyarse en la rodilla que le había golpeado el caballo y no se le habría hinchado tanto. Estaba allí postrado por culpa de ella y de su maldito coche y se merecía ver de cerca las consecuencias de sus actos.

—Perdona que no me levante —le dijo sarcástico a modo de saludo—, pero me temo que, gracias a ti, no puedo ponerme en pie.

Si de verdad había creído que Beatrix iba a sentirse culpable, se llevó una decepción.

—No veo que te la hayan inmovilizado, así que no tienes la pierna rota. —Escéptica, desvió la mirada hacia su rodilla—. Y dudo que te hayas hecho daño.

En cuanto entró en el despacho, Will se dio cuenta de que ya no llevaba ni el abrigo ni las gafas con las que la había visto antes, pero sí los pantalones bombachos y recordó aquella ocasión en que le dijo que debería ponerse pantalones para montar a caballo y así podría cabalgar más rápido y ella lo miró como si le hubiese dicho que montase desnuda.

¿Seguiría montando a caballo?, se preguntó. Si lo hacía, seguro que la acompañaba Trathen. Ese último pensamiento lo llevó a beber un poco más de whisky.

—Me gustan los pantalones —le dijo—. Tengo que reconocer que son muy atrevidos. Pero hablando de atrevimientos, ¿no te parece que venir a verme sin carabina es llevar las cosas demasiado lejos? Ya sé que he pasado mucho tiempo fuera de Inglaterra, pero estoy convencido de que ir sola a casa de un soltero sigue yendo contra las buenas costumbres de la alta sociedad británica. —Sujetó la copa con fuerza—. Todavía no estás casada, ¿recuerdas?

Ella suspiró impaciente.

—No seas ridículo, Will. Nos conocemos desde hace siglos. Una carabina no es necesaria.

—Vaya, me pregunto si Trathen opinará igual. ¿Sabe él que estás aquí?

—Deja a Aidan fuera de esto.

—Eso sería lo que haría un caballero —contestó él amigablemente—. Pero por suerte para mí, llevo tanto tiempo viviendo entre salvajes que ya no lo soy.

—Nunca lo fuiste.

Will ignoró el comentario.

—¿Qué opinaría Trathen si supiese que has venido a verme? ¿Si supiese que tan sólo dos horas después de mi llegada has venido a mi casa, sola, para darme la bienvenida?

—No tengo ni la más mínima intención de darte la bienvenida. Y aunque me revuelve el estómago que me recuerdes que solía mirarte embobada y seguirte a todas partes...

—A todas partes no —la interrumpió él, incisivo—. Por favor, Beatrix, sé precisa con estos temas.

—Esos días han quedado atrás. Ahora no tengo el más mínimo interés en ir detrás de ti.

—Si no estás preocupada por mí y no has venido a darme la bienvenida, entonces habrás venido a disculparte.

—¿A disculparme? —repitió burlona—. ¿Y de qué se supone que tengo que disculparme?

—Acepto tus disculpas, no se hable más —concluyó él—. Y me comportaré civilizadamente para demostrarte que esa educación que tú tanto valoras y que nos inculcaron durante años no cayó en saco roto.

—Si uno de los dos tiene que disculparse, ése eres tú —replicó ella antes de que Will pudiera seguir perorando—. He venido porque quiero saber el verdadero motivo de tu regreso. ¿Es por mi boda?

—Creía que me habías dicho que no estaba invitado.

—Y no lo estás. Pero si de verdad estás decidido a montar un espectáculo delante de quinientas personas, no creo que eso te detenga.

Él le sonrió y levantó el vaso en un brindis.

—Tienes razón —le dijo, antes de beber otro sorbo—. Pero ahora que estoy en casa, la gente pensará mal si no me invitas, ¿no crees? El duque de Sunderland siempre va a todos los actos sociales que tienen lugar en Devon. Sería de muy mala educación por tu parte no invitarme a la boda. Por otra parte, si lo haces, le demostrarás a todo el mundo que te importo un rábano, ¿no?

—No necesito demostrarle nada a nadie. Además, todo el mundo sabe que...

—¿... que todavía te mueres por mis huesos?

—Sí, por arrancarte la piel a tiras y hacerme un collar con ellos —contestó ella con una sonrisa.

Will la recorrió con la mirada, como si sus recuerdos le permitiesen ver a través del terciopelo marrón de los pantalones y disfrutar de las curvas que había debajo.

—Si estás insinuando que quieres desnudarme —murmuró él, mirándola ahora a los ojos—, no hace falta que te esfuerces tanto. Si no me falla la memoria, tú y yo nunca necesitábamos ninguna excusa para tocarnos.

Tuvo la satisfacción de ver cómo la sonrisa desaparecía del rostro de Beatrix, pero aparte de eso, su otra única reacción fue mirarlo con desdén.

—Te falla la memoria.

—¿Ah, sí? —Se puso en pie e hizo una mueca de dolor cuando apoyó el peso en la rodilla, pero empezó a caminar en su dirección—. No creo.

A medida que iba acortando la distancia que los separaba, pudo oler su perfume y un recuerdo en concreto apareció en su mente: la fiesta en la que anunciaron su compromiso. Estaban en un rincón oscuro del jardín y él besaba su piel con olor a gardenia. Eran fascinantes los recuerdos que le

trajo ese aroma, fue como si los últimos seis años no hubiesen transcurrido. Will sintió deseo y dolor, y ambas emociones lo pusieron furioso, con ella y consigo mismo.

—Mi memoria funciona perfectamente —murmuró, aproximándose más, hasta que quedó tan cerca que cuando volvió a hablar su aliento hizo temblar el mechón de pelo que escapaba del sombrero de Trix y se rizaba sobre su mejilla—. ¿Quieres que te lo demuestre?

—No —respondió ella, apretando la mandíbula.

Will hizo caso omiso de la respuesta. Quería provocarla, necesitaba arrancarle alguna reacción.

—Me acuerdo de que te gusta la ropa interior rosa —prosiguió en voz baja—. Rosa pálido con pequeñas y abundantes puntillas.

Beatrix se movió nerviosa y apoyó el peso primero en un pie y luego en el otro. Las mejillas se le tiñeron de rubor y apartó la vista. Por fin había conseguido hacerla reaccionar.

—Me acuerdo de cómo te latía el pulso en el cuello cada vez que te besaba ahí —Sin saber por qué, parecía incapaz de detenerse—. Me acuerdo de la peca que tienes justo encima de...

—Para. —Retrocedió un paso y, cuando él la siguió, levantó una mano y le apoyó la palma en el pecho—. Te he dicho que pares. Si no, me veré obligada a decirle a Aidan que te has propasado conmigo y tendrá que matarte.

—Quizá lo intente, pero antes tú tendrás que contarle que has venido corriendo a verme. —Hizo una pausa y le sonrió—. Sola. Y apenas dos horas después de mi llegada.

—¡Oh, por Dios santo, deja de decir eso! —Apartó la mano de golpe y se alejó varios pasos más.

Esta vez, Will no la siguió. Lo único que quería era hacerla reaccionar. Además, la rodilla empezaba a dolerle muchísimo. Apoyó más peso en la pierna izquierda y se quedó donde estaba, pero no pudo resistir la tentación de volver a provocarla. Will sabía que era patético que quisiera vengarse así de ella, pero era lo único que podía hacer en esos momentos.

—Trathen se preguntará por qué has venido, ¿sabes? Te lo digo por experiencia.

—¿Tienes intención de contestarme a lo que te he preguntado? ¿Has vuelto a casa para meterme en un lío? ¿Para... para montar un espectáculo, tal como tú has dicho, en mi boda?

¿De verdad lo creía capaz de eso? Will se quedó mirándola unos segundos y vio lo nerviosa que estaba; se mordía el labio inferior y abría y cerraba las manos sin parar. Era obvio que la respuesta era sí.

—Supongo que sería horrible que me presentase en Saint Paul y me pusiera a gritar en el pasillo que estás obligada a casarte conmigo o algo por el estilo —murmuró, sin ganas de tranquilizarla—. Las páginas de cotilleos hablarían de ello durante días.

Beatrix se puso tensa y colocó los brazos en jarras.

—Si tienes intenciones de avergonzarme, te aseguro que no lo vas a conseguir. Después de que prácticamente me plantases ante el altar, me convertí en la pobre novia abandonada de la que todo el mundo se compadecía. También se rieron de mí por haber sido tan tonta de creer que ibas en serio conmigo, cuando sólo estabas pasando el rato. Te aseguro que nada de lo que puedas hacer ahora va a volver a avergonzarme.

—¿Pasando el rato? —Se rió, una risa que incluso a él le pareció amarga—. Tiene gracia, creía que eso era lo que habías estado haciendo tú.

—¿Yo? —Parpadeó atónita—. No te entiendo.

—¿Ah, no? ¿Qué me dices de todas las veces que fingiste que te interesaban mis cosas? ¿De todos los libros sobre Egipto que me pediste que te prestase y de todos los dibujos de tumbas y pirámides que me hiciste? ¿O del modo en que me escuchabas cuando te contaba que algún día iría a excavar a ese país? Fingías, siempre fingiste que te parecía tan fascinante como a mí. Pero todo era mentira.

—¡No fingía y no era mentira! Quería entender por qué te gustaba tanto, quería comprenderlo y poder compartir esa afición contigo.

—Pero cuando se presentó la oportunidad de hacerlo de verdad, me dejaste claro que nada de eso te interesaba y que todo había sido una farsa.

—¡Jamás creí que llegases a irte de verdad! Pensaba... —Se detuvo de repente, como si se hubiese dado cuenta de que estaba metiéndose en aguas muy profundas. Cerró los labios y apartó la vista.

—Pensabas que sólo era una fantasía —terminó la frase por ella—. Cuando éramos pequeños, te encantaba jugar a que estábamos en el desierto buscando tumbas. Te parecía emocionante y excitante, pero sólo si nunca se hacía realidad. No te importaba seguirle el juego al pobre Will siempre y cuando los dos viviéramos en tu querida Inglaterra, comiendo budín cada invierno en Sunderland, yendo a Londres para la Temporada, a Epson, Ascot y a Henley, y a Torquay en agosto, fiestas en casas de campo en setiembre...

—¡Sí! —gritó ella, interrumpiendo la lista que él estaba recitando sobre la típica vida de un noble inglés. Lo miró desafiante—. ¿Qué hay de malo en eso?

—¡Ésa no era la vida que yo quería! Y tú lo sabías. Siempre lo supiste.

—Pero es la vida que naciste para llevar. —Negó con la cabeza y su enfado se convirtió en confusión—. Eres duque.

Incluso después de todo ese tiempo Beatrix no podía ver más allá de su linaje. Will dudaba de que algún día fuese capaz de hacerlo.

—Sí, soy duque —reconoció, sin disimular que le parecía una tontería haber adquirido ese título por el mero hecho de nacer— y tú quieres ser duquesa. Primero conmigo y ahora con Trathen. —Bebió otro sorbo de whisky—. Si eso es lo que quieres en la vida, supongo que tanto da un duque como otro.

—¡No me caso con él por su título! ¿De verdad crees que soy tan superficial?

—No lo sé. En mi caso, estabas más enamorada del ducado que de mí, por eso me abandonaste en cuanto viste que no tenía intenciones de tomar posesión de él.

—¿Crees que yo te abandoné? —Lo miró incrédula—. No fui yo la que rompió nuestro compromiso, un compromiso que se remontaba a nuestra infancia. No fui yo la que decidió irse a otro continente antes de nuestra boda. Toda la vida... —A Beatrix se le rompió la voz y Will comprendió que no era el único a quien le había dolido la ruptura—. Toda la vida supiste lo que se esperaba de nosotros, Will. Sabías que tendrías que asumir unas obligaciones y unas responsabilidades. Y las abandonaste, a ellas y a mí.

—Sí, tienes razón, mi vida estaba planificada desde que nací. ¿Puedes culparme por haber elegido la vida que soñaba cuando ésta se hizo posible? Una vida, deja que te diga, que tú me hiciste creer que estabas dispuesta a compartir conmigo. ¿Te acuerdas de aquel montón de restos romanos que encontré un verano? Tú los dibujaste todos y me ayudaste a catalogarlos. Cada Temporada me acompañabas al Museo Británico. Cuando sir Edmund me ofreció que lo acompañase a Egipto, nunca se me pasó por la cabeza que pudieses negarte a venir conmigo. Supongo que debería haber sabido que jamás dejarías a tu querido papá.

Will recordó demasiado tarde que el padre de Beatrix había fallecido. Vio que a ella le temblaba el mentón y se sintió un desalmado.

—Maldición —masculló y desvió la vista.

—¡Querías que lo abandonase! —gritó ella—. Pero no podía. No después de lo que había hecho mi madre, abandonarnos a los dos y todas sus obligaciones como condesa para irse a París. ¿Y para qué? ¿Para pintar y vivir como una bohemia?

—Tu padre cambió cuando ella se marchó. Y se encargó de arrancar de ti cualquier sentido de aventura. No me había dado cuenta de lo prisionera que te tenía hasta que comprendí que no ibas a venir a Egipto conmigo.

—¡Eso no es justo! ¿Cómo querías que dejase a mi padre y me fuese contigo?

—¡Ibas a ser mi esposa! Fui un tonto al creer que también serías mi compañera para toda la vida, sin importar lo que nos deparase el destino. No era a mí a quien querías.

—Eso no es verdad.

—Querías lo que yo significaba. Vivir en esta casa, a cinco kilómetros de la casa de tu padre, y llevar una vida familiar segura y estable, que contaría con la aprobación de todo el mundo. Si te venías conmigo, ibas a tener que desafiar todo eso, lanzarte de cabeza a un nuevo mundo, y no pudiste hacerlo. No se trataba sólo de dejar a tu padre. Dicho en pocas palabras, tuviste miedo.

—¿Miedo? —Parpadeó y lo miró como si hubiese dicho algo absurdo —. ¿Estás diciendo que soy una cobarde?

—No lo sé. ¿Lo eres? ¿Te acuerdas de cuando éramos pequeños y Paul, Julia y yo nos tirábamos de cabeza al mar desde el acantilado de Angel's Head, en Pixy Cove? Tú también querías hacerlo, pero nunca te atrevías.

—¡No sé de qué estás hablando!

Intentó dar media vuelta para irse, pero él se lo impidió. No iba a dejarla marchar hasta explicarle lo que quería decir.

—Sabes exactamente de qué estoy hablando —le dijo, sujetándola por los brazos—. Nos tirábamos y nos quedábamos en el agua, esperándote. Tú querías saltar. Tenías tantas ganas que incluso se te notaba en la expresión de la cara, pero te quedabas plantada allí arriba durante mucho rato y al final nunca lo hacías. Te sentabas y decías que preferías mirar las vistas.

—¡Sólo tenía diez años! Vosotros erais mayores.

—¿Y qué me dices de cuando quise enseñarte a montar en una silla normal? Tampoco te atreviste. Querías hacerlo, pero tenías demasiado miedo de que alguien te viese y cuando digo alguien quiero decir tu padre. Te daba terror lo que él pudiese pensar.

—¡No puedes comparar esas tonterías con lo de hacer las maletas e irme a vivir a otro país! —gritó, soltándose—. Yo quería casarme y formar un hogar y en tu preciosa y querida excavación ni siquiera había un techo. Y quería tener hijos, Will. ¿Dónde se suponía que iba a tenerlos, en una tienda de campaña?

—¡Te dije que te construiría una casa! —gritó él.

—No —afirmó Beatrix con voz firme—. No ibas a construirme una casa. Ibas a construir una residencia para todos los miembros de la expedición, con dormitorios para todo el mundo. ¡Yo estaba prometida con un duque, no con un arqueólogo! Y tenía todo el derecho del mundo a confiar en la seguridad que tu título nos ofrecería a mí y a mis hijos. Y en cuanto a eso que has dicho de que no te amaba... —Se interrumpió y respiró hondo—. Tardé cinco años en dejar de amarte. Cinco años. No podía creer que te hubieses ido para siempre. No podía aceptarlo. Sabía que nuestra relación había terminado, pero seguía esperando. Esperando que tú te dieses cuenta de que me amabas. Esperando que estuvieses dispuesto a asumir tus obligaciones. Esperando, esperando. No dejé de amarte hasta que comprendí la verdad.

—¿Verdad? ¿Qué verdad?

—Que no te merecías mi espera.

El impacto de esas palabras fue como una bofetada, pero Will se obligó a no mostrarle lo mucho que le había dolido. Se quedó completamente quieto, con la mirada fija en la suya. Beatrix fue la primera en apartarla.

—Si el día de mi boda te veo cerca de la puerta de la iglesia, Aidan no tendrá que matarte, porque lo haré yo.

Dicho esto, Beatrix giró sobre sus talones y salió del despacho sin mirar atrás.

Will todavía podía oír el sonido de sus pasos resonando en el pasillo cuando metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó la noticia del compromiso. Se quedó mirando la arrugada hoja de periódico durante un rato y luego, soltando una maldición, lo rompió en mil pedazos.

Iría a ver a Paul lo antes posible, decidió, mientras lanzaba los diminutos trozos de diario a la papelera. Conseguiría el dinero necesario para seguir adelante con la excavación, resolvería cualquier asunto que pudiese tener pendiente en aquel clasista y reprimido país en el que había tenido la desgracia de nacer y volvería a Egipto, que era donde tenía que estar, donde tenía un trabajo importante que llevar a cabo.

Y esa vez, pensó, mirando resentido los trozos de papel, cuando se fuese sería para siempre.

4

SEGUÍA siendo tan obstinado como siempre, pensó Beatrix mientras se dirigía a la puerta principal de la mansión Sunderland. Tozudo, terco e inconmovible, igual que esas esfinges egipcias que tanto adoraba. Will seguía siendo incapaz de entender cualquier otra perspectiva que no fuese la suya.

Beatrix deseó haber abierto ella la puerta en vez de la señora Gudgeon. Así habría podido tener la satisfacción de dar un liberador portazo al marcharse. Supuso, al subir al carruaje, que no era propio de una dama tener esos impulsos, pero era más que comprensible, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Vámonos, señor Warren —le dijo al conductor cuando se sentó en el landó.

Se deslizó en el asiento de cuero y el coche se puso en marcha, pero a pesar del traqueteo de las ruedas y del ruido que hacían los cascos de los caballos, todavía podía oír en su mente las acusaciones de Will.

¿De verdad lo había engañado? ¿Era ella quien lo había abandonado? Él sólo decía esas cosas para calmar su conciencia y sentirse menos culpable. Y únicamente un indeseable la llamaría cobarde por no haberse atrevido a lanzarse de cabeza desde un acantilado cuando tenía diez años.

Beatrix recordaba ese día. Y también el día en que Will intentó enseñarla a montar a caballo en una silla normal. Y todas las otras veces en que la había empujado a hacer cosas que ella sabía que no debería hacer. En

ocasiones, como por ejemplo con el acantilado, con la silla de montar o con Egipto, no la había convencido. Pero en otras, sí.

«Me acuerdo de cómo te latía el pulso en el cuello cada vez que te besaba ahí.»

Ella también se acordaba. Lo había negado, evidentemente, pero ¿de verdad creía Will que era capaz de olvidarse de eso? Cerró los ojos con fuerza. ¿Cómo podía olvidar todas las veces que había salido sola para reunirse con él en uno de sus lugares secretos? ¿Todas las veces que había dejado que la besase a pesar de que sabía que no debería? ¿Y él se atrevía a llamarla cobarde? Se había arriesgado a perder su buena reputación y su virtud docenas de veces sólo por sentir sus labios sobre los de ella...

Notó que se acaloraba sólo con pensarlo y abrió los ojos exasperada. No era ninguna cobarde. Y tampoco era una mentirosa, pensara Will lo que pensase.

Había dibujado todos aquellos hallazgos porque le gustaba dibujar y no sólo para hacer algo por él. Y lo había escuchado durante horas mientras le contaba cosas sobre los romanos y los sirios y los egipcios porque de verdad le interesaba. Pero nunca había creído que nada de aquello fuese real. Jamás había pensado que excavar la tierra en busca de reliquias de civilizaciones pasadas fuera a convertirse en su vida.

Se quedó mirando los prados y los páramos que se extendían durante kilómetros a su alrededor, las tierras que desde hacía cientos de años pertenecían a las familias Danbury y Sunderland, y la rabia que experimentaba se transformó en lo que sentía siempre que pensaba en Will: confusión e incomprensión. Él le había dicho que aquélla no era la vida que quería, pero ¿eso qué importancia tenía? Era la vida que tenían que tener.

Los dos habían nacido en el seno de dos familias aristócratas británicas, y tanto él como ella tenían el futuro predeterminado desde su nacimiento. Sí, era una vida privilegiada y con ciertos toques de banalidad, supuso Beatrix, pero también conllevaba ciertas obligaciones y responsabilidades, como por ejemplo cuidar de los menos afortunados y asegurar el futuro de sus hijos y de las generaciones futuras a través del título y de sus propiedades. Era imposible ignorar dichas obligaciones. Rechazarlas,

impensable. Tendría que ser una revolucionaria para hacer tal cosa, pensó con un escalofrío. O americana.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la mansión Danbury, acudió directamente al salón en busca de cualquier distracción. Geoff se había ido, pero su tía seguía allí, sentada en el sofá de terciopelo rojo, con un enorme libro con cubiertas de piel en el regazo.

—¿Qué estás leyendo, tía? —le preguntó al entrar.

Eugenia levantó la vista.

—Ah, Beatrix, estás aquí. ¿Sunderland está bien? Espero que no tenga nada grave.

—Me han dicho que sólo es un golpe en la rodilla. En uno o dos días estará como nuevo.

—Excelente. Me alegro de que la señora Gudgeon te haya podido informar sobre el estado de salud del duque.

A decir verdad, el ama de llaves sí la había informado, así que decidió no mencionar que había hablado con Will en persona. Tal como él le había dicho, ir a ver a un antiguo prometido sin carabina no era del todo apropiado y en el campo la gente tenía mucho tiempo libre y aprovechaba cualquier excusa para chismorrear durante horas; habiendo tan pocos escándalos como había, seguro que ése no pasaría desapercibido.

La reputación de una mujer era algo muy delicado y podía dañarse fácilmente. Seguro que tía Eugenia no dudaría en recordárselo y ella no estaba de humor para aguantar un sermón sobre el decoro. Cuanto menos le contase, mucho mejor.

—Sí, yo también —murmuró, dando el tema por zanjado.

Su tía le sonrió y dio unos golpecitos en el sofá con la palma de la mano.

—Ven a sentarte conmigo.

Beatrix obedeció y, al acomodarse a su lado, vio que estaba mirando un álbum de fotografías.

—Pero si es papá —exclamó Beatrix, acercándose a la imagen color sepia para contemplar a aquel hombre que tenía sus mismos ojos oscuros y expresión decidida. Al mirarlo, sintió un aguijonazo de dolor. Aunque llevaba ya un año muerto, seguía echándolo muchísimo de menos. Era un

hombre estricto, pero Beatrix siempre había sido el centro de su vida. Sin apartar la vista de la fotografía, se obligó a reír un poco.

—Pobre papá. Tiene cara de estar estreñido.

Eugenia también se rió.

—Odiaba que le sacasen fotos. Le parecía incivilizado. Pero en esa época, tu madre se había aficionado a la fotografía y... —Se detuvo y se mordió el labio.

En aquella casa nadie hablaba de su madre desde que ella tenía nueve años. Nunca le habían dicho directamente que se había fugado a Francia con su amante, un hombre diez años más joven, ni tampoco que había muerto en París, enferma, arruinada y sola. Beatrix lo había averiguado por sus propios medios. De pequeña, a sus amigas les parecía una historia muy trágica y romántica, pero ella nunca había sido capaz de ver qué tenía de romántico. Lo único que veía era la angustia de su padre.

¿Y Will pretendía que ella lo abandonase también y se fuera con él a la otra punta del mundo durante lo que bien podían ser años? Si hubiera aceptado, su padre habría muerto solo y abandonado, igual que su madre.

Los viejos resentimientos que creía haber vencido empezaron a resurgir y se obligó a acallarlos.

—Enséñame más fotografías, tía.

Eugenia pasó la página.

—Ah, mi boda —dijo, aliviada al no encontrarse con otra fotografía hecha por la madre de Beatrix.

Ésta se acercó a la imagen y volvió a reír.

—Oh, tía, ¡vaya vestido!

—Sí, ahora parece pasado de moda, ¿verdad? Con ese miriñaque enorme y esa cola tan larga. Y esas rosas. Pero era un Worth. —Dio unas palmadas en la rodilla de su sobrina—. Como no tengo ninguna hija, me habría gustado que te lo arreglases para tu boda.

—Tía... —empezó Beatrix, aunque se calló, porque ya habían hablado antes del tema.

—Ya lo sé, querida. Quieres tu propio vestido. Es totalmente comprensible. Y quieres ayudar a tu amiga la modista llevando una de sus creaciones.

Ella se impacientó un poco.

—No es sólo por eso, tía. Vivian ha abierto un negocio y se está ganando muy bien la vida.

Eugenia se tensó.

—Supongo. Aunque sigo sin entender cómo su hermano le ha permitido hacer tal cosa. Claro que Marlowe es famoso por ser muy permisivo en varios asuntos. Tiene una editorial y se divorció de su primera esposa. Oh, ya sé lo que vas a decirme, querida —añadió, al ver que Beatrix iba a hablar —. Sé perfectamente que la segunda esposa de Marlowe es una mujer de lo más respetable. Ya sabes que adoro a Emma. Sin embargo, tengo la sensación de que la familia Marlowe no siente demasiado respeto por las convenciones sociales, como demuestra que el vizconde le haya permitido a su hermana abrir un negocio.

—Ser poco convencional no tiene por qué ser malo. —Beatrix pasó un dedo por el extremo de la página del álbum que tenía su tía en el regazo—. Además, Vivian disfruta confeccionando vestidos y vendiéndolos.

—Tonterías. ¿Cómo va a disfrutar llevando libros de cuentas, compitiendo con otros comerciantes o negociando contratos? ¡Y piensa en el peso de tal responsabilidad! ¿Y qué me dices de utilizar su talento para hacer negocio?

Algo en sus palabras prendió fuego en las venas de Beatrix.

—No sé, tía. Quizá sea gratificante.

—No lo veo posible. Oh, sí, diseñar un vestido bonito para una amiga puede ser divertido, eso lo entiendo. Y tanto coser como dibujar son aficiones más que apropiadas para una dama. Pero ¿llevarlas a cabo con el objetivo de ganar dinero? ¿Venderle a una amiga el vestido que ha diseñado para ella? ¿Por qué? Y si no le pagan, no tendrá más remedio que emprender acciones legales. Me parece de lo más desagradable.

Beatrix se obligó a no levantar las cejas. A veces, pensó resignada, su tía podía ser muy anticuada.

Eugenia se dio cuenta de que quizá había ido demasiado lejos y retomó la palabra para arreglarlo:

—Claro que se dice que los vestidos de la querida Vivian son exquisitos. Aunque debo confesarte que, para mi gusto, son demasiado

modernos.

«Raro», fue el adjetivo exacto que utilizó su tía cuando vio el primer esbozo que había hecho su amiga para su vestido de boda, pero Beatrix tuvo el tacto de no recordárselo. Quería algo completamente distinto al vestido que habría llevado seis años atrás y Vivian, que se presentaba con el nombre de Vivienne en sus tarjetas de visita y era conocida por su estilo *avant-garde*, aceptó encantada el encargo.

—¿No te gusta el vestido, tía?

—Es un vestido precioso —contestó la mujer, mirándola con una sonrisa en los labios, aunque parecía algo forzada—. Pero no importa si a mí me gusta o no. También te pondrás los topacios y me conformo con eso.

Beatrix pensó sin demasiado entusiasmo en el ostentoso collar de topacios y diamantes y en el broche y la tiara que completaban el conjunto, que llevaban perteneciendo a la familia desde hacía siete generaciones. En general, a ella cualquier joya de color amarillo le parecía poco atractiva, pero todas las novias Danbury habían llevado esos topacios y siempre había sabido que ella también iba a tener que ponérselos.

—Sí —dijo—, así estaremos todos contentos. Y también llevaré tu libro de plegarias.

La sonrisa de Eugenia se ensanchó y se volvió sincera.

—Era de mi madre. Se lo regaló su abuelo cuando se prometió, el duque de Tremore —añadió orgullosa.

«Supongo que tanto da un duque como otro.»

Las desdeñosas palabras de Will resonaron en su mente, pero Beatrix las hizo a un lado. Quizá a él no le importase lo más mínimo su legado ni sus deberes, ni tampoco la estabilidad de sus herederos, pero a ella sí. Y no había aceptado casarse con Aidan porque fuese un duque. Había otros motivos mucho más importantes, como el respeto mutuo, el afecto y que compartían una misma visión del futuro.

Will la había acusado de eso sólo para provocarla. De hecho, todo lo que le había dicho perseguía el mismo objetivo.

Se puso furiosa al recordar cómo le había hablado de su padre, un hombre que siempre había querido lo mejor para ella. Las últimas palabras

del conde de Danbury antes de morir habían sido sobre la felicidad de su hija.

«Sólo tenemos una vida, Trixie, pequeña mía. Will se fue y ha llegado el momento de que lo olvides, a él y al pasado. Prométeme que lucharás por encontrar un nuevo futuro.»

Y eso era exactamente lo que había hecho. Era injusto que ahora la acusase de no tener sentido de aventura. Se había ido a Cornualles con Julia y había dejado de vestirse de luto. Había aprendido a conducir un automóvil y a fumar cigarrillos. ¡Y eso que su padre nunca lo habría aprobado! Y aunque todavía no había tenido valor suficiente como para saltar al mar desde el acantilado de Cornualles, había caminado descalza por la arena y había nadado desnuda en el mar de noche. Y durante las vacaciones que pasó con Julia, por fin comprendió que podía ser feliz sin Will.

Y entonces conoció a Aidan y todo pareció encajar. Cuando le pidió que se casase con él, Beatrix lo pensó durante tres días antes de aceptar. Sí, el hecho de que fuese duque desempeñó un papel importante en su decisión, pues su principal obligación era preocuparse por el bienestar de sus futuros hijos. Y no, no lo amaba, no si el amor se definía como un sentimiento apasionado, intenso e irracional. Aidan tampoco la amaba de ese modo.

Ambos eran adultos, maduros y responsables y compartían algo mucho más necesario que el amor para conseguir la felicidad conyugal: la misma visión de la vida. Tanto Aidan como ella querían conservar y perpetuar el legado que les habían dejado sus padres.

Después de que su propia madre abandonase a la familia por un amor apasionado y de que Will se negase a asumir sus obligaciones como duque, Beatrix se sentía feliz de haber encontrado a un hombre que valoraba las mismas cosas que ella, las cosas que valían la pena. Los dos se tenían afecto y eran amigos y a Beatrix no le importaba lo más mínimo renunciar a la pasión y a la agonía que el amor llevaba consigo.

«Si no me falla la memoria, tú y yo nunca necesitábamos ninguna excusa para tocarnos.»

Beatrix se removió incómoda en el sofá y notó que se sonrojaba al recordar las imágenes que evocaban esas palabras; encuentros en el jardín, besos robados y otras cosas que llevaba mucho tiempo sin recordar.

—¿Qué te pasa, querida? —le preguntó su tía, apartando la vista del álbum de fotos que tenía en el regazo.

Consciente de que estaba ruborizada, Beatrix apartó de su mente los recuerdos de su primer amor. Eran cosa del pasado. Ahora estaba yendo hacia adelante, hacia el futuro que siempre había querido tener, el futuro que su padre había deseado para ella, en el que respetaría las tradiciones de sus antepasados y las conservaría para las generaciones futuras.

—Nada, tía. —Le pasó a ésta un brazo por los hombros y con la otra mano giró la página—. Enséñame más fotos.

Will se había propuesto ver a Paul lo antes posible, pero no tuvo más remedio que esperar. La mañana después de su encuentro con Beatrix, Geoff fue a Sunderland Park y, durante su visita, le dijo que su hermano mayor había tenido que ir a Exeter por un asunto de negocios y que no iba a volver hasta al cabo de tres días.

A pesar de que estaba impaciente por reunirse con su amigo, a Will le fue bien el retraso. Aprovechó esos días para pasear por Sunderland Park con el encargado de la finca y ordenar las reparaciones necesarias. El ungüento de Aman surtió efecto y, aunque le salió un morado del tamaño de un puño en la rodilla, ya no le dolía la pierna. Y lo mejor de todo fue que consiguió devolver los recuerdos de Beatrix al pasado, que era el lugar que les correspondía.

Cuando llegó el día en que lo esperaban en Danbury Downs, se sentía perfectamente capaz de hablar de su situación con Paul sin que el resentimiento o el dolor que sentía por su prima interfiriesen.

Will decidió que las cuatro de la tarde era la mejor hora, porque las damas probablemente estarían fuera, visitando a alguien, y Paul estaría solo en la casa. Optó por no hacer una visita formal. Montó en su caballo y cabalgó hasta llegar a la parte trasera de la otra mansión.

Era una tarde nublada pero no lluviosa y el ventanal del despacho de su amigo estaba abierto. A medida que Will iba acercándose, identificó su silueta junto a la puerta y comprobó que había acertado al elegir la hora.

Paul estaba sentado tras el escritorio, ocupándose de la correspondencia, pero al oír los cascos de *Galahad* dejó de escribir y levantó la vista.

—¡Mira quién está aquí! —exclamó, soltando la pluma y poniéndose en pie mientras Will desmontaba y ataba las riendas del caballo a la balaustrada de piedra que bordeaba la terraza—. Había oído que habías vuelto —prosiguió Paul, acercándose al ventanal al mismo tiempo que él subía los escalones para ir a su encuentro—, pero hasta que no te he visto con mis propios ojos, no he terminado de creérmelo.

Los dos se encontraron a medio camino y Will le tendió la mano.

—Me alegro de verte, viejo amigo.

—Yo también —contestó Paul, estrechándole la mano—. ¿Te apetece tomar una copa? —le preguntó, guiándolo hacia el interior del despacho.

Tras su respuesta afirmativa, sirvió dos whiskies y volvió a sentarse detrás del escritorio, indicándole a Will que ocupase la silla de enfrente. Después el saludo inicial, se produjo un silencio algo incómodo.

—Egipto parece sentarte bien —le dijo Paul al fin.

—¿En serio? —Sonrió compungido—. Trix me dijo lo contrario.

—¿Ah, sí? —Hubo otra pausa, entonces Paul tosió y volvió a hablar—. Bueno, supongo que es lógico que ella opine así, ¿no? En fin, ¿qué te ha traído a casa después de tanto tiempo?

—Tenía temas que resolver, asuntos familiares y cosas por el estilo. Llevaba demasiado tiempo posponiéndolos.

—Ah. —El alivio que sintió su amigo fue palpable y Will llegó a la conclusión de que Beatrix ya había ido a ver a su primo y le había contado que él pretendía montar una escena en su boda.

—Pero te confieso que el motivo principal de mi regreso no tiene nada que ver con el ducado. He vuelto a casa porque quería hablar contigo.

—¿Conmigo? —Las cejas castañas de Paul se levantaron curiosas. Hizo una pausa y lo miró con suspicacia—. Me siento halagado.

—He venido a pedirte un favor, uno muy grande. —Cogió aire—. Necesito un préstamo.

—¿Un préstamo?

—Sé que es un gran atrevimiento por mi parte, en especial teniendo en cuenta las circunstancias. Tu prima y yo... y todo lo demás. Pero eres la

única persona en la que siento que puedo confiar. Tú y yo somos como hermanos. —Se detuvo y suspiró frotándose el rostro—. Al menos, así me gusta creerlo a mí, a pesar... a pesar de todo.

Paul se rascó la oreja y se mostró confuso y extrañamente aliviado.

—Esto no es lo que creía que ibas a decirme.

—No, supongo que no —dijo Will, esforzándose por mantener un tono de voz neutro.

—Tenía miedo de que fueras a pedirme que intercediera en tu favor con Beatrix.

—No.

—O de que hubieses vuelto para reconquistarla.

Will apretó la mandíbula.

—No.

—Un préstamo —repitió Paul, serio—. ¿Lo necesitas para algo relacionado con tus propiedades de aquí o para la excavación de Egipto?

—Para Egipto.

—Por supuesto —murmuró su amigo—. Egipto siempre ha sido lo más importante para ti.

—Paul... —empezó, pero éste lo interrumpió.

—¿Cuánto necesitas?

—Veinte mil libras. Con eso me bastará para mantener la expedición otro año más.

—¿Veinte mil libras? Will, eso es mucho dinero. Supongo que ya te has gastado toda la herencia, ¿no es así?

—¿La de mi madre? Sí. Y mi padre, como seguro que puedes suponer, no me dejó nada de valor. De hecho, todo lo contrario. Me he gastado el dinero de mi madre financiando la excavación después de que sir Edmund volviese a Inglaterra.

Paul hizo girar el líquido en su copa y luego bebió un trago.

—Y ahora te has quedado sin dinero.

—¿Te estás interesando por mis finanzas?

Su amigo de la infancia se encogió de hombros.

—Es vox pópuli.

—Entonces, probablemente también sabes que Sunderland Park apenas genera lo suficiente para mantenerse y que mis otras fincas están hipotecadas para pagar las deudas de mi padre y los impuestos de la herencia.

Paul se lo confirmó con un asentimiento de cabeza.

—¿Y estás seguro de que te conviene pedir veinte mil libras más?

—Sé que parece mucho dinero, pero podré devolvértelo fácilmente cuando haya encontrado la tumba de Tutankamon.

—Si la encuentras. —Su amigo dejó la copa y se inclinó hacia adelante —. Seamos francos. Has pasado seis años excavando, te has gastado más de cien mil libras y no has encontrado a Tutankamon.

—Todavía no. Pero lo encontraremos. Estoy convencido de que estamos cerca. Y Carter está de acuerdo conmigo.

A Paul no pareció tranquilizarlo demasiado el comentario.

—Respeto tu opinión y no tengo ninguna duda respecto a que la opinión de Howard Carter también es de lo más respetable. Por lo que sé, es un hombre con mucho prestigio allí abajo.

—Es el inspector general de las antigüedades egipcias y está seguro de que la tumba de Tutankamon está en la zona que estamos excavando. Y yo también, Paul. Puedo sentirlo. Maldición, puedo olerlo.

A su amigo tampoco pareció tranquilizarlo el sentido del olfato de Will.

—Si te presto el dinero, puede que pases otro año sin encontrar nada. Y entonces, ¿qué? ¿Cómo tienes intención de pagarme si no encuentras a Tutankamon?

—Si encontramos otros restos de valor, cobrarás de todos modos.

—Y si no, te habrás quedado otra vez sin dinero y dentro de doce meses volverás a pedirme otro préstamo.

Él no negó que existiese esa posibilidad.

—Voy a encontrar la tumba, cueste lo que cueste. ¿Vas a ayudarme?

El suspiro que salió de los labios de su amigo no auguraba nada bueno y Will tuvo un mal presentimiento.

—No puedo.

Debería haber sabido que no iba a obtener otra respuesta. Y la verdad era que no podía enfadarse con Paul por negarse a ayudarlo.

—Lo comprendo.

—No es por Trix, Will. Cuando te digo que no puedo es porque de verdad no puedo. Mis finanzas tampoco están muy boyantes últimamente.

—¿Por qué? —Se inclinó hacia adelante, preocupado—. ¿Qué ha pasado? ¿Tienes algún problema?

—¿Problema? —repitió Paul, dando una extraña entonación a la palabra —. Supongo que podrías llamarlo así. Mis propiedades, igual que las tuyas, apenas generan suficiente dinero como para pagar los gastos. Esta horrible crisis agrícola nos está afectando a todos. Y mi fuente principal de ingresos se ha secado.

Will frunció el cejo, confuso.

—No te entiendo. Creía que tu dinero provenía principalmente de Susanna.

—Así es, pero ya no dispongo de él. —Se le endureció el semblante—. Susanna y yo nos hemos separado.

—¿Qué?

—Se fue a Newport en mayo. Dijo que iba a visitar a sus padres.

Will se percató de las palabras que había elegido su amigo y al mirarle la cara notó el dolor que emanaba de él.

—Pero no fue así.

Paul desvió la vista.

—Su padre murió mientras ella estaba allí y Susanna decidió quedarse en América indefinidamente —le explicó y acto seguido empezó a ordenar los papeles del escritorio como si fuese una cuestión de vida o muerte—. Eso fue lo que me dijo en la última carta que recibí, hace dos meses. —Guardó la pluma en el tintero y alineó una pila de libros—. Hace un mes tuve noticias de sus abogados de Nueva York; me comunicaban que iba a dejar de recibir el dinero de la dote. Con eso, Susanna está incumpliendo nuestro contrato matrimonial, pero... —Se encogió de hombros—. Si la demando y exijo que vuelva a cumplir con los pagos, la familia se verá envuelta en un escándalo. Ella sabe que yo odio los escándalos, sean del tipo que sean. Y que no voy a reclamarle nada.

—Maldición. —Will se mesó el pelo—. ¿Por qué no me contaste nada de esto en tu última carta?

—Me resulta difícil hablar de mis problemas matrimoniales. Y hasta que se haya resuelto el tema del divorcio...

—¿Divorcio? ¿Tan mal están las cosas?

—Susanna no tiene ninguna base jurídica para solicitarlo, pero lo puede intentar. Yo sólo se lo pediría si quisiera volver a casarme y te aseguro que últimamente no tengo demasiada buena opinión de la institución del matrimonio.

Will no sabía qué decir. ¿Qué podía decir?

—Estás siendo muy drástico, mi querido amigo —dijo al fin—. Lo siento.

—Bueno... —Paul se detuvo sin terminar la frase, apretó la carpeta que tenía delante. Levantó la vista y, sin mirar a Will, dijo—: Es la naturaleza del amor. No dura para siempre.

Su amargura era idéntica a la que sentía él mismo al pensar en ese tema.

—No —convino—. Supongo que no.

Su amigo entrelazó los dedos y apoyó las manos en la carpeta.

—Volvamos al tema de antes. ¿No puedes conseguir el dinero de otra manera? Quizá pudieses encontrar a alguien que te patrocinase.

—No, ya lo he intentado. Hemos encontrado varios objetos fascinantes y algunos de un importantísimo valor histórico, como, por ejemplo, un friso de la segunda dinastía en que se puede observar... —Se calló, consciente de que Paul no quería escuchar una clase de historia egipcia—. El problema es que apenas hemos encontrado oro y joyas. Es difícil que nadie te patrocine si lo único que encuentras son vasijas rotas y tablas de arcilla —añadió irónico—. El oro y las joyas son mucho más excitantes. No quería pedírtelo a ti, dada mi situación con Trix, pero no sabía a quién más acudir. Llevo mucho tiempo fuera de Inglaterra.

—¿Y qué me dices de buscarte un socio?

Will negó con la cabeza, rechazando plantearse tal sugerencia.

—No me importa tener un patrocinador, pero no quiero tener un socio. Tutankamon es mío. El único que lo va a encontrar voy a ser yo.

Paul se encogió de hombros.

—Entonces, sólo te queda una salida: casarte con una heredera. Por desgracia, la Temporada ya ha terminado. El Parlamento está de vacaciones

y todo el mundo está en el campo. No es la mejor época del año para ir a pescar esposa.

—Casarme con una heredera —repitió Will con una expresión de asco —. ¿Prostituirme, tal como dicta la tradición inglesa? No, gracias.

—Yo me casé con una heredera —le recordó Paul, ofendido y con razón.

Will soltó el aliento.

—Lo siento —se disculpó—. No quería decir eso. Es sólo que... —Se interrumpió, buscando el modo de explicarle por qué no podía ni plantearse lo que le estaba sugiriendo.

Pensó en el inocuo matrimonio de sus padres; una transacción comercial en la que su madre había aportado dinero y su padre un título nobiliario. Nunca había sido una cuestión de amor. Se acordó de la frívola obsesión de su madre por el título y por su posición social y de la pereza innata de su padre, así como de su avaricia. Y las palabras necesarias para explicarle a Paul por qué no podía hacer lo mismo que ellos se quedaron atrapadas en su garganta.

—No me refería a ti —dijo al fin—. Sé que tú estabas enamorado de Susanna y que no te casaste con ella por dinero.

Su amigo levantó una mano con la palma hacia Will en señal de rendición.

—Acepto tus disculpas. Pero volviendo al tema, creo que eres demasiado quisquilloso al respecto. Eres un duque y, aunque tú no valores demasiado el título, hay muchas mujeres con padres forrados de dinero que opinan lo contrario, en especial en América. Los matrimonios transatlánticos ya no están tan de moda, pero cada año varias jóvenes cruzan el charco con la esperanza de convertirse en duquesas. No sería una solución inmediata, pero sí posible.

Will pensó en su padre, en la zalamería con que lo trataban sólo por ser duque, en los sirvientes, que dejaban cualquier cosa que estuviesen haciendo y se ponían de cara a la pared cuando él pasaba y le servían con una bandeja de plata para que no corriese el riesgo de tocarlos. Pensó en su madre, la rica americana que se compró un duque, en cómo tachaba sin piedad el nombre de las personas menos influyentes de su lista de invitados,

en cómo luchó hasta su último aliento por ganarse el respeto de la buena sociedad. Y pensó también en sí mismo, un niño solitario que se pasaba todo el día en sus habitaciones hasta que tuvo edad suficiente para ir a un internado. Sólo tenía nueve años cuando sus padres lo apartaron de su vista, de su camino.

—No voy a hacerlo.

Se puso en pie y se acercó al ventanal. Apoyó un hombro en el marco de la puerta-ventana y hacia la extensión de terreno que tenía delante. No estaba tan bien cuidado como cuando era pequeño y jugaban allí a pelota. Se había deteriorado, igual que todo lo relativo a aquel obsoleto modo de vida.

—¿Cuántos de nuestros amigos se han casado con una americana por dinero? —preguntó, mirando el prado, observando la estudiada retícula de las cosechas, delimitadas con arbustos—. ¿Una docena? ¿Dos? Mi padre lo hizo y tu abuelo y el mío también. Maldición. Si lo intentase, estoy seguro de que podría darte el nombre de cien nobles que lo han hecho. Y a ninguno le ha salido bien.

Paul suspiró exasperado al comprobar que seguían repitiendo la misma discusión que habían tenido infinidad de veces en Cambridge. Pero Will perseveró.

—Montones de dólares invertidos en salvar nuestra moribunda aristocracia, y ¿para qué? Va a morirse de todos modos. No, yo quiero que mi vida signifique algo, quiero hacer algo más trascendental que preocuparme por el próximo baile, la próxima carrera, la próxima Temporada. —Se dio media vuelta y lo miró—. Por eso me fui a Egipto.

—Está bien. —Paul se apoyó en el respaldo de la silla y estiró los brazos al claudicar—. Aférrate a tus principios si quieres y ríete de los que hemos elegido otra alternativa. Pero los principios no te ayudarán a encontrar a Tutankamon.

—Si me quedo aquí esperando, tampoco lo encontraré. Lo hará otra persona. Y no pienso permitir que eso ocurra.

—Puedes pasarte toda la vida buscando esa maldita tumba sin llegar a encontrarla nunca.

—Es posible.

—Maldita sea, Will, ¿no crees que ha llegado el momento de que dejes de levantar castillos en el aire? Estás prácticamente arruinado, no has encontrado al faraón y mi prima va a casarse con otro. Mira todo lo que te ha costado tu obsesión. ¿Cuándo vas a darte por vencido?

—Nunca, pero gracias por hacerme una lista de mis fracasos.

Paul suspiró.

—No pretendía hacer leña del árbol caído.

—No, todo lo contrario. Me has animado mucho.

—¿Te he animado?

Will sonrió.

—Sí, estoy convencido de que mi suerte está a punto de cambiar.

Paul suspiró de nuevo, ahora exasperado.

—¿Crees que algún día dejarás de ser tan condenadamente optimista?

—No. —Will dejó de sonreír. Sí, era condenadamente optimista, porque no tenía intenciones de darse por vencido—. ¿Conoces a alguien que esté dispuesto a patrocinar una excavación?

Su amigo se quedó mirándolo durante un instante y luego se rindió, asumiendo que Will no cambiaría nunca.

—Preguntaré por ahí.

—Gracias, Paul —dijo aliviado.

—Me llevará algún tiempo. La semana que viene nos vamos y...

—¿Os vais?

—Claro. —A Paul pareció sorprenderlo su confusión—. A Torquay. Siempre vamos a Pixy Cove en agosto. Es imposible que lo hayas olvidado.

¿Olvidar los días que había pasado en la villa del vizconde Marlowe en Babbacombe Bay cuando era pequeño? Jamás. Eran de los mejores momentos de su vida. Volver a la escuela, quedarse a dormir en Danbury Downs, o ir a Pixy Cove en agosto con Trix, Paul y Julia era como encontrar refugio, un modo de escapar del infierno que habían creado sus padres.

Pixy Cove era un paraíso; se bañaban en la playa, buscaban conchas en la arena y exploraban cuevas misteriosas. Nunca se había olvidado de esos días. Maldita fuera, la otra tarde incluso había discutido de eso con Trix.

—¿Te acuerdas de cómo nos tirábamos del acantilado? —le preguntó Paul, como si le hubiese leído el pensamiento—. Una vez intentaste convencer a Trix, pero cuando llegó al borde se asustó y no saltó, ¿lo recuerdas?

Como si acabase de suceder. Will podía ver a Trix plantada en lo alto de Angel's Head, mirando a los demás nadar en el mar. Ella quería saltar, quería hacer lo mismo que los otros niños, pero cada vez que miraba hacia abajo y veía la distancia que la separaba del agua, se asustaba.

Una metáfora de sus vidas, pensó Will, y sintió remordimientos. Egipto, igual que Angel's Head, era un salto demasiado grande para ella.

—Estaré encantado de escribir unas cuantas cartas en tu nombre cuando estemos en la mansión de Marlowe —le dijo Paul, sacándolo de sus recuerdos—, pero no podré hacer más hasta que vuelva en setiembre.

Esas palabras le dieron a Will una idea, una nueva esperanza.

—Marlowe —murmuró—. Por supuesto. Él es la solución.

—¿Disculpa?

—Marlowe es un magnate del mundo editorial. Tiene toneladas de dinero. Quizá esté dispuesto a patrocinar la excavación.

Paul le dio la razón.

—Es posible. Pero él ya está en Babbacombe Bay, así que tendrás que escribirle.

—¿Escribirle? ¿Quieres que le pida veinte mil libras por carta? Imposible. Lo haré en persona. Voy a ir a Pixy Cove.

Su amigo lo miró consternado.

—No puedes. No estás invitado.

—Es cierto, pero estoy convencido de que cuando le digas a Marlowe que he vuelto de Egipto, me invitará. Tiene que hacerlo. Prácticamente somos familia.

Paul suspiró exasperado.

—¿Eres consciente de que Trix estará allí?

—¿Y?

—Con Trathen.

—Estoy convencido de que todos sabremos comportarnos de un modo civilizado.

—Tú y Trix nunca habéis sido civilizados en vuestra relación. Lleváis discutiendo desde que ella aprendió a hablar. Marlowe lo sabe perfectamente. Y mi prima jamás me perdonaría si...

—Te preocupas demasiado, ése es tu problema —lo interrumpió él, quitándole importancia a todos esos impedimentos—. Dile a Marlowe que no pasará nada, que todo irá como una seda.

—¿Como una seda? ¿No pasará nada? Dios santo. —Paul se rió, pero no porque le hiciese gracia—. Trix me va a matar cuando se entere —masculló, pasándose una mano por la frente—. Y a ti también.

Era una posibilidad, pero Will sabía que a esas alturas no le quedaban alternativas. Ir a Pixy Cove significaba retrasar su regreso a Egipto; sin embargo, no tenía elección. Tenía que conseguir dinero antes de retomar la excavación, en octubre.

—Anímate, Paul. Nos vamos a Pixy Cove, el lugar más maravilloso del mundo. —Y dicho esto, se volvió de nuevo hacia el ventanal—. ¿Qué puede salir mal?

—Todo —fue la amarga respuesta de Paul. Will lo oyó, pero tuvo el buen tino de ignorarlo.

5

AL principio, el optimismo de Will pareció estar justificado.

El día siguiente a su conversación con Paul, se lo pasó resolviendo asuntos pendientes de sus propiedades y al siguiente recibió un telegrama del vizconde Marlowe en el que le daba su más sincera bienvenida a casa y le aseguraba que por supuesto que podía ir a Pixy Cove y unirse a la reunión familiar. En el mismo telegrama, le decía también que estaba impaciente por escuchar todos los detalles sobre la búsqueda de Tutankamon.

Esa tarde, Will decidió ir de paseo por Stafford Saint Mary. Hacía mucho tiempo que no se relacionaba con la sociedad inglesa y si Marlowe no accedía a patrocinar la excavación, tendría que considerar otras opciones. Pasear por la calle principal del pueblo sería el primer paso para recuperar su vida social. Saludaría a unos cuantos viejos conocidos, se tomaría una pinta en el White Swan e iría a ver al nuevo vicario con ese mismo propósito: reincorporarse a su entorno.

El vicario, el señor Venables, era más joven y más abierto de mente que su predecesor, y por fortuna para Will estaba mucho más interesado en hablar de lo que había descubierto en Egipto que en el trabajo misionero.

La charla que mantuvo con sir George Debenham en la plaza resultó ser muy productiva y agradable al mismo tiempo. Sir George lo invitó a su casa al día siguiente, para poder enseñarle la potra que le había llegado de Kentucky. Le habló asimismo de la familia Marlowe y cuando Will le dijo que iba a ir a Pixy Cove con ellos, el hombre lo invitó a ir hasta allí en su

yate. Él, a quien navegar le gustaba casi tanto como montar a caballo, aceptó ambas invitaciones.

A media tarde, su optimismo había crecido hasta límites insospechados y cuando llegó a la librería de Halstead y vio la extensa colección de libros que tenían en venta, empezó a pensar que aquella visita a Inglaterra estaba siendo muy provechosa y satisfactoria.

Y, evidentemente, Beatrix se encargó de demostrarle lo contrario.

Will estaba en el piso de arriba de la librería, inspeccionando la considerable oferta de volúmenes sobre arqueología, cuando tintineó la campanilla que había sobre la puerta y acto seguido se oyó una voz de mujer.

—Buenas tardes, señor Halstead.

Will se mordió la lengua para no gruñir. Durante unas cuantas horas, había conseguido no pensar en ella. Intentó decirse que probablemente era la voz de otra mujer y se concentró en la hilera de libros que tenía delante, pero cuando los pasos de la misteriosa dama se adentraron en la tienda, no pudo resistir la tentación de echar un vistazo y se acercó a la barandilla de metal. En cuanto llegó allí, se desvaneció la esperanza de que no fuese Beatrix.

Estaba de espaldas a él y se dirigía al mostrador, pero no le cupo ninguna duda. Sus sensuales curvas eran inconfundibles, en especial ahora que no llevaba aquel abrigo que se ponía para conducir. Lucía un enorme sombrero de paja con plumas de avestruz blancas y lazos rosa, pero debajo podía verse su melena rubia. Y como si no le bastase con eso para reconocerla, también estaba el vestido, asimismo rosa, el color preferido de Trix. Will supuso que de un momento a otro olería a gardenia.

Ella se detuvo delante del mostrador.

—He venido a ver si le han llegado las guías Baedeker, señor Halstead. ¿Ha llegado ya el pedido de Londres?

¿Baedeker? Will esbozó una sonrisa. ¿Y Trix creía que había cambiado?

El propietario de la librería fue a responderle, pero la campanilla de la tienda volvió a tintinear y lo interrumpió.

Will vio a Beatrix mirar de reojo hacia la puerta y se dio cuenta de que si levantaba la vista, lo pillaría mirándola. Dio un paso atrás para evitar que

eso sucediera, pero entonces la vio sonreírle al hombre que entraba y fue incapaz de moverse.

Los recuerdos lo abrumaron de golpe, pasaron por su mente como las páginas de un álbum de fotografías. La sonrisa desdentada de una chica algo gordita que le enseñaba orgullosa el diente que se le había caído. Las arrugas que se le formaban a Beatrix en el labio superior siempre que intentaba no reírse por algo escandaloso que él había dicho. La sonrisa radiante que le regaló el día que le pidió que se casasen, cuando le dijo que la había hecho la mujer más feliz del mundo.

Y mientras Will revivía esas imágenes del pasado, se le secó la garganta y quiso esfumarse, pero al parecer había perdido el control de sus extremidades, pues se quedó allí paralizado, prisionero de la sonrisa de Beatrix igual que una mosca en un jarro de melaza.

Se había olvidado, pensó atónito. Se había olvidado de lo preciosas que eran sus sonrisas. ¿Cómo podía haberse olvidado?

Sin embargo, poco a poco otro sentimiento fue saliendo a la superficie, algo iba mal. La sonrisa de ella tenía algo raro, algo que Will todavía no podía definir, pero que la hacía distinta a las sonrisas que él recordaba, aunque no sabía exactamente qué era.

Beatrix le estaba sonriendo al hombre que acababa de entrar en la tienda.

—Aidan —le dijo al desconocido, cuando éste se acercó al mostrador.

Y entonces Will comprendió qué era lo que iba mal. Su sonrisa era distinta porque no era para él. Era para otro hombre.

Sintió una opresión en el pecho.

«No importa —se recordó—. Ya no importa.»

Se dio media vuelta con un movimiento brusco y volvió a la estantería que contenía los libros de arqueología. Cogió uno de Petrie sobre sus excavaciones en Palestina y lo abrió con intención de hojearlo, pero fue incapaz de ignorar las voces que provenían de abajo.

—¿Vas a quedarte aquí mucho más, Beatrix? —preguntó el duque de Trathen.

—La respuesta a tu pregunta depende del señor Halstead.

—Lo lamento mucho, señorita —respondió el propietario del establecimiento—, pero las nuevas guías de Baedeker todavía no me han llegado.

—¿Baedeker? —preguntó Trathen sorprendido—. ¿Has encargado unas Baedeker? ¿Por qué?

Will se rió.

—Al parecer, no tienes ni idea de los gustos literarios de tu prometida, ¿eh, amigo? —masculló en voz baja, con aires de superioridad por conocer mejor a Trix que el otro hombre, al menos en ese aspecto.

Lo único que a ella le gustaba más que leerse de arriba abajo las guías de viaje que compraba en Halstead era pintar en su cuaderno. Era feliz haciendo cualquiera de esas dos cosas. Y si esas actividades iban acompañadas de una caja de bombones, Trix decía que estaba en el cielo.

—No he encargado ninguna Baedeker, cariño —contestó ella, riéndose un poco—. Pero el señor Halstead me dijo que había pedido la nueva colección y he pensado que si le habían llegado, podría echarles un vistazo. Me gustaría... —se detuvo una milésima de segundo— ... mejorar mi geografía.

—Me alegra oírte decir eso —dijo Trathen—. Es loable que quieras mejorar tus conocimientos a través del estudio.

Will puso los ojos en blanco. En su opinión, Trix debería decirle a Trathen que gracias por la sugerencia, pero que a ella no le hacía falta mejorar nada. Pero en cambio contestó:

—Para mí es muy importante cultivar el intelecto. —Y lo hizo con el mismo tono de un niño al que han pillado con la mano en el tarro de las galletas e insiste en negar la evidencia.

—Excelente —respondió Trathen—. Si no estoy equivocado, el señor Halstead tiene algunos libros muy interesantes sobre geografía. Si de verdad quieres seguir leyendo sobre el asunto, te resultarán mucho más útiles que las Baedeker, querida.

Beatrix dijo algo que Will no consiguió descifrar, pero sí oyó la respuesta del otro hombre:

—Si no tienes intenciones de quedarte aquí más rato, podríamos ir a visitar al coronel Westholm antes de ir a tomar el té a casa de tu tía.

Ella se rió.

—Lo que de verdad quieres decirme, cariño, es que se te ha ocurrido qué movimiento hacer en la partida de ajedrez que hace siglos que estás jugando con el coronel —respondió, dejando entrever una complicidad entre los dos que hizo que Will desease estar en cualquier otra parte del mundo.

Si la volvía a oír llamarlo «cariño» una vez más, se daría de cabezazos contra la pared.

—¿Te importaría que me quedase aquí mientras tú vas a ver al coronel? —preguntó entonces Trix, abortando así las tendencias suicidas de Will.

—Claro que no. Pasaré a buscarte dentro de... —Trathen hizo una pausa, probablemente para mirar el reloj— ... ¿media hora?

Ella debió de asentir, porque las botas del duque resonaron en el suelo de madera de la tienda y Will supuso que se dirigía a la salida.

—Cultivar el intelecto, Beatrix, no lo olvides —le dijo él antes de irse, pero Will notó que se estaba riendo.

—Por supuesto —gritó ella, también riéndose antes de que se cerrase la puerta.

Entonces se quedó callada y Will creyó oírla suspirar a pesar de la distancia, pero no podía estar seguro.

—Me temo que tendré que pedirle que me indique dónde están sus excelentes libros de geografía, señor Halstead —le dijo al librero, haciendo sonreír a Will.

Parecía tener tantas ganas de leerlos como un niño de ir a catequesis.

—Los libros de geografía están en el piso de arriba —contestó el señor Halstead—. Cerca de las guías de viaje, señorita.

Al oír esas palabras, la sonrisa de Will se desvaneció. Devolvió el libro de Petrie a su sitio y escudriñó la planta con la vista. Si la memoria no le fallaba, había otra escalera para bajar. Debería huir ahora que tenía la posibilidad. Aquel lugar, a pesar de estar lleno de estanterías a rebosar de libros, no era lo bastante grande como para evitar encontrarse con Trix y, si se veían, en el mejor de los casos sería una situación muy rara. Y en el peor discutirían. Aun siendo consciente de todo eso, cuando oyó que ella

empezaba a subir la escalera, sus ganas de esconderse y de huir se convirtieron en lo que sólo podría definirse como pura terquedad.

No podía evitarla eternamente. Al fin y al cabo, la semana siguiente estarían juntos en Pixy Cove, en la misma casa. Y, además, él había llegado a la librería primero; si a ella no le gustaba, bien podía irse. Probablemente lo haría en cuanto lo viese.

Sin embargo, no volvió a la sección de libros arqueológicos. Los mismos sentimientos contradictorios que lo impulsaron a quedarse allí, lo llevaron a la sección de guías de viaje. Si conocía a Trix tan bien como creía, sería hacia allí adonde la llevarían sus pies, olvidándose de los tratados de geografía.

Will cogió un libro sobre rutas por el Nilo y se apoyó contra la pared para esperarla. En cuestión de segundos, Beatrix giró por el extremo de una estantería y se dirigió directamente a él.

—¡Tú! —exclamó, deteniéndose de golpe.

Will levantó la vista e hizo todo lo que pudo para parecer sorprendido.

—Hola, Trix. —Cerró el libro antes de hacerle una inclinación—. Qué sorpresa tan agradable.

Ella se quedó mirándolo horrorizada.

—¿Acaso no puedo venir a la ciudad sin tropezarme contigo?

—Es obvio que no —respondió él con una sonrisa.

Beatrix miró al cielo y suspiró exasperada y luego se dio media vuelta dispuesta a irse.

—¿Estás huyendo? —le preguntó Will.

Ella se detuvo de golpe y cerró las manos enguantadas. Sabía perfectamente qué pretendía. Estaba insinuando lo mismo que el otro día; que era una cobarde. Respiró hondo y contó hasta diez. Y cuando sintió que tenía el suficiente control como para responder como una dama, volvió la cabeza y lo fulminó con la mirada.

—No fui yo la que huyó, Will.

Evidentemente, él hizo caso omiso del ataque a su conducta en el pasado.

—No me dirás que tienes intenciones de salir corriendo cada vez que me veas —le dijo en cambio, señalando las estanterías—. Creo que

Halstead es bastante grande para los dos. Además, es absurdo que nos evitemos todo el tiempo durante mi estancia en Devon, ¿no te parece?

A Beatrix no se lo parecía. Al contrario, evitar a Will le parecía una idea excelente, pero preferiría morirse antes que darle más motivos para llamarla cobarde. Y cuando vio que él abría el libro que sujetaba para seguir leyendo, decidió que lo mejor sería ignorar su presencia y comportarse de un modo civilizado.

Se dio media vuelta y pasó por su lado para ir a la estantería donde estaban las guías Baedeker, las Cook y otros libros de viaje. Empezó a leer los títulos y cuando uno le llamó la atención, tiró de él. Sintió un pequeño escalofrío al abrir una página al azar.

«Hay una pequeña pensión con mucho encanto cerca de allí, los dormitorios no son los más lujosos de Florencia, pero las magníficas vistas del Ponte Vecchio...»

—¿Te vas de viaje?

Beatrix se sobresaltó al ver que Will se había movido y estaba justo a su lado. No lo miró, sino que se recordó que lo mejor sería que lo ignorase. Si lo hacía así, quizá se fuera. Continuó leyendo.

«... magníficas vistas del Ponte Vecchio lo compensan con creces. Al fin y al cabo...»

—«Al fin y al cabo —susurró Will, pegado a su oreja y leyendo en voz alta— si uno prefiere la comodidad de un baño moderno y de una cama mullida, lo que debería hacer es quedarse en Inglaterra y pasar la noche en un hotel de Londres. ¿Y qué tendría eso de especial?»

Beatrix suspiró y se volvió para mirarlo.

—¿Te importa?

—Lo siento —se disculpó Will, pero no se apartó.

Ella enarcó una ceja y esperó. Tras unos segundos, él dio un paso atrás y Beatrix volvió a abrir el libro, pero apenas había encontrado el punto, cuando la voz de él volvió a entrometerse.

—Una pequeña pensión sin baño y sin una cama de plumas no parece propia de ti, Trix. Aunque supongo que no importa.

Debería haber sabido que no sería capaz de ignorarlo. Ignorar a Will era como intentar ignorar el sarampión.

—¿Estás intentando decirme algo? —le preguntó sin mirarlo.

—*Plus ça change, plus c'est la même chose* —murmuró él.

Cerró el libro furiosa y se le encaró.

—¿Y qué se supone que significa eso?

Will había vuelto a abrir su libro y se encogió de hombros sin levantar la vista.

—Cuanto más cambian las cosas...

—Puedo traducirlo perfectamente, gracias —lo interrumpió ella—. Hablo francés.

Él pasó una página.

—Y, sin embargo, nunca has ido a Francia.

—Ve al grano.

—Te encanta leer sobre otros países, pero nunca vas a ninguna parte. —Cerró el libro y se dio media vuelta para guardarlo en la estantería que tenía a su espalda y luego se acercó de nuevo a ella—. Te he visto hacerlo toda la vida. Soñar. Siempre estás soñando, pero nunca haces nada de lo que sueñas.

—Eso es ridículo.

—¿Eso crees? —Se inclinó y le cogió el libro de las manos antes de que Beatrix pudiese evitarlo—. *Un paseo por Florencia* —leyó en voz alta, mirándola—. Hace años me dijiste que querías ir a Florencia. Tenías quince años y querías ir en otoño con tu institutriz para estudiar allí arte, pero tu padre te dijo que no. Te quedaste destrozada. ¿Te acuerdas?

Ella desvió la vista, no quería que Will supiese que se acordaba, ni de que seguía doliéndole. Su padre tenía un miedo atroz de que hiciese lo mismo que su madre.

—¿Qué pretendes decir con eso?

—Que tu padre te dijo que no y tú dejaste de pensar en el tema. Nunca más volviste a hablar de Florencia. Y unos años más tarde, cuando tu tía nos llevó a Paul y a mí al continente, tú también querías venir, pero tu padre te lo volvió a prohibir. Te dijo que lo único que una chica necesitaba era la Temporada. Tú fingiste que no te importaba, pero yo sé que sí. —Levantó el libro y se lo entregó—. Todavía te importa.

Sus palabras le hicieron daño y se puso a la defensiva; también sintió la necesidad de vengarse.

—La verdad es que pronto me iré de viaje. De luna de miel. Sabes lo que es una luna de miel, ¿verdad? —añadió, cogiendo el libro de mala gana —. O tal vez no, ya que al parecer le tienes alergia al matrimonio. Se suponía que en nuestra luna de miel íbamos a ir a París y que luego cogeríamos el Orient Express rumbo a Constantinopla. Pero no fuimos, porque dos semanas antes de la boda tú decidiste irte a Egipto. ¿De eso también vas a echarle la culpa a mi padre?

Will no cedió a la provocación.

—No, Trix. Pero tú sueñas con lugares en vez ir a verlos. Te mueres por vivir emociones fuertes y sin embargo siempre actúas con cautela. Es comprensible, teniendo en cuenta el modo en que te educó tu padre, controlando cada uno de tus movimientos.

—¿Me estás diciendo que era un tirano? Él me quería.

—Sí, de un modo asfixiante. Se parecía mucho a mi padre. Ambos eran muy despóticos y arrogantes y estaban convencidos de que su título nobiliario les daba derecho a controlar todo lo que sucedía en su diminuto reino, incluidos sus hijos. Yo me escapé. Tú no.

—A ti te resulta muy fácil hablar de escaparse y de ser atrevido, Will. Tú eres un hombre. Podías desafiar a tu padre e irte a Egipto. Podías hacer todo lo que quisieras sin pensar en las consecuencias, en especial después de heredar tu propio dinero. Pero como mujer yo no tuve jamás ese privilegio.

—A mí eso me suena a excusa.

—¡No es ninguna excusa! Así es como son las cosas. Yo me cortaría una pierna a cambio de tener la libertad de la que los hombres disfrutáis por derecho.

—¿De verdad? Lo dudo mucho. Verás, es como lo de saltar por el acantilado —añadió en voz baja—. Te mueres de ganas de hacerlo, pero nunca te atreves, así que te dices que te conformas con ver las vistas. No, no vayamos a Florencia ni a Egipto. Oh, no. Es mejor que nos quedemos en casa, acurrucados frente a la chimenea, y leamos un libro sobre el tema.

A Beatrix le escocieron los ojos y de repente lo odió casi con la misma pasión con que había llegado a amarlo.

—Maldito seas, Will. Si dices una sola palabra más, te juro que...

La campanilla de la tienda tintineó en el piso de abajo e interrumpió su amenaza antes de que pudiese terminarla. Cuando oyó una voz masculina llamándola por su nombre, miró nerviosa por encima del hombro.

—¿Aidan ya está aquí? —Sabía que no podía permitir que la encontrase allí sola con Will—. Oh, Dios.

—¿Qué pasa, Trix? —le preguntó él, desafiante—. ¿No te llena de felicidad ver a tu prometido? ¿Detecto problemas en el paraíso?

—El único problema que hay aquí eres tú. —Dejó la guía de Florencia en su lugar y se dirigió a la escalera. Había bajado media docena de escalones cuando se dio cuenta de que Will la estaba siguiendo y no tuvo más remedio que detenerse—. ¿Qué estás haciendo? —le preguntó en voz baja.

—¿A ti qué te parece? —respondió él también susurrando—. Bajando la escalera.

Ella se lo quedó mirando horrorizada.

—¡No puedes bajar conmigo!

—Pero me quiero ir. Ya he terminado de cultivar mi intelecto.

—¿Me estabas espiando?

—Qué va —contestó fingiéndose compungido—. Yo ya estaba aquí cuando has llegado. De hecho, llevaba media hora en la tienda, ocupándome de mis asuntos, leyendo un libro y portándome como un niño aplicado, cuando tú has aparecido.

Beatrix lo miró incrédula y reanudó la marcha.

—Tú nunca fuiste aplicado, ni siquiera cuando ibas a la escuela —le dijo por encima del hombro y cuando vio que él seguía pegado a su espalda, se paró tan de repente que Will casi chocó con ella—. ¡Deja de seguirme! —le ordenó entre dientes.

—Ya te he dicho que quiero ir al piso de abajo.

Beatrix miró nerviosa a su alrededor y le señaló la escalera del fondo.

—Ve por la otra escalera. Al final hay una puerta que conduce a la trastienda.

—¿Qué pasa, Trix? —murmuró—. ¿Tienes miedo de lo que pueda pensar Trathen si nos ve juntos?

Ella sabía que era absurdo, pero sí, tenía miedo exactamente de eso. Sin embargo, lo miró a los ojos y le mintió abiertamente.

—No, ni mucho menos.

Evidentemente, él no la creyó.

—Yo creo que sí. Me parece que tienes miedo de que Trathen crea que estás haciendo algo malo, de que has decidido reunirte conmigo en secreto, tal como hacíamos antes. —Desvió la vista hacia los labios de ella—. ¿Te acuerdas?

—Para —contestó ella al notar que se sonrojaba.

—¿Que pare qué? No estamos haciendo nada malo.

Beatrix respiró hondo. Al parecer, últimamente lo hacía muy a menudo.

—Yo no, desde luego. Pero retener a una mujer sola es algo muy reprobable. Aunque conociéndote, no me extraña que lo hagas.

—¿Yo te estoy reteniendo? Nada más lejos de la realidad. —Se irguió y señaló detrás de ella—. Eres libre de ir donde te plazca. Y yo también.

—Lo que significa que tienes intenciones de seguirme a pesar de que te he pedido que no lo hagas, para que Aidan vea que hemos estado juntos ahí arriba y conseguir que piense lo peor.

—La verdad es que por mucho que me esfuerce no consigo que me importe lo más mínimo lo que Trathen piense. Además, si de verdad sospecha de ti porque has estado en el mismo lugar que yo, entonces tenéis un serio problema de confianza, ¿no crees?

Beatrix interpretó esas palabras como la confirmación de sus peores temores.

—Así que realmente has venido a causarme problemas. Lo sabía. ¿Qué es lo próximo que piensas hacer, Will? ¿Le contarás a Aidan que fui a verte a tu casa el día que llegaste, o le mentirás y le dirás que habíamos quedado hoy aquí en secreto?

—Yo no soy el que dice mentiras —le recordó él, susurrando enfadado, pero antes de que pudiese decir nada más, oyó el sonido de unas botas acercándose a la escalera.

—¿Beatrix? —la llamó Aidan—. ¿Estás ahí?

Ella volvió a mirar por encima del hombro sintiendo algo de pánico, luego centró toda su atención en el hombre que tenía delante.

—Will, por el amor de Dios...

Él soltó una maldición.

—Ve —le ordenó y el alivio de ella fue evidente—. Saldré por la parte trasera. Te lo prometo —añadió, al ver que no se movía.

Beatrix no necesitó que le insistiese. Salió de detrás de las estanterías y vio que Aidan había llegado al último escalón del rellano.

—Hola, cariño —lo saludó, acercándose a él casi sin aliento—. ¿Cómo está el coronel?

Aidan se rió.

—Confuso. Le he hecho jaque con un movimiento que no había visto venir. —Se volvió hacia ella y le ofreció el brazo—. ¿Estás lista para irte?

—Sin duda.

Deslizó el brazo por debajo del de él y miró disimuladamente hacia atrás. Gracias a Dios, Will se había ido, pero Beatrix tuvo el presentimiento de que no tenía intenciones de desaparecer de su vida.

Por fortuna para Beatrix, tomar el té con el vicario fue toda una distracción y consiguió dejar de pensar en Will y en sus absurdos comentarios. Pero después de la visita, mientras Aidan la acompañaba de regreso a Danbury en su carruaje, las palabras de su antiguo prometido insistieron en repetirse en su mente.

«Soñar. Siempre estás soñando, pero nunca haces nada de lo que sueñas.»

—¿Te sucede algo malo, querida?

La voz de Aidan interrumpió sus pensamientos y cuando volvió para mirarlo, vio que sus ojos castaños estaban llenos de preocupación.

—No, todo va bien —le aseguró. Aparte de que estaba hecha un lío y de que el regreso de Will había puesto su mundo patas arriba, estaba como una rosa. Se obligó a sonreírle—. ¿Por qué lo preguntas?

—Esta tarde apenas le has dicho nada al vicario. De hecho —añadió—, hace días que pareces pensativa.

«Desde que Sunderland volvió a casa.»

Aidan no lo dijo, por supuesto. Sabría que Will había vuelto, seguro que se había enterado, pero era demasiado caballeroso, demasiado correcto y bien educado como para mencionarlo. Pero ¿qué debía de pensar? ¿Estaría celoso? Si lo estaba, no lo dejaba entrever.

Beatrix había temido que la encontrase con Will en la librería y llegase a una conclusión equivocada, pero aunque hubiese sucedido, él jamás le habría dicho nada. Era un hombre muy reservado.

—¿Aidan? —En un acto impulsivo se volvió hacia él—. Estaba pensando... ¿Crees que podríamos replantearnos la luna de miel?

—¿Replantearnos la luna de miel? ¿En qué sentido?

—Ya sé que decidimos hacer un recorrido por tus propiedades. Pero me estaba preguntando si podríamos ir de vacaciones a otra parte.

—¿De vacaciones?

—Sí. Podríamos ir a algún lugar bonito y escondido. —Se acercó un poco más a él y lo miró—. Estaremos solos tú y yo, ¿sabes?

—Ah, empiezo a entender por qué te interesaste por las Baedeker. —Le sonrió un poco—. ¿Has pensado algún lugar?

Con sólo oír esa pregunta, imágenes de tejados de teja rojiza, de calles adoquinadas y de una pensión con vistas al Arno se agolparon en la mente de Beatrix. Ya podía verse tomando un *espresso* en la piazza del Campo junto con Aidan, o visitando iglesias y museos, o haciendo un picnic en la campiña de la Toscana mientras él leía y ella pintaba. Eran unas imágenes tan evocadoras que casi podía oír una aria de Puccini sonando en un gramófono.

—Sí —afirmó ilusionada—. Quiero ir a Florencia.

—¿A Florencia? —Aidan se rió durante un segundo. Era obvio que su respuesta lo había pillado por sorpresa—. Cuando has dicho que querías ir de vacaciones suponía que querrías ir a la isla de Wight, o a Calais. Sólo tenemos dos semanas, ¿te acuerdas? Y Florencia está muy lejos. No podemos ir.

Esas palabras fueron como oír la aguja del gramófono que sonaba en su imaginación deslizándose por el disco. La música de Puccini se detuvo y Beatrix volvió a la realidad.

—Sé que está muy lejos —decidió luchar por lo que quería—, pero podríamos alargar nuestra luna de miel un poco, ¿no crees? Sería maravilloso ver el Duomo y el Ponte Vecchio y el *David* de Miguel Ángel, ¿no?

—Sí, sería maravilloso. Pero no podemos alargar nuestra luna de miel, cariño, de verdad es imposible. ¿Qué me dices del Parlamento? Nos casamos el 2 de octubre y la Cámara de los Lores comienza a funcionar el 16 del mismo mes. Y es una sesión extraordinaria muy importante. Tengo que asistir y dar mi voto.

Al escuchar sus argumentos, las imágenes de Florencia se desvanecieron de la mente de Beatrix.

—Me había olvidado del Parlamento —reconoció, esforzándose por disimular su decepción por no ir a Italia.

—Para ir a Florencia de luna de miel tendría que descuidar mis obligaciones parlamentarias.

—Lo sé.

—Ya hablamos de ir de viaje fuera de Inglaterra y decidimos que no podíamos por una cuestión de tiempo, ¿lo recuerdas? Además, dijimos que si hacíamos un recorrido por mis propiedades, tendrías oportunidad de conocerlas.

Ella mantuvo la mirada fija enfrente, porque no quería que Aidan viese lo decepcionada que estaba si por casualidad la miraba.

—Sí, me acuerdo.

—Y los arrendatarios de las tierras se sentirían muy defraudados si no fueras a conocerlos después de la boda. De hecho, creo que los niños de Trathen Leagh están preparando una especie de espectáculo para darle la bienvenida a la nueva duquesa. Tenemos el deber de cuidar de nuestra gente. No podemos decepcionarlos.

—Lo sé.

—Si te sirve de algo, a mí nada me gustaría más que poder llevarte a Florencia. —Le puso una mano encima de las suyas y el repentino gesto de cariño, nada propio de él, cogió a Beatrix por sorpresa. Aidan no era afectuoso. Sólo la había besado una vez, y con absoluto recato, el día en que ella aceptó su proposición de matrimonio; no era tampoco el tipo de hombre

al que le gustaba ir cogidos de la mano—. Tu felicidad es importante para mí, cariño, y sé que últimamente no has sido feliz.

Él no la estaba mirando y cuando ella aprovechó para contemplar su estoico y a la vez hermoso perfil, sintió una profunda ternura y afecto.

Quizá Aidan no fuera el hombre más cariñoso del mundo, ni tampoco el más expresivo, y, como decía la prima Julia, era más tieso que un palo, pero tenía un corazón leal y fiel. Beatrix siempre podría confiar en él. Era alguien que nunca rompería una promesa. Siempre cuidaría de ella y de sus hijos, pasara lo que pasase. Y jamás le exigiría que hiciese una locura, como por ejemplo seguirlo al desierto en busca de un estúpido tesoro. Aidan nunca le pediría que hiciese algo imposible o irresponsable. Y, lo más importante, tampoco le rompería el corazón en mil pedazos.

Ellos dos no estaban locamente enamorados, pero encajaban. Se complementaban. Ambos eran conscientes de las responsabilidades de su título y las aceptaban. Sabían que habían nacido para llevar esa vida, una vida que giraba alrededor de sus propiedades y de sus familias. Igual que sabían que continuar con la tradición era importante y necesario.

—Tu felicidad también es importante para mí —dijo Beatrix—. Y sé que te sentirías mal si no pudieses asistir al Parlamento por estar de vacaciones. Jamás te pediría que hicieses tal cosa.

—Significa mucho para mí que digas eso —reconoció él con una de sus sonrisas, una leve curvatura de los labios que no hacía que a Beatrix le diese un vuelco el estómago ni la mareaba de emoción. Pero a ella eso no le importaba. Había tenido sonrisas devastadoras para toda la vida, no le hacían falta más.

«Te mueres de ganas de saltar, pero nunca te atreves a hacerlo, así que te dices que te conformas con ver las vistas.»

Era absurdo, se dijo, era absurdo que Will le hubiese recordado esa estúpida historia. Ella sencillamente no quería saltar desde el acantilado. Ni cabalgar tan rápido que pudiese romperse el cuello. ¿Y qué si se conformaba con viajar leyendo un libro en una butaca? No era asunto suyo.

—¿Beatrix?

—¿Sí? —Parpadeó y enfocó el rostro de Aidan—. Disculpa, ¿me decías algo?

—De repente has arrugado el cejo. ¿He dicho algo que te haya molestado?

—No. —Negó con la cabeza—. Por supuesto que no. Estaba en las nubes, cariño. Discúlpame.

Aidan volvió a centrar la atención en el camino y ella buscó la manera de apartar las absurdas observaciones de Will de su mente. Hacía tres días que había vuelto después de pasarse seis años fuera del país, y creía que seguía siendo la misma Beatrix de cuando se había ido. Pues bueno, no lo era.

Ya no era aquella niña asustada que no se atrevía a saltar desde Angel's Head. Como tampoco era aquella joven enamorada que había suspirado por él.

Will sólo intentaba provocarla. Él era incapaz de mantener un compromiso, se había negado a asumir sus obligaciones ducales, se había ido a la otra punta del mundo dos semanas antes de su boda sin pensarlo dos veces. Pues bueno, ella no era así.

Quizá su vida no fuese demasiado emocionante. No saltaba desde acantilados ni conducía a toda velocidad por la costa de Saint Ives, ni tampoco buscaba la tumba de Tutankamon, pero era la vida que se esperaba de ella. Y la que siempre había querido llevar.

Miró hacia atrás y vio el carruaje de Paul yendo tras el suyo en dirección a Danbury, y a la tía Eugenia que le sonreía y la saludaba. Beatrix le devolvió la sonrisa y luego volvió a mirar al hombre que tenía sentado al lado. Entrelazó los dedos con los suyos. Sí, se repitió con firmeza, aquélla era la vida que quería.

Tras llegar a esa conclusión, decidió que expulsaría a Will de su mente y a lo largo de los días siguientes hizo todo lo posible para evitar encontrarse con él; no fue al pueblo ni pasó por el camino que conducía a Sunderland Park e incluso fingió que tenía dolor de cabeza para no ir a misa y no encontrárselo en la iglesia.

Se pasó todos esos días ayudando a su tía con los preparativos de la boda y después con los del viaje a Pixy Cove. Dio largos paseos con Aidan por los bosques de Danbury y lo escuchó atentamente mientras él describía

sus propiedades y le hablaba del futuro que compartirían. Por fin puso sus prioridades en orden.

Una semana más tarde, que Will hubiese regresado le parecía sólo una lejana pesadilla y cuando partieron hacia la mansión Marlowe, Beatrix creyó que ya volvía a estar centrada. Lo había evitado durante toda una semana y ahora iba a estar cuatro más sin verlo. Probablemente, cuando ella regresase a la ciudad, él ya habría vuelto a Egipto.

Feliz por haber conseguido recuperar la calma, se subió al yate de sir George, pero en cuanto terminó de cruzar la pasarela, su calma empezó a desvanecerse.

De pie en la cubierta del *Maria Lisa* estaba Will. Hablando con sir George y terriblemente atractivo con unos pantalones de franela azul oscuro y un chaleco beige, con las mangas de la camisa blanca remangadas y sujetando la chaqueta con dos dedos por encima del hombro. Iba a acompañarlos a Pixy Cove.

A Beatrix se le encogió el estómago y miró hacia atrás, pero los empleados del puerto ya habían quitado la pasarela y, a no ser que estuviese dispuesta a lanzarse al agua, no tenía escapatoria. Cuando comprendió que iba a pasarse las próximas cuatro semanas atrapada en la misma casa que Will, la serenidad que tanto le había costado recuperar durante los últimos siete días se desvaneció como si nunca hubiese llegado a existir.

6

NAVEGAR era la única pasión de sir George y lady Debenham. Si a Will no le fallaba la memoria, al matrimonio le encantaba organizar fiestas en su yate durante el mes de agosto y disfrutaban invitando a un grupo reducido de sus amistades a pasear por la costa de Torbay.

Mientras el yate se deslizaba por las preciosas aguas del condado de Devon, la mayoría de los invitados se contentaban con mirar el paisaje, excepto Will. Hacía mucho tiempo que no navegaba y cuando sir George le ofreció que se hiciese cargo del timón, aceptó encantado.

Estaba tan ocupado sacando el yate de tres palos del puerto de Torbay para luego guiarlo hasta aquel lugar mágico llamado Hope's Nose, que no se dio cuenta de que Trix había subido a bordo. La semana anterior había estado tan inmerso en los asuntos de sus propiedades que no había tenido tiempo de hablar con Paul.

Si hubiese dedicado un segundo a pensar cómo iban a viajar los Danbury a Pixy Cove, probablemente habría llegado a la conclusión de que irían en tren, pues ése era el método de transporte que habían utilizado en el pasado. Pero en cuanto devolvió el timón del *Maria Lisa* a sir George, descubrió que se habría equivocado.

Desvió la vista hacia la cubierta de estribor, donde les estaban sirviendo un aperitivo a los invitados y vio a Beatrix de pie junto la barandilla.

Estaba cerca de la puerta que conducía al salón y se había apoyado en la borda del yate para mirar el mar. La brisa levantaba la falda de su vestido blanco en dirección a Will y también movía el enorme lazo azul que

decoraba su sombrero, del mismo color que el traje. Se sujetaba a la barandilla con una mano y la otra la tenía en el cuello.

Will se quedó hipnotizado observándola, absorto con el inocuo movimiento de sus dedos, que iban deslizándose por su barbilla. ¿Cuántas veces la habría besado allí?, se preguntó, al recordar aquellas noches a la luz de la luna, con olor a gardenia y la suave piel de Beatrix bajo sus labios.

Will siguió mirándola con esas imágenes del pasado desfilando por su mente y notó cómo la lenta llama de la pasión se extendía por su cuerpo. Al mirar a Beatrix y recordar los momentos que habían compartido años atrás, volvió a sentirse como un chico excitado y desesperado y cuando ella bajó la mano y se dejó al descubierto la piel del cuello, la mente de él empezó a imaginar escenas que iban mucho más allá de lo que habían hecho las noches en que se encontraban a escondidas.

Ansioso por recuperar la compostura, levantó la vista hacia el rostro de ella. Estaba pensativa, probablemente tuviese la cabeza en las nubes y la leve sonrisa de sus labios le hizo preguntarse qué estaría pensando.

«Seguro que en su boda con Trathen», decidió, con la esperanza de que esa dosis de cruda realidad apagase el deseo de su cuerpo. Pero lo único que consiguió fue que un resentimiento que no tenía derecho a sentir aumentase la lujuria que le quemaba las venas.

Suspiró frustrado y dio un paso, dispuesto a volver donde estaba antes, pero Beatrix notó el movimiento detrás de ella y volvió el rostro sonriendo, como si estuviese esperando a alguien. Pero no a él. Will lo supo con absoluta certeza y se quedó allí inmóvil, como si su sonrisa lo hubiese atravesado como una lanza; embargado de deseo e inexplicablemente furioso. Y convencido de que Trix podía ver reflejado en su rostro todo lo que estaba sintiendo, igual que vería un elefante en medio de un salón.

Ella dejó de sonreír, dejándole más claro de lo que lo habría hecho con palabras que no era el hombre al que estaba esperando y que aquella sonrisa no era para él.

Era un estúpido por quedarse allí de pie, pensó Will. Un estúpido por haber vuelto y por creer que ya no sentía nada por ella, por haber pensado que durante aquellas cuatro semanas iba a poder tratarla como si fuese una vieja conocida.

Estúpido, estúpido, estúpido.

Beatrix cerró los ojos como si así pudiese hacerlo desaparecer y Will se dijo que no le importaba, aunque era consciente de que aunque se lo repitiera millones de veces sería mentira. Le importaba y mucho. Maldición. Siempre le había importado y siempre le importaría y no podía hacer nada para evitarlo, porque ahora se movían en mundos distintos y ella pertenecía a otro hombre, a uno que podía darle la vida que Trix siempre había querido y que él había sido incapaz de entregarle.

Ella abrió los ojos, cálidos y enormes, y lo miró. Y Will se quedó allí petrificado, indefenso, notando cómo los últimos seis años y todas las barreras de indiferencia que había levantado a su alrededor se desmoronaban hasta convertirse en polvo.

«Vete de aquí —se dijo—. Por el amor de Dios, vete de aquí.» Pero no pudo. Era demasiado tarde. Beatrix ya lo había visto. Y probablemente también los había visto más gente a través de las ventanas del salón que Will tenía a su izquierda. Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y tiró de los extremos de la prenda para ocultar de los ojos ajenos la prueba física de lo que estaba sintiendo.

No podía quedarse allí de pie como un pasmarote. No podía fingir que no la había visto cuando era evidente que sí lo había hecho. Y tampoco podía darse media vuelta e irse sin decirle nada. Si lo hiciera, sería como insultarla; ignorar a una persona era el peor desplante que podía hacerse. Y él no era capaz de hacer tal cosa. A Beatrix no.

Will echó a andar hacia ella con una falsa y despreocupada sonrisa en los labios. Trix hizo lo mismo y se volvió hacia él; sonrió lo bastante como para que cualquiera que los estuviese observando pudiese ver que, a pesar de que se trataban con indiferencia, seguían siendo amigos. Si la gente se creía la imagen que ambos intentaban dar, entonces quizá cesaran los chismes sobre ellos, aunque Will sabía que ninguno de sus amigos era tan tonto.

Se detuvo frente a Beatrix y se balanceó nervioso sobre los pies, dolorosamente consciente de que lo único que ocultaba su erección era la chaqueta cruzada que llevaba.

Abrió la boca para darle los buenos días y poder así esquivarla y seguir su camino, pero la puerta del salón se abrió en aquel preciso instante y salió un hombre muy elegante con un plato con comida en una mano y un vaso de limonada en la otra.

—Querida, te he traído...

El recién llegado se detuvo lo suficiente como para medir a Will con la mirada y luego se acercó a la barandilla donde estaban los dos.

—Te he traído algo de comer, Beatrix.

Ella cogió el plato y el vaso.

—Gracias, cariño —dijo.

Al contemplar la escena, Will frunció el cejo; no porque hubiese llamado a Trathen «cariño», en la librería lo había hecho tantas veces que él jamás lo olvidaría, sino porque no se podía creer lo que le había llevado para beber. ¿Limonada? ¿Para Trix? ¿Habiendo champán en el yate le llevaba limonada? ¿Y qué era aquello que había encima de las tostadas? ¿Caviar? Trix odiaba el caviar, siempre lo había odiado.

Will se percató del incómodo silencio y se obligó a levantar la vista. Arqueó una ceja en dirección a Beatrix y la retó a que lo presentase.

Las mejillas de ella se tiñeron de rubor al verse en aquella situación tan extraña y se dispuso a ponerle remedio.

—Aidan, ¿me permites que te presente al duque de Sunderland? Sunderland, te presento al duque de Trathen.

—Trathen.

—Sunderland.

Se dieron la mano y se sonrieron el uno al otro con cortesía, pero Will no apartó la mirada del duque y vio que no era el único que estaba desempeñando un papel.

Se hizo otro silencio incómodo y Will entendió que le tocaba a él romperlo y felicitarlos por su inminente matrimonio, pero el odio innato que sentía por la hipocresía amenazó con hacer acto de presencia. Sin embargo, Trathen también estaba invitado a la mansión Marlowe y, dado que Will iba a pedirle dinero al vizconde, no podía permitirse el lujo de pelearse con ninguno de sus huéspedes. No, se puso la máscara de buen caballero inglés y se dijo que al final había ganado el mejor, que tenía que

saber perder y un montón de cosas por el estilo. Cuando en realidad tenía ganas de golpear algo, preferiblemente su propia cabeza contra la pared.

Debería haberse alejado de ella, tendría que haber pensado en su propia supervivencia y haber mandado al diablo las normas sociales.

—Tengo entendido que van a casarse pronto —dijo, intentando no atragantarse con las palabras—. Felicidades.

—Así es —contestó Trathen.

Will, aunque era consciente de que el otro hombre lo estaba mirando, mantuvo la vista fija en Beatrix. La observó mientras tomaba un poco de caviar y su humor mejoró al ver que ponía cara de asco.

—¿Qué te pasa, Trix? —le preguntó con una sonrisa—. ¿No te gusta el caviar?

Ella tragó y a él no le pasó por alto su estremecimiento.

—Todo lo contrario —respondió, sosteniéndole la mirada—. Me parece delicioso.

—A Beatrix le gusta el caviar tanto como a mí —intervino Trathen, sintiendo la necesidad de demostrarle a Will que sabía cosas de su prometida que él desconocía.

—¿Ah, sí? —insistió Will—. ¿Desde cuándo?

Ella se sonrojó un poco más, pero no apartó la vista.

—Es un gusto que he ido adquiriendo a lo largo de los años —explicó.

—Dígame, Sunderland —con esa frase tan directa, Trathen lo obligó a mirarlo—, supongo que va a acompañarnos en la mansión de Marlowe.

—Cada agosto me invitan a Pixy Cove. Los Marlowe y yo somos prácticamente familia.

—Prácticamente. ¿Y va a quedarse mucho tiempo en Inglaterra?

«¿Estás preocupado, amigo?» Tenía las palabras en la punta de la lengua, pero no las dijo. Quería decirlas y hacerlo con una sonrisa arrogante y victoriosa, con una confianza en sí mismo que no sentía. Pero decir algo así no sería propio de un caballero y, a pesar de que Trix había insinuado lo contrario, Will sabía comportarse como tal.

—No, la verdad es que no. Me quedaré en casa un mes más o menos y luego volveré a Egipto.

El otro se relajó un poco.

—Qué pena.

—Sí, una pena —mintió Will—. Me gustaría quedarme un poco más e ir a visitar a unos viejos amigos que viven en el norte, o ir a pescar... —Se encogió de hombros sin terminar la frase.

—Pero ¿Tutankamon está esperando que lo descubra?

Trathen la terminó por él con una leve risa y Will se preguntó si tras esas palabras se escondía un ápice de burla. Sin embargo, él también rió, porque, al fin y al cabo, se estaba comportando como un caballero.

—Eso es.

—Entonces le deseo suerte. —El duque se volvió hacia Beatrix—. Querida, he visto a tu tía y a tu primo sentados con lady Debenham. ¿Quieres que vayamos con ellos? Es decir —añadió, mirando a Will con cierto desprecio—, si ya has acabado aquí.

—Sí, por supuesto.

Cogió el plato de Beatrix y ella lo cogió del brazo. Ambos se despidieron de Will y se dieron media vuelta para irse.

Sunderland se los quedó mirando unos instantes y soltó el aire que contenía en los pulmones. El optimismo que había sentido antes desapareció.

—Bienvenido al infierno, Will —masculló—. Bienvenido al infierno.

Will fue de nuevo en busca de sir George y, por fortuna, éste le dejó llevar el timón del *Maria Lisa* durante el resto de la travesía hasta el enclave que Marlowe tenía en Pixy Cove, sin que él tuviese que pedírselo. Claro que a esas alturas no habría tenido ningún problema incluso en suplicárselo. Llevar el timón del yate era una distracción y Will necesitaba desesperadamente estar distraído.

Después de atracar, se quedó a bordo y ayudó encantado a sir George a supervisar a los trabajadores que se encargaron de limpiar la cubierta, con lo que evitó tener que caminar hasta la mansión Marlowe con Beatrix y su prometido. Pero llega un momento en que incluso un capitán tan meticuloso como sir George está satisfecho con el estado de su navío y cuando lady

Debenham los llamó desde un porche en el que iban a servir el té, Will no tuvo más remedio que seguir a sir George hacia la casa.

Pixy Cove, la mansión veraniega del vizconde Marlowe, era una construcción de una sola planta, de paredes de estuco amarillo con acabados de madera blanca y ladrillo rojizo. La habían edificado sobre una plataforma de madera con vistas al mar y se accedía a ella desde la playa, a través de unos peldaños artificiales. En la arena había dos pequeñas cabañas para que las damas pudiesen cambiarse de ropa; a los hombres les bastaba con las cuevas naturales que había en las rocas. La mansión disponía de dieciséis habitaciones, cuatro cuartos de baño con agua fría y caliente, una pista de tenis y otra de cróquet, y un porche precioso que daba al norte y que era donde la familia Marlowe y sus invitados tomaban el té cada tarde, disfrutando de unas vistas maravillosas.

Una doncella vestida con uniforme a rayas grises, cofia y delantal blancos, atendía a los invitados. Sin embargo, Will no vio al anfitrión ni a la anfitriona por ninguna parte, pero Eugenia, la tía de Beatrix, estaba sentada con una tetera en la mano.

—Tía Gennie —la saludó, con el mismo descaro de siempre. Pero el modo en que ella lo miró por debajo del ala del sombrero hizo que Will tuviese ganas de sonreírle y de asegurarle que no iba a morderla.

En vez de eso, rezó para que apareciese alguna distracción.

Y, al parecer, incluso las plegarias de un pecador como él eran escuchadas de vez en cuando, porque justo cuando estaba pidiendo auxilio divino, dicha ayuda se materializó de la forma más inesperada.

El estruendo de un automóvil se oyó desde la distancia y Will identificó el sonido al instante gracias a su doloroso primer encuentro con Beatrix y su Daimler blanco, hacía diez días. Pero el vehículo que apareció no fue un Daimler, sino un modelo distinto, similar en estilo, pero de color rojo brillante e interior negro.

—¡Oh, mira! —exclamó Trix cuando el automóvil se metió en el camino y empezó a lanzar grava por ambos lados de tan de prisa como circulaba—. Al final Julia ha podido venir. Me escribió diciéndome que este año no podría acompañarnos. Seguro que habrá cambiado de planes en el último minuto. ¡Qué ilusión!

—Sí, qué ilusión —repitió Trathen en un murmullo educado pero poco entusiasta.

Will no pudo evitar sonreír. No era de extrañar que al duque no le gustase alguien como Julia.

El vehículo se detuvo de golpe a unos doce metros del porche, se oyó el freno y el motor se apagó. Una mujer muy delgada, vestida con un atuendo similar al que llevaba Beatrix el día en que Will llegó a casa, los saludó tras salir de detrás del volante. La acompañaba un bulldog marrón y blanco que saltaba arriba y abajo de su asiento y que la siguió cuando salió del vehículo.

—¡Hola a todo el mundo! —exclamó, mientras se desabrochaba el guardapolvo.

—Veo que se ha traído a *Spike* —comentó Paul, consternado—. ¿No podría haberlo dejado con alguien?

—*¿Spike?* —Will miró a su amigo sorprendido por su falta de entusiasmo—. Deduzco que *Spike* es el bulldog, ¿no?

Paul asintió.

—Sí y es muy travieso.

—No, no lo es —lo contradijo Beatrix—. Lo único que pasa es que se pone nervioso cuando se le acerca un hombre.

—Pero Beatrix —dijo Trathen interviniendo en la conversación—, a los perros hay que enseñarles disciplina, educarlos para que no se pongan nerviosos; si no, pueden convertirse en un peligro. Por desgracia, me temo que lady Yardley es... —hizo una pausa— un espíritu libre, así que probablemente no se ocupa del animal. Algún día morderá a alguien, ya lo veréis.

—Pero no aquí —dijo Paul—. Si ese animal se atreve a ladrarle a Marlowe, el vizconde le dejará claro quién manda aquí. Julia tendrá que tenerlo atado fuera durante todas las vacaciones.

Dejando a un lado al perro maleducado, Will decidió que tenía que darle las gracias a Julia por haber llegado cuando él más lo necesitaba.

—Creo que iré a ayudarla con el equipaje —dijo, poniéndose en pie para dirigirse a los escalones que había al final del porche.

—Ten cuidado —le advirtió Geoff—. Si te acercas demasiado a Julia, *Spike* te morderá.

Él no le tenía miedo a los perros y se dirigió hacia el vehículo. Con unos ladridos, *Spike* le anunció a su ama que alguien se estaba acercando y consiguió que Will se detuviese a dos metros de distancia.

En cuanto Julia levantó la cabeza y lo vio, su diminuto rostro de hada mostró perplejidad.

—¿Will? —exclamó sorprendida—. ¡Cielo santo! ¿Will?

Él reanudó la marcha y el perro le enseñó los dientes.

—Espera —le ordenó Julia, lanzando el guardapolvo y las gafas sobre el asiento de cuero—. Quédate dónde estás mientras ato a mi fiera.

Pasó una correa por entre los radios de una rueda y luego enganchó el otro extremo al collar del bulldog. Luego cogió un sombrero de paja y corrió hacia él.

—¡Oh, Dios mío, eres tú! —exclamó riendo—. Creía que estaba viendo al fantasma de los agostos pasados.

—Hola, Julia —la saludó él, sonriendo.

—¡No tenía ni idea de que estuvieses en Inglaterra!

Soltó el sombrero y cogió a Will por los hombros para abrazarlo y cuando él se agachó un poco, ella se puso de puntillas para darle un sonoro beso en cada mejilla con toda la *joie de vivre* que Will recordaba. Después, se echó hacia atrás y lo contempló con detenimiento.

Will hizo lo mismo. Siempre había sentido especial afecto por la prima de Beatrix, porque era tan aventurera como él. Pero al mirarla, vio las ojeras bajo sus ojos violeta y se preocupó por ella.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Estupendamente —contestó Julia al instante y con una voz ligera que no llegó a convencerlo.

Los rumores sobre su matrimonio también habían llegado a Egipto, pero no insistió en el tema. Sabía perfectamente que Julia siempre hacía lo que le daba la gana.

—Tú tienes buen aspecto —le dijo ella, despeinándolo—. Estás tan guapo como siempre, pirata. El moreno te sienta bien. —Le cogió las manos entre las suyas—. ¡Oh, Will, me alegro tanto de verte! Va a ser como

en los viejos tiempos. Todos reunidos en Pixy Cove para pasar el mes de agosto.

Miró por encima del hombro de él hacia el porche.

—Bueno —añadió—, casi como en los viejos tiempos. —Se agachó y recogió el sombrero de paja—. Será un poco raro, ¿no?

—No, en absoluto —respondió él, asegurándose de que no dejaba de sonreír, aunque sospechó que no había conseguido engañar a Julia.

—No te preocupes —le dijo ella guiñándole un ojo mientras se ponía el sombrero—. Te haré de parachoques. ¡Querida! —exclamó, sonriendo a alguien que estaba detrás de Will.

Él miró por encima del hombro y vio a Beatrix acercándose. Se apartó para que las dos mujeres pudiesen saludarse y luego las siguió de vuelta con los demás.

—Hola, tía Gennie. —Julia saludó a Eugenia y le dio un afectuoso beso en la frente—. Sir George, lady Debenham, me alegro de verlos. Geoff, Paul... —Se detuvo y su rostro se iluminó de repente con una diabólica sonrisa—. Ah, y Aidan, claro está. Es todo un placer.

Si el hecho de que lo hubiese llamado por su nombre ofendió a Trathen, no lo demostró.

—Baronesa —murmuró, tras hacerle una reverencia de lo más tensa y formal.

—Julia, ¿te has comprado un coche nuevo? —le preguntó Geoff, mirando el vehículo que estaba aparcado en el camino.

—Sí. Es un Mercedes. Lo encargué el año pasado, después de regalarle el Daimler a Trix.

—¿Cuánto corre? ¿Lo has cronometrado?

—No hace falta —contestó—. Tiene una aguja en el panel que te dice a qué velocidad vas, se llama velocímetro. La semana pasada, durante la carrera de Niza, marcó sesenta y cinco kilómetros por hora.

—¡Sesenta y cinco! —George silbó impresionado—. ¡Vaya!

—No le veo la necesidad de viajar tan rápido —comentó Trathen.

—Eso es porque no lo has probado nunca, viejo amigo —le dijo Paul, riéndose—. Es muy divertido. ¿Te apetece una taza de té, Julia?

—No, no —contestó ella, deteniendo a Eugenia, que ya iba por la tetera —. Tengo que ir a saludar a nuestros anfitriones. ¿Están por aquí?

—Están en la casa, dando la bienvenida a otros huéspedes —contestó su tía, señalando la mansión—. La madre de Marlowe y sus hermanas han llegado después de nosotros. Lord y lady Weston han venido también en el yate de sir George. Esta semana seremos mucha gente —añadió y entonces miró a Will de soslayo, como si él no fuese una adición bien recibida.

—Excelente. —Julia se dirigió a Will—. ¿Querrías acompañarme, guapo?

—Será un placer —respondió él, tendiéndole el brazo, agradecido por poder irse de allí—. Me gusta el coche, del perro no puedo decir lo mismo, Julia. ¿Desde cuándo lo tienes?

—*¿Spike?* Oh, hace dos años. Viene conmigo a todas partes y me hace mucha compañía. Es un poco hostil con los hombres, pero no me importa. —Sonrió—. Mantiene a Yardley lejos de mí. El barón le tiene terror. No tenía ni idea de que estuvieses en casa —añadió, cambiando de tema mientras caminaban hacia la casa—. ¿Has vuelto para quedarte?

—No. Sólo estaré en Inglaterra un mes más o menos. Estoy buscando dinero para la excavación.

—Ah. Al verte he pensado... —Julia se detuvo y lo miró de reojo.

—Has pensado que había venido para impedir que Beatrix se casase con otro hombre —terminó él en voz baja.

—Algo por el estilo... Pero deduzco que no es así.

—No. ¿Debería impedírselo?

—No lo sé. ¿Deberías?

—No, definitivamente no. —Will mantuvo la vista fija en la casa que tenían delante, pero pudo sentir los ojos de ella clavados en él, así que se vio obligado a añadir—: Lo nuestro no podía ser, Julia. Creo que esta vez Beatrix ha elegido a alguien mucho más adecuado.

—Oh, sí, ha elegido muy bien —contestó, con algo parecido al sarcasmo, pero antes de que Will pudiese reaccionar, tiró de él y lo llevó hacia la parte trasera de la casa—. Sentémonos aquí un rato —le dijo, señalando un banco metálico con vistas al mar—. Me muero de ganas de

fumar, pero Emma odia el olor a tabaco y tengo por costumbre no ofender a mi anfitriona la primera noche.

Se sentaron y Julia sacó una caja de cerillas y una pitillera de plata del bolsillo de la falda.

—¿Quieres uno? —le preguntó a Will, abriendo la pitillera.

Él lo rechazó y ella cogió uno.

—Dime —empezó Will, mientras Julia guardaba el tabaco y cogía la caja de cerillas—, ¿estabas siendo sarcástica cuando has dicho que Trix había elegido muy bien?

—No, me has malinterpretado. —Se acercó el cigarrillo a los labios, sacó una cerilla y utilizó la suela de la bota para encenderla. Prendió el cigarrillo, sacudió la cerilla para apagarla y luego inhaló y exhaló el humo —. Creo que Beatrix hizo muy bien al aceptar la proposición de Trathen. Estaba dándote la razón.

Él hizo una mueca de dolor y Julia lo vio.

—Bueno, ¿qué quieres que te diga? —le preguntó, quitándose unas hebras de tabaco de la lengua con la punta de los dedos—. Quiero decir, Trathen es un poco estirado, como ya habrás observado, y terriblemente bien educado y también insiste en mantener las viejas costumbres —añadió, pronunciando las palabras con un falso acento aristocrático—. Y siempre hace lo correcto. Presta atención a la gente a la que se tiene que prestar atención, ignora a la que tiene que ser ignorada y opina que no es de buena educación saludarse con un apretón de manos a la hora del desayuno.

Dicho en otras palabras, era completamente opuesto a él.

—Pero —prosiguió Julia—, aunque quizá sea demasiado exigente, es un buen hombre. Será un buen marido para Trix.

—¿Buen marido? —repitió Will, incrédulo.

—Sí. Trathen es el epítome del perfecto caballero inglés. Es honesto, honorable, leal y sincero.

—Es un imbécil.

—Comparado contigo, quizá —asintió ella sin parecer demasiado impresionada.

—Maldita sea, Julia, ¡ese hombre la obliga a tomar caviar!

—¿En serio? —Se sentó un poco más recta—. ¡Será canalla!

—Habla en serio, por favor. Los he visto juntos y no podía creer lo que veían mis ojos. Es muy estirado y tiene aires de grandeza.

—Hay cosas peores. Es muy poderoso e influyente. No sólo es duque, como tú, sino que también tiene montañas de dinero y propiedades repartidas por todo el reino. Y siente mucho cariño por Trix.

Will empezó a deprimirse.

—Y es increíblemente atractivo. —Julia dio una calada y se detuvo unos segundos antes de añadir—: Es una lástima que sea tan aburrido como los sermones de Fordyce.

Will soltó una carcajada y se animó un poco.

Su amiga le sonrió y arrugó la nariz de un modo nada femenino.

—La verdad es que eso sólo lo digo porque me da rabia, no lo puedo evitar. Él no me soporta.

—¿Hay alguien a quien no le gusta nuestra Julia? ¡No me lo puedo creer!

—Lo digo de verdad, Will. Me temo que para Trathen yo represento todo lo que él desaprueba. Bebo, fumo y ¡oh, qué horror!, conduzco muy de prisa. Y lo que es peor, le enseñé a conducir a Trix y le regalé su propio coche. Desde entonces, ha intentado convencerla de que se deshaga del automóvil. Y, claro, eso no me ha hecho ganar muchos puntos. Bueno, también están los escándalos que he causado últimamente.

—¿Cómo bailar el fandango encima de las mesas de Maxim’s?

—¿Te enteraste de eso? —Suspiró resignada—. Vaya, mi reputación llega hasta Egipto. Mira, no tengo intenciones de convertirme en una perdida. Las cosas no están tan mal, al menos todavía no. Pero tienes razón, probablemente eso fue la gota que colmó el vaso con Trathen.

—¿Porque la noticia llegó a los periódicos?

—No, porque Aidan odia bailar. —Will volvió a reírse y ella añadió—. ¡Lo digo en serio! Odia bailar, aunque no sé por qué.

—Quizá porque lo hace sudar —sugirió él.

—¡Mi querido Will! No, seguro que no es por eso. Trathen es todo un atleta. El año pasado llegó a los cuartos de final de Wimbledon. No, creo que es porque, bajo esa actitud ducal, tiene miedo de hacer el ridículo.

Will sonrió.

—¿Estás insinuando que esa noche quieres que te ayude a quitar la alfombra del salón para organizar un baile?

Ella se rió.

—Me temo que tú y yo somos una mala influencia el uno para el otro. —Rió otra vez y dio otra calada—. Pobre Trathen, no sabe lo que le espera.

—Estoy convencido de que Beatrix saldrá en su defensa.

Will rezó por haberlo dicho con la suficiente indiferencia, pero podía sentir la astuta mirada de Julia fija en él, así que no se atrevió a enfrentarse a ella. No quería que le viese la cara en ese momento.

—Supongo que sí, aunque... —Julia hizo una pausa y hubo algo en su voz que hizo que Will la mirase—. No estoy segura de que Trathen necesite que nadie lo defienda —comentó—. Quizá sea demasiado estirado, anticuado y honorable, pero no es ningún pelele. No es nada fácil de manipular.

Will se tensó.

—¿Estás diciendo que es un déspota?

—No, no, en absoluto. No estoy diciendo eso. ¿Cómo te lo podría explicar? —Se quedó en silencio y fumó mientras lo pensaba. Cuando encontró las palabras que buscaba, volvió a hablar—: Quizá Trathen jamás será el alma de una fiesta, pero es el tipo de hombre que, citando a Tennyson, es capaz de cabalgar en el valle de la muerte con los seiscientos. La clase de hombre que se mantiene firme, como el *Invictus* de Henley, con la cabeza ensangrentada e incólume, aguantando cualquier ataque.

—Suena como si lo admirases.

—Es patético, lo sé —contestó ella, avergonzada—, y más teniendo en cuenta que él no me soporta, pero ya ves. Trathen es un auténtico *pukka sahib*, y eso es algo muy difícil de encontrar últimamente.

Will pensó en Beatrix en el *Maria Lisa*, tomando caviar y bebiendo limonada y antes de que lo pudiese evitar, formuló la pregunta que había intentado ahuyentar de su mente desde enero.

—¿Trix está enamorada de él?

—¡Qué pregunta tan indiscreta!

—¿Lo está? —insistió, a pesar de que no estaba seguro de querer saberlo y de que tampoco sabía si realmente quería oír la respuesta.

—Cielos, no lo sé. —Julia dio otra calada y miró a Will a través del humo—. ¿Acaso importa?

—¿Acaso importa? —repitió él, impactado por su actitud—. Va a casarse con él. Tú eres familiar suya, la quieres como a una hermana. ¿Crees que importa?

—La verdad es que no. El amor puede ser... algo horrible. Yo lo intenté una vez y no puedo decir que lo recomiende.

Lanzó el cigarrillo al suelo y lo apagó con la suela del zapato, luego entrelazó un brazo con el de Will y se puso en pie, arrastrándolo con ella.

—Dile a Trathen que quieres jugar a tenis con él. Por lo que he oído, siempre les da una paliza a Paul y a Geoff y Marlowe no juega, así que tú eres el único que tiene, aunque mínima, alguna posibilidad de derrotarlo. Yo te ayudaré si quieres —añadió—. Me levantaré la falda y lo distraeré enseñándole el tobillo en los momentos más oportunos.

Will se rió, recuperando su buen humor.

—¿Te apetece organizar un baile esta noche?

—No, tengo una idea mejor. Tocaremos esa música nueva que ha llegado de América, ¿cómo se llama, *ragtime*?, al piano. Y luego cantaremos canciones obscenas. Eso seguro que ofenderá su sensibilidad británica.

—Eres una entre un millón, Julia. Y el dinero te sale por las orejas. ¿Quieres casarte conmigo y financiar mi excavación para que así pueda largarme de aquí cuanto antes y volver a Egipto?

—¡Querido, pero si ya estoy casada! Y en cuanto al resto, ahora que Yardley me ha dejado sin paga, estoy hasta el cuello de deudas. Pero —añadió, mientras Will le abría la puerta— si estuvieras dispuesto a dejar que una camarera te viese salir de mi habitación en un hotel de tres al cuarto a las tres de la madrugada, entonces quizá Yardley no tendría más remedio que darme el divorcio de una vez. Y luego yo podría casarme con alguien asquerosamente rico y darte todo el dinero que necesitas.

—Eres un sol, Julia. Tendré en cuenta tu oferta.

La habitación en que instalaron a Will había sido redecorada desde la última vez que visitó Pixy Cove. Seguía teniendo los mismos muebles de cerezo, pero las pesadas cortinas de terciopelo oscuro habían sido reemplazadas por otras más ligeras y de un color más suave, las paredes estaban pintadas de blanco y la tapicería era de tonos azul marino, con notas rojas y amarillas. Will supuso que el cambio era mérito de Emma, lady Marlowe, y lo agradeció, porque ahora de los laterales de las ventanas con vistas a la costa de Babbacombe sólo colgaban delgadas tiras de gasa amarilla.

Encima de la cama se encontró con uno de sus trajes de noche recién planchados; su baúl estaba en una esquina, prueba de que Aman ya había deshecho el equipaje.

Se acercó a la ventana que estaba abierta y asomó la cabeza. El roble seguía en el lugar de siempre, entre su habitación y la de Paul, con las ramas extendiéndose hacia ambos lados. Sonrió al recordar todas las noches que había bajado por aquel árbol para ir a bañarse en el mar. A veces, Trix, Julia y las dos hermanas pequeñas de Marlowe también los acompañaban, pero a las niñas les resultaba mucho más difícil escaparse, porque no tenían un roble tan a mano. Trix, que siempre había sido la más práctica del grupo, terminó por hacerse con una escalera de cuerda y a partir de entonces, ellas también habían podido ir a bañarse de noche. Hasta que la abuela de Marlowe la pilló con la escalera y la castigó. La amenazó también con no dejarla volver a Pixy Cove el verano siguiente. Pero años más tarde, nada pudo impedir que Beatrix volviera a escaparse cada noche para hacer algo mucho menos inocente que nadar.

Imágenes de todas las ocasiones en que se había visto en secreto con ella en Danbury, en Sunderland o allí, en Pixy Cove cuando eran adolescentes; en el jardín, en el laberinto, en la bodega, en cualquier parte donde pudiesen esconderse para darse un beso, hacerse una caricia. Para Will, Trix era el único motivo por el que merecía la pena volver a casa. Ella era la única luz de su vida cada verano. Ahora era justo lo contrario, porque él seguía deseándola y no podía tenerla y su vida se había convertido en un infierno.

Cerró los ojos y aquellos recuerdos lo excitaron igual que cuando era joven. Volvió a sentir el mismo deseo que había sentido en el yate hacía un

rato. Cuando estaba a miles de kilómetros de ella, ya le costaba olvidarse de los besos y las caricias que habían compartido todas esas noches, pero ahora que la tenía tan cerca, ahora que podía mirarla a los ojos y oler su piel, ahora que ella estaba a punto de casarse con otro, era pura agonía.

Abrió los ojos y se quedó mirando la escarpada costa, las cuevas y las diminutas piscinas naturales que habían explorado juntos todos los veranos de su infancia. ¿Cómo, se preguntó sintiéndose de repente muy desesperado, cómo iba a poder soportar los próximos veintiocho días?

No podía irse. Y mientras estuviese allí no podía evitar a Trix a todas horas, y aun en el caso de que pudiese, dudaba que eso fuese a cambiar algo.

Pixy Cove no era como Egipto. Allí los recuerdos de Trix estaban por todas partes. Y, por si no bastaba con eso, también tenía que tener en cuenta su propio orgullo. Will preferiría morir antes que esconderse como un escolar asustado cada vez que la viera venir. Maldito fuera si iba a permitir que los demás supiesen lo mucho que le dolía. No, se quedaría en Pixy Cove, le costara lo que le costase y sonreiría y fingiría que se alegraba por la feliz pareja. Desempeñaría el papel que se esperaba de él, el de buen perdedor.

Algo blanco captó su atención y cuando enfocó la vista vio que era Trix caminando por el césped con su traje de viaje. Evidentemente no iba sola. Trathen estaba pegado a ella como su sombra.

Will apoyó la palma de la mano en el cristal y se recordó que Trix estaba mejor con ese otro hombre. Trathen la cuidaría y no se la llevaría a escondidas a una bodega para poder besarla, ni tampoco la acariciaría en una cueva de Babbacombe. Y mientras los observaba caminar cogidos del brazo, pensó que la satisfacción de saber que él era el único hombre por el que Trix había desobedecido las normas no era ningún consuelo.

7

BEATRIX no podía dormir. Había cambiado de postura varias veces, había contado ovejas y había intentado pensar en otras cosas. Pero todo había sido en vano. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Will en el *Maria Lisa*, mirándola junto a la barandilla. No importaba lo que hiciese, nada conseguía apartar esa imagen de su mente.

En ese instante, el rostro de él había sido como un libro abierto. Y ella le había visto ya esa mirada infinitas veces; en el otro extremo de una mesa en una cena, mientras bailaban un vals, bajo la luz de la luna en la mansión Danbury...

Deseo.

Hacía mucho tiempo que no veía a Will mirarla de ese modo y sin embargo había reaccionado al instante, había recibido el impacto de sus ojos con la misma fuerza que antes. Aidan nunca la había mirado así, como si le atravesase la ropa con la vista para poder tocar su piel y llegar incluso a su corazón y a su alma. Incluso ahora, tumbada en su cama y tratando de dormir, podía sentir la euforia por haber sido la receptora de aquella mirada, una euforia que hacía muchísimo tiempo que no sentía. Jamás conseguiría dormir.

Al final dejó de intentarlo y apartó las sábanas. Salió de la cama y se acercó a la ventana. Estaba a punto de amanecer, el mar y el cielo infinitos se extendían delante de ella mostrándole decenas de distintos tonos de gris. Pronto aparecería el dorado y el rosa y también el rojo y los rayos del sol se

reflejarían en el agua y atravesarían las pocas nubes despistadas que paseaban por allí. Sería precioso.

Corrió hacia el armario, se puso la ropa interior y luego una blusa, una falda y un sencillo delantal para no mancharse. Se recogió el pelo, se ató las botas y se paró frente a las distintas cajas que contenían sus pinturas y pinceles y que su doncella había colocado junto al escritorio y entonces volvió a mirar por la ventana.

No disponía de mucho tiempo, así que después de plantearse qué alternativas tenía, cogió una caja de madera llena de pinturas, garabateó una nota para la doncella y salió del dormitorio.

Diez minutos más tarde y con la caja colgando del hombro, descendía la escalerilla de acero que conducía a la cueva de Phoebe. Una de sus cuevas preferidas de Babbacombe, porque además era una de las más bonitas. Marlowe le había puesto ese nombre en honor de una de sus hermanas pequeñas cuando compró la propiedad, veinte años atrás.

Era una de las mejores cuevas para nadar, porque tenía una ensenada profunda y estaba rodeada por otras tres cuevas diminutas que eran ideales para explorar. La arena tenía la consistencia perfecta para construir castillos y el mar allí estaba tranquilo y era de color turquesa. Detrás de la cueva se erguían unas rocas escarpadas, formando un paisaje espectacular.

Beatrix eligió un lugar, se sentó en la arena y abrió la caja de madera sobre su regazo. Cogió los colores pastel y una hoja de papel, cerró la caja y colocó el material encima de la tapa.

Miró luego hacia el horizonte, eligió un color y se puso manos a la obra.

Trazó las primeras líneas con rapidez, ansiosa por capturar la escena antes de que el sol estuviese demasiado alto y mientras dibujaba consiguió dejar de pensar en Will. Estaba tan concentrada en su creación que logró expulsar la imagen de su rostro y del deseo en él reflejado.

Beatrix se olvidó del pasado y de cómo había sido capaz de acelerarle el pulso sólo tocándole la mano, o de hacerle latir desbocado el corazón sólo besándole el cuello, o de hacerla estremecer con sólo pronunciar su nombre.

Mientras dibujaba, fue capaz de recuperar aquella sensación de felicidad que sentía respecto a su futuro antes de que apareciese Will. Un futuro con Aidan, que no incluiría la agonía de la incertidumbre ni tampoco las oscuras

pasiones del pasado. Con su prometido, Beatrix tendría algo más duradero: amistad y cariño. Y mientras intentaba dar con la perspectiva perfecta para su dibujo, su mente también logró alcanzar la suya y se sintió tranquila y serena.

Pero entonces apareció Will y lo echó todo a perder.

—Bonito dibujo.

Beatrix se asustó al oír su voz y cuando levantó la vista, descubrió que el culpable de su insomnio estaba a escasos centímetros de distancia.

—¡Tú otra vez! —exclamó, lanzando frustrada al suelo el color pastel que tenía en la mano—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Mientras hablaba, recorrió el cuerpo de él con la mirada y se dio cuenta de que apenas iba vestido. Tan sólo llevaba una vieja camisa blanca de lino, unos pantalones cortos de hacer deporte y unos raídos mocasines de cuero. Encima del hombro le vio una toalla que respondió a su pregunta.

—Voy a darme un baño —contestó él mirándola como si fuera tonta—. ¿Por qué si no iba a estar aquí a estas horas?

Beatrix se puso en pie y observó horrorizada cómo Will se quitaba la toalla del hombro y los zapatos, para luego desabrocharse los puños de la camisa.

Se estaba desnudando, concluyó atónita, mientras él se desabrochaba también la pechera.

—Éste siempre ha sido mi lugar preferido para nadar —añadió Will—. ¿No te acuerdas?

No se acordaba o, mejor dicho, no se había acordado hasta ese preciso instante; probablemente la culpa fuera de él porque desde su regreso, el cerebro de Beatrix no parecía funcionar correctamente. Will cruzó los brazos y cogió la camisa para quitársela por la cabeza y, de algún modo, ella consiguió centrarse lo suficiente como para hablar.

—¡Para! —le ordenó escandalizada—. No puedes bañarte aquí. Ahora no. Estoy pintando el amanecer.

—¿Y? —Will se quitó la camisa por la cabeza y la lanzó al suelo—. Yo no voy a impedírtelo.

Beatrix quería contestarle, pero al ver su torso desnudo perdió la capacidad de hablar. Sabía que no debería mirarlo, pero era incapaz de

apartar la vista. Cuando era pequeña, evidentemente había visto a Will desnudo de cintura para arriba en un par de ocasiones. Entonces, Paul y él se bañaban sin camisa, pero los obligaron a dejar de hacerlo incluso antes de que a las niñas les cambiasen los vestidos cortos por las faldas largas. Debía de hacer entre quince y veinte años que Beatrix no lo veía de ese modo y tuvo que tragar saliva. El cuerpo del Will de ahora era muy distinto.

Tenía los hombros y el torso muy anchos, bronceados por el sol de Egipto, y los años que se había pasado excavando habían moldeado sus músculos hasta convertirlo en una estatua de bronce. Su torso se estrechaba hacia abajo hasta terminar en un estómago completamente plano y los pantalones le colgaban de las caderas, dejando al descubierto el hueco del ombligo y el vello oscuro que seguía por debajo. Beatrix bajó la vista un poco más y se atragantó, así que se obligó a levantar la cabeza, pero lo único que consiguió fue detenerse en los pectorales y en los pezones oscuros que se le marcaban. Era perfectamente consciente de que se estaba sonrojando.

—Tú no... —Se detuvo y las palabras se le quedaron atrapadas en su garganta. No podía dejar de mirarlo y el rubor que había empezado en las mejillas se le estaba extendiendo por todo su cuerpo—. Estamos solos.

—¿Solos? Trix, ¿cómo puedes decir eso? ¿Qué me dices de las hadas? —Se agachó para coger la camisa, desdobló una manga y extrajo un pequeño objeto metálico de entre los pliegues de la tela—. Incluso me he acordado de traer una prenda.

Levantó un diminuto y resplandeciente alfiler, un regalo para las hadas, para que no les lanzaran ningún hechizo. El mito que aseguraba que si dejaban un obsequio para las hadas, éstas no los encantarían, formaba tanto parte de su infancia como ir a nadar a las cuevas o comer helado o escabullirse en mitad de la noche. Pero esa mañana Beatrix se había olvidado de llevarles una prenda y se preguntó entonces si lo que le estaba pasando era que la habían hechizado. Porque si no, no comprendía por qué le latía tan rápido el corazón ni por qué parecía incapaz de razonar.

Will se movió para volver a clavar el alfiler en el puño de la camisa y ella consiguió respirar hondo, recuperar el sentido común y recordarse a sí misma que ya no creía en cuentos de hadas ni en el mito del amor eterno. Y

que su incapacidad para razonar no tenía nada que ver con lo sobrenatural, sino con el hombre medio desnudo que tenía delante.

—¡Las hadas no cuentan!

Él fingió compadecerla con la mirada.

—Eso queda dicho por tu cuenta y riesgo. Sería una lástima que tu preciosa naricita se convirtiese en una salchicha por decir esas cosas.

Beatrix lo miró exasperada y no se dejó convencer por sus halagos ni por sus tonterías.

—¡Lo que quería decir es que las hadas, si existen, y sé que no, no cuentan como carabinas! No puedes bañarte aquí mientras yo estoy pintando.

—¿Ah, no? —Sus ojos verdes brillaron con picardía y Will esbozó su sonrisa de pirata mientras volvía a lanzar la camisa al suelo—. Ahora verás.

—Pero ¡no es apropiado! —exclamó ella, dándose media vuelta al ver que él pasaba por su lado en dirección al agua.

—Al diablo con lo apropiado. Un reto es un reto.

Los pasos de Will no titubearon ni un segundo y Beatrix se quedó embobada mirándole la espalda mientras entraba en el mar. Él caminó hasta que el agua le llegó a medio torso y luego estiró los brazos, agachó la cabeza y se sumergió, desapareciendo de la vista.

Ella no esperó a que emergiera para empezar a guardar sus cosas. Aquella situación era de lo más inapropiada y no tenía intenciones de seguir allí cuando él volviera a la arena. Para cuando Will sacó la cabeza del agua, Beatrix ya había reordenado las pinturas y cerrado la caja. Él nadó en dirección contraria a donde estaba ella, adentrándose en el mar.

Beatrix se puso en pie, se colgó la caja del hombro y, con su dibujo a medio terminar en la mano, se dirigió hacia la escalerilla. Su objetivo era irse de allí antes de que Will se diese cuenta, pero había dado apenas una docena de pasos cuando le gritó:

—Estás volviendo a huir.

Ella se detuvo en seco y al mirar por encima del hombro, lo vio encima de una de las rocas que había más allá de la costa. Estaba mirándola, con los pantalones pegados a los muslos como si fuesen una segunda piel y tan quieto que su cuerpo parecía una extensión de la roca, un dios marino

esculpido por un artista del pasado. A pesar de que estaba demasiado lejos como para verle los ojos o adivinar su expresión, Beatrix supo que la estaba mirando de la misma manera que la había mirado el día anterior en el yate.

El deseo de Will tiraba de ella con la fuerza de una marea y amenazaba con ahogarla.

Se estremeció, le dio la espalda y subió la escalerilla tan rápido como pudo. Evidentemente, Will tenía razón. Estaba huyendo de él, pero esa vez no tenía intenciones de dejar de hacerlo. Aunque hubiesen pasado seis años, seguía haciéndole latir desbocado el corazón y conseguía nublarle la mente con la menor provocación. Incluso en ese momento, podía sentir el influjo de su deseo, pero él no era el hombre con el que iba a casarse. Así que lo único que podía hacer era escapar.

Will tuvo que hacer treinta y ocho largos en la cueva de Phoebe para enfriar la lujuria que ardía por todo su cuerpo. La misma que lo había asaltado el día anterior en el yate y que lo había torturado durante toda la cena. La que lo había mantenido en vela toda la noche y lo había obligado, desesperado, a ir a bañarse al mar por la mañana. Y todo para acabar dándose de bruces con la culpable de su tormento. Él había elegido aquella cueva porque era su lugar preferido de Pixy Cove. Maldito fuera por no haberse acordado de que también era el lugar preferido de Trix.

Evidentemente, la había visto antes de bajar la escalerilla, pero había bajado de todos modos, decidido a acercarse igual que las moscas a la miel, incapaz de dejar escapar la posibilidad de estar a solas con ella, sin nadie cerca que pudiese ver lo que estaba sintiendo.

Sabía perfectamente que había sido muy maleducado con Trix. Se había desnudado delante de ella y se había burlado de su preocupación, más que legítima, por la falta de carabina. Pero maldición, quería que Trix sintiese algo de lo que él sentía. Quería que ardiese de deseo igual que él, que aquello le doliese tanto como a él. Y lo consiguió al menos un poco, porque, cuando se fue, estaba tan sonrojada como una amapola y lo miraba como si nunca antes hubiese visto a un hombre desnudo.

Lo que probablemente era verdad, pensó Will mientras se sumergía en el agua para dar una voltereta debajo y cambiar de dirección. Él sabía que no se había quitado la camisa delante de ella desde que era un niño y no podía imaginarse a Trathen haciéndolo.

Trix había llevado una vida muy protegida. Maldición, si ni siquiera la habían dejado ir a Italia porque su padre estaba obsesionado con que el ambiente artístico y las estatuas de hombres desnudos la corromperían y no querría volver a casa. En realidad, el difunto conde tenía miedo de que resultase ser como su madre.

Después de dos largos más, Will sintió que había recuperado el control de su cuerpo y de sus emociones, al menos lo suficiente como para poder sentarse a la misma mesa que Trix y desayunar sin temor a que el deseo que sentía le prendiese fuego. Salió del agua, se secó con la toalla y se puso la camisa. Con la toalla empapada colgándole del hombro, se dirigió a la escalera.

Estaba a mitad de camino cuando se acordó de que no había dejado la prenda para las hadas. Se detuvo a pensarlo y segundos después bajó los escalones que acababa de subir y cruzó la arena hasta llegar a una de las cuevas.

Cuando entró, parpadeó varias veces para ajustar la vista y luego miró a su alrededor en busca del jarrón que Marlowe había colocado allí para ese menester. Tenía que estar en alguna parte, pues en todas las cuevas de la propiedad siempre había uno como mínimo.

Lo buscó durante varios minutos y cuando empezaba a creer que su memoria lo estaba engañando, lo vio escondido entre las rocas de una pared, justo por encima de la marca del nivel del mar. Trepó hasta allí, buscó la aguja que se había guardado y, cogiendo el tarro de cristal de la estantería natural en la que estaba, echó la aguja dentro. Cayó encima de un montón de botones de metal, trozos de cristales de colores y horquillas oxidadas... prendas que Trix, él y docenas de otros niños les habían dejado a las hadas a lo largo de los años para asegurarse su protección. Sonrió y volvió a dejar el tarro en el mismo lugar donde lo había encontrado.

Evidentemente, Will ya no creía en las hadas, pero era la tradición. Además, si quería sobrevivir lo que quedaba de mes sin volverse loco,

necesitaba toda la ayuda que pudiese conseguir.

A lo largo de los días siguientes, Beatrix se esforzó muchísimo para evitar a Will, con la esperanza de que así conseguiría quitarse de la cabeza el encuentro en la playa, pero no le resultó fácil. Daba largos paseos con Aidan, o cogía el coche con Julia para ir de compras a Torquay. O bien pasaba tiempo con Emma, hablando de los hijos de ésta, Ethan, Robert y la pequeña Ruthie, y soñando con los días venideros en los que tendría sus propios hijos. Gracias a todas esas distracciones, consiguió evitar a Will.

Pero por la noche era mucho más difícil. Por fortuna, el lugar que le habían asignado en la mesa estaba en el otro extremo del de él, pero después de comer, cuando los niños iban a acostarse y los adultos pasaban al salón, ya no había escapatoria posible. La tercera noche después de su llegada, lord Weston sugirió jugar una partida de *bridge* remate, una nueva versión del juego de cartas y Beatrix aceptó encantada. El *bridge* remate era tan complicado que seguro que no tendría tiempo de pensar en el hombre que estaba en el otro extremo del salón, ni en el aspecto que tenía sin camisa.

Formaron las parejas y a ella le tocó con Aidan para jugar contra lord y lady Weston. Repartieron las cartas y empezaron la partida, pero Beatrix sólo consiguió aguantar dos manos antes de desviar la vista hacia el piano, donde Will estaba sentado con Julia. Estaban tocando un dueto y la hermana de lord Marlowe, Phoebe, les pasaba las páginas de la partitura.

Igual que el resto de los invitados, llevaba un traje negro de noche, pero ella seguía recordándolo como lo había visto esa mañana. No había pasado nada, se recordaba una y otra vez, pero cada vez que miraba a Will, en su mente veía su piel bronceada y sus músculos esculpidos y se sonrojaba sintiéndose culpable.

Había hecho mal, muy mal, en quedarse allí de pie mientras él se desnudaba, y cada vez que lo pensaba se reprendía por ello. Tendría que haberse ido en cuanto se percató de su presencia. Debería haber cogido sus cosas e irse de allí. Y no haberlo hecho, no haberle dado la espalda, era algo que no tenía excusa.

Aunque no todo era culpa de ella. Will también era responsable por haberle dado ese espectáculo a una dama. Beatrix sabía que lo había hecho adrede para provocarla, para desconcertarla, pero aun así no conseguía aplacar su conciencia.

—¿Beatrix?

—¿Sí? —Volvió a centrar su atención en la mesa y se dio cuenta de que Aidan le había dicho algo—. Perdona.

—Te toca.

—Claro. Lo siento. —Se frotó la frente y, con una sonrisa, se inventó una excusa para justificar el despiste—. Estoy acostumbrada a jugar al *whist*. El *bridge* remate es muy nuevo para mí. Ah, veamos... tres de corazones.

Después de ella le llegó al turno a lord Weston, que estaba sentado a su izquierda, y luego a Aidan, después a Lucy, lady Weston, que estaba a la derecha de Beatrix. Repartieron de nuevo, eligieron los triunfos y empezaron a jugar. Beatrix intentó concentrarse en la partida, pero a pesar de sus deseos, su atención se disipó apenas unos minutos después de comenzar y no pudo hacer nada para evitar fijarse de nuevo en el hombre que estaba en la otra punta del salón.

En un par de sofás cerca de ella estaba su tía junto con lady Debenham, la madre de Marlowe, Louisa, y su abuela, Antonia. Seguro que estaban chismorreando. De pie, no muy lejos, se encontraba la otra hermana de Marlowe, Vivian, espectacular con uno de los últimos diseños que había confeccionado para Vivienne, su tienda de alta costura. Emma, lady Marlowe, estaba sentada cerca de su cuñada, remendando una diminuta prenda color rosa. Probablemente sería un vestido de Ruthie.

—Es increíble lo mayor que se ha hecho Ruthie —dijo Vivian como si le hubiese leído a Beatrix el pensamiento—. ¡Incluso camina! —exclamó, mirando el vestido que Emma tenía en las manos—. Antes, cuando Beatrix y yo la hemos visto dar unos pasitos, no nos lo podíamos creer. ¿A que no, Trix? —Levantó la vista hacia la mesa en la que estaban jugando a cartas.

—No —convino ella—. Pero ha sido muy bonito.

Sonrió y recordó la escena que Vivian y ella habían presenciado esa misma tarde. Emma estaba de rodillas en el césped, con los brazos abiertos

y sujetando los dedos de la pequeña mientras ésta se tambaleaba sobre sus piececitos y daba tres pasos antes de caerse de culo sobre la hierba.

Sintió una punzada de anhelo. Anhelo por el día en que ella estaría así, de rodillas en la hierba, ayudando a su hijo o hija a aprender a caminar.

Beatrix no recordaba una época en la que no hubiese soñado con tener hijos. Incluso cuando era pequeña y jugaba con sus muñecas creía que algún día, Will Mallory se casaría con ella. La sonrisa se desvaneció en sus labios. Igual que las hadas, esos sueños tampoco eran reales.

—Ruthie está preciosa, Emma —dijo Julia desde el piano—. Tiene el pelo tan bonito como tú. Y los ojos azules de Harry. Será una belleza. Su papá tendrá que andarse con ojo.

Marlowe, que estaba jugando al *bridge* remate con Geoff, Paul y sir George en otra mesa, apartó la vista de las cartas durante un segundo.

—Tengo intención de vigilarla muy de cerca. Después de que cumpla trece años, no volveré a dejarla salir de casa.

—¡Harry! —lo riñó Emma, riéndose.

—¿Y cómo piensas conseguirlo, Marlowe? —le preguntó Julia tocando unas teclas sin seguir ninguna melodía—. ¿Vas a encerrarla en el desván para que así no conozca a ningún joven descarriado?

—Eso es exactamente lo que tengo pensado —contestó Marlowe decidido, antes de volver a concentrarse en la partida.

Beatrix miró a Will y, mientras observaba sus anchos hombros, pensó que quizá Marlowe había encontrado la solución. ¿Y si se encerraba a sí misma en el desván hasta que Will volviese a Egipto?

Él estaba mirando las partituras con Julia y entre los dos estaban decidiendo cuál iban a tocar a continuación. De repente, levantó la vista y la pilló mirándolo.

Esbozó su sonrisa de pirata y ella sintió como si le atravesase el corazón. Se quedó sin aliento y apartó la vista.

En la mesa, Aidan estaba barajando las cartas para la próxima partida, pero no estaba concentrado en lo que hacía. En vez de eso, tenía la mirada fija en la pareja sentada frente al piano. En contraste con el rápido movimiento de sus manos, su atractivo rostro se mantenía impasible e impenetrable. Como si hubiese notado que Beatrix lo estaba mirando,

volvió la cara hacia ella y, de repente, Beatrix se sintió como si llevase una enorme letra escarlata cosida en el pecho.

Cuando Aidan empezó a repartir las cartas, suspiró aliviada y se esforzó por mantenerse concentrada en el juego. No levantó la vista durante toda la partida, pero seguía resultándole prácticamente imposible llevar la cuenta de las cartas que se jugaban, parte fundamental del *bridge*, y gracias a ello, los Weston ganaron la partida.

—Ya está —dijo Weston cuando su esposa hizo la última jugada—. Hemos ganado. Muy bien jugado, Lucy —la elogió mientras Aidan anotaba los puntos.

—Oh, toquemos ésta —exclamó Julia en voz alta—. *The Maple Leaf Rag*.

Beatrix vio que la mirada de Aidan se endurecía y que hacía un esfuerzo por tener paciencia. Estaba claro que no le gustaba la música que Julia había elegido, pero no dijo nada ni tampoco le pidió que la cambiase por otra. Hacerlo sería de mala educación y él nunca era maleducado.

—... y dos, y tres, y cuatro —contó Will antes de empezar a tocar la pieza con Julia, pero sólo llevaban cuatro compases cuando ella tuvo un ataque de risa.

—Espera, Will, espera —dijo—. ¡Vas demasiado rápido! No puedo seguirte.

«Espera, Will. Yo también quiero ir con vosotros.»

A pesar de la música frenética del piano y de las conversaciones que había a su alrededor, Beatrix oyó en su mente esa frase del pasado. La había dicho ella cuando era pequeña, una tarde que estaba sentada en un murete de piedra del jardín, mirando el camino que conducía a Danbury y esperando que Will regresase de montar a caballo con Paul.

Esperarlo era la historia de su vida.

Miró a la pareja que estaba riéndose en el otro extremo del salón y los observó tocar el piano a toda velocidad. Consiguieron tocar unos compases más antes de estropear la melodía y entonces se apoyaron el uno en la espalda del otro y se desternillaron de risa.

Le dolía mirarlos, pero era incapaz de apartar la vista.

—¡Oh, cielos! —suspiró Julia agotada, descansando la mejilla en el hombro de Will—. La próxima vez que toquemos esta melodía, traeré el metrónomo para mantenerte a raya.

—¿Qué dices? —contestó Will—. Los metrónomos son para cobardes.

Julia levantó la cabeza y echó sus rizos negros hacia atrás.

—Como tú digas, pero ¿te importaría darles un descanso a mis dedos y tocar la próxima partitura más despacio?

—Vaya, vaya —masculló Aidan, pero cuando Beatrix lo miró, él dejó de observar a la pareja del piano y volvió a centrar su atención en las cartas.

Tenía los labios apretados, como si estuviese molesto consigo mismo por haber hecho ese comentario.

—¿Por qué no nos cantas algo, Julia? —sugirió Phoebe, inclinada sobre el hombro de Will—. Tienes una voz muy bonita.

—Sí, vamos —la animó Vivian con la boca llena de alfileres. Se los quitó para añadir—: Esas canciones modernas son muy divertidas.

—De acuerdo, ¿qué os parece ésta?

Sin ayuda de partitura, empezó a tocar otra melodía. Y cuando empezó a cantar en un tono jocoso y a contar la historia de un tal Bill Bailey que no podía volver a casa, Aidan se puso en pie y miró a Beatrix desesperado.

—¿Te gustaría dar un paseo por el jardín? —le preguntó—. Hace una noche preciosa.

Ella se quedó petrificada mirándolo, se sentía tan culpable que terminaría por delatarse. No podía ir a pasear con él como si no hubiese sucedido nada. No podía estar con Aidan mientras en su mente no dejaba de ver el torso desnudo de Will.

—No —respondió mirando el reloj de pared—. Creo que iré a acostarme. Son las doce y cuarto y, además, yo... —Se interrumpió pues no quería contarle que se había pasado las últimas noches sin dormir—. Me duele la cabeza —improvisó.

Él asintió, pero Beatrix notó que la miraba fijamente y su escrutinio la hizo sentir peor.

—Si te duele la cabeza —dijo—, será mejor que vayas a acostarte.

—Sí. —Se obligó a sonreírle—. Estoy segura de que mañana estaré fresca como una rosa.

Se puso en pie y se despidió dándoles las buenas noches a todos, pero cuando se dirigió a la puerta del salón, Aidan la siguió.

—Te acompaño a la escalera —dijo, saliendo con ella al pasillo—. Iré a tomar el aire un rato —añadió, al sentir la necesidad de explicarse.

Se detuvieron al llegar al rellano de la escalera. Ninguno de los dos dijo nada y el silencio, a diferencia de lo que era habitual entre ellos, resultó incómodo.

—Beatrix —empezó Aidan, pero ella lo detuvo, temerosa de lo que pudiese preguntarle.

—Hace una noche preciosa —dijo—. Lamento no encontrarme bien para salir a pasear contigo. Quizá otra noche...

—Beatrix —repitió él con voz firme y cuando le cogió las manos, Beatrix temió lo peor—. Llevamos nueve meses prometidos y sólo te he besado una vez.

Parpadeó atónita. De todas las cosas que había imaginado que iba a decirle, ésa ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

—Cierto —murmuró, preguntándose por qué Aidan sacaba ese tema precisamente en ese momento.

—He limitado mis muestras de afecto porque sé que es lo que se espera de un caballero. Pero quizá... —se detuvo y tomó aire, desvió la vista por el pasillo hacia el salón y luego volvió a mirarla—, quizá he cometido un error.

«Oh, Dios», pensó desesperada, Aidan iba a besarla. Se sintió todavía más culpable.

Él le soltó las manos y le acarició el rostro.

—Un error que estoy decidido a enmendar.

Antes de que ella pudiese pensar una respuesta, Aidan agachó la cabeza y atrapó sus labios con los suyos.

Beatrix esperó a que sucediese algo, rezó desesperada para que la pasión se avivase, pero lo único que sintió al tener sus labios encima de los de ella fue calor. Era como tener una bolsa de agua caliente en los pies, o sujetar una taza de té recién hecho en las manos. Era agradable y reconfortante, pero no demoledor.

Abrió los ojos y vio que Aidan los tenía cerrados y se quedó mirando sus pestañas castañas descansando encima de sus mejillas con la misma atención que miraría... bueno... un campo de hierba. Eran unas pestañas bonitas, rectas y espesas, de color oscuro, muy atractivas.

Pero, pensó preocupada, seguro que la otra única vez que la había besado, la noche en que aceptó casarse con él, ella no se había quedado mirándole las pestañas, ¿no? Aquel beso no había sido como ése, ¿no? Era imposible que sólo hubiese sido cálido y agradable. Tenía que haber sido un beso con más sentimiento. Tenía que haberlo sido.

Aidan le separó los labios para profundizar el beso y Beatrix se lo permitió. Y cuando la rodeó con los brazos y la atrajo hacia él, ella intentó recordar lo que había sucedido nueve meses atrás, cuando aceptó su proposición de matrimonio.

De lo único que consiguió acordarse, antes de que Aidan se apartara, fue de que sus besos no se parecían en nada a los de Will. Vio que él iba a abrir los ojos y cerró los suyos. Esperó a que apartase los brazos y luego los abrió. El atractivo rostro de Aidan mantenía la seriedad de siempre, pero en su expresión Beatrix vislumbró deseo.

Deseo físico.

Ella había visto esa misma expresión en Will, aunque en realidad no eran idénticas porque no la estaban afectando del mismo modo.

Deseó que se la tragase la tierra. Quería coger a Aidan del cuello y volver a besarlo y obligarse a sí misma a sentir algo. Quería darse media vuelta y anular la boda, encerrarse en el desván, entrar en un convento.

Al final, no hizo ninguna de esas cosas. Y cuando Aidan le dio las buenas noches, ella le sonrió, a pesar de que no fue una sonrisa sincera, porque no sentía alegría, sino un pánico abrumador.

No era el beso lo que era distinto, era ella. Beatrix sabía que la noche en que Aidan le había pedido matrimonio había sentido algo. Pero ¿había sido pasión o sencillamente la ilusión de tener una segunda oportunidad en el amor? Fuera lo que fuese, ese sentimiento se había convertido en nada por culpa del regreso de su primer amor. Dos meses antes de su boda.

Se dio media vuelta antes de que la astuta mirada de Aidan descifrase su expresión y se diese cuenta de lo culpable que se sentía. Subió la escalera y

caminó despacio hasta estar completamente segura de que él ya no podía verla, y entonces corrió hacia su dormitorio.

Sana y salva en su habitación, cerró la puerta y se apoyó en ella para recuperar el aliento. Cuando su doncella fue a ayudarla a cambiarse, vio que la chica estaba preocupada y llegó a la conclusión de que Lily podía ver lo que se le había escapado a Aidan.

—¿Va todo bien, señorita?

Ella se apartó de la puerta.

—Sí, Lily, gracias. Sólo me duele un poco la cabeza. Me gustaría acostarme.

La doncella le cepilló el pelo y la ayudó a quitarse el vestido de noche y Beatrix dejó sus temores a un lado y se puso a pensar. Era ridículo que hubiese cambiado tanto en los últimos nueve meses, se dijo. Y todavía lo era más creer que Will era el responsable. ¿Por qué? ¿Porque se había quitado la camisa? Eso era absurdo.

¿O no?

Cuando Lily se fue y la dejó acostada en la cama, Beatrix, gracias a Dios, ya no sentía tanto miedo. Pero en el lugar que antes ocupaba el pánico ahora había algo mucho más profundo y difícil de dominar: la incertidumbre.

Intentó decirse que todo era culpa de Will, si él no hubiese vuelto, el beso de Aidan habría conseguido provocarle una reacción más intensa. Al fin y al cabo, cuanto más tiempo pasaba, más cariño sentía por su prometido. Y seguro que pronto experimentaría una ardiente pasión por él, o eso esperaba.

Suspiró exasperada y se tumbó de lado. A pesar de que tenía los ojos cerrados, no podía acallar las dudas que susurraban en su mente. Y odiaba a Will por ello. Lo odiaba por haber vuelto a casa y por haber reavivado las llamas de un amor que ya se había extinguido. Lo odiaba a pesar de que sabía que no tenía derecho a odiarlo. Ella era la dueña de sus sentimientos. Ella era responsable de los mismos y de sus consecuencias.

Había amado a Will durante mucho tiempo y con absoluta desesperación. Sin embargo, ahora, siempre que pensaba en todos los años que había pasado sin él, en todo el tiempo que había malgastado aferrada a

la idea de que cambiaría de opinión y volvería a casa, lo único que sentía era alivio de que esos días hubiesen llegado a su fin.

Beatrix había madurado y había dejado atrás esos sueños infantiles en los que Will la amaba demasiado como para vivir sin ella. Ahora ya sabía que no se convertiría en un hombre responsable con el que podría compartir su vida, en alguien con quien podría contar. Por fin había asumido la realidad y tenía ganas de darse de bofetadas, porque le había bastado con verlo sin camisa para volver a comportarse como una completa idiota.

Will no había vuelto porque se hubiese enterado de su noviazgo y se hubiese dado cuenta de que había cometido un terrible error. No había vuelto para reconquistarla ni nada por el estilo. Según Paul le había contado, su regreso no tenía nada que ver con ella, sino con su maldita excavación. Pero aun en el caso de que hubiese vuelto por ella, no importaría. Era demasiado tarde. Los dos habían seguido caminos muy distintos y él ya no tenía nada que ofrecerle. Excepto el breve y delicioso instante de felicidad que le causaban sus sonrisas y el ardiente deseo que sentían el uno por el otro. Pero eso no era suficiente. Nunca lo había sido y nunca lo sería.

El deseo no duraba para siempre. El cariño, el afecto, la amistad, tener una misma visión del futuro, ésos eran los valores que sustentaban un matrimonio a lo largo de décadas. Las pasiones eran pasajeras y, al final, vacías.

Beatrix lo sabía por experiencia. Su propia madre se había dejado llevar por la pasión y cuando ésta se extinguió, su amante la abandonó y ella murió sola, triste y sintiéndose muy desgraciada.

Pensó en las parejas que conocía y que parecían felices: lord y lady Marlowe, por ejemplo, y lord y lady Weston. No sólo formaban buenos matrimonios, sino que también se los veía felices juntos. Y quizá incluso sintiesen pasión el uno por el otro, ella no lo sabía, porque nunca nadie hablaba de esos temas, pero sabía que eran cariñosos y que se tenían afecto, que eran amigos y que compartían una misma visión de la vida.

Beatrix era consciente de todas esas cosas. Las había analizado hasta la saciedad. Se había pasado noches en vela dándoles vueltas. Cuando Aidan se le declaró, estuvo tres días meditando todas las posibles consecuencias

antes de aceptar. Después de guiarse por el corazón durante años, por fin había escuchado los dictados de su cerebro. Y el beso que se dieron para celebrar el compromiso había sido muy distinto a los que ella había compartido con Will. Y, sin embargo, no había cambiado de opinión. Había seguido adelante con su vida, había tomado una decisión. Ya no tenía sentido seguir pensando en ello.

No tenía intención de echarse atrás. No había ningún motivo para hacerlo y, además, jamás podría hacerle daño a Aidan. En los doce meses que hacía que lo conocía, había llegado a sentir un genuino afecto por él y lo quería tanto como si fuese de la familia. Además, ella sabía lo doloroso que era que te rompiesen el corazón. Beatrix preferiría cortarse un brazo antes que dejarlo plantado ante el altar, tal como Will había hecho con ella.

Cerró los ojos, pero en cuanto lo hizo, la imagen de Will apareció en su mente. Su piel bronceada, sus músculos bien definidos, sus ojos verdes llenos de deseo. Suspiró mortificada y volvió a abrir los ojos. Se tumbó de espaldas y miró al techo, furiosa.

Se negaba a permitir que un estúpido —e indecente— incidente le arrebatase el sentido común. Y aun en el caso de que ver a Will sin camisa hubiese mandado a su cerebro de vacaciones, ¿qué haría cuando él regresara a Egipto? Ella volvería a ser la de siempre y no ese manojo de nervios que no sabía lo que quería ni lo que pensaba.

Respiró hondo y se esforzó por encontrarle la lógica a todo aquello. Lo que estaba sintiendo en esos momentos eran los típicos nervios de antes de la boda. Sólo faltaban dos meses y todas las novias tenían dudas de último momento, como si... como si se estuviesen conformando con menos de lo que se merecían. Seguro que todas pensaban que si no se casaban, si seguían esperando, terminarían por encontrar a un hombre mucho mejor, mucho más maravilloso e increíble que el que iba a convertirse en su esposo.

Era ridículo. ¿Acaso ella no había esperado ya lo suficiente? ¿Y cómo se atrevía a pensar que casándose con Aidan se estaba «conformando»? Aidan era un duque y un hombre muy rico, poderoso e influyente. Era guapo, inteligente, honorable y considerado. ¿Qué más podía pedir una mujer?

Enumerar las virtudes de su prometido la hizo sentir todavía más desgraciada. Se acurrucó hecha un ovillo y las dudas y los temores que había creído derrotar años atrás volvieron a inundarla. Y tuvo ganas de llorar.

8

SI Will había creído que las hadas, o cualquier otro ser con poderes mágicos, iban a ayudarlo a sobrevivir esas semanas, se estaba llevando una gran decepción. La noche que acababa de terminar había sido tan difícil de superar como las anteriores.

Día tras día, fingía no tener ningún problema por estar en la misma habitación que su primer amor. Pero desempeñar el papel de caballero despreocupado mientras ella estaba con otro hombre le estaba costando mucho, a pesar de que sabía que hacer otra cosa no le serviría de nada. Julia le había seguido el juego de maravilla —ella tenía sus propios motivos para actuar de ese modo—, pero a pesar del apoyo de su amiga, a Will las veladas se le hacían interminables.

Y ésa en particular había sido la peor de todas. La tensión había llegado a puntos insostenibles y cuando el reloj dio la una y la reunión se disolvió, se sintió profundamente aliviado, pero cuando los invitados empezaron a retirarse a sus respectivas habitaciones, notó que no tenía ganas de acostarse. A pesar de que llevaba despierto desde el amanecer, todavía estaba demasiado nervioso para dormir.

Corrió a buscar a Julia, que ya estaba a mitad de la escalera, le pidió un cigarrillo y una cerilla y salió fuera. Las lámparas del salón y del despacho todavía estaban encendidas e iluminaban el suelo de caliza de la terraza, bañándolo con una luz incandescente.

Will caminó hasta la barandilla que había al final de la terraza para evitar que nadie se cayese al precipicio, encendió el cigarrillo, apoyó los

codos en la barandilla y se quedó mirando el mar. La luna brillaba en la distancia y el mar estaba tan tranquilo que parecía una laguna, a pesar de que podía oír cómo debajo de él las olas chocaban contra las rocas. A su espalda resonaban distintas voces dándose las buenas noches a través de puertas y ventanas abiertas.

—Ah, Sunderland, veo que todavía no te has ido a la cama.

Will se enderezó y, al volver la cabeza, se encontró con Marlowe saliendo por la puerta del despacho.

—No, señor —contestó él, dándose media vuelta al ver que el hombre cruzaba la terraza en su dirección.

—Ya no tienes que llamarme señor, Will —le recordó con una sonrisa —. Ya no eres un niño. Además, tu título es superior al mío.

Él le devolvió la sonrisa.

—Siempre lo ha sido —le recordó—, pero es la fuerza de la costumbre. Supongo que me pasé demasiados veranos en Pixy Cove bajo tu supervisión.

—Querrás decir bajo el ojo avizor de Antonia. —El vizconde se colocó a su lado en la barandilla.

—Tu abuela es una mujer temible. Quizá yo ahora sea duque, pero cada vez que me mira a través de sus impertinentes, aún me siento como un niño de diez años al que han pillado haciendo una travesura. —Levantó el cigarrillo—. No tengo más —le dijo—, pero no me importa compartirlo.

Marlowe rechazó el ofrecimiento.

—No, gracias. Emma odia el olor a tabaco, así que lo dejé hace mucho tiempo.

—Supongo que hiciste bien. Yo fumo de vez en cuando, pero intento no convertirlo en una costumbre. Todos los trabajadores de la excavación fuman como carreteros y he observado que los que fuman más son también los que tosen más y los que respiran con más dificultad. Me temo que fumar tiene un efecto nocivo en los pulmones.

—Háblame de tu excavación. Estás buscando la tumba de un antiguo faraón, ¿no?

Aquélla era la ocasión que Will estaba esperando. Le habló a Marlowe de Tutankamon, del trabajo que estaban llevando a cabo, de los

descubrimientos que habían hecho, de las pruebas que indicaban que estaban excavando en el lugar adecuado.

Cuando terminó de hablar, el vizconde estaba sonriendo.

—Tu entusiasmo es contagioso, Will. Me has hecho tener ganas de coger a Emma y llevármela de travesía por el Nilo con una *dahabiyeh* sólo para ver el Valle de los Reyes y el lugar en el que estás trabajando. —Apoyó una cadera en la barandilla y se cruzó de brazos—. Danbury me ha dicho que necesitas un patrocinador.

—Sí. Yo he financiado la excavación durante los últimos años, pero...

No terminó la frase, consciente de que confesar que estaba arruinado por culpa de su búsqueda no iba a ayudarlo a convencer a Marlowe de que invirtiese en ella. Sin embargo, el vizconde era lo suficientemente astuto como para deducirlo por sí solo.

—Pero te has quedado sin dinero. —Marlowe terminó la frase por él.

Will dio una calada sin saber muy bien si le escocía más el humo en los pulmones o las palabras de Marlowe. Supuso que no serviría de nada negar lo evidente. Exhaló y asintió para confirmarle sus sospechas.

—Tenemos intención de retomar la excavación el próximo otoño, como cada año, pero si no encuentro patrocinador, no podré volver a casa. Tendré que quedarme aquí hasta que consiga el dinero.

—¿Consideras Egipto y no Inglaterra como tu casa?

—¿Y por qué no? —respondió él como si nada, pero desvió la vista hacia el mar para que el otro hombre no pudiese verle la cara—. Dios sabe que aquí no hay nada para mí.

—¿Nada?

Una imagen de Beatrix saliendo del salón cogida del brazo de Trathen se apareció en su mente.

—Nada por lo que valga la pena quedarme —especificó antes de dar otra calada—. Supongo que nunca lo ha habido.

—Comprendo. —Marlowe se apartó de la barandilla—. Seré sincero contigo, Will. A pesar de que tu entusiasmo es de verdad contagioso, yo no soy egiptólogo y, aunque probablemente me gustaría ir de crucero por el Nilo, la arqueología jamás me ha gustado demasiado.

El optimismo de Will, que ya estaba en niveles muy bajos, se desinfló un poco más y empezó a prepararse para escuchar lo que iba a ser una negativa.

—Sin embargo, me interesa mucho vender periódicos —prosiguió el vizconde— y mis lectores sienten auténtica pasión por todo lo relacionado con Egipto. Los artículos de Petrie son extremadamente populares. Y si llegases a encontrar la tumba de Tutankamon y resultase ser tan espectacular como crees, la noticia correría por todo el mundo como la pólvora. Teniendo eso en cuenta, creo que podría interesarme patrocinarte. Siempre que cumplieses con ciertas condiciones, claro está.

Will empezó a sentirse un poco más optimista.

—¿Qué condiciones?

—*La Gaceta Social* u otro de mis periódicos te patrocinará, pero a cambio quiero que me cedas el derecho en exclusiva de publicar las imágenes y los artículos sobre todo lo que encuentres.

—Tendré que consultarlo con Howard Carter. Es el inspector general de las antigüedades egipcias y le corresponde a él autorizarlo.

—Si encontráis a Tutankamon, los periódicos de todo el mundo querrán la noticia. Yo quiero ser el primero. Quiero a uno de mis reporteros y a uno de mis fotógrafos en la excavación desde el primer día; no se quedarán en el hotel esperando que les digáis qué pueden publicar. Y también quiero los derechos en exclusiva para publicar cualquier libro que puedas escribir sobre tus descubrimientos.

—Marlowe —dijo Will, aliviado—, si patrocinas la excavación, te escribiré encantado veinte libros. Cuando volvamos a Torquay, le mandaré un telegrama a Carter, y si él está de acuerdo, aceptaré tus condiciones. La verdad es que no creo que vaya a negarse, porque si no consigo el dinero no podremos seguir buscando. En cuanto reciba su respuesta, tú y yo nos sentaremos y terminaremos de pulir el resto de las condiciones.

—Excelente. Tengo otra petición.

—¿Cuál es?

—Pasar el mes de agosto en Pixy Cove es una tradición familiar y cuando me enteré de que estabas en Inglaterra no se me pasó por la cabeza

no invitarte, y lo habría hecho aunque no hubiese estado dispuesto a patrocinar tu excavación.

—Te lo agradezco.

—Y lo mismo siento respecto a Beatrix y a Julia. Mis hermanas son sus mejores amigas. Soy consciente de que la presencia de Trathen enrarece un poco el ambiente y te agradezco que te mantengas alejado de él y de Beatrix, pero ¿crees que podrías convencer a Julia para que deje de provocar al pobre hombre? Ya tengo bastante con que su bulldog les ladre a todos los hombres como para que además ella se pase el día atormentando a Trathen con su escandaloso comportamiento. Ayúdame a mantener la paz, ¿quieres, amigo? Dile a Julia que pare.

Will, que en realidad era el compinche de su amiga, intentó no delatarse.

—Veré qué puedo hacer.

Beatrix se pasó casi toda la noche dando vueltas en la cama, pero al final consiguió dormir y cuando amaneció comprobó que su humor había mejorado considerablemente. La luz que se colaba por entre las cortinas de su ventana era la típica de un precioso día de verano y cuando las apartó, los rayos de sol se metieron en todos los rincones de la habitación. Era un buen presagio.

Abrió la ventana y asomó la cabeza. Sonrió al ver Pixy Cove y el océano. Las burbujas que había encima del agua brillaban como diamantes y no había ni una nube a la vista. En la distancia reconoció el *Maria Lisa* navegando con las velas desplegadas y adivinó los planes que sir George y lady Debenham tenían para esa mañana. No identificó quién más iba a bordo, pero supuso que Will era uno de ellos y esa conclusión contribuyó a que su humor mejorase todavía más.

Sin dejar de mirar las vistas, respiró hondo para impregnarse del aroma del mar y disfrutó de la sensación de los rayos del sol acariciándole el rostro. Tuvo la certeza de que todo había vuelto a la normalidad y por fin comprendió que no tenía motivos para sentirse culpable, que las dudas que la habían asaltado la noche anterior habían sido en exceso melodramáticas.

—¡Beatrix!

Miró hacia abajo y vio a Julia de pie en la terraza. En una mano sujetaba una taza de café y en la otra un cigarrillo y *Spike* estaba a sus pies.

—¡Buenos días, Julia! —le devolvió el saludo.

—Te equivocas —contestó su prima riéndose.

—¿Qué quieres decir?

—Que ya no es hora de decir «buenos días», querida. Son casi las once.

—¿Tan tarde? Oh, cielos, me he quedado dormida. En seguida bajo.

—No hace falta que corras. Casi todo el mundo se ha ido a navegar con sir George y lady D. Irán hasta Teignmouth y comerán en el Red Bull, luego volverán en el yate. He pensado coger el Mercedes y ver si puedo atraparlos para comer con ellos. ¿Quieres venir?

Beatrix se quedó pensándolo, porque no estaba de humor para ver a Will.

—¿Dónde está Aidan?

—Cielos, no lo sé. ¿Acaso tengo cara de ser su niñera? —Ante la mirada de reprobación de Beatrix, Julia suspiró y le sacó la lengua—. Está en la glorieta con Paul, jugando al ajedrez. ¿Te lo puedes creer? ¿A quién se le ocurre jugar al ajedrez en un día como hoy?

—¿De verdad te sorprende? A los dos les encanta jugar y se les da muy bien.

—Demasiado bien. Me temo que se pasarán todo el día pegados al tablero. Quizá incluso toda la semana, hasta que al final tendrán que dejarlo en tablas. Vente conmigo a Teignmouth. De regreso nos pararemos en alguna cueva y nos daremos un baño tú y yo solas. Será como el verano pasado en Cornualles, ¿te acuerdas? Lo pasamos muy bien. —De repente, el rostro de hada de Julia se transformó y apartó la vista—. Dios, parece que haya pasado toda una vida desde entonces —murmuró para sí misma antes de dar otra calada.

Beatrix frunció el cejo al presenciar ese repentino ataque de melancolía. Estaba preocupada por su prima, cada vez más delgada y cometiendo más locuras, y siempre que la veía parecía más triste que la vez anterior.

—Ahora mismo bajo —le dijo tras pensarlo—. Iré contigo a Teignmouth.

—¡Querida Trix! Iré a preparar el coche. Desayuna algo y ven a buscarme. Y no te olvides de coger un bañador —añadió, antes de desaparecer de su vista.

—No me olvidaré —contestó, y tiró de la cuerda de la campanilla para que Lily fuese a ayudarla a cambiarse.

Veinte minutos más tarde, ataviada con una falda azul, una camisa a rayas y un sombrero de paja blanco, con el guardapolvo en la mano y una bolsa colgando del hombro, bajó la escalera. Le dio la prenda a un lacayo, junto con la bolsa que contenía las gafas para conducir, una bufanda, su cuaderno, unos colores, una toalla y el bañador. Le dijo al hombre que lo llevase todo al Mercedes y ella se dirigió a la sala de día.

En Pixy Cove el desayuno siempre era muy informal. Los sirvientes de Marlowe se aseguraban de que desde las ocho hasta las once de la mañana hubiese una serie de platos disponibles para sus invitados; huevos, beicon e higadillos que se mantenían calientes en un aparador. Como Beatrix había dormido hasta tan tarde, cuando llegó vio que las doncellas de la cocina ya estaban retirando las bandejas. Una de ellas se ofreció a prepararle algo caliente, pero como no tenía tiempo, tuvo que conformarse con una tostada con mermelada y una taza de té. Después, fue a la glorieta para poner a Aidan al corriente de sus planes. Para su sorpresa, su prometido estaba totalmente concentrado en el tablero que tenía delante, pero no había ni rastro de Paul. De hecho, estaba tan concentrado que no la oyó acercarse.

Cuando la vio le sonrió.

—Buenos días. Empezábamos a pensar que ibas a pasarte todo el día durmiendo.

Por algún motivo, a Beatrix la sonrisa de Aidan le pareció más sincera y generosa que de costumbre y la hizo sentir incómoda.

—¿Dónde está Paul? —le preguntó, buscando algo que decir.

—Ha ido a estirar las piernas y creo que también a pensar su próximo movimiento. Lo tengo entre la espada y la pared.

—¿Ah, sí?

La pregunta hizo que él enarcase una ceja.

—No debería sorprenderte tanto, cariño —le dijo, burlándose un poquito de ella.

Aidan nunca la provocaba. No era propio de él. Beatrix recordó el beso de la noche anterior y la incomodidad de antes no sólo no desapareció, sino que fue a más. Intentó ignorarla, se dijo que lo único que pasaba era que estaba nerviosa por la boda e intentó recuperar el buen humor.

—Lo siento —dijo—, pero normalmente Paul y tú necesitáis todo el día, como mínimo, para terminar una partida.

—Tu primo sólo está atrapado, todavía no le he hecho jaque mate. Tiene varias vías de escape. —Le cogió la mano y le dio un beso en los dedos enguantados—. ¿Por qué? ¿Tenías planeado darme alguna orden para el día de hoy?

Beatrix contuvo el impulso de apartar la mano.

—La verdad es que, cuando Julia me ha dicho que Paul y tú estabais jugando al ajedrez, he decidido acompañarla a Teignmouth con el Mercedes.

Aidan se puso serio.

—¿De verdad tienes que ir?

—¿A ti qué más te da? —le preguntó medio en broma—. Te pasarás todo el día pegado al tablero de ajedrez.

—No me da igual. Tú me importas mucho y la baronesa Yardley conduce sin preocuparse lo más mínimo por la seguridad ni por el decoro.

—¡Eso no es verdad! Julia es una excelente conductora.

—¿Excelente? —repitió él, escéptico—. Conduce como si la estuviese persiguiendo el diablo y te anima a que tú también lo hagas. Comprendo que es familiar tuya, Beatrix, pero esa mujer es una mala influencia.

Ella notó cómo se evaporaba su buen humor.

—¿Una mala influencia? Lo dices como si yo no tuviese personalidad.

—¿Te acuerdas del accidente que sufrió Carnarvon hace dos años en Alemania? —le preguntó Aidan ignorando su comentario y siguiendo con su argumento—. Estuvo a punto de morir por culpa de conducir demasiado rápido. Iba a cuarenta y cinco o cincuenta kilómetros por hora. La baronesa conduce a esa misma velocidad y por estas carreteras llenas de baches.

A Beatrix la sorprendió notar que a Aidan le estaba temblando la voz de tan enfadado como estaba.

—Siempre que sé que vas en coche con ella —prosiguió— me preocupo mucho. Prométeme que le pedirás que circule a una velocidad más moderada.

Beatrix tuvo un ataque de rebeldía y que Aidan no hablase más que de su seguridad no le sentó demasiado bien. Sin embargo, no quería echar a perder lo que parecía que iba a ser un día muy agradable.

—No discutamos, cariño.

—Prométemelo, Beatrix.

Ella suspiró y se balanceó sobre los pies.

—Está bien, está bien, te prometo que no la dejaré conducir demasiado rápido. —Antes de que Aidan pudiese decir algo más acerca de Julia o de los automóviles, o cualquier otra cosa que pudiese estropearle el día, Beatrix le apretó la mano y se apartó—. Cuando volvamos, nos bañaremos en alguna cueva, así que supongo que no llegaremos hasta la hora del té.

—No te alejes demasiado de la costa cuando nades —le aconsejó cuando ella ya se había dado la vuelta para irse—. Las corrientes submarinas son muy fuertes, ¿sabes?

«Por Dios santo, pareces mi padre. Deja de agobiarme.»

Tuvo esa irritada respuesta en la punta de la lengua, pero al final se contuvo y se limitó a despedirse de él con la mano y a irse de allí.

El Mercedes la estaba esperando en la entrada, con el motor en marcha. Julia estaba sentada al volante y *Spike* en los asientos de atrás. Beatrix se acercó al coche por el lado izquierdo y vio en el asiento sus gafas y la bufanda y el guardapolvo colgando del respaldo. Tuvo que quitarse el sombrero para ponerse las gafas y, cuando las tuvo bien colocadas, se lo volvió a poner con bufanda por encima. Se la ató bajo la barbilla y luego se puso el ligero guardapolvo de popelina y se lo abrochó.

Subió el peldaño que había para facilitar la entrada en el vehículo y se acomodó en el asiento contiguo al de su prima después de darle a *Spike* una cariñosa palmada en la cabeza.

—Aidan me ha hecho prometerle que no te dejaré conducir demasiado rápido —le dijo a Julia por encima del ruido del motor.

—¿Ah, sí, eso has hecho? —Julia soltó el freno y el coche se movió hacia adelante—. Entonces iremos a cincuenta kilómetros por hora.

—¡Julia!

—Oh, está bien. Intentaré portarme bien, pero sólo porque me lo pides tú.

Condujeron hasta Teignmouth a una velocidad que incluso Aidan habría aprobado y llegaron allí pasada la una, justo a tiempo para unirse a los tripulantes del yate e ir a almorzar al Red Bull. Sin embargo, Will no se encontraba entre los presentes.

—Vaya, ¿dónde está Sunderland? —preguntó Julia escudriñando el comedor—. ¿En la taberna?

—Sunderland no ha venido con nosotros, baronesa —la informó lord George mientras le retiraba una silla para que pudiese sentarse.

—Quería venir —añadió Marlowe—, porque además tenía mucho interés en mandar un telegrama a Tebas. Pero en el último minuto ha decidido quedarse. Me ha dicho que tenía que terminar un artículo para el club de arqueología y me ha pedido que le mandase yo el telegrama.

Beatrix no pudo evitar sentirse aliviada por la noticia y la verdad fue que disfrutó del almuerzo a base de pastel de cerdo, verduras escabechadas, pan y queso, aunque tuvo que reñir a Julia porque quería beber vino con la comida. Tenía que conducir de vuelta a casa y el alcohol afectaba a sus habilidades en ese campo.

—Soy perfectamente capaz de tomarme una copa —se defendió su prima algo molesta—. No te preocupes, Trix.

Beatrix dejó el tema y Julia se bebió su copa de vino, pero no pidió una segunda. Ella se alegró, estaba disfrutando mucho del día y no quería discutir con su prima, igual que tampoco había querido discutir con Aidan.

Se despidieron de los tripulantes del yate y a las dos emprendieron el camino de regreso a Pixy Cove. Tomaron una ruta maravillosa, a pesar de que Beatrix tuvo que recordarle a Julia varias veces que redujese la velocidad. Cuando estaban a menos de dos kilómetros de la casa, su prima condujo hasta un prado que había junto al camino con vistas a los precipicios y a las playas de debajo.

—¿Dónde te apetece nadar?

—¿En la cueva de Phoebe? —sugirió Beatrix señalando el lugar—. Está allí abajo.

—Siempre nadamos allí. ¿Qué me dices de Pelican Point? —sugirió Julia volviéndose un poco para señalar un lugar detrás de ella.

—De acuerdo, pero si vamos a Pelican Point no podemos nadar muy lejos. Allí el oleaje es muy fuerte, y le he prometido a Aidan...

—¡Esto ya pasa de castaño oscuro! —exclamó Julia echando de nuevo el freno para poder hablar con Beatrix—. ¿Se puede saber qué diablos te pasa?

Ella se quedó atónita ante el repentino ataque.

—¿Cómo que qué diablos me pasa?

—No conduzcas tan rápido, Julia —la imitó—. No bebas tanto, Julia. No podemos nadar demasiado lejos. Se lo he prometido a Aidan. —Hizo una pausa y luego siguió con escarnio—: Si te soy sincera, cada vez me recuerdas más a tu padre.

Beatrix negó con la cabeza, incrédula; no sólo porque la palabras de su prima la habían cogido desprevenida, sino también porque se parecían muchísimo a las que ella misma se había dicho esa mañana.

—Me preguntas qué me pasa, pero al mismo tiempo... al mismo tiempo me atacas a mí y a mi prometido y también a mi padre sin que te hayamos hecho nada. ¿Qué te pasa a ti, Julia?

—¿Que no me habéis hecho nada? Creo que tu comportamiento a lo largo de los últimos días justifica con creces mi pregunta. Este año yo no quería venir a Pixy Cove. ¿Quieres saber por qué? —No permitió que Beatrix lo adivinase—. Porque venía Trathen, por eso.

Ella se quedó pasmada.

—¿Por qué te molesta tanto la presencia de Aidan? Tú eres amiga suya. Fuiste tú la que me lo presentó el año pasado. Cielo santo —exclamó, comprendiéndolo todo de repente—. No estarás... celosa, ¿no?

—¡Por supuesto que no! —Julia se la quedó mirando como si creyese que estaba loca por sugerir tal cosa—. Apenas lo conozco. Sólo le he visto un par de veces en toda mi vida. Y, además, estoy casada, ¿recuerdas?

—Eso no parece importante a la hora de tener aventuras. —Beatrix intentó decirlo sin que su prima notase la censura en su voz, pero evidentemente no lo consiguió.

—Cuando lleves una década casada, tendrás derecho a criticar las miserias de los matrimonios de los demás —contestó Julia entre dientes—. Pero hasta entonces, te agradecería que mantuvieses la boca cerrada al respecto.

—Sé que no eres feliz con Yardley...

—¿Que no soy feliz? —Su prima se rió sin un ápice de humor—. Sí, supongo que podría decirse así.

—Siento mucho que no seas feliz, Julia, pero no es justo que me lo hagas pagar a mí. Yo no he hecho nada para merecer que me ataques.

—¿No? Entonces ¡deja de sermonearme sobre cómo debo conducir o de lo que puedo o no beber, y no opines acerca de hasta dónde puedo nadar! Y deja de ser un muermo. ¡Maldita sea, Trix! ¡No te llevé a Cornualles y te enseñé a conducir o a bailar el cancán y a fumar y a nadar desnuda para que luego te convirtieses en una carcamal que desaprueba todo lo que hace el resto del mundo!

—¡Eso no es justo! —Beatrix empezó a ponerse furiosa—. ¡Lo único que desapruebo es la mujer en que te has convertido! Te pasas el día haciendo comentarios picantes y tocando música que la gente odia...

—¡Quieres decir que Aidan odia!

—¡Sí, eso es exactamente lo que quiero decir! Has sido muy maleducada con él desde que llegaste. Muy maleducada.

—¿Y por qué no debería serlo? Puedo notar cómo él me juzga cada momento y cómo condena todo lo que hago. ¡Y no me gusta!

—¿Y puedes culparlo? Tiene motivos para desaprobar lo que haces. Igual que yo los tengo para preocuparme por ti. Mírate. Tienes ojeras, estás en los huesos, fumas demasiado, bebes demasiado. Por no mencionar las locuras que has cometido últimamente. ¡En serio, Julia! ¿Bailar fandango en Maxim’s? La tía Eugenia casi se desmayó cuando se enteró. ¿En qué estabas pensando para humillar a la familia de esa manera?

—Ya estamos otra vez. Que Dios nos libre de humillar a la familia. ¿Qué te ha pasado, Trix? ¿Tengo que volver a llevarte a Cornualles para hacerte entrar en razón?

—No sé de qué me estás hablando.

—Estoy hablando de ti. Todo empezó cuando Will se fue a Egipto y tú no lo acompañaste. De hecho, tú nunca has ido a ninguna parte. Nunca has hecho nada. Fue como si él se llevase tu alegría y tus ganas de vivir. A tu padre le gustó el cambio, de eso estoy segura, porque así te tenía controlada y podía protegerte y evitar que lo abandonases. Y tú se lo permitiste... permitiste que te apagase el alma y te pusiste a hacer obras de caridad y a bordar, como una niña buena. Eras una tragedia en potencia.

Beatrix no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Yo una tragedia? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—Estabas a punto de serlo. Cuando tu padre murió, pensé que por fin ibas a reaccionar, que saldrías de ese caparazón que él había construido a tu alrededor. Pero cuando llegué a Devon y te encontré vestida de luto de los pies a la cabeza, comprendí que estabas peor que nunca. Estabas entre la reina Victoria y una monja de un convento de clausura.

—¡Mi padre acababa de morir!

—Y cuando me dijiste que no ibas a venir a Pixy Cove con el resto de la familia, supe que tenía que hacer algo. Te secuestré, ¿recuerdas? Te metí en el Daimler y te llevé a Cornualles. Sabía que nadie podría reemplazar a Will y mi pequeña casa de Gwithian no está a la altura de Pixy Cove, pero tenía que hacer algo. Y lo pasamos muy bien, ¿no? Fue como en los viejos tiempos y tú empezaste a ser feliz de nuevo. Y cuando fuimos al baile de Saint Ives y te presenté a Trathen, vi que le gustabas y que él te gustaba a ti y pensé que por fin estabas dispuesta a seguir adelante con tu vida. Pensé que habías empezado a pensar en el futuro en vez de en el pasado.

—¡Y lo hice! ¡Lo estoy haciendo! Me he prometido, ¿no? Si eso no es pensar en el futuro, entonces no sé lo que es.

—Me alegré de que te prometieses con Trathen. Cuando las Navidades pasadas me escribiste a Biarritz para darme la buena nueva, me alegré mucho por ti, por los dos. Pero luego, en la siguiente carta, me contaste que habíais decidido recorrer sus propiedades durante la luna de miel y no me lo podía creer. Tú, que devoras Baedeker y que te mueres por ir a Florencia, ¿te ibas a quedar en Inglaterra para conocer sus propiedades? ¡Qué horror!

Beatrix respiró hondo e intentó controlar su temperamento, al menos lo suficiente como para poder explicarse ante Julia.

—Yo quería ir a Florencia, pero no puede ser. Verás, Aidan tiene que estar en el Parlamento y...

—No puedo decir que me sorprenda que él quiera perder el tiempo recorriendo sus propiedades durante su luna de miel —continuó Julia como si Beatrix no hubiese dicho nada—. Después de estos últimos tres días, estoy convencida de que ese hombre no tiene ni idea de lo que es el romanticismo.

—No tienes derecho a criticar a mi prometido de esta manera. Sólo lo haces porque él desaprueba tu comportamiento. Y la verdad es que tiene toda la razón. ¡Has aparecido en todos los periódicos sensacionalistas de Europa!

Julia había cogido carrerilla, porque siguió ignorándola.

—Y pensar que el otro día defendí tu noviazgo delante de Will. Empiezo a creer que es el peor error de tu vida...

—¿Qué? ¿Hablaste de Aidan y de mí con Will? —El enfado de Beatrix fue a más.

—¡Sí, lo hice! Él sacó el tema la tarde que llegué. Me preguntó si estabas enamorada de Trathen.

—¿Eso hizo? —No podía creerse que Will hubiese sido capaz de hacerle esa pregunta a Julia y se moría de ganas de saber qué le había contestado ésta. Sabía que no debería preguntárselo, sino que debería reñirla por haber sido tan indiscreta precisamente con Will, pero su curiosidad demostró ser más fuerte que su enfado—. ¿Qué le dijiste? Espero que le dijeras que soy muy feliz.

—Eso no fue lo que él me preguntó —le aclaró su prima con una mirada triunfal que incomodó a Beatrix—. Me preguntó si estabas enamorada de Trathen y yo le dije que no lo sabía.

—¡¿Qué?! —exclamó ella, ofendida.

—¡Bueno, no se puede decir que Aidan y tú os miréis embobados y tampoco os escondéis para besaros apasionadamente cada noche!

—Voy a casarme con un hombre muy sensato. Con un buen hombre.

—Eso no voy a discutírtelo. Pero la verdad es que no quieres casarte con él. —Algo destelló en los ojos de Julia, algo frío y oscuro que hizo temblar a Beatrix a pesar de que todavía brillaba el sol—. Yo me casé con

Yardley porque mis padres me aseguraron que era lo correcto. Yo sabía que no, pero acepté de todos modos. No cometas mi mismo error. Escucha a tu corazón, Trix, no a tu cabeza. —Se detuvo y tomó aliento—. Cuando me escribiste y me dijiste que estabas prometida, pensé que te habías olvidado de Will. Pero no lo has hecho.

—Sí lo he hecho. Le tengo mucho cariño a Aidan. ¡Es verdad! —insistió, cuando su prima se burló incrédula—. Y él siente lo mismo por mí, por eso no aprueba muchas de las cosas que haces —añadió, poniéndose a la defensiva—. Se preocupa por ti porque somos parientes y porque pronto él también formará parte de la familia.

—Que Dios nos proteja —farfulló Julia—. Yo no necesito que ni Aidan ni tú os preocupéis por mí —dijo, levantando de nuevo la voz—. ¡Y maldita sea si voy a permitir que me sermonees en su nombre!

El precioso día de Beatrix se había echado a perder completamente.

—¡Pues claro que necesitas que alguien se preocupe por ti, porque es evidente que tú no tienes ninguna intención de hacerlo!

—Tú amabas a Will con pasión —continuó su prima, esquivando cualquier intento de dirigir la conversación hacia su persona—, y cuando no te fuiste con él a Egipto fue como si se llevase todo tu mundo consigo. Dejaste de saber quién eras y qué querías en la vida. Y no has vuelto a ser la misma desde entonces.

El enfado de Beatrix disminuyó un poco al escuchar esas palabras y se removió incómoda en el asiento al recordar las dudas que la habían asaltado la noche anterior.

—No sé de qué estás hablando.

—Sé que tienes muchas ganas de casarte y de tener hijos y también sé que durante un tiempo tuviste miedo de no llegar a conseguirlo. Cuando te prometiste con Trathen, pensé que por fin habías encontrado la felicidad. Pero no eres feliz, Trix.

Ella decidió que ya había oído suficiente.

—No tengo por qué seguir escuchando esto. ¿Tú dices que no quieres que te sermoneen? Pues bien, ¡yo tampoco! —Y dicho eso, sacó las piernas por el lateral del coche, apoyó los pies en el escalón y saltó al suelo.

—¿Adónde vas? —le preguntó Julia al ver que se dirigía a la parte trasera del Mercedes.

—¡Quiero estar sola! —le gritó, mientras sacaba su bolsa del maletero —. ¿Sabes qué? Esta mañana me he despertado de muy buen humor —añadió sarcástica, cuando empezó a alejarse—. ¡Gracias por estropearme el día!

—Si no eres feliz —dijo su prima a gritos al ver que se iba—, casarte con Trathen y tener hijos con él no cambiará las cosas.

—Quizá deberías preocuparte un poco menos de mi felicidad y empezar a pensar en la tuya, Julia —contraatacó ella por encima del hombro.

Julia dijo algo más, pero Beatrix no pudo oírlo. Siguió caminando y parpadeó varias veces para contener las lágrimas, luego bajó por la colina que conducía a la cueva de Phoebe.

—¿Por qué diablos todo el mundo está hoy enfadado?

9

BEATRIX soltó la bolsa por el borde del precipicio y ésta aterrizó en la arena de debajo. Luego, ella descendió por la escalera que llevaba hasta la cueva de Phoebe.

—¿Que yo soy desgraciada? —masculló, apretando los dientes. Cogió la bolsa de nuevo y se acercó furiosa a la caverna más cercana—. ¡Tiene gracia, viniendo de Julia!

Entró, se quitó el sombrero y lo lanzó al suelo, luego se desnudó sin dejar de escuchar las palabras de su prima en su mente.

—¿Que soy una tragedia?

Se puso los pantaloncitos de tafetán azul y buscó la túnica a juego. Se la pasó por la cabeza y se abrochó los botones hasta el cuello, porque no quería que se le viese la marca del sol si esa noche decidía ponerse un vestido escotado. Como estaba sola, prescindió de las medias que se ponía para bañarse y de los zapatos. Quizá sentir la arena bajo los pies la tranquilizara y pudiese contener el resentimiento que sentía en esos momentos hacia Julia.

Se ató la cinta roja alrededor de la cintura, cogió el gorro de muselina blanca y salió de la cueva. Se encaminó hacia el mar sin notar la calidez que siempre la embargaba cuando caminaba descalza por la playa.

—¿Que no sé lo que quiero? —Se metió en el agua, pero cuando ésta le llegó a los muslos, se detuvo y fulminó al mar con la mirada—. Eso no es verdad. Sé exactamente lo que quiero.

—¿Ah, sí?

Una voz masculina sonó a su espalda, sobresaltándola. Soltó el gorro en el agua pero no hizo ningún ademán de recuperarlo, sino que se dio media vuelta y se encontró con el hombre que tanto se estaba esforzando en olvidar.

Will estaba sentado en unas rocas que había en la entrada de la cueva, a unos dos metros de distancia, echado hacia atrás, apoyado en los codos.

—¿Otra vez tú? —preguntó frustrada. El día iba de mal en peor, pensó, aunque supuso que tenía que dar las gracias de que Will llevase la camisa puesta—. Dios santo, eres como la famosa falsa moneda.

Él se puso en pie.

—¿De verdad quieres a Trathen, Trix?

—Voy a casarme con él, ¿no?

—Y no sé por qué. Porque no lo amas.

Ella se quedó petrificada y se le encogió el estómago al oír esas palabras. ¿Tan evidente era? Abrió la boca para defenderse, pero Will se lo impidió.

—Oh, sí, quieres amarlo —dijo, acercándose a ella—. Quieres convertirte en el tipo de mujer que Trathen pueda querer, por eso lees los libros que a él le gustan y te comportas como si te gustase el caviar, cuando en realidad lo detestas, y finges que no te importa ir de luna de miel por sus propiedades cuando en realidad quieres ir a Florencia. Sí —añadió cuando ella suspiró ofendida—. Lo he oído. No he podido evitarlo. Julia y tú estabais gritando como si volvierais a ser niñas pequeñas.

—¿Me estás siguiendo para espiarme? —le preguntó, a pesar de que sabía que era imposible que lo hubiese hecho.

Will se detuvo a unos centímetros del agua y esbozó una leve sonrisa.

—Odio tener que decírtelo, pero yo he llegado primero.

Cuando Beatrix comprendió las implicaciones de todo lo que él había oído, se mareó.

—Vete de aquí.

—¿Vas a contestar mi pregunta?

—¿Me has preguntado algo? Creía que estabas soltando un discurso.

—¿Por qué finges que te parece bien ir de luna de miel por sus propiedades si eso no es lo que de verdad quieres?

—Ah, entiendo, debería vivir siguiendo el credo de Will *el Egoísta*, ¿no? Hacer todo lo que me dé la gana sin importarme los demás.

—No se trata de ser egoísta, se trata de que seas honesta. Yo te conozco, Trix, te conozco de los pies a la cabeza, hasta la punta de los gorditos dedos de tus pies.

Ella los escondió bajo la arena del fondo del mar.

—¡Yo no tengo los dedos de los pies gorditos!

—Sí los tienes, y son adorables, pero ésa no es la cuestión. La cuestión es que no quieres a Trathen. Oh, sí, quieres lo que él representa. La vida que él te está ofreciendo, la misma que querías conmigo, la misma vida que has estado idealizando desde que eras pequeña y jugabas a muñecas y a duques que vivían en castillos encantados y que eran felices para siempre. Pero eso no es real, sólo estás intentando convencerte de que lo es. Lo estás intentando con tanta desesperación que incluso eres capaz de tomar caviar y beber limonada y creer que te encanta.

—¡La limonada me gusta de verdad! —insistió, al ver el escepticismo de Will—. ¿Qué pasa? ¿Acaso crees que después de que te fueras me quedé congelada en el tiempo y que no he cambiado? Para que lo sepas, desde entonces he descubierto que me gustan muchas cosas nuevas.

—¿Como el caviar?

Abrió la boca para afirmar que sí, pero no pudo. La verdad era que todavía no lograba entender cómo era posible que a Aidan le gustasen aquellas bolitas que sabían a sal y a arena mojada. Cerró la boca y desvió la vista.

—¿Lo ves? —dijo él, interpretando el silencio de ella—. Trathen odia tu Daimler. ¿Cuánto tiempo crees que le llevará convencerte de que no lo utilices? Y entonces tú intentarás convencerte de que en realidad no te gustaba conducir, ¿me equivoco?

—Quizá Aidan prefiera ir en carruaje que en coche, pero él jamás me prohibiría hacer algo que me hace feliz.

Al parecer, Will no se atrevió a discutir ese punto.

—Dime una cosa —optó él por decir—. ¿Cómo es posible que te enamorases de mí?

Beatrix parpadeó, atónita por el cambio de tema.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que Trathen es todo lo que yo no soy. A él le importan sus títulos y sus propiedades y las mismas cosas que a ti. No se parece a mí en nada. Así que si lo amas y él es lo que de verdad quieres en esta vida, entonces, ¿cómo diablos te enamoraste de mí?

—Oh, no lo sé —contestó, desesperada por quitarle importancia a la pregunta—. ¿Una locura de juventud?

—No, no fue eso.

—¿En serio? Entonces, ¿qué? Al parecer, tú me conoces mejor que yo y sabes lo que siento en mi corazón y en mi cabeza, así que dime, ¿por qué me enamoré de ti hace años?

—Porque en secreto, bajo esta máscara de niña buena y respetable que tu padre intentó imponerte, te encantan las emociones fuertes y la aventura. No siempre, eso lo reconozco, y en ocasiones te entra miedo, pero dentro de ti, te apasiona el peligro. Es como lo del acantilado cuando éramos pequeños.

—¡Deja de hablar de eso!

—Estabas allí de pie, mirándonos; estabas emocionada y nerviosa porque yo acababa de saltar y tú también querías hacerlo. Te lamiste el labio inferior, tenías tantas ganas de lanzarte que incluso podías saborearlo. Pero entonces empezaste a pensar demasiado. Te acordaste de que tu padre te había dicho que no podías subir a Angel’s Head, que allí podías caerte y hacerte daño, y de repente te sentaste y nos dijiste que te bastaba con ver las vistas. Pero por dentro te regañaste por haber perdido el valor y no haber saltado.

—No sabes de qué estás hablando.

—Oh, sí, lo sé perfectamente. Tú querías ir a Egipto, pero cuando apareció la posibilidad real de ir allí, entonces comprendiste que para hacerlo tendrías que desafiar a tu padre y empezaste a pensar en las consecuencias que deberías afrontar si te ibas de casa.

—Todo esto es absurdo. Yo desafiaba a mi padre cada noche para reunirme contigo, ¿no?

—Sólo después de que nos comprometiéramos. Así, si nos pillaban, él no se enfadaría tanto contigo. Me dejabas besarte el cuello y desabrocharte

el vestido, pero sólo un poco. Tres botones, ése era el límite, si recuerdo bien...

—¡Para! —gritó ella, tapándose los oídos—. No tienes derecho a decirme estas cosas.

—Pararé cuando me mires a los ojos y me digas que vas a casarte con ese hombre porque estás enamorada de él. Vamos. Dímelo.

—Yo... —Se detuvo. Que Dios la ayudara, no podía mentirle a Will. Sencillamente no podía—. No tengo por qué decirte nada —disimuló.

Empezó a salir del agua, desviándose hacia la derecha para esquivarlo.

—¿Lo ves? No puedes decírmelo porque no lo sientes. Trathen es una opción muy lógica para cualquier mujer que quiera casarse. Una elección muy sensata y segura. Sé que no vas a creerme, pero si... —Se calló y apartó la vista.

Beatrix dejó de caminar, sentía la necesidad imperiosa de saber qué quería decirle Will.

—Si casarte con Trathen te hiciese feliz —dijo él al fin, volviendo a mirarla—, yo no me entrometería. Pero Julia tiene razón. No eres feliz y con él nunca lo serás.

Beatrix movió la cabeza de un lado a otro negando esas palabras, odiando a Will por haberlas dicho.

—Eso no es verdad.

—Sí lo es. Porque no lo amas y tú no eres la clase de mujer que puede ser feliz casándose sin amor.

Ella tomó aire, pero no consiguió negar nada.

—Hay mujeres que pueden —continuó él antes de que ella se hubiese recuperado—, pero tú no. Tú no eres así.

Beatrix se obligó a decir algo.

—Quizá lo que pasa es que tu orgullo herido te impide aceptar que me haya enamorado de otro hombre.

—Tú no amas a Trathen y puedo demostrarlo —afirmó Will.

—Esto sí que va a ser interesante —contestó ella, cruzándose de brazos a la espera de lo que probablemente iba a ser una frase escandalosa—. Vamos. Estoy ansiosa por saber en qué consiste esa prueba.

Will clavó los ojos en los suyos.

—No lo miras como me mirabas a mí.

—¿Eso es todo? —Se agachó y recogió el gorro de baño que había aparecido flotando cerca de ella—. ¿Ésa es tu prueba?

—Antes, siempre que me mirabas se te iluminaba la cara, era como si alguien encendiese una vela en tu interior. Cuando miras a Trathen, eso no te pasa.

Beatrix sintió un aguijonazo de dolor al recordar lo enamorada que había estado de Will. Las mejillas le quemaron de la vergüenza y se desahogó con su respuesta.

—¡Serás engreído! —gritó, poniéndose el gorro—. Si ésa es tu prueba...

—También sonreías de otro modo.

—¿Qué? —El agua que chorreaba del gorro le resbalaba por las mejillas y se pasó una mano por la cara. Estaba furiosa consigo misma por no haberse acordado de estrujarlo antes de ponérselo, pero estaba tan alterada que apenas podía pensar—. ¡Menuda tontería!

Evidentemente, Will no le hizo caso.

—Y también está el modo en que dices su nombre.

—No sé de qué estás hablando. Me parece que te has vuelto loco, en serio. Me temo que el sol de Egipto te ha dañado el cerebro.

—No estoy loco y sé exactamente de qué estoy hablando. Tú no dices su nombre del mismo modo que solías decir el mío. —Dio un paso hacia ella y luego otro—. Tu voz es distinta.

Beatrix se asustó un poco al ver que iba acercándose, pero decidió no huir de él ni intentar esquivarlo. Levantó la barbilla, volvió a secarse el agua de la cara y se mantuvo firme y todo lo digna que pudo, teniendo en cuenta que llevaba un gorro empapado en la cabeza, que tenía agua en los ojos y que el traje de baño se le había pegado al cuerpo como una segunda piel.

—Ésa es la tontería más grande que he oído nunca.

—¿De verdad crees que es una tontería?

Will llegó a la orilla, pero no se detuvo. En vez de eso, se metió en el agua vestido, botas incluidas, y el miedo que ella había sentido segundos antes se convirtió en pánico.

Para cuando él llegó a su lado, a Beatrix el corazón le latía con tanta fuerza que supo con absoluta certeza que Will podía oírlo por encima del ruido de las olas al golpear contra las rocas de la cueva.

Los ojos de él le recorrieron la cara mojada, y sonrió. Evidentemente le hacía gracia su aspecto en ese momento, pero cuando habló lo hizo completamente serio.

—Siempre que decías mi nombre te temblaba un poquito la voz, era como si tuvieses hipo, como si mi nombre tuviese dos sílabas en vez de una. —Hizo una pausa y algo parecido a los remordimientos apareció en su rostro—. Ahora ya no lo haces, pero hubo una época en que lo hiciste.

Beatrix tragó saliva y lo odió por recordarle lo que había sentido por él.

Will entrecerró los ojos un segundo y luego volvió a abrirlos.

—No te tiembla la voz cuando dices su nombre.

Ella se obligó a hablar.

—¡Temblarme la voz! Tienes mucha imaginación y sólo la utilizas cuando te conviene. Oyes sólo lo que quieres oír.

—Lo oía cada vez que decías mi nombre. Era como si te alegraras tanto de verme que quisieras saltar a mis brazos y besarme hasta dejarme sin sentido...

—¡Esto es ridículo!

—... pero sabías que no podías hacerlo —prosiguió Will, haciendo caso omiso de la interrupción—. Una dama no hace esa clase de cosas. No es apropiado. No es digno de ella. Y a tu padre le habría dado una apoplejía. Así que no tenías más remedio que esconder tus sentimientos, pero a mí no podías ocultármelos. Yo siempre lo supe. —Se inclinó hacia ella con una leve sonrisa en los labios—. Yo siempre supe lo que sentías por mí —dijo en voz baja—. Me lo decían tus ojos cada vez que me mirabas, tu sonrisa, el temblor que impregnaba tu voz siempre que decías mi nombre.

Beatrix no quería oír nada más. Era demasiado humillante, demasiado doloroso, demasiado embarazoso. Pero su orgullo le impidió demostrárselo.

—Tienes unas pruebas muy poco consistentes —replicó e intentó esquivarlo, convencida de que había llegado el momento de una retirada estratégica.

Pero él no la dejó pasar.

—Espera —le dijo, cogiéndola por los brazos—. Tengo otra prueba más importante, una que demostrará más allá de toda duda que no amas a Trathen.

—¿Y qué prueba es ésa?

Sin previo aviso, Will la rodeó por la cintura y la pegó a él.

—Ésta —dijo y, agachando la cabeza, la besó.

Cuando los labios de Will tocaron los suyos, Beatrix sintió como si flotase y pensó que quizá la había arrastrado hasta aquel maldito acantilado de Angel's Head.

Caía, caía, podía sentir cómo caía. Notaba el corazón en la garganta y no podía hacer nada para evitarlo. Cayó en el abismo del pasado, cuando era una chica enamorada que necesitaba los besos de William Mallory como el aire que respiraba.

Con la mano que tenía libre, él le acarició la mejilla, le recorrió el rostro con los dedos. Separó los labios y también los de ella. El brazo con que le rodeaba la cintura se tensó y la acercó todavía más a él. La memoria de Beatrix la obligó a responder al instante y el deseo corrió por sus venas. Sí, aquél era Will, su boca devorando la suya, sus dedos acariciándole la mejilla, su cuerpo, duro y musculoso, contra el de ella.

Intentó recuperar la cordura. El pasado había quedado atrás y, aunque una parte de ella se moría de ganas de recuperarlo y revivir aquellos días llenos de euforia, otra parte, la parte racional, la parte más adulta y más sabia, le recordó que en menos de dos meses iba a casarse con otro, con un hombre cuyos besos no la hacían sentir así, pero que no la abandonaría para ir a desenterrar reliquias a miles de kilómetros de distancia.

Apartó los labios de los de Will.

—Espera —le dijo sin aliento—. Pienso que...

—Ése siempre ha sido tu problema, Trix. —El brazo con que le rodeaba la cintura la apretó un poco más y le colocó la otra mano en la nuca, hundiendo los dedos en su pelo mojado. Le echó la cabeza hacia atrás haciendo que el gorro cayese al agua—. Piensas demasiado.

Volvió a atrapar sus labios y Beatrix notó cómo su capacidad de resistirse se disolvía a medida que el deseo la recorría entera. Hacía tanto tiempo que no se sentía así. Tanto, tanto tiempo. El beso de Will era un

placer que casi había olvidado, pero a la vez tenía la sensación de que nada había cambiado: el sabor de su boca al entreabrir los labios, su musculoso cuerpo pegado al suyo, el tacto áspero de su mejilla bajo la palma de su mano cuando lo acarició.

—¡Oh, Dios mío!

La voz de Julia penetró en la mente aturdida de Beatrix. ¿Julia? Abrió los ojos.

Will también debió de oírla, porque interrumpió el beso, aflojó el abrazo y giró el rostro para mirar por encima del hombro.

Cuando Beatrix miró tras él, no vio a nadie, pero cuando levantó la vista, descubrió a Julia petrificada en mitad de la escalera, mirándola atónita.

No estaba sola, a su lado estaba Paul, enormemente furioso, y detrás de ellos, con los labios apretados y el rostro serio, estaba Aidan.

Beatrix se llevó una mano a los labios y lo miró a la cara y cuando comprendió las consecuencias de lo que acababa de suceder, de lo que su prometido había visto, sintió como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago.

Aidan no habló, no dijo ni una palabra. Sencillamente, se dio media vuelta y se fue.

10

EN aquel instante, Will comprendió el daño que había hecho. Estaba escrito en el rostro de Julia y en el cejo fruncido de Paul. Y en la abrupta partida de Trathen.

—Maldición —masculló y se dio media vuelta para mirar a Beatrix, pero no tuvo tiempo de decir nada.

—Eres un bastardo —dijo ella, echó el brazo hacia atrás y lo abofeteó con fuerza, luego corrió hacia la arena, alejándose de él.

Salió del agua y se dirigió a la escalera.

—¡Aidan, espera! —llamó.

Will, al que le dolía la mejilla por la bofetada, que seguía excitado por el beso y con la mente confusa por el caos que había en su interior, no intentó detenerla. Eso ya lo había probado antes con resultados nefastos y no estaba en situación de tentar a la suerte.

Además, si iba detrás de ella, ¿qué le diría? Trix lo había llamado bastardo y eso resumía muy bien cómo estaban las cosas entre los dos. Él opinaba lo mismo de sí mismo. Y Dios sabía que se había comportado como si lo fuese.

Ésa no había sido su intención. No tenía intenciones de obligarla a escuchar sus opiniones, ni tampoco había pensado abrazarla ni besarla. Pero había sentido la imperiosa necesidad de que ella viese la realidad; era una mujer demasiado bella y demasiado apasionada para enterrarse en un matrimonio sin pasión y sin amor.

Claro que no quería salvarla de cometer un grave error sólo por cuestiones altruistas. No, él no iba a justificar su comportamiento diciendo que había sido heroico y completamente desinteresado ni ninguna tontería por el estilo. Will la deseaba pura y llanamente. Se había pasado seis años intentando olvidarla, intentando no desearla y había sido una completa pérdida de tiempo.

La observó mientras subía la escalera y verla con el traje de baño pegado al cuerpo y las piernas desnudas sólo sirvió para que su deseo fuese a más, deseo que, a juzgar por lo enfadada que estaba, jamás llegaría a satisfacer.

—Maldición —repitió y le habría gustado poder darse una patada a sí mismo.

Beatrix ya había desaparecido de su vista. Sin embargo, los primos de ella seguían allí. Julia se quedó en lo alto de la escalera. Miró hacia atrás y luego volvió a mirarlo a él como si no supiese qué hacer. Paul no parecía tener las mismas dudas, porque bajó decidido.

Will respiró hondo y soltó poco a poco el aire. Estaba convencido de que su amigo iba a darle una buena paliza y, dado que se la tenía merecida, lo único que podía hacer era aguantarla como un hombre.

Salió del agua y lo esperó en la arena. Cuando Paul se detuvo frente a él, Will no intentó explicarse. Al fin y al cabo, la lujuria no requiere ninguna explicación.

—Eres un hijo de puta.

Cuando el puño de Paul se acercó a él, Will ni siquiera se agachó. Sintió un dolor tremendo en la mandíbula y luego vio las estrellas. Notó que su cuerpo caía hacia atrás sobre la arena y todo se quedó a oscuras.

Beatrix llamó a Aidan varias veces mientras corría detrás de él en dirección a la casa, pero Aidan no se detuvo y, cuando lo alcanzó, ya estaban en la terraza.

—Aidan, espera, por favor. Tenemos que hablar.

Él se detuvo con una mano en el picaporte, pero no abrió la puerta. Y tampoco se dio media vuelta.

—Tienes razón, desde luego.

Beatrix también se detuvo, estaba sin aliento y le faltaban las palabras. Había estado tan ocupada corriendo detrás de él que no había tenido tiempo de pensar. Y ahora no tenía ni idea de cómo explicarle lo sucedido. ¿Cómo podía hacerlo?

Aidan fue directo al grano.

—Lo nuestro no va a funcionar, Beatrix. Y creo que ambos lo sabemos.

Ella abrió la boca para mostrar su desacuerdo, pero todavía le temblaban los labios por los besos de Will y no encontró las palabras para negar algo que era cierto.

Él no se dio la vuelta, pero no la miró.

—Sé que ambos nos metimos en esto con plena conciencia —dijo—. Por mi parte, nunca he creído que el amor fuera a tener un papel importante en mi matrimonio. Es poco habitual entre los de nuestra clase. Siempre he pensado que se basaría en el afecto y el respeto mutuo y, cuando nos conocimos, supe que había encontrado ambas cosas. Creía que a ambos nos bastaría con eso.

Ella se rodeó la cintura con los brazos, estaba abatida y con el corazón destrozado.

—Cuando me pediste que me casara contigo, fue como si Dios respondiese a mis plegarias. Todo lo que dijiste tenía sentido para mí. Me dijiste que el amor romántico no duraba para siempre y que ambos queríamos casarnos y tener hijos, que podíamos ser felices juntos incluso sin amarnos.

—Y lo creía así, Beatrix.

—A pesar de que parezca lo contrario —contestó ella con una risa sin humor—, yo sigo creyéndolo.

—¿De verdad? —Aidan echó los hombros hacia atrás y ahora sí la miró —. No estoy ciego, ¿sabes? Estos últimos tres días he visto cómo te mira y cómo lo miras tú a él y, aunque han pasado seis años, sé perfectamente que, fuera lo que fuese lo que existió entre vosotros dos, sigue existiendo. Cuando te he visto con él...

Beatrix se echó a llorar y lo interrumpió.

—No lo amo, Aidan. De verdad.

—Lo que quieres decir es que no quieres amarlo. Pero lo amas.

Ella quería negarlo, pero no pudo. Tres personas habían visto la prueba de lo contrario. ¿Qué habría pasado si no lo hubiera visto nadie? ¿Podría casarse con Aidan, vivir con él, sabiendo que el fantasma de Will podía reaparecer en cualquier momento y entrometerse entre los dos? En ese momento odiaba a Will con todas sus fuerzas, pero no sabía si algún día dejaría de desearlo. ¿Podía hacerle eso a Aidan? ¿O a sí misma?

Desvió la vista hacia el anillo de compromiso que llevaba en el dedo. El diamante resplandeció a la luz del sol, pero ella lo vio borroso por culpa de las lágrimas. No podía hacerlo. Se lo quitó con movimientos bruscos.

—Oh, Aidan —lloró, levantando de nuevo la vista para devolverle el anillo—. Lo siento mucho, lo siento mucho.

—No es culpa tuya. —Señaló el diamante con el mentón—. Quédatelo. No se lo daré a nadie más.

Ella apretó los labios e intentó contener el llanto mientras movía la cabeza de un lado a otro.

—Cógelo, por favor.

Aidan lo hizo casi de mala gana y sólo porque era un caballero.

—No es culpa tuya, Beatrix —repitió.

Pero mientras lo veía darse media vuelta para entrar en la casa, esas palabras no la reconfortaron. Quizá Aidan no le echaba la culpa, pero ella sí se culpaba a sí misma. Por la emoción de volver a sentir los besos de Will le había hecho daño a un buen hombre, uno al que había llegado a considerar un amigo; y había echado a perder todo lo que siempre había querido en la vida.

Ahora no tenía más remedio que enfrentarse a la cruel y dura realidad: por mucho que ella se esforzase en seguir los dictados de su cabeza, su corazón seguía negándose a escuchar.

La cuestión era qué iba a hacer al respecto. Las palabras de Julia resonaron en su mente para darle una respuesta.

«Cuando Will se fue a Egipto, fue como si se llevase todo tu mundo consigo. Dejaste de saber quién eras y qué querías en la vida. Y no has vuelto a ser la misma desde entonces.»

Había llegado el momento de ser ella misma. Vaya sí había llegado. Había llegado el momento de que empezase a forjar su propia vida, una que no dependiese de ningún nombre ni de las expectativas de la sociedad, ni de los sueños que tenía cuando era una niña. Había llegado el momento de que decidiese qué quería de verdad y de que empezase a luchar por ello. En realidad, eso era lo único que podía hacer.

Claro que también podía pegarle un tiro a Will. Esa idea también tenía su atractivo, pensó, dándole vueltas.

Will se despertó dolorido. Respiró entre los dientes y notó que tenía algo frío presionándole una parte de la cara. Se movió, sacudió la cabeza y, cuando consiguió abrir los ojos, vio a Julia arrodillada a su lado, presionándole la mandíbula con el gorro de baño de Trix.

Apretó la empapada prenda y él se quejó de dolor, soltando una maldición.

—Estate quieto —le ordenó ella, empujándolo con cuidado en el hombro para que volviese a tumbarse—. Paul te ha noqueado y llevas varios minutos inconsciente. Si te mueves demasiado rápido, probablemente volverás a desmayarte.

—¿Se ha ido?

—¿Paul? Sí. Después de darte el puñetazo, ha dado media vuelta y se ha ido sin más. Ni siquiera ha esperado a que terminases de caer al suelo. —Se volvió un poco y se inclinó hacia las olas para empapar de nuevo el gorro de muselina—. Ha subido la escalera y se ha ido.

Will se tocó la mejilla con cuidado.

—Deduzco que ha visto todo el espectáculo.

—Si te refieres al beso, sí. Todos lo hemos visto. Maldita sea, Will —añadió como si no supiese si reír o llorar—, ¿en qué estabas pensando?

—No estaba pensando —respondió sarcástico—. Me temo que el pensamiento racional no ha tenido nada que ver con ese beso.

—Eso parece. —Ambos se quedaron en silencio mientras ella seguía apretándole la prenda contra el rostro y Will intentaba aclararse la mente.

Respiró hondo y se concentró en el dolor que sentía en la mejilla y en la mandíbula. El beso de Beatrix aún seguía vivo en su mente; el dulce sabor de sus labios contra los suyos, su sensual cuerpo entre sus brazos.

Al menos tardó diez minutos en calmarse y pensar con claridad. Cuando Julia le quitó el gorro mojado para empaparlo de nuevo y volver a ponérselo, él la detuvo con un movimiento de cabeza y se sentó.

Julia también se sentó a su lado en la arena.

—Bueno, y ahora ¿qué? —le preguntó ella.

—No tengo ni idea.

Se había pasado seis años intentando odiar a Beatrix y todo para nada, pensó frustrado. Apoyó los codos en las rodillas, que había doblado, y descansó la cabeza entre las manos.

—Me iré en seguida, eso seguro.

—Probablemente sea lo mejor. Si no te vas, Paul podría matarte. O Trathen.

—O Trix podría adelantárseles.

—Cierto —reconoció Julia con ecuanimidad—. Y yo le diría que te lo tenías merecido.

Will levantó la cabeza y miró el mar.

—Y yo te daría la razón.

Un fuerte silbido captó la atención de ambos y cuando se dieron la vuelta vieron a Geoff en lo alto de la escalera.

—¿Es verdad? —les preguntó, con la curiosidad propia de un chiquillo.

Ellos dos intercambiaron una mirada y Julia se inclinó un poco hacia él.

—Sí que se ha sabido rápido —murmuró y luego volvió a mirar hacia el acantilado—. ¿El qué, querido?

—Que Beatrix y Trathen han anulado su boda.

—¿La han anulado? —preguntaron Will y Julia al mismo tiempo.

Geoff suspiró exasperado al comprender que iba a tener que explicarles lo sucedido y no al revés.

—Trathen ha venido a buscarnos en cuanto hemos atracado —les dijo, empezando a bajar la escalera—. Ha dicho que había sucedido algo y que tenía que irse esta misma tarde y luego se ha disculpado con Marlowe por

no poder quedarse. No ha dicho por qué se iba. Sólo que era un asunto importante.

—Entonces, ¿cómo sabes que han roto el compromiso?

Geoff saltó los últimos escalones y aterrizó en la arena.

—Unos minutos más tarde, después de que hubiésemos entrado en casa, he oído a mamá gritando sobre lo horrible que era todo y sobre que tendría que devolver otra vez los regalos de boda. Beatrix le ha dicho que no quería seguir hablando del tema.

Will miró a Julia inquisitivo y ésta negó con la cabeza.

—Ninguno de nosotros habría contado jamás lo que hemos visto —le susurró ella y luego se dio media vuelta hacia Geoff, que se acercaba.

El chico se detuvo a su lado y miró a Will, preocupado.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —le preguntó, apartándose momentáneamente del tema que de verdad le interesaba. Entonces ató cabos y volvió a silbar—. Caray, ¿te has peleado con Trathen por Trix? ¿Por eso se va?

—No me he peleado con Trathen —lo corrigió él, consciente de que iba a tener que explicarle por qué tenía un ojo morado—. Me he peleado con Paul.

—¿Con mi hermano? ¿Y por qué?

—Eso no importa —intervino Julia—. Ya lo hablaremos más tarde. Cuéntanos eso de que han roto el compromiso. ¿Cómo sabías que estábamos aquí?

—No lo sabía hasta que os he visto. Beatrix me ha dicho que viniese a buscar sus cosas. Dice que se ha estado bañando y que se ha olvidado de cambiarse al salir del agua. Me ha pedido que viniese a recoger su bolsa y la ropa que se ha dejado en la cueva. Pero es un poco raro —añadió—, porque las chicas no soléis olvidaros de esas cosas. Por lo del decoro y todo eso. Seguro que Aidan y ella se han peleado. Eso lo explicaría todo, ¿no os parece? Y si se han peleado, entonces también tiene sentido que anulen la boda.

Julia miró a Will de reojo.

—¿Por qué no vuelves a casa, Geoff? Nosotros iremos dentro de un par de minutos. No te preocupes por las cosas de Beatrix, yo me encargo.

—Hoy todo el mundo tiene secretos —contestó el chico, resignado. Se dio media vuelta de mala gana y se dirigió hacia la escalera—. Esperaba que vosotros supieses qué había pasado —añadió molesto.

—Bueno —dijo Julia cuando Geoff ya no podía oírlos—, estás metido en un buen lío. ¿Qué vas a hacer?

Will apenas la oyó. Tenía la mirada fija en el mar y no podía dejar de pensar en que había destruido los sueños de Trix.

Se acordó de ella de pie en lo alto de la escalinata de la mansión Danbury, negándose a acompañarlo a la estación para despedirlo, con los ojos rojos e hinchados de tanto llorar, pronunciando un ultimátum.

«Si te vas, no creas que me quedaré esperándote.»

Will cerró los ojos y volvió a oír su breve y furiosa respuesta.

«Está bien. No me esperes.»

Esas palabras, junto con una dosis más que abrumante de orgullo y estupidez propia de la edad, echaron a perder la posibilidad de encontrar un punto medio. Destruyeron los puentes que ambos habrían podido levantar entre sus mundos y de paso arrasaron con los sueños de ella. Y ahora él había vuelto a hacerlo.

Se puso en pie.

—Cuidado —le advirtió Julia por el brusco movimiento—. Has recibido un buen golpe.

—Estoy bien. —Se dirigió a la escalera.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó ella.

—A arreglar las cosas —contestó sin detenerse—. Si puedo.

Will encontró a Beatrix en Angel’s Head. Se había cambiado de ropa y ahora llevaba un vestido azul marino que parecía brillar en la penumbra. Sujetaba el sombrero en una mano y estaba mirando el mar mientras la brisa alborotaba los rubios mechones que le caían por la frente.

Parecía estar absorta en sus pensamientos y no se dio cuenta de que él se acercaba. Cuando estuvo a menos de dos metros de distancia, Will se detuvo y carraspeó para captar su atención. Beatrix lo miró y frunció el cejo, y de inmediato volvió a apartar la vista y la dejó fija en el mar.

—Déjame sola. Si no, iré por una pistola y te dispararé.

Esa bienvenida no auguraba nada bueno para lo que Will tenía intención de hacer y, aunque sin duda se lo tenía bien merecido, confió en que ella no lo dijese en serio.

—Paul ya me ha dado un puñetazo en tu nombre. ¿No te basta con eso?

—¿Te ha dado un puñetazo? Eso explica por qué parece que tengas dolor de muelas. Pero no, no me basta con eso. Vete.

Él no le hizo caso.

—Paul es muy buen boxeador. Me ha dejado inconsciente. Te lo digo porque sé que eso te hará feliz.

Beatrix no respondió, pero Will vio que se le levantaban un poco las comisuras de los labios y eso le dio esperanzas.

Caminó hasta quedar frente a ella, bloqueándole la vista y obligándola así a mirarlo; porque necesitaba verle la cara para decirle lo que le iba a decir. Sólo había una manera de hacerlo. Respiró hondo y soltó:

—Creo que deberíamos casarnos.

—¿Qué? —Ella parpadeó atónita y sacudió la cabeza como si creyese que lo había oído mal—. ¿Disculpa?

—Creo que deberíamos casarnos.

Beatrix se rió, se dio media vuelta y echó a andar de regreso a la casa. La voz de Will la siguió.

—Deduzco que no estás de acuerdo.

Ella ni siquiera se molestó en responderle y él fue a buscarla.

—Mira, Trix, sé que mi comportamiento ha sido abominable, pero...

—¡Eso sí que no voy a discutírtelo! —lo interrumpió, sin dejar de caminar.

—No tengo ninguna excusa ni voy a intentar defenderme. Sé que he vuelto a destrozarte la vida y lo siento más de lo que nunca podré expresarte con palabras. No sé cómo disculparme. Lo único que se me ocurre para intentar reparar el daño que te he hecho es pedirte que te cases conmigo.

—¿Reparar el daño? —Se detuvo tan en seco que Will casi chocó con ella.

En un acto reflejo, él la sujetó por la cintura para estabilizarlos a ambos y en cuanto le colocó las manos en las caderas, el deseo volvió a prender

dentro de él, que se maldijo a sí mismo y se apartó.

—¿Reparar el daño? —repitió Beatrix levantando la voz y dándose media vuelta para mirarlo—. ¡Yo no soy una valla desvencijada ni un coche accidentado! El daño que me has hecho no puede ser reparado.

Will podía ver las lágrimas en sus ojos castaños y se sintió como un canalla.

—Dios santo, Trix, no llores, por favor.

—¿Por qué no? ¿Porque eso hace que te sientas mal? ¿Porque te hace sentir culpable? Lo siento, pero tu conciencia no es problema mío. —Mientras hablaba, tenía que parpadear para contener las lágrimas—. Y no voy a casarme contigo. No te amo. De hecho, lo que siento por ti es todo lo contrario.

—Según tu razonamiento de antes, eso no tiene importancia. Tampoco amabas a Trathen y sin embargo ibas a casarte con él.

Ella soltó un bufido de desprecio entre los dientes.

—¿Y crees que tú puedes ocupar su lugar así sin más? ¿Crees que tanto me da casarme con uno como con otro? Quizá no amase a Aidan, pero le tenía mucho cariño. Podría haber llegado a amarlo si tú no hubieses vuelto y lo hubieses echado todo a perder.

Will se pasó las manos por la cara en busca de algo que decir, pero no encontró nada que pudiese justificar su comportamiento.

—Una vez nos amamos, Trix. Quizá pudiésemos recuperar lo que tuvimos.

—¡Yo no quiero recuperarlo! Contigo no. Tardé cinco años en olvidarte. Y cuando por fin lo había conseguido, reapareces, y consigues que mi prometido rompa el compromiso. Me has destrozado la vida por segunda vez. ¿De verdad crees que casándote conmigo arreglarás las cosas y podremos empezar de nuevo como si nada?

—No, por supuesto que no, pero el matrimonio es lo único que te puedo ofrecer. Además... —hizo una pausa, consciente de que estaba en la cuerda floja—, entre tú y yo sigue habiendo algo, Trix. No me digas que tú no lo has sentido.

—Oh, sí que siento algo por ti, Will —dijo ella con voz acaramelada—. Por supuesto que sí: se llama odio.

En verdad debía de ser un optimista nato, pensó Will, y también incurable, porque las palabras de Beatrix le dieron esperanzas.

—Eso es mentira —dijo en voz baja—. Tú no me odias. Deberías odiarme, de eso no cabe duda. Y quieres hacerlo, la verdad es que me lo merezco. Pero no me odias. Eres demasiado buena como para odiar a nadie.

Los ojos entrecerrados de Beatrix le indicaron que ella no se había tomado eso como un cumplido.

Cambió de táctica.

—Cuando nos hemos besado, sé que has recordado cómo eran las cosas entre nosotros.

Ella abrió la boca para negarlo, pero cuando la volvió a cerrar y optó por darse media vuelta para alejarse de allí, Will la cogió por los brazos y aprovechó la pequeña ventaja.

—¿Lo ves? No puedes negarlo porque sería mentira. Y tú nunca has sabido mentir.

Beatrix se encogió de hombros e intentó soltarse.

—Déjame en paz.

—Reconócelo, Trix. Has sentido el mismo deseo que yo. A pesar de que han pasado seis años, sigue estando ahí.

—¡El deseo no es amor! —exclamó ella, zafándose—. No lo es. Tú nunca me has amado. ¡Si me hubieses amado, jamás me habrías abandonado!

—Y yo podría decir que si me hubieras amado tú —contraatacó él—, habrías venido conmigo en vez de quedarte en casa.

—¡Gracias por darme la razón! Nunca estuvimos enamorados. Y ahora, ¿te importaría dejarme en paz?

—No. No pienso irme a ninguna parte. No voy a volver a dejarte nunca más. Lo que voy a hacer es reconquistarte.

—¿Reconquistarme? —repitió ella—. Dios santo, ¿acaso no me has torturado bastante?

—Ya veo que si quiero convencerte tendré que ser mucho más romántico. —Respiró hondo, le cogió las manos e hincó una rodilla en el suelo—. Cásate conmigo.

Beatrix se quedó sin habla. Negó con la cabeza y se lo quedó mirando. Estaba atónita, como si estuviese en medio de un sueño absurdo. Se sentía como Alicia después de atravesar el espejo y caer por la madriguera del conejo, porque nada, absolutamente nada, tenía sentido. ¿Will le estaba pidiendo que se casase con ella otra vez?

No era posible. Era tan difícil de creer como que los cerdos volasen. Y, sin embargo, aquella escena no le resultaba del todo desconocida a su imaginación. De hecho, en una parte secreta de su mente, Beatrix había imaginado algo muy similar infinidad de veces.

Cuando Will se fue a Egipto, ella sintió una amplia gama de emociones que iban desde la incredulidad al horror, de la rabia al dolor, pasando por la esperanza y por muchas otras más. Pero también había habido ocasiones en las que se había atrevido a pensar que quizá él, y sólo quizá, volvería y le diría que se había equivocado y le suplicaría de rodillas que lo perdonase. Había soñado muchas veces con eso, en especial la última parte. Y, aunque el decorado era distinto cada vez que se imaginaba la escena, había algo que siempre permanecía igual: el placer que la embargaba cuando lo rechazaba.

Beatrix nunca había creído que algún día tendría la posibilidad de hacer realidad su sueño.

Recordó todas las veces que había soñado un momento como ése y sonrió. Miró aquellos ojos verdes que tanto había amado en el pasado y dijo:

—No. —Y descubrió que la realidad era tan placentera como su imaginación—. No me casaré contigo.

—Beatrix...

—Tuviste tu oportunidad —lo interrumpió ella, disfrutando de cada palabra—. Y que ahora vengas a suplicarme...

—¿Suplicarte? —La palabra hizo sonreír a Will, el muy canalla. Ladeó la cabeza hacia un lado y la miró—. Si te suplico, ¿te casarás conmigo?

—No.

—¿Y si me arrastro por el suelo? ¿Por el fango? ¿Con mi mejor traje?

Beatrix apretó los labios y apartó la vista, furiosa porque, a pesar de las circunstancias, a pesar de que se había comportado como un canalla, Will

había estado a punto de hacerla reír. Pero cuando volvió a hablar, su respuesta fue tan firme como decidida.

—No.

—Podría pedírtelo por favor —sugirió él, pero cuando ella negó de nuevo, se puso en pie, aflojó las manos y la soltó.

—Jamás me casaré contigo —declaró Beatrix—. Ni ahora ni nunca. Ni en un millón de años. Ni por todo el té de China —siguió. Le estaba gustando tanto rechazarlo que no quería parar—. Ni aunque fueses el último hombre sobre la faz de la Tierra.

Él se quedó mirándola a los ojos un segundo.

—Estás disfrutando, ¿a que sí?

—Sí —reconoció ella, sonriendo de oreja a oreja—. La verdad es que sí.

—¿No vas a darme ninguna esperanza? Si me la das —dijo, como si intentase ayudarla—, podrás seguir torturándome un poco más.

—Hum... —Hizo una pausa y fingió pensarlo—. Es una idea muy tentadora —contestó al cabo de unos segundos—, pero no. No voy a darte esperanzas.

—Entiendo. —Will asintió, pero si estaba triste no lo dejó entrever—. Entonces, sólo puedo hacer una cosa.

Ella cruzó los dedos.

—¿Volver a Egipto?

—No. —Esbozó una sonrisa de pirata—. Hacerte cambiar de opinión.

Beatrix lo miró exasperada y se dio por vencida. Esquivándolo, se dirigió hacia la casa preguntándose si Marlowe tendría una pistola y dónde la guardaba.

11

WILL se quedó mirándola mientras ella volvía a la casa; las puntillas de sus enaguas sobresalían por debajo del vestido azul igual que las olas en una tormenta. Reconquistarla iba a ser una tarea mucho más ardua y difícil que la primera vez que lo hizo.

Al fin y al cabo, cuando se le declaró por primera vez, ella llevaba toda la vida enamorada de él. De hecho, Will no podía recordar una época en la que Trix no hubiese estado enamorada de él.

Beatrix cerró de un portazo.

Hasta aquel momento.

Will suspiró y se quedó mirando la puerta cerrada. En el pasado, había dado por supuesto que Trix lo amaba, lo había aceptado como un hecho inmutable, como algo que siempre estaba allí, igual que las leyes de la física o el día de apertura del Parlamento. Incluso después de leer la noticia de que iba a casarse con otro, no terminó de creérselo. Y por eso mismo se había guardado el recorte de la noticia en el bolsillo de la chaqueta durante ocho meses. Porque necesitaba aceptar lo imposible.

Seis años atrás, había estado seguro de que ella lo amaba y después había despreciado ese amor porque era un rebelde y quería irse a Egipto. Apenas tenía veintitrés años y ya le habían organizado toda la vida. Se lo habían dado todo en bandeja: las propiedades, la posición social, una chica preciosa que lo adoraba. Él no había hecho nada para ganárselo.

Pensó en los ojos de Beatrix, llenos de su furia, y en su corazón herido y supo que esa vez, al menos en lo que se refería a la chica preciosa, iba a

tener que ganárselo.

Para consternación de Beatrix, la alegría que sintió después de rechazar a Will no le duró demasiado. Estaba pasando por el salón rumbo a la escalera, cuando tía Eugenia la llamó.

—¿Beatrix? Ven un momento, querida.

Se detuvo con cara de pocos amigos. Después del escándalo que le había montado la mujer tras enterarse de que había roto su compromiso con Aidan, no se veía capaz de soportar otra lacrimosa escena. Pero tampoco podía hacer nada para evitarlo, Eugenia ya la había visto.

De mala gana se encaminó al salón donde estaba su tía con la madre de Marlowe, Louisa, la abuela Antonia y lady Debenham. Iban vestidas para la cena y estaban bebiendo una copa de jerez. Y seguro que especulando acerca de los motivos que los habían llevado a Aidan y a ella a romper su compromiso.

—¿Sí, tía? —preguntó, preparándose para otra discusión acerca de cómo iban a explicarles a sus amigos lo que había sucedido. Después le diría que todo Londres hablaría de ellos durante meses y luego que jamás se habría imaginado que un miembro de su familia rompiese no uno, sino dos compromisos, y que no había conocido a una mujer capaz de plantar a un hombre casi ante el altar después de que a ella la hubiesen dejado plantada.

Pero para su sorpresa, Eugenia parecía haberse recuperado del *shock* inicial. De hecho, al verla en la puerta incluso le sonrió.

—¡Mi querida sobrina! —Dejó a un lado la taza de té y fue a su encuentro con los brazos abiertos, con aspecto inexplicablemente feliz—. Ahora lo entiendo todo.

—¿Ah, sí? —Beatrix la miró confusa.

—Por supuesto. —Su tía le cogió las manos y le dio un par de besos en las mejillas. Beatrix estaba atónita—. ¿Por qué no me lo explicaste antes?

Ella apartó la vista de su tía y vio que las otras damas también le estaban sonriendo y la miraban con indulgencia. Incluso Antonia parecía mostrar cierta benevolencia. Ella les devolvió la sonrisa, algo confusa, y murmuró:

—No sé de qué me hablas, tía.

—No puede decirse que sea así como se hacen las cosas —añadió Eugenia con una carcajada.

—Por supuesto que no —la secundó Antonia, golpeando los impertinentes contra su rodilla para dar más énfasis a sus palabras—. En absoluto.

—Pero es muy romántico —suspiró Louisa—. Incluso a ti tiene que parecértelo, mamá.

—Es verdad —convino Antonia, a la que de nuevo se le suavizó el semblante—. Muy romántico.

—¿Romántico? —repitió Beatrix, mirándolas sin entender nada. ¿Qué tenía de romántico romper un compromiso? ¿Y por qué diablos había cambiado su tía tan radicalmente de actitud en menos de media hora?—. A mí no me lo parece —dijo—. Quizá lo definiría como caótico. O difícil.

Sus adjetivos no recibieron ninguna atención.

—Sí que es romántico —dijo lady Debenham—, pero sigo diciendo que hay muchas cuestiones prácticas que debemos tener en cuenta. —Dejó la taza y miró a Eugenia—. No se puede cambiar el nombre del novio y seguir adelante con la boda como si nada, querida. Al fin y al cabo, hay muchas cosas que iban grabadas con los monogramas.

Beatrix negó con la cabeza y llegó a la conclusión de que definitivamente era Alicia y había llegado a la fiesta del sombrerero loco.

—Estoy convencida de que Beatrix sabrá ser muy sutil cuando lo explique y que nuestras amistades serán de lo más comprensivas. Al fin y al cabo, todos la conocen.

Beatrix hizo una mueca al oír la última parte, pero Eugenia no pareció darse cuenta.

—Oh, querida sobrina, y pensar que él te ha amado todo este tiempo, sufriendo desde tan lejos. Y que hasta ahora que Trathen y tú habéis roto vuestro compromiso y que el duque se ha ido no se había atrevido a hablar...

—Tía —Beatrix interrumpió aquel relato absurdo y completamente falso—, ¿de qué estás hablando?

Eugenia se quedó perpleja ante su pregunta.

—De Sunderland, por supuesto. Te ha pedido que te cases con él. Lo hemos visto todas, querida —añadió, señalando la ventana abierta—, y no podríamos estar más contentas. Aunque reconozco que nos ha sorprendido un poco...

—¿Qué?

Ella miró hacia donde su tía le señalaba y vio que desde allí había una vista perfecta de Angel's Head. Entonces lo entendió todo. Se frotó las sienes y gimió en voz baja.

—No hemos podido oír vuestra conversación, claro está —continuó Eugenia—, pero cuando hemos visto que Will se ponía de rodillas, lo hemos comprendido. Al fin y al cabo, el primer amor siempre es el más profundo.

Todas suspiraron.

Beatrix supo que tenía que aclarar el malentendido cuanto antes.

—Tía Eugenia, señoras... —Respiró hondo—. Will y yo no estamos prometidos.

Tras la noticia, se produjo un silencio sepulcral y su tía fue la primera en volver a hablar.

—Pero Beatrix, hemos visto que se arrodillaba. Y que te cogía las manos.

—Sé lo que habéis visto, y sí, Will me ha pedido que me case con él. Pero —añadió, interrumpiendo el coro de «ahhhs»— al parecer todas dais por hecho que he aceptado.

—Bueno, por supuesto, querida —dijo Eugenia, sorprendida por las palabras de su sobrina—. Es un duque —señaló, como si eso lo explicase todo y luego se dirigió al resto de las damas—: ¿Creéis que sería posible que Beatrix y Sunderland se casasen en la fecha prevista? Así todo le resultaría más fácil para nuestras amistades.

—¡Por última vez, Will y yo no estamos prometidos! Le he rechazado y seguiré rechazándole hasta que se dé por vencido y se vaya. ¡No estamos prometidos y no habrá ninguna boda!

Y dicho esto, les dio la espalda a las cuatro mujeres y salió del salón.

—Cielos —masculló, mientras subía corriendo la escalera—. Me siento como si le hubiese dicho a un grupo de niños de dos años que no iban a

celebrar la Navidad.

—¿Trix? —La voz de Julia se coló por debajo de la puerta del dormitorio, acompañada por un ligero golpe—. Trix, cariño, ¿estás ahí?

—Entra, Julia —dijo ella, levantándose de la cama mientras su prima entraba en la habitación llevando su bolsa de playa.

—Geoff me ha pedido que te trajese tus cosas. —Hizo una pausa y sonrió pícara—. Está bien, lo confieso, yo me he ofrecido voluntaria. Quería disculparme contigo. Antes he sido muy desagradable, lo siento. —Lanzó la bolsa sobre la cama y le tendió la mano—. *¿Pax?*

Beatrix sonrió al oír la palabra que utilizaban siempre de pequeñas para firmar sus treguas. Dio un paso hacia adelante y estrechó la mano de su prima.

—*Pax*.

Se sentaron en un extremo de la cama, la una al lado de la otra.

—Bueno —dijo Julia tras un instante de silencio—, menudo lío, ¿eh?

—Eso es quedarse corta.

—Si te inquieta que alguien pueda enterarse de lo que ha sucedido, no te preocupes. Ninguno de nosotros dirá nada. Mantendremos la boca cerrada.

—Lo sé. —Se quedó callada y luego añadió—: ¿Cómo es que estabais todos allí?

—Cuando he llegado a casa me he encontrado con Paul y Aidan; estaban a punto de ir a dar un paseo. Supongo que la partida de ajedrez había llegado a un punto muerto y debían de llevar horas mirando el tablero, así que habían decidido salir a tomar el aire. Aidan me ha preguntado dónde estabas y yo le he dicho que habías ido a bañarte a la cueva de Phoebe, así que hemos decidido ir a buscarte paseando. No teníamos ni idea de que Will también estaba allí.

—Y yo tampoco —añadió ella con un suspiro—. ¿Sabes que Aidan y yo hemos anulado la boda?

Julia asintió.

—Después de que tú te fueras corriendo tras Aidan, Paul ha bajado hasta la playa y se ha encarado con Will. Le ha dado un puñetazo tan fuerte que lo ha dejado inconsciente.

Beatrix sonrió al pensar en su mandíbula hinchada.

—Tendré que darle las gracias a Paul.

—Sí, bueno, después él se ha ido hecho una furia y yo me he quedado en la playa. Will estaba inconsciente, el pobre. Tumbado en la arena, prácticamente muerto, con las olas a escasos centímetros de distancia. Si hubiera subido la marea, podría haberse ahogado.

Beatrix sorbió por la nariz, nada impresionada por el relato.

—En fin —prosiguió Julia—, estábamos allí abajo cuando ha aparecido Geoff para buscar tus cosas y nos ha contado que Aidan y tú habíais roto el compromiso. Lo siento, cariño. —Hizo una pausa—. ¿Will ha... hum... te ha dicho algo?

—Oh, sí, me ha dicho muchas cosas, todas absurdas. —Vio que su prima la miraba expectante y suspiró resignada—. Bueno, supongo que te enterarás tarde o temprano. Me ha pedido que me case con él.

—¡Lo sabía! —Julia saltó de la cama de alegría—. ¿Por qué no me lo has dicho en seguida? ¿Cuándo es la boda?

—Eres igual que tía Eugenia. —Se frotó la frente, furiosa—. Le he rechazado.

—¿En serio?

—¡Por supuesto que sí! ¿Por qué le sorprende tanto a todo el mundo? —Se puso en pie, inquieta como una liebre—. ¿Acaso todos creéis que soy una solterona desesperada por casarse con el primero que se lo proponga?

Julia sonrió y ella se irritó todavía más.

—Por supuesto que no, querida. Pero no estamos hablando de cualquier hombre. Estamos hablando de Will.

—Por eso mismo. Del hombre que me dejó plantada hace seis años —le recordó enfadada, caminando por la habitación—. El hombre que decidió reaparecer justo cuando ya lo había olvidado. El hombre que me ha acosado cuando estaba sola y me ha comprometido delante de mi familia y de mi prometido. El hombre responsable de romper mis dos compromisos. Oh, sí

—añadió deteniéndose para mirar a Julia—, en efecto estamos hablando de Will, porque sólo él es capaz de crear tal caos en la vida de una mujer.

Vio que su prima se mordía los labios para no reírse.

—¡No te atrevas a reír! —exclamó, poniéndose a pasear de nuevo—. No tiene gracia. Will dice que quiere reparar los daños. ¿Te lo puedes creer? Como si eso fuese posible...

Julia volvió a sentarse en el extremo de la cama.

—¿No le crees?

—¡Por supuesto que no! ¿Por qué debería hacerlo? Sólo lo ha dicho para tranquilizar su conciencia. Y ahora que le he rechazado, su conciencia estará tranquila y podrá irse.

—¿Y si no se va? ¿Y si no se da por vencido?

Beatrix se rió incrédula, dio media vuelta y reanudó la marcha.

—¿A qué te refieres? Por supuesto que se dará por vencido. ¡La última vez sólo tardó tres días!

—¿Y si no se va? ¿Le darías una segunda oportunidad?

—No se merece una segunda oportunidad.

—Eso es muy cruel, querida, y nada propio de ti, si me permites que te lo diga.

—Sí, soy un pedazo de pan, o eso me han dicho.

Apretó la mandíbula al recordar que Will le había dicho que era demasiado buena como para odiar a nadie. Ella no estaba de acuerdo con esa afirmación. En realidad, a él lo odiaba muchísimo. Y lo que era más importante, no se sentía nada dispuesta a ceder. Todo lo contrario. Se sentía fuerte y decidida, lo que era toda una novedad para ella y descubrió que era un sentimiento liberador.

—Voy a dejar de ser un trozo de pan —le aseguró a su prima—. A partir de ahora, seré de lo más dura, al menos con los hombres.

—Dura, ¿eh? —Julia sonrió—. Me parece bien. Pero contesta a mi pregunta, ¿qué harás si Will no se rinde? Si se queda y decide luchar para hacerte cambiar de opinión. ¿Qué harás entonces?

Él ya la había amenazado con hacer exactamente eso, pero Beatrix seguía sin dejarse impresionar por la idea. Volvió a pasear.

—Estamos hablando de Will —le recordó a Julia—. Esperar que ese hombre cumpla una promesa y que sea responsable es como esperar que les crezcan alas a los cerdos. —Cuando su prima siguió mirándola esperando una respuesta, Beatrix se dio por vencida y se la dio—: Volveré a rechazarlo.

—Sí —asintió Julia como si eso fuese exactamente lo que estaba esperando—. Es el movimiento lógico.

—¿De qué estás hablando?

—¿Cómo podría explicártelo? Will y tú sois como... guisantes y zanahorias.

—Creo que quieres decir como agua y aceite —la corrigió Beatrix, cruzándose de brazos.

—¿Lo dices porque siempre estáis discutiendo? Pero, querida, a vosotros dos os encanta discutir.

—¿Qué?

—Es verdad. Os encanta. A los dos. A la mayoría de los hombres no les gusta, prefieren vivir en paz. Pero Will no. A él le gusta discutir y sentir la emoción de una buena pelea y a ti también. A los dos os parece increíblemente excitante y por eso he dicho que sois como guisantes y zanahorias. Lleváis toda la vida discutiendo y haciendo las paces y habéis disfrutado cada minuto. Creo que eso significa que estáis hechos el uno para el otro.

—¡Tonterías! —Se soltó los brazos y volvió a pasear. La insinuación de su prima la había puesto inexplicablemente nerviosa—. Es la estupidez más grande que he oído nunca.

—No es ninguna estupidez. Hubo una época en que os amabais.

Beatrix se puso furiosa y dejó de estar asustada.

—No, Julia —la corrigió—. Yo lo amaba. Él no me amaba a mí. Y la verdad es que ya no tiene sentido hablar del tema, porque eso ya pasó.

Su prima le sonrió.

—Pues esta tarde lo estabas disimulando muy bien.

Ella notó que se le subían los colores y al llegar a la ventana dejó de caminar y se volvió para mirar hacia afuera y que Julia no pudiese verle la cara.

—Eso no es amor —dijo sin darse media vuelta—. Eso ha sido un instante de locura transitoria. Además —prosiguió, al recordar lo humillante que había sido toda la situación—, tampoco puede decirse que las cosas hayan cambiado. Los casados tienen que vivir relativamente cerca el uno del otro.

—No tienen por qué. Yardley y yo no vivimos cerca. —Hizo una pausa y sonrió—. No, si puedo evitarlo.

—Lo digo en serio, Julia. Para que un matrimonio sea feliz, ambas partes tienen que desear las mismas cosas, compartir la misma visión de la vida. —Se detuvo al darse cuenta de que con Aidan había tenido esas cosas en vez de pasión y amor y que tampoco le había salido bien—. Lo que quiero decir —continuó tras unos instantes— es que el matrimonio y yo no estamos hechos el uno para el otro. Al parecer, estoy destinada a otras cosas. —Suspiró—. Ojalá supiese cuáles.

—Así que, incluso si Will se enmendase, si te dijese que te ama con locura y te lo demostrase, ¿tú seguirías queriendo estar soltera?

—Todavía no he decidido nada, pero sea lo que sea lo que me depare el futuro, Will no forma parte de él.

—¿Sabes qué, querida? —le dijo su prima poniéndose en pie—. Éstas podrían ser tus famosas últimas palabras.

Julia se agachó para esquivar la almohada que Beatrix le tiró y salió del dormitorio sin dejar de reír.

Si de verdad quería conquistar a Beatrix, Will iba a necesitar a todos los aliados que pudiese conseguir. Así que lo primero era hacer las paces con Paul. Llevaban toda la vida siendo amigos y siempre habían resuelto sus disputas con un apretón de manos, pero en esa ocasión no iba a bastar con eso. Sin embargo, Will confiaba en que cuando le hubiese contado a Paul cuáles eran sus intenciones, éste pudiese perdonarle lo que había sucedido esa tarde.

Se dirigió al dormitorio de su amigo, donde éste estaba vistiéndose para la cena. Cuando llamó y oyó que Paul le daba permiso para entrar, no lo

hizo. Se quedó de pie en la puerta y sólo la abrió lo suficiente como para asomar la cabeza.

—¿Podemos hablar?

Paul desvió la vista y se dirigió al ayuda de cámara que se había detenido a medio nudo de la corbata.

—Siga, Fitch —le ordenó.

El sirviente terminó de anudar el napoleón de seda negra y él no devolvió su atención a Will, ni siquiera miró hacia donde éste estaba. En vez de eso, mantuvo la mirada fija en el espejo, justo por encima del hombro de su ayuda de cámara y no dijo nada.

Will miró el rostro adusto de su amigo, respiró hondo, entró en la habitación y soltó lo que había ido a decirle.

—No estoy jugando con ella. Nunca lo he hecho. Eso lo sabes. —Paul siguió sin mirarlo y sin responderle, así que él dijo lo que de verdad importaba—: Voy a reconquistarla.

Esa frase consiguió hacer reaccionar a Paul, que volvió la cabeza, interrumpiendo de nuevo al ayuda de cámara para mirarlo a él como si se hubiese vuelto loco.

—¿Reconquistarla? —repitió incrédulo—. Will, Beatrix te odia.

Él se acordó de cómo Trix había sonreído cuando se ofreció a suplicarle que lo perdonase arrastrándose por el fango con su mejor traje.

—No, no me odia —dijo.

—Mamá me ha contado que al enterarte de que había roto su compromiso con Trathen has ido a pedirle que se casara contigo y que te ha rechazado.

—Sí, me ha rechazado, pero no importa. No me voy a rendir. Me quedaré aquí hasta que acepte casarse conmigo y venirse a Egipto.

Paul se rió y meneó la cabeza como si ésa fuese la mayor estupidez que hubiera oído en toda su vida.

—Beatrix jamás se casará contigo, amigo, ni en un millón de años. Y en cuanto a lo de vivir en Egipto, todavía me acuerdo de cómo acabaron las cosas la primera vez que se lo pediste. ¿Reconquistarla, dices? No tienes la más mínima posibilidad.

—La verdad es que por ahora no pinta demasiado bien —reconoció—. Pero lo haré de todos modos. Es lo correcto. Yo sólo quería que supieras... —Hizo una pausa y se tiró del cuello de la camisa con el dedo al tiempo que carraspeaba un poco—. Quería que supieras que mis intenciones eran honorables.

Paul levantó ambas cejas al oír eso, comprensiblemente escéptico.

—Bueno, eso sí que es una novedad, después de lo que he visto esta tarde —murmuró sarcástico.

Will no se inmutó.

—Tú eres su pariente más cercano, así que quería que supieras que no estoy jugando con ella.

No esperó su respuesta, sino que se dio media vuelta y se dirigió de nuevo hacia la puerta.

La voz de Paul lo siguió.

—¿No piensas pedirme permiso para cortejarla?

—No.

—¿Qué te hace pensar que esta vez podrás convencerla de que se vaya contigo a Egipto cuando hace seis años se negó?

Will se detuvo, con la mano en el picaporte.

—Porque esta vez no voy a irme hasta que me diga que sí.

—Vas a darle la lata hasta que acepte. Vaya, es una estrategia muy interesante.

Él le sonrió y abrió la puerta.

—Yo prefiero creer que voy a conquistarla.

12

DECIDIR que había llegado el momento de forjarse su propio destino estaba muy bien, pero Beatrix sabía que lo más difícil era averiguar en qué iba a consistir dicho destino.

Esa noche no bajó a cenar con los demás y pidió que le subiesen una bandeja a su habitación. No tenía humor para estar cerca de Will y, además, quería pensar.

La habían educado para creer que el matrimonio y los hijos formaban parte inseparable de su futuro. Sin embargo, Beatrix estaba convencida de que la Providencia le estaba diciendo que más le valía plantearse otras opciones. Pero cada vez que pensaba en el futuro, en la soltería, las obras de caridad de la parroquia, ayudar a Eugenia en el jardín, coser, dibujar, chismorrear con las damas del pueblo, ir de compras, en resumen, la vida que había llevado hasta entonces, sentía la misma sensación de vacío que había sentido cuando Will se fue a Egipto.

Casarse con él habría sido muy fácil, la solución más obvia a sus problemas y la más rápida. Todos habían dado por hecho que eso sería lo que haría, ahora que Aidan se había ido. Su familia se habría sentido muy aliviada al ver que por fin se casaba con alguien, aunque en el último minuto hubiese hecho algo tan poco ortodoxo como cambiar a un duque por otro. Al fin y al cabo...

«Tanto da un duque como otro.»

Maldito fuera Will. Dejó de jugar con la comida del plato y apartó la bandeja. Apoyó los codos en el escritorio para descansar la barbilla entre

sus manos y se quedó mirando la luna que iluminaba el cielo a través de la ventana.

Will no la amaba y por su parte había dejado de amarlo y, aunque odiaba tener que darle la razón en algo, había acertado al decir que ella jamás sería feliz casándose sin amor. Por eso mismo había intentado obligarse a enamorarse de Aidan.

Pero si no se casaba con alguien, ¿qué otra cosa podía hacer? Las mujeres de su clase no solían trabajar. Había excepciones, por supuesto. Como por ejemplo lady Weston, que tenía una agencia de ocupación desde antes de su matrimonio, y Vivian, que era una modista muy reconocida. Emma, lady Marlowe, había sido la secretaria de Marlowe antes de casarse con él y en esos momentos era una escritora muy famosa.

Beatrix se incorporó un poco y empezó a animarse. ¿Y si seguía el ejemplo de esas mujeres y buscaba una profesión?

Se quedó pensándolo unos minutos más y luego salió de su habitación para ir al piso de abajo. Los niños ya se habían ido a la cama, pero todos los demás estaban todavía en el salón. Will sentado frente a un escritorio, con una pluma en la mano. Julia tocaba el piano y Vivian estaba colocando agujas en un nuevo vestido que colgaba de un maniquí. El resto de las damas estaban hablando mientras bebían una copa de jerez y los caballeros jugaban a cartas, al *backgammon* o al ajedrez.

Las conversaciones se detuvieron en cuanto ella entró en el salón y fue Julia, bendita fuera, la que rompió el incómodo silencio:

—Trix, justo la persona que necesitaba —le dijo como si ese día no hubiese sucedido nada inusual—. Ven a pasarme las páginas de la partitura, que a Vivian se le da fatal.

—Bueno, como puedes ver, tengo las manos ocupadas —se defendió la otra, sujetando unos alfileres entre los dientes.

Beatrix notó la mirada de Will fija en ella cuando pasó junto al escritorio en dirección al piano, pero no miró en su dirección. Se colocó al lado de la banqueta en que estaba sentada Julia y, mientras su prima elegía la próxima partitura, Beatrix desvió la vista hacia el vestido de seda azul claro que estaba confeccionando Vivian.

—Es un vestido precioso —le dijo.

La esbelta pelirroja se quitó los alfileres de la boca.

—Gracias. Es para la colección de primavera.

Ella asintió y observó el vestido con atención.

—¿Le encargas a alguien que te dibuje los diseños?

Vivian la miró sorprendida por la pregunta.

—No, la verdad es que los dibujo yo misma. Voy creando el diseño del vestido a medida que lo dibujo. ¿Por qué lo preguntas?

Ella tomó aire.

—Estoy buscando la manera de utilizar mis conocimientos artísticos en el mundo profesional.

—¿Qué?

La exclamación horrorizada de Eugenia le puso a Beatrix la piel de gallina y también pudo oír los suspiros de las otras damas, pero no se dejó amedrentar.

—Si tú misma dibujas los vestidos, entonces supongo que tendré que buscar otro modo de ganarme la vida. Lucy —se acercó a la mesa en la que estaban jugando al *bridge*—, ¿tienes alguna oferta de trabajo para un ilustrador en la agencia?

Lady Weston dejó las cartas a un lado, pero antes de que pudiese contestar, Eugenia intervino:

—Mi querida Beatrix, ¿a qué vienen estas preguntas? ¡No puedes estar pensando en convertirte en una artista!

Ella apretó la mandíbula y miró a su tía a los ojos.

—¿Por qué no?

La mujer se rió.

—Porque, sencillamente, eso no se hace, querida. No es propio de una dama de tu clase. Dibujar es una afición maravillosa y sé que te gusta mucho, pero no puedes utilizar tu talento para ganar dinero. Eso es imposible.

—No sé por qué.

—¡Porque sí! —Su tía, que se mostraba cada vez más nerviosa, levantó la voz—. Y si para entenderlo no te basta con lo que le pasó...

—Trix —dijo Paul, lo bastante alto como para interrumpir el discurso de su madre—, quizá deberías dejar esta conversación para otro momento.

Me temo que aquí y ahora no es el lugar ni el momento adecuados para hablar de tu futuro.

Ella notó que se producía un silencio muy incómodo y cuando volvió a mirar a Lucy vio que la había puesto en una situación difícil.

—No te preocupes —le dijo, zanjando el tema antes de que alguien dijese algo más—. Tienes razón, Paul, ahora no es el mejor momento. Dado que hace una noche muy agradable, creo que iré a dar un paseo. Si me disculpáis.

Fue hacia la puerta-ventana que conducía a la terraza y salió al exterior. Una vez allí, se acercó a la balaustrada y respiró hondo para ver si la brisa marina enfriaba su frustración. Maldición, ¿por qué las mujeres tenían una vida tan limitada, tan restringida... tan asfixiante?

En aquel preciso instante se dio cuenta de que lo que estaba sintiendo debía de ser muy parecido a lo que había sentido su madre. Después de que su familia hubiese mostrado explícitamente su desaprobación, Beatrix no podía recurrir a sus amigos en busca de ayuda. Y el matrimonio ya no era una posibilidad, al menos en un futuro cercano, por lo que, a no ser que encontrase el modo de que su familia entrase en razón, tendría que desafiarlos. Pero hacer eso, tal como había aprendido su madre en carne propia, podía salir muy caro y Beatrix no estaba dispuesta a pagar un precio tan alto. Por otro lado, quería una vida nueva, una vida que le perteneciese sólo a ella y no estaba dispuesta a darse por vencida. Lo que tenía que hacer era encontrar el modo de que su familia la entendiese. Pero ¿cómo?

Oyó unos pasos detrás de ella y cuando miró por encima del hombro, vio a Will saliendo a la terraza.

—¿De verdad quieres ser ilustradora? —le preguntó, acercándose.

—Lo que de verdad quiero es que me dejes sola —contestó, volviendo a mirar el océano que se extendía ante sus ojos.

Evidentemente, él no le hizo caso. Se colocó a su lado frente a la balaustrada, y cuando Beatrix lo miró de reojo, vio que la estaba mirando.

—¿Quieres ser ilustradora? —repitió.

—He pensado que podría serlo, pero como has podido ver, a mi familia la idea no le hace ninguna gracia.

—Excelente. —Will ignoró la opinión de la familia de ella como si no tuviese importancia—. Yo te contrato.

—¿Quieres que dibuje para ti? —Volvió a mirar el mar y se acordó de los dibujos que había hecho de las ruinas romanas que Will había encontrado en Sunderland años atrás—. Restos arqueológicos, supongo.

—Sí. He traído unas cuantas piezas conmigo. Pertenecen al archivo egipcio, pero las van a ceder al Museo Británico para una exposición. El objetivo es enseñar lo que hemos encontrado para así generar interés por nuestro trabajo en Tebas y recaudar fondos, quizá incluso encontrar un patrocinador. Aunque ahora lord Marlowe ha accedido a financiar la excavación.

—Entonces, ¿para qué necesitas los dibujos?

—Marlowe quiere que escriba una serie de artículos sobre el trabajo que llevamos a cabo en Egipto, y quiere que vayan acompañados de fotografías e ilustraciones de los objetos que hemos encontrado. Estoy seguro de que puedo convencerlo para que publique tus dibujos. Además, el museo querrá también ilustraciones para el catálogo que editará para la exposición.

—Comprendo. —Hizo una pausa. Era una oferta muy tentadora y la verdad era que notó que incluso la ilusionaba, pero sabía que era imposible —. No puedo trabajar para ti.

Will apoyó una cadera en la balaustrada y se cruzó de brazos.

—No veo por qué no. Tú quieres ser ilustradora y yo necesito contratar a una. A mí me parece muy sencillo.

—Es imposible que creas que contratarme es una buena idea.

—Todo lo contrario —contestó él con una sonrisa—. Creo que es una de las mejores ideas que he tenido nunca.

—Pero ¡si yo te odio!

La sonrisa de Will se ensanchó y Beatrix se puso más furiosa.

—Tú no me odias —dijo y sonó tan absolutamente convencido que ella tuvo ganas de darle una patada en la espinilla—. Quieres odiarme, pero no me odias. No de verdad. Además —prosiguió antes de que pudiese discutírselo—, si de verdad quieres ser ilustradora profesional, de vez en cuando te tocará trabajar con gente que no te caiga bien. Me temo que esas cosas pasan cuando uno intenta ganarse la vida.

Beatrix supuso que eso no podía discutírselo.

—No confío en ti.

—Y haces bien —respondió serio—. Teniendo en cuenta nuestro pasado, sabes que no soy un hombre de fiar. Pero te prometo que me comportaré lo mejor posible, a no ser, claro está, que tú dejes de dibujar, te lances a mis brazos y me supliques que te haga el amor; en ese caso, no seré responsable de mis actos.

Beatrix se rió por lo bajo, dejándole claro que estaba convencida de que eso no iba a suceder.

—Podría ser —insistió él—. Yo no pierdo la esperanza.

—Mi familia no aprueba que me convierta en artista. Jamás estarán de acuerdo en que trabaje para ti.

—¿Por qué? ¿Porque tienen miedo de que te vayas a París con un hombre? ¿O de que te conviertas en una cualquiera?

—Teniendo en cuenta lo que ha pasado esta tarde —contestó, mirándolo de soslayo—, al menos Paul tiene motivos para creerlo.

—Deja que yo me encargue de él. Lo convenceré de que te deje trabajar para mí. Tu primo ya sabe que mis intenciones son honorables.

—¿Tus intenciones son honorables? —Intentó parecer sarcástica, pero, por desgracia, sus palabras la habían dejado casi sin aliento y tuvo que tragar saliva varias veces para poder continuar—. Esto sí que es una novedad. ¿Estás seguro de que sabes lo que significa?

—Yo puedo ser honorable, Trix. ¿Hace falta que te recuerde la norma de los tres botones?

Beatrix, consciente de que se estaba quedando sin excusas, negó con el gesto.

—Ya te he dicho que lo nuestro jamás funcionaría. Lo único que sabemos hacer es discutir. Y después de lo que ha sucedido hoy, sería un poco raro... e incómodo que trabajásemos juntos.

Will le quitó importancia al beso.

—Te he besado. ¿Y qué? La gente se besa todo el tiempo. Te llevarías las manos a la cabeza si supieras la cantidad de gente que se besa en todas las fiestas. Y nosotros ya nos habíamos besado antes muchas veces. A mí no me parece raro y no me siento incómodo contigo.

Pero ella sí. Pensar en el beso que se habían dado esa tarde y en todos los besos del pasado anulaba sus sentidos y hacía que se sonrojase de pies a cabeza.

Respiró hondo e intentó pensar con claridad.

—No sería apropiado.

—A pesar de la anticuada opinión que tiene tu familia sobre las mujeres trabajadoras, hoy en día, muchas damas de la alta sociedad ejercen distintas profesiones. Y varias de ellas están en ese salón, permíteme que te lo diga —añadió, señalando hacia el interior con el mentón—. Además, si el que te contrata soy yo, seguro que no les importará. De hecho, tengo la teoría de que estarán encantados.

—¿Encantados? Ya has visto cómo se han puesto cuando he sacado el tema. No les ha hecho ninguna gracia.

—Sí, pero no opinarán igual si trabajas para mí. Entonces, no lo verán como un trabajo serio, ni creerán que de verdad quieres abrirte paso en la profesión. Pensarán que forma parte de nuestro noviazgo.

Beatrix apretó los labios. Will tenía razón, pensó, al recordar cómo habían reaccionado Eugenia y las otras damas cuando creyeron erróneamente que había aceptado casarse con él.

—Y seguro que tú aprovecharás cualquier excusa para demostrarles que tienen razón.

Will no lo negó.

—Sé lo que pretendes —dijo, acusándolo con la mirada.

Él ladeó la cabeza y adoptó una expresión inocente.

—¿Crees que pretendo algo?

—Sólo me has ofrecido que trabaje para ti porque quieres que deje de estar enfadada contigo. Crees que si te hago esos dibujos, podrás hacerme cambiar de opinión y que aceptaré casarme contigo.

—Me conoces demasiado bien, Trix —reconoció él sin disimulo—. Soy transparente como el agua. Recuérdame que nunca juegue al póquer contigo o perderé hasta la camisa. Algo que me sucede con frecuencia cuando estoy contigo. Tenlo presente.

Lenguas de fuego se arremolinaron en el estómago de Beatrix, que luchó para quitarse la imagen del torso desnudo de Will de la mente.

—¿Por qué? —susurró entre dientes—. Nadie se enterará de lo que ha sucedido esta tarde. Ninguna de las personas que nos han visto dirá nada, lo que significa que mi reputación no corre ningún peligro. ¿Por qué estás haciendo esto?

—Ya te lo he dicho, porque quiero arreglar las cosas. No puedo olvidarme de que te he echado a perder los planes de boda dos veces y me siento obligado a asumir las consecuencias de mis actos. Dado que tú te niegas a permitirme que haga lo honorable y me case contigo, al menos permíteme que te ayude a asegurarte el futuro de otro modo. Es una cuestión de honor.

—¿Honor? —Beatrix se rió—. ¿Honor?

—Está bien —recapituló él—. Todo eso no es más que una sarta de tonterías. El honor no tiene nada que ver.

Desvió la vista hacia las puerta-ventanas del salón y luego se apartó de la balaustrada y se acercó a Beatrix.

—Te deseo. Te deseo tanto o más que antes. He pasado seis años mintiéndome al respecto y ya no puedo seguir haciéndolo. Ahora que por fin tengo una segunda oportunidad contigo...

—¡No tienes una segunda oportunidad!

—... voy a aferrarme a ella con uñas y dientes —continuó él como si ella no hubiese dicho nada—. Quiero reconquistarte. Quiero tenerte entre mis brazos, en mi cama, en mi vida.

Ella notó que le ardían las mejillas y el calor se extendió por todo su cuerpo a medida que Will iba hablando. Notó un hormigueo en los labios al ver la intensidad con que la miraba y, sin pensarlo, se los lamió nerviosa.

Will bajó la vista hacia la boca de ella y, durante lo que dura un latido, Beatrix pensó que iba a besarla allí mismo, delante de cualquiera que decidiera salir a tomar aire. Pero no lo hizo y cuando se apartó, no sabía si sentirse aliviada o decepcionada.

—Ahora que estás al corriente de mi diabólico plan —dijo él—, ¿vas a aceptar mi oferta de trabajo o no?

—¿Qué pasará si no acepto?

Will la miró como disculpándose.

—La verdad es que no quiero tener que recurrir al secuestro.

Beatrix suspiró exasperada y apartó la vista. Se quedó mirando el océano y dio gracias por la brisa que le enfrió el rostro.

—¿Qué sueldo voy a tener? —preguntó antes de poder evitarlo.

—Tres chelines por dibujo.

—Cinco.

Él no se molestó en regatear.

—Está bien. Cinco.

Beatrix se mordió el labio. Ni siquiera debería plantearse la posibilidad de aceptar. Por un lado, Will le estaba ofreciendo la oportunidad de conseguir lo que siempre había querido, es decir, decidir su propio futuro. Por otro, no confiaba en él. Peor aún, no confiaba en sí misma.

—¿Qué pasa, Beatrix? —le preguntó él ante su silencio—. ¿Acaso tienes miedo de que te conquiste y de que no puedas resistirme?

Ella se volvió con la barbilla bien alta.

—En absoluto —dijo con mucha dignidad.

—Perfecto. Entonces, ¿aceptas?

Con aquella luz no podría asegurarlo, pero Beatrix estaba segura de que Will la estaba retando con la mirada. Se sintió como cuando era pequeña y estaba en lo alto de Angel’s Head, mirando el precipicio: mareada, excitada y asustada.

—Sí —dijo, antes de perder el valor, consciente de que probablemente se había vuelto loca—. Sí, acepto.

13

WILL se quedó mirándola, incapaz de creer lo que acababa de oír.

—¿Aceptas? ¿En serio?

—Sí. Si de verdad quiero controlar mi destino, tengo que empezar en algún momento. Sería una estupidez rechazar una oportunidad como ésta. —Lo miró con cara de pocos amigos—. Aunque seas tú el que me la esté ofreciendo.

Will se rió confuso. Cuando la vio entrar en el salón y la oyó decir que quería convertirse en ilustradora profesional, pensó que eso era un regalo caído del cielo, pero nunca creyó que ella fuese a aceptar. Al fin y al cabo, le había dicho la pura verdad acerca de sus intenciones y le había confesado que todo formaba parte de su plan para conquistarla. Que Beatrix hubiese aceptado a pesar de todo, hizo que Will recuperase las esperanzas que hacía años que no tenía.

—Está bien, de acuerdo —dijo, riéndose de nuevo e intentando pensar cómo proceder—. Veamos... yo... nosotros... empezaremos cuanto antes. Sólo hay veinticinco kilómetros de aquí a Sunderland, así que mañana mismo le pediré el carruaje a Marlowe y mi ayudante y yo iremos a mi casa a seleccionar unos cuantos objetos que luego traeremos aquí. Así, en dos días, podemos empezar a trabajar en el catálogo.

—Me parece que te estás complicando mucho la vida trayendo las cosas aquí. ¿No sería más fácil esperar a que volviésemos a casa? Sólo faltan tres semanas.

—Exacto. —Miró hacia la puerta del salón, se aseguró de que nadie los estuviese mirando y, antes de que Beatrix pudiese negarse, le dio un beso en los labios—. No quiero que tengas tiempo de cambiar de opinión.

Cuando Will regresó de Sunderland la noche siguiente, ya casi era medianoche, la casa estaba a oscuras y todo el mundo se había acostado. A la mañana siguiente, durmió hasta tarde y no pudo desayunar con los demás, pero cuando bajó, la comida recién hecha seguía estando disponible en el comedor y se sirvió unos huevos revueltos, beicon e higadillos y le preguntó al mayordomo de Marlowe si sabía dónde estaba Beatrix.

—Lady Beatrix está en la glorieta con lady Danbury —contestó el hombre.

—Gracias, Jackson. ¿Sería tan amable de pedirle a mi ayuda de cámara que llevase allí mi maletín, junto con la pluma, el tintero y una de las cajas que trajimos ayer de Sunderland Park? Y dígale al cocinero que me prepare algo de café como siempre, por favor. Le agradecería que también me lo sirviese en la glorieta.

—Muy bien, su excelencia.

El mayordomo le hizo una inclinación y se fue para cumplir todos sus encargos, pero Will volvió a detenerlo.

—Y, Jackson, dígale a la doncella de lady Beatrix que le lleve a su señora el cuaderno y los lápices de dibujo.

—Creo que lady Beatrix ya tiene dichos objetos en su poder, señor.

—Excelente.

Will salió fuera y se dirigió al camino que conducía a la glorieta donde Beatrix estaba sentada con su tía.

Sí, el cuaderno estaba allí, pero ella no lo estaba utilizando; estaba encima de la mesa, junto con una caja de colores, mientras Trix y su tía estaban apoyadas en la barandilla, mirando la playa de debajo.

—Buenos días, señoras —saludó al subir los escalones—. Hace un día espléndido, ¿no creen?

Ambas se dieron media vuelta, pero fue Eugenia la que habló primero.

—Ah, Sunderland. Veo que al final volviste anoche.

—Así es, tía Gennie. Nos retrasamos unas cuantas horas porque se nos rompió una rueda y al final llegamos muy tarde. —Se volvió hacia Beatrix y señaló el cuaderno—. Veo que estás lista para empezar a trabajar.

—Sí —contestó—. Si tú también lo estás.

—Lo estoy. Le he pedido a Aman que me traiga aquí algunos objetos. Espero que no te importe. —Entonces se dirigió a Eugenia—. Trix ha tenido la amabilidad de acceder a hacerme unos dibujos.

A la mujer se le iluminó el semblante.

—Sí, de tus tesoros egipcios, según tengo entendido. Suena muy emocionante.

—¿Señor?

Will dio media vuelta y vio a Aman acercándose con la caja en las manos. Encima de la tapa iba el tintero de plata y el maletín de piel de Marruecos colgaba del hombro del egipcio. Detrás de él iba una doncella con uniforme de muselina gris y delantal blanco llevando una bandeja con el café.

—Buenos días, Aman. Déjalo todo en la mesa y luego puedes retirarte.

Se dirigió luego a la doncella para servirse el café, mientras su ayuda de cámara terminaba de subir los escalones y Beatrix apartaba sus cosas para hacerle sitio.

—No entiendo cómo puedes beber ese mejunje, Sunderland —dijo Eugenia, distrayéndolo de sus pensamientos. Él se dio media vuelta y la mujer miró el contenido de la taza con desconfianza—. Parece alquitrán, no café.

—Es café turco, tía —le explicó Beatrix—. Ya que Will y yo vamos a pasarnos el día trabajando, quizá disfrutarías más en la playa, con los demás.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Eugenia sonriéndoles a ambos—. Vosotros dos pasadlo bien con vuestras cosas. Pero recordad —añadió señalándolos con un dedo— que puedo veros desde la playa.

Cuando se fue, Beatrix gimió mortificada, pero él no pudo evitar reírse.

—¿Lo ves? —le dijo cuando tía Eugenia ya no podía oírlos—. Ya te dije que no le importaría que cobrases por tus dibujos siempre que fueran para mí.

—Sólo porque cree que estamos a punto de comprometernos. Estoy segura de que si algún día me caso con alguien ella estará más radiante que la novia —añadió exasperada.

—No si te casas conmigo. Porque, en ese caso, el día de nuestra boda irradiarás tanta felicidad que probablemente te lanzarás a mis brazos y me besarás apasionadamente en cuanto el vicario termine de casarnos. Escandalizarás a toda la parroquia de Stafford Saint Mary.

—Tienes mucha imaginación. Veamos —dijo entonces señalando la caja, antes de que él pudiese seguir hablando del tema—, ¿por qué no me enseñas los objetos que quieres que dibuje?

—Muy profesional por tu parte, Trix. —Will quitó la tapa a la caja, rebuscó con cuidado entre la paja y sacó una sencilla cajita de madera—. Creo que deberíamos empezar por algo bonito, ¿tú no?

—¿Ésa es la idea que tienes tú de algo bonito? —preguntó Beatrix, mirando la cajita después de que Will la depositase en la mesa.

—Pues sí.

Levantó la tapa y le mostró lo que contenía. Oyó que Beatrix se quedaba sin aliento al ver la esclava de oro, lapislázuli, cornalina y turquesas.

—¡Qué brazalete tan bonito! —exclamó.

—En realidad es un amuleto, lo llevaban en la parte superior del brazo.

Lo sacó del lecho de terciopelo en que descansaba y se lo acercó a ella, que levantó una mano y lo cogió con cuidado, mirando a Will con suspicacia.

—Muy astuto de tu parte empezar con joyas —murmuró.

—¿Qué hay mejor para capturar el interés de una dama?

Mientras Beatrix sujetaba la pulsera, él se colocó detrás de ella y le susurró al oído:

—Lo que tienes en la mano es un pedazo de historia, ¿sabes? —Levantó un dedo y recorrió las piedras que decoraban toda la joya—. Este brazalete perteneció a una mujer llamada Moabset, que vivió hace aproximadamente cinco mil años.

—¿Sabes algo sobre ella?

—Bastantes cosas en realidad.

Inhaló su aroma a gardenia, consciente de que si volvía la cara, sus labios rozarían la mejilla de Beatrix, pero sabía que estaban a la vista de todo el que estuviera en la playa y también sabía, por propia experiencia, que Eugenia, a pesar de su carácter amable, los estaría vigilando como un halcón.

Se apartó y se obligó a concentrarse en el asunto del que estaban hablando.

—La tumba de Moabset fue saqueada y la mayoría de los objetos que contenía fueron robados, pero no sé por qué, los ladrones se olvidaron de esta pulsera.

—¿Crees que es posible que la perdiesen sin querer? —preguntó ella, mirándolo con una sonrisa—. Al fin y al cabo, si vas cargado con un botín, puede ser que se te caiga algo.

—Es posible. Es la única joya que encontramos en la tumba, pero desde el punto de vista de un arqueólogo, la construcción en sí misma era un auténtico tesoro. Estaba llena de objetos de cerámica, de tablillas de arcilla y cosas similares que nos revelaron muchas cosas acerca de su inquilina. Las esquirlas de cerámica, las pinturas de las paredes y las tablillas nos aportan mucha más información que el oro y las joyas. Y también encontramos su sarcófago y los restos de su momia. Fue muy emocionante.

—¿Emocionante? —Beatrix lo pensó durante unos segundos y luego asintió—. Sí, supongo que debió de serlo —convino, observando el amuleto con detenimiento—. Pero también es un poco macabro, ¿no crees? No me extraña que te gustase leer a Edgar Allan Poe de pequeño.

—Trix, a todo el mundo le gusta Poe.

Ella arrugó la nariz y le hizo una mueca.

—Y no logro entender por qué.

—«El corazón delator» es un gran relato y lo sabes.

Beatrix se rió.

—Todavía me acuerdo de la noche en que lo leíste en voz alta. Nos habíamos escapado de noche y nos habíamos reunido en la cueva de Phoebe. Tú, Paul, Julia, Phoebe, Vivian y yo. Nos bañamos y luego comimos sándwiches y encendimos una hoguera. Y tú nos leíste «El corazón delator».

—He oído muchas cosas en el infierno —recitó él con una risa diabólica —, ¿será que estoy loco?

—¡Oh, para! —lo riñó ella, riéndose a pesar del escalofrío que sintió—. ¡Jamás he pasado tanto miedo en toda mi vida! Incluso Paul saltó del susto cuando llegaste a esa parte en que arranca el tablón del suelo y encuentra el corazón. Creo que él fue el que se asustó más.

Will sonrió.

—Paul jamás lo reconocerá.

—Probablemente no. —Volvió a guardar el amuleto en la caja y cogió el cuaderno y un lápiz—. ¿Por eso te fascina tanto la arqueología? ¿Porque te gusta abrir tumbas?

—No, lo que me fascina es ver cómo la historia se despliega ante mí. Las capas de las distintas civilizaciones se van amontonando unas encima de otras y en una excavación arqueológica lo que hacemos es desenterrar esas capas, empezando por la de más abajo. Es un trabajo importante, porque sirve para entender la vida de las personas. En eso consiste la historia.

—Me acuerdo de cómo excavabas cuando éramos pequeños. Y lo entiendo. Pero... —Se detuvo y apartó la vista. Luego golpeó la mesa con el lápiz, se detuvo de nuevo y volvió a mirar a Will—. ¿Qué me dices de todo lo que hay en Inglaterra? —Señaló a su alrededor—. Nuestras tierras, nuestras propiedades han mantenido a nuestras familias durante siglos. Eso también es historia, ¿no?

Él se quedó pensándolo unos instantes, buscando el modo de explicarle lo que quería decirle.

—Pero es una historia que ya conocemos, porque es la que hemos vivido.

—Lo que en realidad estás intentando decir es que Inglaterra te aburre.

Will detectó que el tono de voz de Beatrix había cambiado y supo que si le decía verdad, no se haría ningún favor. Pero si quería tener la posibilidad de llegar a algún tipo de acuerdo con ella, tenía que serle franco.

—Sí, en cierto modo, sí.

—¿Por qué?

—Porque aquí no tengo la sensación de estar viviendo ninguna aventura, ni de estar descubriendo nada. En un yacimiento arqueológico puedes desenterrar un pueblo enero, capa a capa, generación tras generación.

—Nosotros también tenemos generaciones, Will —dijo ella con voz suave, señalando la playa que se extendía detrás y a los niños que había allí jugando—. Y creo que su futuro es mucho más importante que el pasado de cualquier otra persona. A pesar de lo fascinante que probablemente fue la vida de Moabset y de lo emocionante que seguramente fue descubrir su tumba, no creo que pueda compararse a la emoción que se siente al ver crecer a tus propios hijos.

—En eso estoy absolutamente de acuerdo contigo, Beatrix. Siempre lo he estado.

Ella frunció el cejo y bajó la vista hacia el lápiz que tenía en la mano.

—¿Y qué me dices de darles un hogar a tus hijos? ¿Un futuro estable? ¿Acaso eso no te parece importante?

—Por supuesto que sí.

—Entonces, ¿por qué te has gastado toda tu herencia en la excavación? —Lo miró acusadora—. ¿Por qué?

Él le sostuvo la mirada y comprendió lo que ella estaba insinuando.

—Crees que he sido irresponsable.

—Sí, eso es lo que creo.

Su acusación le dolió como una herida en el pecho.

—¿Crees que las cosas habrían ido mejor si hubiese invertido mi dinero en Sunderland? —No esperó a que ella contestase y siguió—: La aristocracia se está muriendo, Trix. Los nobles tienen que aprender a ganar dinero si quieren que sus propiedades sean solventes. Tienes ejemplos por todas partes. Marlowe se dedica al negocio editorial, tu primo se casó con una heredera...

—¿Qué? —Beatrix lo miró horrorizada—. Paul no se casó con Susanna por dinero.

—No estoy diciendo que lo hiciera, pero la verdad es que para poder mantener la propiedad de Danbury, habría tenido que encontrar dinero en alguna parte. Las propiedades ya no se mantienen solas. Aunque yo hubiese

invertido mi dinero en la mía, no habría servido de nada. Quizá habría tardado más tiempo en gastármelo, pero igualmente habría acabado perdiéndolo todo.

—Ya sé que los arrendamientos de ahora no bastan para mantener ninguna finca. Eso lo entiendo. Pero ¿por qué no dedicaste el dinero a hacer algo aquí?

—¿Como qué? —Se encogió de hombros—. Sí, podría haber invertido mi herencia en algún otro sector, comprar acciones o una fábrica, pero nada de eso es seguro, ¿sabes? Podría haber buscado trabajo en la City, pero ¿para qué clase de trabajo está cualificado un duque? —Se inclinó hacia adelante, consciente de que tenía que lograr que ella le entendiese—. Sé que crees que invertir mi dinero en la excavación arqueológica fue una decisión poco previsora para el futuro, pero yo no opino igual. Por eso es tan importante que encuentre la tumba de Tutankamon. Cuando la encuentre...

—Si la encuentras.

—No —insistió él tozudo—. *Cuando* la encuentre, tendré garantizados los ingresos para el resto de mi vida. Libros, artículos, conferencias. Y no me costará encontrar patrocinador para mis próximas expediciones.

—Entonces, ¿tienes intenciones de seguir siendo arqueólogo durante el resto de tu vida?

El modo en que le hizo esa pregunta, la tristeza y la resignación que impregnaron su voz, puso a Will a la defensiva.

—¿Y por qué no? Si tengo que ganarme la vida, ¿por qué no puedo hacerlo con algo que me gusta?

—Porque no se trata sólo de ti, Will. Si me hubiera casado contigo, también me afectaría a mí, y a nuestros hijos. Tú habrías estado encantado de ir de una excavación a otra con nosotros. Y quizá incluso habrías logrado suficiente dinero para mantenernos, pero quizá no. Ser un aventurero cuando se es soltero está muy bien, pero no es modo de formar una familia. Tú me acusaste de tener miedo y de que por eso no me fui contigo y tenías razón. Tenía miedo porque tú estabas dispuesto a desbaratarme la vida, a arriesgar mi futuro y el de nuestros hijos para hacer lo que querías, y todo sin tener el respaldo de nuestras familias y sin consultármelo a mí antes, deja que te lo recuerde. Todo eso me indicó que no ibas a ser un compañero

de viaje de fiar y me di cuenta de que no podía confiar en ti ni tampoco contar contigo.

Will negó con la cabeza. No podía creer que Beatrix pensase que él era tan irresponsable como para no saber cuidar de ella.

—Habría cuidado de ti y de los hijos que hubiésemos tenido. Siempre. Pasara lo que pasase.

Ella dejó el lápiz y lo miró decidida a los ojos.

—Eso es algo que tendrás que demostrarme, es decir, si de verdad quieres casarte conmigo. Yo perdí la confianza en ti, Will y no me plantearé aceptar tu proposición hasta que me hayas demostrado más allá de cualquier sombra de duda que puedes ser un marido y un padre responsable.

Si Beatrix creía que desafiándolo de ese modo se rendiría y se iría, no sabía lo decidido que estaba a recuperarla.

Will le sostuvo la mirada y asintió.

—Me parece justo. Pero —añadió a continuación— creo que eso de la confianza funciona en ambos sentidos.

Ella lo miró confusa.

—¿En ambos sentidos?

—Sí. Tú dices que no confías en mí, y... —hizo una pausa y respiró hondo— y reconozco que tienes motivos de sobra para no hacerlo. Te seré sincero. Yo nunca pensé en nuestros hijos. Sé que debería haberlo hecho, lo sé, pero en mi defensa diré que la mayoría de los hombres no piensan en eso. No hasta que los tenemos. —Sus ojos brillaron con picardía—. Por ejemplo, cuando tú y yo nos encontrábamos en secreto en los jardines de Danbury, nunca se me ocurrió que eso estuviese relacionado con tener niños.

Beatrix se sonrojó de golpe y apartó la vista. Si era sincera consigo misma, tenía que reconocer que a ella le había pasado igual. Todas esas veces que se habían encontrado en secreto y que había estado entre sus brazos, lo único que había pensado era que se trataba de una sensación maravillosa. Claro que, a esas alturas, no servía de nada ser tan sincera.

—Fui un irresponsable, lo reconozco —continuó Will—, pero ésa es la verdad. Y cuando sir Edmund me pidió que lo acompañase a Egipto, acepté encantado. Tenía veintitrés años y, hasta entonces, otras personas habían

decidido mi futuro; me di cuenta de que quizá no volvería a tener ninguna otra oportunidad como ésa. Sabía que, si no me iba, lo lamentaría el resto de mi vida. Le mandé un telegrama aceptando sin hablarlo antes contigo porque de verdad que no se me pasó por la cabeza que fueses a negarte a acompañarme.

—Pues tendrías que haberlo pensado.

—Quizá, pero déjame terminar, por favor. A lo largo de nuestra vida, tú siempre venías conmigo, siempre hacías lo que yo quería. Sí, había alguna excepción, eso es cierto, como por ejemplo lo de saltar desde el acantilado de Angel's Head, o lo de montar a caballo. Y también me ponías ciertos límites. La norma de los tres botones y cosas por el estilo.

—¿Adónde quieres ir a parar? —lo interrumpió ella, notando que le ardían las mejillas.

—La gran mayoría de las veces, tú accedías a seguirme en cualquier locura que se me ocurriese, siempre que consiguiese convencerte de que tu padre no se enteraría. Y estábamos a punto de casarnos, así que supongo que lo que quiero decir es que nunca me habías dado ningún motivo para que dudase de que ibas a acompañarme a Egipto.

—¿Por qué? —saltó ella—. ¿Porque una buena esposa va a donde le dice su marido, tanto si quiere como si no?

—¡No, maldita sea! Porque nos amábamos. Porque yo te hacía feliz. Porque tú querías estar conmigo y vivir aventuras a mi lado. Cuando encontré esas ruinas en las tierras de Sunderland, tú disfrutaste de cada segundo y fuiste feliz dibujando todo lo que desenterramos. Cuando éramos pequeños, te encantaba escabullirte de noche a las cuevas y que te leyese a Poe y pasar miedo. Y encontrarte conmigo a medianoche, experimentar los nervios, la emoción de que alguien pudiese descubrirnos. Te encanta vivir aventuras, Trix. Te encanta —insistió, al ver que ella negaba con la cabeza —. Cuando tu madre se fue, tú sólo tenías nueve años y a partir de ese momento tu padre intentó sobreprotegerte y así evitar que también te fueses de su lado. Te asfixió y creo que uno de los motivos por los que te enamoraste de mí fue porque yo te permitía escapar de eso y ser libre.

Beatrix se puso en pie de un salto.

—¡No te atrevas a insinuar que me abandonaste por culpa de mi padre! —gritó furiosa—. Eso lo hiciste tú solo.

—No lo hice yo solo, Trix. Tienes que ser justa y reconocer que tú también tuviste parte de culpa y, si vamos a ser precisos, tu padre también. Y estás enfadada porque en tu interior sabes que tengo razón —añadió, al verle la cara.

Beatrix movió la cabeza a un lado y a otro y siguió negándolo, odiando que fuese verdad.

—¿Quieres saber lo que pienso? —Will se puso en pie y se acercó a donde ella estaba.

Beatrix se cruzó de brazos y respiró hondo para intentar recuperar el control.

—No especialmente.

Evidentemente, él no le hizo caso.

—Quizá fui un engreído al pensar que podía convencerte de que vinieras a Egipto, pero creo que lo habría conseguido y que tú habrías sido increíblemente feliz. Sin embargo, había una cosa que no tuve en cuenta. Y por culpa de eso te perdí.

—¿Qué cosa?

—Tu padre y su absoluta determinación de impedir a toda costa que lo abandonases. Maldita sea. Sé que el único motivo por el que accedió a que te casases conmigo era porque sabía que tarde o temprano tendrías que casarte con alguien y, si el elegido era yo, al menos se aseguraba de que vivieras a pocos kilómetros de distancia. Quería que estuvieses siempre a su lado y que no lo abandonases nunca. Estoy convencido de que si te hubiera convencido de que vinieras a Egipto conmigo, tu padre te habría encerrado en tu habitación.

—¡Eso no es justo! ¡Y no es verdad!

—Cuando me diste el ultimátum y me dijiste que eligiese entre Egipto o tú, no me lo podía creer. Hasta entonces, había pensado que te sentirías feliz de poder ser al fin libre de verdad. Pero de repente comprendí lo que estaba sucediendo. Me estabas planteando ese dilema porque en realidad tú ya habías elegido; a tu querido papá en vez de a mí. Por eso me fui sin ti.

¿Cómo podía quedarme sabiendo que hasta el día que él muriese, siempre lo elegirías antes que a mí?

—¿Y por qué no volviste a casa cuando murió? —le preguntó ella, con lágrimas en los ojos, furiosa por ello cuando se había jurado que jamás volvería a derramar una lágrima por Will—. No te habría servido de nada, claro está —añadió de repente—. Pero ¿no se te pasó por la cabeza que estando libre quizá elegiría otro camino? ¿Uno que te incluyese a ti?

—¿Después de cinco años? Pensé que era demasiado tarde, que todo había acabado entre los dos y que jamás podríamos reconciliarnos, porque... —Se interrumpió y apartó la mirada un segundo, frotándose la frente—. Yo también tengo miedo de ciertas cosas, Trix. ¿Puedes entenderlo? Si volvía sin nada que ofrecerte y tú volvías a rechazarme, ¿qué sería de mí entonces? Y luego te comprometiste con Trathen y me pareció que ya no había nada que hacer. Pero cuando te volví a ver aquel día, en la carretera de Stafford, supe que lo nuestro no había terminado.

—¡Sí ha terminado! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

Él ladeó la cabeza como si estuviese meditándolo.

—Como mínimo, cuatrocientas ochenta y seis mil setecientas cincuenta y dos veces. Y creo que quizá entonces, y sólo quizá, empezaré a aceptarlo. Aunque la verdad es que creo que, visto que me ha resultado imposible olvidarte a pesar de lo mucho que lo he intentado, no creo que ni siquiera esas veces sean suficientes.

—Ya te lo he dicho, no puedo confiar en ti. No puedo fiarme de ti. Eres irresponsable, insensato y... —Se le acabaron los adjetivos e hizo una pausa —. Y demasiado descuidado con ciertas cosas. ¿Cómo sé que serás un buen padre?

—Bueno, te aseguro que no seré como el tuyo y eso, si me lo preguntas, creo que juega a mi favor —añadió, antes de que Beatrix pudiese discutírselo—. Hace un rato me has dicho que tendría que demostrártelo, así que deduzco que al menos estás dispuesta a darme la oportunidad de hacerlo. Te propongo un trato.

Ella lo miró con suspicacia, segura de que iba a tenderle alguna trampa.

—¿Qué clase de trato?

En vez de contestarle, Will tiró de una silla, se sentó y cogió su maletín. Lo abrió, sacó una hoja de papel, abrió el tintero y cogió la pluma. Luego silbó y se puso a escribir.

—¿Qué clase de trato? —repitió Beatrix, mirándolo.

—Espera un momento. —Volvió a silbar y a escribir lo que parecía ser una lista.

Ella no dejó de mirarlo y cada segundo que pasaba se ponía más nerviosa.

Tras unos minutos, Will dejó de escribir y devolvió la pluma al tintero. Cogió la hoja de papel, repasó lo que había escrito y sopló para secar la tinta. Al parecer satisfecho con el resultado, se puso en pie, volvió a colocarse delante de Beatrix y le entregó el documento con una floritura.

—Informe y catálogo para el Museo Británico —leyó ella—. Artículo para el *Times*, conferencia para el club de arqueología... —Dejó de leer y lo miró—. No lo entiendo. ¿Qué es esto?

—Todo lo que tengo que hacer mientras estoy en Inglaterra. Hace un rato, me has dicho, y con razón, que tengo que demostrarte que puedo ser un marido y un padre responsable. Pero también sé que las locuras que te he obligado a cometer a lo largo de los años te han hecho muy feliz. Así que para demostrarte que puedo ser responsable y recordarte a ti lo maravillosa que puede ser la vida si estamos juntos, te propongo que cada vez que yo termine una de las tareas que tengo pendientes y la tache de la lista, tú vengas a vivir una aventura conmigo.

Beatrix apretó los labios para no sonreír y señaló con el dedo uno de los puntos, que ya estaba cubierto por una línea negra.

—Ya has tachado algo.

Will se inclinó hacia la hoja y leyó del revés.

—Ah, sí, encontrar patrocinador para la excavación. Ya lo he hecho. Marlowe ha accedido a financiarnos durante un año.

—¿Por qué lo has escrito pues en la lista...?

Él ni siquiera parpadeó.

—Una hora después de que se acueste todo el mundo —susurró—. En el atracadero.

Esta vez, Beatrix sí se rió, no pudo evitarlo. Will era un atrevido.

—Oh, no. No. Es una locura.

—Cierto, pero también una aventura. Así pues, ¿vendrás?

Ella estaba a punto de ceder y se mordió el labio para evitarlo. Tenía que reconocer que volver a vivir aventuras con Will sonaba muy divertido. Pero, por otro lado, la vida no consistía sólo en pasarlo bien.

Mientras dudaba, la voz de Julia resonó en su mente y recordó parte de la discusión que habían mantenido aquel día.

«Todo empezó cuando Will se fue... fue como si su partida te quitase las ganas de vivir.»

Era verdad. Y le dolió darse cuenta de que era tan influenciable por ese hombre que incluso en esos momentos podía convencerla para hacer cosas que en realidad no debería hacer.

Suspiró enfadada, consciente de que estaba a punto de cometer un grave error y de que probablemente lo único que conseguiría sería más sueños rotos, perder la esperanza y, de paso, destrozar su reputación. Y sí, a pesar de todo eso, podía sentir la emoción y la ilusión hirviendo dentro de ella. Sentía como... como si fuese junio otra vez y Will estuviese a punto de volver de Eton, o de Cambridge, o de Europa, o de donde fuera que hubiese estado y ella lo estuviera esperando en el camino de Danbury. Esperando a que apareciese con su caballo por el camino de su casa, muerta de ganas de escuchar sus últimas aventuras.

—Está bien, está bien —aceptó, dándose por vencida—. Tenemos un trato. Pero sólo si antes terminas una de las tareas de tu lista.

Will sonrió y volvió a sentarse en su lado de la mesa.

—Bueno, venga —le dijo, al ver que seguía de pie, mirándolo—. También es tu trabajo, ¿recuerdas? Deja de perder el tiempo con tonterías y ponte a trabajar o no podremos salir a jugar.

—Voy a arrepentirme de esto —murmuró Beatrix al sentarse—. La verdad es que no sé por qué dejo que me convenzas para cometer estas locuras.

Él se rió y mojó la pluma en el tintero.

—Eso lo vienes diciendo desde que aprendiste a hablar.

14

CUANDO llegó la hora del té, Beatrix sólo había conseguido dibujar tres de los objetos egipcios de Will. Era un proceso muy lento, porque tenía que reproducir cada pieza desde distintos ángulos, pero se dio cuenta de que le gustaba aquella tarea. Era como cuando eran pequeños y Will encontró aquellos restos en Sunderland Park. Era emocionante dibujar cosas tan antiguas y divertido especular sobre la gente a la que habrían pertenecido esos objetos.

A pesar de eso, Beatrix también se dio cuenta de que se distraía a menudo y su atención iba a parar al hombre que estaba sentado al otro lado de la mesa. No podía evitar mirarlo de vez en cuando por encima del borde del cuaderno, observarlo mientras escribía las descripciones y las anotaciones que acompañarían sus dibujos. Ni una sola vez lo pilló mirándola. Algo que la molestó un poco, en especial porque había sido ella la que le había exigido que le demostrase que podía ser un hombre responsable.

En aquel preciso instante, Will estaba redactando una descripción muy detallada de un jarrón de alabastro que estaba encima de la mesa; el último objeto del día. Iba sin chaqueta y se había desabrochado los puños de la camisa y remangado un poco las mangas. Beatrix se lo quedó mirando mientras escribía y pudo ver cómo se le flexionaban los músculos de los antebrazos y recordó con cuánta fuerza la había abrazado el otro día en la playa. Cuando Will se detuvo y cogió el jarrón de alabastro para estudiarlo más de cerca, ella contempló sus largos dedos y recordó cómo le había

acariciado la mejilla. Y cuando se atrevió a mirarlo a la cara, se acordó de lo que había sentido al notar sus labios sobre los suyos y aquellos besos sensuales que habían prendido fuego a todo su cuerpo.

Él volvió a dejar el jarrón en la mesa.

—¿Tienes algún problema?

—¿Eh? Perdona, ¿qué? —Salió de su ensimismamiento de golpe y dejó de mirarle los labios para buscar sus ojos—. ¿Me has dicho algo?

—Te he preguntado si tienes algún problema. Llevas cinco minutos sin acercar el lápiz al papel. Y me estabas mirando.

—Lo siento, yo... —Se detuvo y buscó un motivo que explicase su comportamiento, pero se dio cuenta de que no encontraba ninguno, al menos ninguno que no fuese a avergonzarla—. No te estaba mirando —mintió—. Estaba mirando el vacío y pensando, eso es todo.

—Entiendo —murmuró él—. ¿Y en qué estabas pensando?

Beatrix volvió a dibujar, pero podía notar la mirada de Will fija en ella, sonriéndole. Dado que no podía contarle que se había quedado embobada mirándolo y pensando en sus besos, se inventó una excusa:

—Estaba pensando en la aventura de esta noche. ¿Qué tienes planeado?

—No puedo decírtelo. Si lo hiciera, no sería una aventura, ¿no crees?

Ella suspiró irritada.

—Pues al menos dame una pista.

—Nada de pistas. —Will se mantuvo firme.

—Pero ¿qué me pongo?

Él sonrió.

—¿Nada? —sugirió y por su tono de voz, quedó claro que le encantaría que ella eligiese ese atuendo.

Beatrix se sonrojó otra vez, le lanzó el lápiz y se dio por vencida. Pero a lo largo del té, de la cena y durante todo el rato que se quedaron en el salón con los demás invitados de los Marlowe, no pudo dejar de pensar en lo que sucedería esa noche. Conociendo a Will podía ser cualquier cosa. Eran las once y media cuando los demás fueron a acostarse y Beatrix estaba tan nerviosa, ansiosa e intrigada que no podía estarse quieta.

Se puso los pantalones bombachos y una camisa sencilla, se sentó a oscuras en la ventana de su habitación y se quedó mirando la noche,

esperando que el reloj fuese marcando los minutos. Desde allí no podía ver el atracadero. Lo único que vislumbraba era la punta del mástil del *Maria Lisa* bajo la luz de la luna, pero sabía que Will ya estaba allí, esperándola. Lo había visto hacía unos minutos, recorriendo el camino.

No se atrevió a seguirlo hasta estar segura de que todo el mundo dormía, pero el tiempo pasaba muy despacio. Con cada minuto se ponía más y más nerviosa y sus dudas también iban en aumento. ¿Y si los pillaban? Entonces tendría que casarse con él. No tendría elección.

Quizá no debería ir.

Pero aunque la posibilidad de darle plantón se le pasó por la cabeza, la descartó. ¿A quién estaba intentando engañar? Iba a ir. Lo había sabido todo el tiempo. Al fin y al cabo, razonó cuando el reloj dio la una, un trato era un trato.

¿Trix iba a ir?

Will no lo sabía. Quizá perdiese el valor. Eso le pasaba a veces, normalmente en situaciones en las que él estaba seguro de que no lo perdería.

Pero entonces oyó el suave sonido de unos pasos en la grava del camino y un instante después la vio corriendo hacia el atracadero a la luz de la luna. Aliviado, Will soltó el aire de los pulmones, se acercó para ir a su encuentro y le dio la mano.

—Vamos.

—¿Qué estamos haciendo? —le preguntó ella en voz baja.

—Esto es una aventura, ¿te acuerdas? Tendrás que esperar a ver qué pasa.

Will deshizo sus pasos hasta el final del atracadero con Trix a sus espaldas, hasta llegar a un bote que flotaba en el agua.

—Vamos, sube.

Ella lo miró insegura, pero dejó que él la ayudase.

—¿Adónde me llevas? —le preguntó, sentada en la popa.

Will no contestó. Subió también al bote, se sentó en la banqueta del centro y sacó los remos de debajo. Los colocó en sus guías, los sujetó con

una mano y con la otra aflojó el nudo que mantenía la barca amarrada. Acto seguido, la empujó para separarla del atracadero. El bote se deslizó silencioso hacia una cueva.

—¿Vamos a la cueva de Diana? —le preguntó Beatrix, impaciente porque él se había negado a responder.

—No insistas y deja de intentar adivinarlo. —Con un remo guió el bote hacia el mar y luego, después de echar un vistazo hacia atrás, empezó a remar—. No voy a decírtelo.

Beatrix suspiró exasperada.

—Me había olvidado de lo terco que eres para estas cosas —masculló, pero cuando Will sacó la barca de la cueva y empezó a remar hacia el sur, se echó a reír—. Ya sé adónde vamos.

Él le sonrió bajo la luz de la luna.

—¿Ah, sí?

—Vamos a la isla de los Contrabandistas.

La sonrisa de Will desapareció y suspiró.

—En serio, Trix, me gustaría que no lo adivinases tan rápido. Es mucho más divertido cuando puedo mantenerte en vilo.

Les llevó diez minutos llegar hasta la punta, rodear la bahía que había detrás y adentrarse en la isla que había pasados unos cien metros de la costa. Will remó hasta que el bote quedó atracado en la arena, luego retiró los remos de las guías y volvió a guardarlos bajo el asiento. Se quitó las botas y los calcetines, se remangó los pantalones y saltó al agua. Sujetó la barca para que no se tambalease mientras Beatrix se quitaba también los zapatos y las medias; pensó que se estaba torturando mirándola, pero no dejó de hacerlo. Sus preciosos pies y sus tobillos eran una tentación demasiado grande para que pudiese resistirla.

Beatrix saltó también al agua, que los cubría hasta la rodilla, y lo ayudó a arrastrar el bote hasta superar la marca que la marea había dejado en la arena.

—¿Y ahora qué? —le preguntó ella.

—Vamos. —Will cogió sus botas y le indicó que lo siguiera. Beatrix fue por sus zapatos, pero él la detuvo—. No te harán falta.

Lo miró intrigada, pero Will no le dio más detalles. En vez de eso, la llevó hasta el borde de la playa, donde terminaba la arena y empezaba a haber árboles. Una vez allí, se detuvo lo suficiente como para sacudirse la arena de los pies y volver a ponerse las botas y luego se volvió hacia Beatrix. Le deslizó un brazo por la cintura y otro por debajo de las rodillas y la levantó del suelo.

Ella se rió y se sujetó al cuello de él con ambos brazos mientras Will se internaba en el bosque.

—¿Estás intentando impresionarme?

—Sí —reconoció él, tomando por un camino que pasaba por entre los árboles hasta llegar a una costa rocosa—. ¿Lo estoy consiguiendo?

—Depende. ¿Adónde me llevas? Ya sé, ya sé —dijo, al ver que no contestaba—. No vas a decírmelo.

—No hace falta —contestó Will saliendo a un claro—. Ya hemos llegado.

—¿Hemos llegado? —repitió Beatrix más intrigada que antes, pero cuando vio que él señalaba con la barbilla hacia algo que había detrás de ella, giró la cabeza y suspiró sorprendida y fascinada.

En medio de un promontorio con vistas al mar había un olmo centenario, con un columpio colgando de sus ramas. El tablón que hacía las veces de asiento estaba atado a unas cuerdas que se balanceaban ligeramente al ritmo de la brisa y detrás, justo encima del océano interminable, brillaba una luna creciente, rodeada de un millón de estrellas.

—¡Es precioso! —dijo Beatrix riéndose—. Pero no recordaba que aquí hubiese un columpio.

—No lo había. Marlowe y sus hijos lo colgaron el verano pasado. Los oí hablar de ello el otro día y me contaron dónde estaba. Me acuerdo de que a tu niñera no le gustaba que te sentaras en el columpio que Paul y yo te pusimos en Danbury.

—Yo también —murmuró—. Pero tú siempre me empujabas muy fuerte cuando ella no estaba mirando. Y yo me reía, nos delataba y mi niñera apartaba la vista de lo que estaba tejiendo y te reñía.

Will se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—¿Te apetece volver a probarlo ahora que eres mayor?

Beatrix asintió y él la acompañó al columpio. Se acomodó después de que él la depositase con cuidado en el asiento, Will cogió las cuerdas y dio unos pasos hacia atrás.

—Sujétate fuerte —le dijo y la empujó para que el columpio empezara a moverse.

—Qué vista tan maravillosa —dijo Beatrix cuando volvió a tocar el suelo y Will le dio otro empujón.

—Es el lugar perfecto para un columpio, ¿no crees?

—Ajá —convino ella, y dicho esto, ambos se quedaron en silencio mientras él la columpiaba.

Beatrix se echó hacia atrás y estiró las piernas hacia adelante, moviéndose al ritmo del balanceo, tal como aprendían a hacer todos los niños y tal como recordaban todos los adultos.

Él empujó con más fuerza y ella alcanzó una altura peligrosa.

—¡Will! —exclamó riéndose, pero él no le hizo caso.

Cuando el columpio volvió a acercarse al suelo, Will la empujó más arriba, riéndose con Beatrix al ver que se acercaba a las estrellas.

—Me alegro de no haberme puesto un vestido —dijo ella, cuando volvió a tocar el suelo—. Por eso mi niñera no dejaba que me columpiases tan fuerte, ¿sabes? Para que no se me levantase el vestido.

Esa norma no se la había inventado la niñera de Beatrix, Will lo sabía perfectamente, pero no tenía sentido que le dijese una vez más que su padre era un bastardo manipulador con una mentalidad medieval en todo lo que hacía referencia a la felicidad y al comportamiento de su hija.

—Bueno —optó por decir—, si algún día aceptas casarte conmigo, y tenemos hijas, las dejaré columpiarse tan alto como quieran.

—Eso lo dices ahora —contestó ella por encima del hombro, cuando él volvió a empujarla hacia las estrellas—, pero ya veremos qué dices luego.

Que Beatrix no negase que algún día podían casarse le dio esperanzas. Quizá, y sólo quizá, tuviese una posibilidad de conquistarla.

—¿Luego? —le preguntó, sin empujar tan fuerte, dejando que el columpio siguiese solo, para que así fuese deteniéndose—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Cuando sean mayores.

—Sigo sin entender a qué te refieres. Dejaré que mis hijas se columpien tan alto como quieran siempre, sin importar la edad que tengan.

—No me refiero a los columpios. ¿Qué harás cuando conozcan a un joven que quiera llevárselas a escondidas de casa para vivir una aventura a medianoche?

El columpio se acercó a Will y éste lo detuvo. Sujetó las cuerdas con los brazos y clavó los pies en la arena del suelo.

—Eso no me preocupa.

—¿No?

—No. —Aflojó los brazos y se inclinó un poco hacia adelante, volviendo la cabeza para darle un suave beso en la frente—. Tengo el sueño muy ligero y soy un excelente tirador.

El comentario hizo reír a Beatrix, que no se apartó cuando él le besó la mejilla.

—¿Así que la solución que propones es disparar a los pretendientes de tus hijas?

Will asintió e inhaló el delicado aroma a gardenia, mientras le acariciaba la oreja con los labios. La piel del lóbulo de Beatrix era como terciopelo.

—Sí.

Ella volvió la cabeza y giró el columpio para mirarlo.

—Eso es muy hipócrita por tu parte —lo acusó, pero estaba sonriendo cuando se lo dijo.

Él dio la vuelta para colocarse delante de ella. Sujetó las cuerdas para asegurarse de que el columpio no se movía y se inclinó hacia Beatrix.

—Muy hipócrita —reconoció y con los labios rozó suavemente los suyos. El contacto envió descargas de placer por todo su cuerpo—. Qué se le va a hacer.

Quería besarla de verdad, notar cómo su boca se abría bajo la de él, pero antes de que pudiese ceder a tan deliciosa tentación, la voz de Beatrix, completamente seria, lo detuvo.

—En realidad no tiene sentido que discutamos sobre cómo educaríamos a nuestras hijas, ¿no, Will? Porque nunca las tendremos.

Él se apartó. Soltó las cuerdas y le sujetó el rostro con las manos.

—No digas «nunca», Trix. Ya te he dicho antes que eso es mucho tiempo. —Hizo una pausa y se obligó a cambiar el tono por otro más alegre —. Además, todavía confío en convencerte para que vengas conmigo a Egipto.

—Si eso es verdad, entonces estás perdiendo el tiempo. Yo no quiero ir a Egipto.

—¿Por qué no? —Le dio un beso en la frente—. Ya no hay nada que te retenga —señaló, con tanto tacto como le fue posible.

—Sí lo hay, Will. —Miró a su alrededor—. Mi vida está aquí. En Devon. Y me gusta. —Tomó aire muy despacio—. Aquel día en la librería de Halstead, cuando me dijiste que siempre sueño con ir a sitios pero que nunca voy, no pude negarlo porque tenías razón. Pero a mí no me importa viajar desde la butaca de mi casa.

—Eso lo dices porque es a lo que estás acostumbrada. Si algún día dejases de desearlo y lo hicieses de verdad, te encantaría.

—Reconozco que algún día me gustaría ir a Florencia y no digo que no me gustase ver las pirámides o subirme a una barca por el Nilo, o desenterrar una joya egipcia o un jarrón de alabastro, pero no quiero que eso sea mi vida. Me gustan las aventuras, pero sólo si no me dan miedo y si puedo volver a casa cuando han terminado; y dormir en mi cama y tomar el té por la tarde, y ver la lluvia de Inglaterra y el jardín de mi hogar. Porque en el fondo, sólo soy una chica normal y corriente y quiero una vida normal y corriente.

Se detuvo un momento y luego volvió a hablar:

—Lo que oíste que me decía Julia el otro día era verdad. Cuando te fuiste me quedé destrozada y tardé años en aceptar que te habías ido de verdad, que no ibas a volver y que no querías la misma vida que yo.

Will iba a decir algo, pero ella le colocó los dedos en los labios y se lo impidió.

—Después de que papá muriese —continuó tras apartar la mano—, por fin comprendí lo corta que es la vida y me di cuenta de que la mía estaba pasando. Entonces supe que tenía que asumir que no ibas a regresar, que tenía que vivir sin ti. Julia me obligó a ir a Cornualles con ella y disfrutamos de unas vacaciones estupendas y después conocí a Aidan.

Tenías razón al decir que no estábamos enamorados, pero sentíamos afecto el uno por el otro y él quería las mismas cosas que yo, así que pensé que casarme con él era lo correcto. Supongo que hay quien piensa que me conformé con menos de lo que quería porque Aidan y yo no estábamos locamente enamorados, pero con veinticinco años ya empezaba a convertirme en una solterona y lo que más deseaba en este mundo era casarme y tener hijos.

Will no quería oír eso, pero sabía que era verdad.

—Y ahora yo he vuelto a impedírtelo. —Suspiró profundamente y desvió la vista al mismo tiempo que le soltaba las manos y dejaba caer las suyas a los costados. Notó cómo el deseo que había sentido antes se desvanecía, junto con parte de su optimismo—. No sabes cuánto me gustaría poder arreglarlo.

—No puedes. Porque tú y yo no queremos las mismas cosas, Will, y por eso no podemos ser felices juntos, por muchas aventuras que me hagas vivir. Verás, a mí me gusta comer budin en Navidad y venir a Pixy Cove en agosto y asistir a las carreras de Ascot. Me gusta el olor de los manzanos cuando florecen en primavera y tostar castañas en otoño. Ésas son las cosas que me importan. Y nunca he podido entender por qué a ti no.

Habían tenido esa discusión tantas veces, pensó él frustrado. Y nunca los llevaba a ninguna parte, nunca servía de nada.

—No es que no me importen. Me importan.

—Pero no lo suficiente como para quedarte.

—No es eso. Quiero que mi vida tenga un significado. Quiero hacer algo más importante que ir a una carrera o asistir a otra Temporada. El trabajo que llevo a cabo en Egipto no sólo me encanta, sino que, además, me permite ganarme la vida. Tú dices que tengo que ser responsable, pero ya lo soy. Mi ocupación allí es importante. Aquí no tendría nada que hacer y no podría manteneros ni a ti ni a los hijos que pudiésemos tener.

—Yo tengo mi dote.

—No —contestó rotundo e incluso a él le pareció que había sonado muy duro—. No viviré del dinero de mi mujer.

Beatrix asintió despacio, como si no hubiese esperado otra respuesta.

—*Plus ça change, plus c’est la même chose* —murmuró con una sonrisa —. He estropeado nuestra aventura, ¿no?

—No. —Volvió a cogerle el rostro con las manos, deleitándose en la suavidad de su piel—. No has estropeado nada —le dijo y lo confirmó acariciándole el labio superior con el pulgar.

El deseo se reavivó y se extendió por todo su cuerpo. Deslizó las manos hacia el pelo de Beatrix y empezó a quitarle las horquillas.

—Will —susurró ella, levantando una mano que colocó encima de las suyas para detenerlo—. ¿Y si nos ve alguien?

—Siempre dices eso —susurró él, sonriéndole—. Estamos en la isla de los Contrabandistas, ¿recuerdas? A más de dos kilómetros de distancia y detrás del cabo; y por si no te basta con eso para tranquilizarte, estamos en medio del mar y es plena noche. ¿Quién nos va a ver? ¿Los piratas?

Beatrix se rió por el comentario y bajó la mano, permitiendo así que él siguiese quitándole las horquillas. Cuando consiguió hacerse con todas, se las guardó en el bolsillo del pantalón y le soltó el moño. La melena de Beatrix le cayó por los hombros y pareció platino líquido bajo la luz de la luna. Will pensó que era como tocar trozos de seda.

Le deslizó los dedos por el pelo y envolvió su puño en él, echándole la cabeza hacia atrás. Beatrix entreabrió los labios y cerró un poco los ojos, la primera indicación de que estaba dispuesta a revivir la que era la aventura preferida de ambos. Pero igual que años atrás en Danbury, Will se contuvo e intentó controlar el deseo que sentía, recordándose que tenía que darle tiempo para que a su vez lo alcanzase. Le deslizó las manos por la melena y le besó las mejillas, la frente, el puente de su adorable nariz de muñeca y entonces volvió a la boca.

En cuanto sus labios tocaron los suyos, oleadas de placer le recorrieron todo el cuerpo, un placer que nacía de un anhelo nunca satisfecho, un deseo que nunca había saciado pensando que la próxima vez quizá lograra hacerlo. Había tardado seis años en olvidar esa sensación, pero los recuerdos se agolpaban ahora en su mente con una fuerza y una intensidad renovadas. Y la necesidad de Will fue mucho más acuciante que antes. Aquélla era Trix, aquél era su beso, sus dulces labios bajo los de él, su

lengua tocando la suya, su sabor. Aquél era su cuerpo, curvas sensuales y piel de seda que olía a gardenia.

Will deslizó la lengua por entre los dientes de Beatrix y cuando ella abrió la boca estuvo a punto de caer por el precipicio de la pasión sin remedio. La levantó del columpio y se arrodilló, llevándola consigo; ella le rodeó el cuello con los brazos y él bajó las manos hasta sus nalgas para apretarla contra su cuerpo e imaginar la fantasía que se había negado durante años. Una fantasía que le había causado infinidad de noches de insomnio desde que tenía diecisiete años, una que nunca se había hecho realidad.

Se imaginó tumbando a Beatrix en la arena y quitándole la ropa. Imaginó la sensación de tener sus pechos en las palmas de las manos, sus caderas desnudas contra las suyas, su melena alrededor de su rostro.

Gimió contra los labios de ella, consciente de que estaba a punto de perder el control. Interrumpió el beso y enterró el rostro en el cuello de Beatrix intentando recuperarse. Le deslizó una mano por el cuello hasta que dejó de acariciar piel y se encontró con la muselina de la camisola.

Le desabrochó los primeros tres botones y luego apartó la prenda para dejar al descubierto el escote. Le besó la clavícula y el deseo que sentía aumentó al ver la belleza que tenía delante: la piel de debajo de la barbilla, la sombra entre sus pechos y entonces supo que no podía seguir adelante si quería mantener el poquísimo control que le quedaba. Ella no estaba preparada para lo que vendría tras esos besos y caricias.

Su aventura había terminado. Al menos por esa noche.

Con otro gemido, Will se apartó antes de que pudiese cambiar de opinión y se puso de pie.

—Deberíamos volver —dijo y le tendió una mano para ayudarla a levantarse.

Cuando Beatrix se puso de pie, Will pensó que debería apartarse para así no tener la tentación de volver a besarla, pero no pudo hacerlo. Y ansioso por seguir tocándola de algún modo, empezó a abrocharle los botones. No le resultó nada fácil, porque le temblaban las manos del esfuerzo que estaba haciendo para contenerse.

Beatrix lo miró mientras lo hacía. Los ojos se le veían enormes y oscuros y la melena le caía como rayos de luna a ambos lados de la cara.

—Me había olvidado de cómo era, Will —susurró ella—. Me había olvidado.

Él dejó de intentar abrocharle los botones y la cogió por los brazos, la acercó a él y volvió a besarla. Un beso ardiente, rápido y apasionado.

—Yo lo intenté —contestó con voz ronca y también susurrando—. Dios sabe que lo intenté —añadió, con una risa forzada—. Con todas mis fuerzas.

Durante el trayecto hasta la playa, Will se esforzó por recuperar el control, pero cuando Beatrix subió al bote, le bastó con verle los tobillos para casi volver a perderlo del todo. Supo entonces que esa noche probablemente le resultaría imposible calmar la lujuria que sentía y poder conciliar el sueño. Ninguno de los dos dijo nada mientras Will remaba hasta Pixy Cove. Cuando llegaron, ataron el bote al atracadero, pero camino a la casa, él se detuvo de golpe.

—Sigue tú.

Beatrix se paró sorprendida.

—¿No vienes?

—No. Te veré mañana en el desayuno, o en la glorieta un poco más tarde. Empezaremos a trabajar a las nueve. No llegues tarde.

—No lo haré. —Le sonrió a la luz de la luna; aquella sonrisa radiante que Trix reservaba sólo para él y que siempre le pertenecería—. De los dos, yo no soy la irresponsable.

Will se rió y la esperanza lo golpeó como una ola. La observó mientras subía los escalones que conducían a la casa y esperó con la mirada fija en la ventana del dormitorio, preguntándose si ella se acordaría; cuando vio el breve destello de la luz de la lámpara, que significaba que había llegado sana y salva, sonrió en medio de la oscuridad.

—Buenas noches, Trix —murmuró y entonces se dio media vuelta y cogió un camino distinto al que conducía a la casa, el que llevaba a la cueva de Phoebe. Allí hizo lo que había hecho casi siempre en el pasado cuando volvía de una de sus aventuras con Beatrix: se desnudó, se metió en el agua completamente excitado y empezó a nadar.

Más aventuras como ésa, pensó mientras nadaba de un lado al otro de la cueva y, una de dos, o la convencía para que se casase con él o se volvería loco. En ese instante no supo cuál de las dos opciones tenía más probabilidades de resultar vencedora. Pero deseó con todas sus fuerzas que fuese la primera.

15

CUANDO Beatrix bajó a desayunar a la mañana siguiente, Julia y Eugenia ya estaban en el comedor con lady Marlowe y la pequeña Ruthie. Le dijeron que Will se hallaba ya en la glorieta, trabajando, y que los otros invitados se habían ido con sir George y lady Debenham a la isla de los Contrabandistas para hacer un picnic.

Ante la mención de esa isla, Beatrix recordó al instante la noche anterior y el columpio bajo las estrellas. Típico de Will, organizar una aventura como ésa, pensó sonriendo, mientras se servía una taza de té. Columpiarla hasta las estrellas donde nadie podía verla, para que pudiese gritar de felicidad como una niña.

Se quedó mirando un óleo de Pixy Cove que colgaba junto a una cajonera y al recordar otras aventuras de su infancia notó como si una burbuja de placer fuese creciendo en su interior y presionándole el pecho. Will siempre la hacía hacer cosas especiales, por eso la vida había carecido de color después de que él se fuese, y por eso a ella le había costado tanto asumir que se había ido.

A lo largo de los años, Beatrix había llegado a la conclusión de que Will la había olvidado, de que lo había olvidado todo: los días que habían pasado en Pixy Cove explorando cuevas y leyendo a Poe, lo mucho que a ella le gustaba columpiarse en Danbury cuando su niñera no miraba y las ganas que tenía de ir a Florencia cuando cumplió quince años. Se había convencido de que Will había olvidado todo eso y al final había estado a punto de olvidarlo ella misma.

«Lo intenté. Dios sabe que lo intenté con todas mis fuerzas.»

El placer que sentía aumentó y se extendió, convirtiéndose en algo tan real y punzante que casi le dolía. Intentó contenerlo, reducirlo y se dijo que nada de lo que Will le había dicho la noche anterior cambiaba las cosas, pero fue en vano y siguió sintiendo aquella maravillosa sensación en su interior. De repente la identificó: felicidad. Era feliz.

Ese sentimiento no se debía sólo a que hubiese revivido las aventuras nocturnas de su infancia. También le había gustado pasarse el día trabajando con Will. Le había gustado dibujar aquellos objetos. De hecho, pensó mientras removía el azúcar, dibujar aquellos hallazgos el día anterior, la había hecho más feliz que dibujar los restos romanos cuando era pequeña. Quizá fuera porque esta vez lo había hecho por sí misma y no porque se lo hubiese pedido el chico del que estaba enamorada.

El reloj de la pared dio la hora y Beatrix salió de su ensimismamiento. ¿Las nueve? Y le había dicho a él que no llegaría tarde. Se terminó el té de un sorbo y corrió hacia la puerta.

—Estaré con Will en la glorieta —dijo por encima del hombro—. Pasaremos todo el día trabajando.

—Beatrix —le dijo su tía—, espérame, por favor.

—No puedo, tía. Llego tarde.

—¡Beatrix! —Eugenia levantó la voz, firme y autoritaria—. No puedes estar a solas con él. Espérame mientras cojo las agujas de tejer e iré contigo.

Ella se detuvo en la puerta y suspiró impaciente.

—¡Cielo santo, tía, si estamos a la vista de todos a plena luz del día! ¿Qué demonios podríamos hacer que fuese inapropiado? ¡Estamos trabajando, no se trata de una cita!

—Sí, querida, lo sé. Por supuesto. Pero yo soy tu carabina.

—Puedo acompañarte yo —se ofreció Emma—. Ya casi he terminado de desayunar. Aunque tendría que llevarme a Ruthie conmigo y ella podría distraeros. Últimamente está muy revoltosa.

—Yo seré tu carabina, querida —intervino Julia poniéndose de pie—. Ya he terminado de desayunar. —Dejó la taza de té en el platillo y se dirigió a la puerta. Ya de espaldas, añadió—: No te preocupes, tía. Me encargaré de que Will no la posea encima de sus restos arqueológicos.

Siguió a Beatrix fuera del comedor y dijo en voz baja para que sólo su prima pudiese oírla:

—Al menos, no hasta después del almuerzo.

Las dos se rieron por lo bajo y recorrieron el pasillo que conducía al salón.

—Eres una carabina pésima —le dijo Beatrix cuando se detuvieron frente a una estantería que había al lado del ventanal—. Fuiste tú la que me enseñó a fumar y a conducir y a bailar el cancán. Pobre tía. Si supiese lo díscola que me volví en Cornualles...

—Le daría un infarto, eso seguro —convino Julia, contenta. Eligió un libro de la estantería y las dos abandonaron la casa—. ¿Es cierto? —le preguntó luego, cuando se dirigían a la glorieta—. Lo que acabas de decir en el comedor.

—¿El qué?

—Que Will y tú sólo estáis trabajando.

Sin saber muy bien por qué, Beatrix se puso a la defensiva.

—Ya te dije que me pidió que me casase con él y que yo lo rechacé. He aceptado hacerle estos dibujos, pero eso es todo... —Se detuvo al recordar las imágenes de la noche anterior. Cuando volvió a hablar, se esforzó por sonar convincente—. Todo es totalmente inocente.

—¿Ah, sí? —Julia dejó de caminar. Ella también se detuvo y su prima le sonrió preocupada—. Ten cuidado, cariño —le dijo con ternura—. Podrías volver a enamorarte de Will. Y esta vez —añadió, silenciando cualquier objeción—, me temo que ni Cornualles ni el Daimler podrán salvarte.

Julia reanudó la marcha, pero Beatrix no se movió. En vez de eso, se quedó mirando a la otra mujer. Estaba petrificada. La efímera felicidad que acababa de sentir fue eclipsada por el pánico. Su prima tenía razón: podía volver a enamorarse de Will en un abrir y cerrar de ojos y si eso llegaba a suceder, ni siquiera seis años más, ni ningún otro hombre, ni ningún Daimler podrían ayudarla a rehacer su vida.

Cuando las dos llegaron a la glorieta, se encontraron a Will inmerso en su trabajo. El ayuda de cámara había cambiado los objetos que habían catalogado el día anterior por unos nuevos y Will estaba observando un anillo color turquesa con una lupa.

Dejó la joya a un lado y se puso en pie al verlas subir la escalera.

—Buenos días, Julia. —Se volvió hacia Beatrix y, por el modo en que la sonrisa le llegó a los ojos, supo que se estaba acordando de la noche anterior—. Trix.

Ella asintió y apartó la vista. El pánico se había convertido en miedo; miedo de que Will volviese a hacerle daño, de que volviese a abandonarla, de tener que vivir sin él. Y la felicidad que había sentido antes empezó a desvanecerse.

—Vosotros dos, tened bien presente que os estaré observando desde abajo —dijo Julia, imitando a Eugenia. Y con esa frase, retomó el camino que conducía a la playa y los dejó trabajar.

Beatrix tomó aire y fue soltándolo despacio mientras se inclinaba hacia la mesa. Fingió observar las distintas joyas que había en unas cajas forradas de terciopelo, al tiempo que intentaba dominar sus miedos. Sólo estaba trabajando para él, nada más. Al cabo de pocas semanas, Will se volvería a Egipto y ella empezaría una nueva vida como ilustradora. Pero a pesar de que se recordó a sí misma todos esos hechos, tuvo la sensación de que cualquier esfuerzo sería en vano, igual que cuando intentó olvidarlo.

Podía sentir la mirada de Will fija en ella a través de la mesa y se obligó a decir algo.

—¿Quieres que hoy dibuje todas estas piezas?

—Sólo si es posible.

—No lo sé. —Se agachó para observar con detenimiento un magnífico escarabajo de lapislázuli y oro—. Algunas parecen muy complicadas.

—Lo entiendo. Los caballeros del Museo Británico están muy intrigados por nuestros descubrimientos y quieren ver lo que hemos encontrado lo antes posible. Y tengo que dar una conferencia en el club de arqueología el 10 de setiembre. Pero no tengo ninguna fecha concreta para entregar los dibujos.

Beatrix tocó la cadena de un elaboradísimo collar.

—Creía que querías irte a Tebas inmediatamente después de la conferencia.

—Eso pretendía al principio. El trayecto hasta allá dura casi dos semanas y la temporada de excavaciones comienza oficialmente a principios de octubre. Las cosas son muy caóticas durante las primeras dos semanas y todo el mundo llega a Tebas en fechas distintas. Como yo vivo en El Cairo durante los meses de verano, siempre soy de los primeros en llegar a la excavación. Y ahora que Marlowe ha decidido mandar allí un periodista y un fotógrafo, he pensado que lo mejor sería que yo llegase antes. Pero podría retrasar mi partida unos cuantos días. —Hizo una pausa y añadió—: Si tú quieres.

Beatrix lo miró y vio que él la estaba mirando con tanta ternura que casi le resultó insoportable.

—¿Por qué iba a querer? —le preguntó cortante y, acto seguido, apartó la vista—. Tú y yo no estamos prometidos. Vuelve a Egipto cuando quieras.

—Puedo quedarme aquí un poco más, un par de semanas si es necesario.

—¿Si es necesario para qué? —replicó a la defensiva, poniéndose en pie.

Estaba furiosa con él porque no se había ofrecido a quedarse, sólo a retrasar su inevitable partida. Y también estaba enfadada consigo misma porque ya le echaba de menos y eso que aún no se había ido.

—¿Crees que quedándote un par de semanas más podrás hacerme cambiar de opinión y que me vaya contigo a Egipto? —añadió—. Si es así, estás perdiendo el tiempo.

—Es mi tiempo, Trix —contestó Will con ternura—. Y yo no creo que lo esté perdiendo.

Ella abrió la boca para contestarle, pero en ese momento él miró detrás de ella y se puso en pie. Cuando Beatrix miró por encima del hombro, vio que Emma se acercaba a la glorieta con Ruthie en brazos y Eugenia caminando unos metros más allá y suspiró aliviada. Así Will no podría seguir hablándole de las cosas imposibles que esperaba de ella.

—Señoras —las saludó él y rodeó la mesa para bajar los escalones—. Hola, Ruthie.

La pequeña reconoció su nombre y, cuando levantó la vista y vio a Will, se le iluminó el semblante, haciendo que Beatrix se acordase de una cosa que él le había dicho días atrás.

«Antes, siempre que me mirabas se te iluminaba la cara, era como si alguien encendiese una vela en tu interior.»

Observó la expresión de la pequeña Ruthie y, de algún modo, la reconfortó ver que no era la única mujer susceptible a los encantos de Will, a pesar de que la otra apenas tuviese un año.

Vio que él se arrodillaba en la hierba y que extendía los brazos hacia la pequeña. Cuando Emma la dejó en el suelo, la niña alargó los suyos en dirección a Will. Pero cuando, entre risas, echó a andar, sólo consiguió dar tres pasos antes de caerse de culo.

Aterrizó en el césped, pero por algún motivo, la pequeña arrugó la cara y empezó a llorar. Emma fue a buscarla, pero Will se le adelantó y la cogió en brazos. Acurrucó a Ruthie contra su pecho y el vestido azul claro de la niña y su pelo castaño resaltaban sobre su camisa blanca y su chaleco verde oscuro. Sonrió a la pequeña y ésta dejó de llorar y cuando él empezó a hablarle y a hacerle muecas se rió y le acarició las mejillas con las manitas.

Al presenciar esa escena, Beatrix tuvo una sensación muy extraña, como si el mundo se desmoronase a su alrededor y se recompusiera de una forma distinta que años atrás ni siquiera se había atrevido a soñar.

Beatrix le había preguntado a Will cómo podía saber si sería un buen padre para sus hijos y, aunque su respuesta —una afirmación algo vaga acerca de que no sería como el padre de ella— la había hecho enfadar, ahora, al verlo allí, con la pequeña Ruthie en brazos, haciéndola reír, supo que por fin tenía la respuesta que buscaba: sería un buen padre, si...

«Si estuviese dispuesto a cambiar.»

Will levantó la vista y se encontró con sus ojos. La señaló y le dijo algo a la pequeña y entonces Ruthie también la miró y le sonrió.

Verlo con la niña le estaba haciendo daño en los ojos, era como mirar directamente el sol y Beatrix se dio media vuelta y parpadeó varias veces antes de volver a centrar la atención en su trabajo y coger un lápiz.

Will no iba a cambiar, se recordó, esforzándose por endurecer su corazón y volver a levantar sus defensas. Para él la vida consistía en pasarlo

bien y vivir aventuras en Egipto. Nunca iba a querer vivir en el mundo donde ella vivía y nunca iba a aceptar las responsabilidades que conllevaba su título. Y por eso Beatrix tenía tanto miedo. Will no iba a cambiar y, aunque pasasen mil años y a pesar de todas las pruebas que lo confirmaban, ella seguía esperando que lo hiciera.

Will pensó que al trabajar juntos, Trix recordaría la emoción que había sentido años atrás, cuando encontraron aquellas ruinas romanas. Creyó que así conseguiría que se interesase por Egipto y el trabajo que él llevaba allí a cabo y también que así volverían a estar juntos. Sin embargo, a lo largo de las dos semanas siguientes, comprendió que no iba a ser tan fácil.

Sí, ella dibujaba los objetos que él elegía, pero no le preguntaba nada acerca de ellos. Will intentó varias veces iniciar una conversación, explicarle cosas sobre lo que había descubierto, contarle cómo era la vida en el yacimiento, relatarle historias egipcias. Pero aunque Beatrix escuchaba con educación, nunca mostraba un interés especial por saber más y en seguida volvía a trabajar sin pedirle que le diese más detalles o que le contase algo más. Hacía todas las correcciones que él le pedía —una perspectiva distinta, una vista más de cerca— sin quejarse. Si ella tenía alguna idea o sugerencia al respecto, jamás las mencionaba. Beatrix se comportaba como lo haría cualquier profesional con su empleador, nada más y nada menos.

De noche, se quedaba cerca de Eugenia o de Emma, haciendo imposible que Will pudiese acercarse a ella para seguir hablando del tema que tenían pendiente y la frustración de él aumentaba cada día, porque sabía que no podía obligarla a aceptar de nuevo su relación. Beatrix tenía que quererlo por voluntad propia.

A medida que iban pasando los días, mientras trabajaban juntos, Will aprovechaba cada oportunidad que surgía para observarla de cerca, para intentar averiguar qué más podía hacer para conquistarla. Se le estaba acabando el tiempo y cada vez estaba más lejos de corregir los errores del pasado y más cerca de convertirse en su enemigo.

En vez de acercarse a él, Beatrix se estaba alejando. Will podía sentirlo, pero no sabía qué hacer para evitarlo. Y mientras seguía intentando encontrar el modo de que pudiesen volver a estar juntos, no podía dejar de recordar una cosa que ella le había dicho días atrás:

«Todo eso me indicó que no ibas a ser un compañero de viaje de fiar y me di cuenta de que no podía confiar en ti ni tampoco contar contigo».

La confianza era el quid de la cuestión. Beatrix no confiaba en él y, si era sincero consigo mismo, tenía que reconocer que él tampoco confiaba del todo en ella. Trix también le había roto el corazón. Pero seguía queriéndola y estaba dispuesto a arriesgarse de nuevo, porque en el fondo era un jugador. Pero ella no.

El problema era que la confianza, en especial cuando se ha perdido, se tarda tiempo en recuperar, y el tiempo ahora no estaba de su parte. Agosto dio paso a setiembre y el momento de abandonar Pixy Cove estaba cada vez más cerca. Will ya podía sentir cómo la desesperación y la desesperanza se instalaban dentro de él.

Cuando volvieran a Stafford Saint Mary, tendría que partir casi de inmediato hacia Londres para dar su conferencia en el club de arqueología. Y cuando volviese a Devon, sólo le quedarían dos semanas, quizá tres, antes de irse, pues tenía que estar en Tebas el 15 de octubre. No podía alargar más su partida. Y la verdad era que estaba convencido de que esas dos semanas en Stafford Saint Mary no bastarían para hacer cambiar a Trix de opinión. Además, en Devon le resultaría mucho más difícil quedarse a solas con ella, porque no vivirían en la misma casa.

Podían verse, por supuesto; antes de que Will se fuese a Egipto, los dos se habían escabullido muchas veces para encontrarse. Pero sería más complicado y el riesgo de que los pillasen sería más elevado. Y, a juzgar por el modo en que ella se estaba distanciando, Beatrix estaría mucho menos dispuesta a hacer algo arriesgado con él.

Will siguió observándola, escuchándola, esperando, buscando desesperado cualquier excusa, cualquier oportunidad, cualquier idea, cualquier cosa que le indicase qué debía hacer, pero no lo encontró hasta la tarde antes de abandonar Pixy Cove.

Había acabado de escribir las descripciones para el catálogo y las estaba poniendo en orden junto con los dibujos de Beatrix mientras esperaba que ésta terminase el último, cuando vio que no estaba trabajando, sino que estaba absorta, con la mirada perdida en el otro extremo de Pixy Cove.

—Un penique —dijo él.

Ella se sobresaltó un poco al oír su voz y lo miró.

—¿Disculpa?

—He dicho «un penique». Un penique por tus pensamientos.

—Oh, lo siento. —Negó con la cabeza—. Estaba pensando en aquel día en Angel's Head.

Eso lo sorprendió.

—¿Ah, sí?

Beatrix asintió y volvió de nuevo la cabeza en dirección a la cueva.

—Tenías razón, ¿sabes?

La sorpresa inicial de Will fue en aumento.

—¿Sobre qué?

—Quería saltar —confesó ella.

—Lo sé.

Beatrix le sonrió compungida.

—No te imaginas cuántas veces me he reñido a mí misma por no haberlo hecho. Tenías razón al decir que me asusté.

—Todo el mundo se asusta a veces, Trix. Y la verdad es que no tiene importancia. Sólo era un estúpido juego.

—Lo sé, pero siempre me he arrepentido de no haber saltado.

Will miró al cielo, pensó en la luna y calculó cuándo iba a volver a subir la marea.

—Si lo dices en serio, ¿por qué no haces algo al respecto? —le sugirió, mientras recogía los papeles que tenía delante y los apilaba, esforzándose por no delatar que el futuro de ambos dependía de la respuesta de ella—. En vez de arrepentirte, ¿por qué no haces algo para remediarlo?

—¿Remediarlo?

—Sí. —Le entregó el montón de papeles—. Sólo falta el dibujo que tienes a medias para que el catálogo esté terminado y pueda tacharlo de la

lista de tareas pendientes. Yo he cumplido con mi parte del trato y he sido responsable, lo que significa que esta noche vamos a tener otra aventura.

Beatrix supo lo que Will pretendía en cuanto lo vio sonreír y empezó a negar con la cabeza.

—Oh, no —dijo riéndose un poco—. No, no, no.

—Angel's Head —dijo él, abriendo el maletín para guardar el catálogo —. A la una de la madrugada. Lleva traje de baño.

—Estás loco si crees que me tiraré desde Angel's Head contigo.

—Es tu última oportunidad hasta el año que viene.

—¡Será de noche!

—Esta noche habrá luna llena. Será casi como si fuera de día. Vamos, Trix —la animó, a pesar de que ella seguía moviendo la cabeza a un lado y a otro—. Será divertido.

—Tú siempre dices eso.

—Y siempre tengo razón, reconócelo. Todas las aventuras que hemos vivido juntos han sido divertidas. —Cerró el maletín y se puso en pie, colgándoselo del hombro—. Llevaré comida y después de saltar encenderé una hoguera en la cueva y haremos un picnic. Quizá incluso te lea algo de Poe. —Rodeó la mesa y, a llegar junto a ella, añadió—: No te olvides de llevar una prenda para las hadas.

Beatrix lanzó el lápiz sobre la mesa y se puso en pie.

—¡Saltar desde Angel's Head en mitad de la noche es una locura! —dijo, cuando él ya estaba dándole la espalda y bajando los escalones de la glorieta.

Will se detuvo y giró la cara para mirarla.

—Siempre dices que te arrepientes de no haber saltado cuando tenías diez años. Ahora tienes una segunda oportunidad. —Sonrió—. Y no sé tú, pero yo me he convertido en un ferviente defensor de las segundas oportunidades.

Beatrix supuso que ella también creía en las segundas oportunidades. Eso, o que la locura de Will era contagiosa, porque a la una en punto de la

madrugada, iluminada por la luz de la luna, se escabulló de la mansión y fue a reunirse con él en Angel's Head para saltar desde el acantilado.

Le habría vuelto a decir que era una locura, pero Will desapareció misteriosamente después de cenar y no apareció en el salón para disfrutar de la velada con el resto de los invitados.

Beatrix llevaba dos semanas levantando defensas para protegerse de él. Cuando trabajaban, se comportaba como una empleada distante, pero bajo esa máscara que se había impuesto, los últimos catorce días se había sentido triste y asustada. Y el esfuerzo que estaba haciendo por mantener las distancias con Will la estaba dejando exhausta.

No quería volver a sentir dolor, pero esa tarde, mientras estaba sentada con él mirando Angel's Head, se dio cuenta de que no podía hacer nada para evitarlo, porque cuando Will se fuese a Egipto, volvería a dolerle.

Y por eso iba a Angel's Head para reunirse con él, porque no quería seguir malgastando el tiempo que les quedaba de estar juntos. Porque no tenía sentido anticiparse al futuro sacrificando el presente. Y porque la vida era demasiado corta y estaba hecha para ser vivida; ésa era la lección que había intentado aprender durante los últimos seis años.

Will ya estaba allí, esperándola en el borde del precipicio, vestido sólo con aquellos viejos pantalones de deporte y sus raídos mocasines, pero Beatrix estaba demasiado nerviosa como para apreciar el espectáculo que ofrecía su torso desnudo a la luz de la luna.

Se acercó a él, lo oyó suspirar y entonces vio que meneaba la cabeza.

—¿Por qué se empeñan en hacer trajes de baño tan absurdos para las mujeres? —preguntó y antes de que ella pudiese hacer nada para evitarlo, le quitó el gorro de muselina de la cabeza y lo lanzó al suelo, ignorando sus airadas protestas—. Beatrix, sé razonable. No puedes saltar con eso en la cabeza. —La cogió por los brazos y le dio media vuelta para mirarle la cabeza por detrás—. Perfecto —dijo con aprobación—. Llevas el pelo bien recogido. Pero tendrás que quitarte los zapatos de baño y las medias. Sólo servirían para hundirte.

Al ver que lo que él decía tenía sentido y tras decidir que no quería hundirse más de lo necesario, Beatrix se quitó los zapatos y las medias e intentó no pensar en lo que iba a hacer. Quería hacerlo, quería demostrarse a

sí misma que podía hacerlo, pero cuando Will le preguntó si estaba lista, la asaltaron las dudas.

—¿Y si las olas me llevan contra las rocas? —Lo vio sonreír y lo fulminó con la mirada—. ¡No te rías! Podría pasar.

—No, eso es imposible. —La sujetó con ternura por los hombros—. Escúchame, el acantilado sobresale más de dos metros de las rocas y las olas no son lo bastante fuertes como para empujarte tanta distancia, porque estamos en una cavidad. Mira —señaló hacia abajo—, el reflejo de la luna apenas se mueve. Es casi como un estanque. No te golpearás contra ninguna roca.

—¿Y si es poco profundo y me doy contra el fondo?

—El agua aquí debe de tener más de doce metros de profundidad. No te golpearás contra el fondo. Es como saltar desde el atracadero.

—No lo es. —Miró hacia el precipicio—. Aquí el agua está mucho más lejos.

—Pero es seguro. Mira.

Antes de que ella pudiese ni parpadear, Will se acercó al precipicio sin dudarlo, inclinó su espléndido cuerpo, agachó la cabeza, estiró los brazos y saltó. Cuando llegó al agua, Beatrix apenas vio que salpicase.

Cuando salió a la superficie, ella soltó el aliento que no sabía que estuviese conteniendo.

Will no la llamó desde el agua porque no quería correr el riesgo de que hubiese alguien despierto en la casa y pudiese oírlo. En Pixy Cove las ventanas estaban siempre abiertas. Sencillamente, la saludó con la mano y, igual que había hecho dieciséis años atrás, esperó a que ella saltase.

Beatrix se lo quedó mirando, preguntándose por qué siempre dejaba que la convenciese para hacer esas cosas. Ella no era como él. No podía saltar desde un acantilado, ni montar a caballo, ni podía irse a la otra punta del mundo.

Debió de quedarse allí mucho rato, porque Will levantó ambos brazos y le hizo señas de que no saltase, indicándole que se quedase donde estaba. No hacía falta que se preocupase por eso, porque Beatrix iba perdiendo el valor con cada segundo que pasaba. Miró hacia abajo y lo vio nadar hacia la orilla. Unos minutos más tarde, Will subió la escalera y se le acercó.

Se detuvo a su lado y se pasó una mano por el pelo mojado.

—Si prefieres quedarte aquí y observar las vistas —le dijo—, no pasa nada.

—Quiero saltar, de verdad. Siempre he querido. Pero... —Lo miró a la cara—. No creo que pueda. Maldita sea —añadió, al notar que el valor la abandonaba sin remedio.

Will le rodeó los hombros con un brazo y le dio un beso en la frente.

—No te preocupes, Angel's Head no se irá a ninguna parte. El año que viene puedes volver a intentarlo.

Eso no la hizo sentirse mejor. Se inclinó hacia adelante y tragó saliva.

—Hay mucha distancia.

—Son sólo nueve metros.

—¿Sólo nueve? —repitió sin aliento—. ¿Eso es todo?

—No tienes que tirarte de cabeza. Puedes saltar, si quieres.

—Eso quizá sería lo mejor. —Volvió a mirar por el borde—. Saltar del atracadero de Pixy Cove es una cosa, pero esto... —se interrumpió y tragó saliva de nuevo— es otra.

—¿Y si saltamos juntos?

Beatrix se dio media vuelta y vio que Will le tendía una mano.

—Pero si decides hacerlo así —añadió él antes de que ella pudiese contestar—, no puedes dudar. Si saltamos, saltamos. No puedes echarte atrás en el último segundo o de lo contrario podríamos hacernos mucho daño. Y no sé tú, pero yo no quiero dislocarme un hombro. Así que voy a confiar en ti. De eso se trata, ¿sabes? De confiar el uno en el otro. ¿Confías en mí?

Beatrix miró la mano que él le ofrecía. Después lo miró a los ojos y vio su mirada firme y decidida y supo que fuera por el motivo que fuese, aquello era importante y que iba mucho más allá del desafío que Will le había planteado de pequeños y del remordimiento que ella había sentido entonces.

—De acuerdo —dijo y le cogió la mano antes de que pudiese cambiar de opinión—. Saltaremos juntos.

—El acantilado está justo por encima de la cueva, así que sólo es cuestión de dar un paso hacia adelante.

Beatrix asintió.

—Estoy lista.

—A la de tres. —Will balanceó sus manos entrelazadas hacia adelante —. Una.

A ella se le encogió el estómago.

Will volvió a balancear las manos.

—Dos.

Beatrix se dijo que nada iba a salir mal y respiró hondo.

—Tres.

Y entonces se lanzaron juntos al precipicio dando un salto hacia adelante. Confiaron ciegamente el uno en el otro. Y, durante un instante maravilloso, Beatrix supo lo que se sentía al volar como un pájaro.

16

BEATRIX le dio la mano durante toda la caída y sólo se la soltó cuando sus pies entraron en contacto con el agua. Un segundo más tarde, Will notó que la tela del traje de baño de ella le rozaba el brazo y la vio ir hacia la superficie. Pateó y la siguió y, cuando salió del agua, lo primero que oyó fue el sonido de su risa. Giró la cabeza y la encontró nadando a pocos centímetros de distancia, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Ha sido increíble! —exclamó Beatrix, apartándose el agua de la cara con una mano—. ¡Absolutamente increíble! ¡Mucho mejor que cualquier columpio! —Volvió a reírse—. ¿De qué diablos tenía tanto miedo?

Will alargó un brazo, le colocó una mano en la nuca y la acercó para darle un beso.

—De lo desconocido.

Ella miró hacia el precipicio iluminado por la luna y luego volvió a mirar a Will.

—¿Podemos saltar otra vez?

Lo hicieron, tres veces más, cogidos de la mano y sin soltarse. Después, él subió solo para buscar los zapatos y las medias de Beatrix y las llevó a la cueva. Se había encargado de llevar todo lo necesario para un picnic y cuando ella encendió el farolillo, vio que estaba todo preparado. Había un mantel enorme en el suelo, cubriendo la arena, y una cesta de picnic encima; en la entrada ya estaba encendida una hoguera.

—Así que por eso has desaparecido después de cenar —dijo, sonriéndole, una de sus auténticas sonrisas, de esas que le iluminaban el

rostro y hacían que él se sintiese como el rey del mundo—. Estabas preparando todo esto.

Pero entonces ella tembló, dejó de sonreír y se frotó los brazos con las manos.

—Debes de estar helada. —Will dejó los zapatos encima de una roca y fue por una bolsa que también había llevado antes. La abrió y sacó una bata que había cogido para ella, la bata más abrigada que él tenía, una prenda de suave lana color rojo con forro de franela—. Toma —le dijo, dándosela antes de volver a meter la mano en la bolsa en busca de la caja de cerillas —. No sabía si pensarías en traer otra muda.

—No, no he caído en eso —reconoció, desdoblando la bata.

Pero justo cuando iba a ponérsela, él tosió y la detuvo.

—Antes deberías quitarte la ropa mojada —le aconsejó—. Así estarás más calentita —añadió, a pesar de que el consejo no sólo venía motivado por su preocupación por su bienestar—. Podemos secar la ropa mientras comemos. No te preocupes —dijo al verla dudar—. No miraré mientras te cambias.

Beatrix se rió.

—Eso es lo que decías siempre. Date la vuelta.

Will fingió que se ofendía.

—Y yo que había creído que estabas aprendiendo a confiar en mí otra vez...

Ella negó con la cabeza sin dejarse convencer.

—En lo que se refiere a esto, nunca he confiado en ti. Date la vuelta. Y nada de espiar cuando crees que no estoy mirando.

Will suspiró y se puso de espaldas. Se arrodilló junto al fuego y lo avivó.

—Te he preparado un picnic —se quejó—. Lo mínimo que podrías hacer es dejarme echar una ojeada.

Ella masculló algo que lo dejó sin esperanzas, pero que de nada sirvió para detener su imaginación. Will se quedó escuchando por encima del sonido del fuego, esforzándose por adivinar qué estaba haciendo Beatrix. Se la imaginó quitándose la ropa mojada. Primero la túnica, que dejaría al descubierto sus hombros desnudos. Después los pantalones, deslizándolos

por sus piernas. Y luego la ropa interior, los botones que tras desabrocharlos revelarían sus pechos, redondos y con pezones rosados. Dios, pensó al notar cómo respondía su cuerpo a esas imágenes tan eróticas, tenía que parar o acabaría volviéndose loco.

Recolocó innecesariamente los troncos de la hoguera e intentó apagar el deseo que había prendido en su cuerpo, pero cuando ella le dijo que podía darse la vuelta, Will se dio cuenta de que sus esfuerzos habían sido en vano. La bata la cubría del todo, de hecho, prácticamente la engullía. Ni siquiera podía verle las manos y, a pesar de ello, ver a Trix con su bata le pareció increíblemente erótico. Quizá, pensó al bajar la vista hacia el cinturón que le ceñía la prenda a la cintura, se debía a que ahora lo único que separaba sus manos del cuerpo desnudo de Beatrix era una capa de ropa. O quizá a que la ropa interior de ella estaba secándose encima de una roca, junto al fuego.

Will se obligó a mirarla a la cara, pero eso tampoco ayudó, porque Trix tenía los ojos fijos en el torso de él y lo único que pudo pensar Will fue en las ganas que tenía de que ella lo tocase.

—Deberíamos comer —le dijo, porque necesitaba decir algo—. Sólo tenemos dos horas antes de que tengamos que regresar.

Beatrix asintió y se sentó con las piernas cruzadas sobre el mantel y después se recolocó la bata de Will alrededor. Fue entonces cuando vio que había una cubitera con una botella de champán detrás de la cesta del picnic y se rió.

—¿Champán?

—No sabía si traer limonada. —Will sacó la botella de la cubitera, en la que la mitad del hielo ya estaba derretido y cogió una copa—. Ya que, al parecer, durante mi ausencia te has aficionado tanto a beberla que incluso has dejado de beber champán.

Beatrix suspiró.

—Sólo dejé de beber champán porque Aidan no puede beber.

—¿No puede beber? —repitió él, mientras llenaba las copas—. ¿Qué quieres decir?

—Me dijo que si bebía más de una copa de vino o de licor se emborrachaba y que cometía locuras cuando eso sucedía.

Will intentó imaginarse a Trathen cometiendo una locura, pero fracasó estrepitosamente.

—Yo no podía imaginarme a Aidan borracho ni cometiendo una locura —dijo Beatrix como si le hubiese leído el pensamiento—, pero él me aseguró que eso era lo que le pasaba si bebía demasiado. Siempre limita el consumo de alcohol a una copa de vino, pero le encanta el champán y decía que con éste le cuesta contenerse. Por eso pensé que era injusto que yo bebiese champán delante de él y decidimos que lo mejor sería que los dos bebiésemos limonada.

Dejó de sonreír y el cambio preocupó a Will.

—¿Qué pasa?

—Nada. Estaba pensando en Aidan. —Se mordió el labio inferior—. No se merecía ver lo que vio.

—No —convino él, dándole su copa—. Pero son cosas que pasan. —Pensó que sería mejor dejar de hablar de su anterior prometido y cambió de tema—: También me planteé la posibilidad de traer caviar, puesto que dijiste que te encanta. Pero a última hora lo descarté.

—Gracias a Dios —murmuró ella y se estremeció igual que aquel día en el *Maria Lisa*—. Es asqueroso. Sabe a arena de playa mojada.

Will se rió.

—Sí, es verdad —reconoció, mientras volvía a dejar la botella en la cubitera. Bebió un sorbo de champán, colocó la copa en lo alto de una roca plana que tenía a su lado y acercó la cesta de picnic para abrirla—. He traído pan y queso —explicó, a medida que iba depositando la comida en la manta— y —añadió, buscando algo más— también he traído esto.

Beatrix gritó de alegría al ver los dos tenedores de mango largo.

—¡Así podremos tostar el pan y el queso en el fuego! —exclamó, riéndose.

—Como hacemos siempre que venimos a Pixy Cove. Bueno —se corrigió, al pasarle uno de los tenedores y cortar luego el pan—, o lo hacíamos hasta que Antonia encontró la escalera, se dio cuenta de que nos escapábamos de noche y empezó a vigilaros a vosotras como un halcón. No me extrañaría que se hubiese echado a dormir delante de vuestra puerta —añadió.

—No, ella no, pero su doncella sí. ¿No te acuerdas? —Will negó con la cabeza y Beatrix continuó con el relato—. Es probable que nunca llegases a verla, porque tu habitación siempre está en la otra ala de la casa. La mujer se sentaba en una silla, junto a la escalera de servicio que hay al final del pasillo. Julia intentó escaparse una o dos veces, pero la doncella siempre se despertaba y la pillaba. Yo ni siquiera lo intenté. Creía que ya había tenido bastante suerte con que Antonia no le escribiese a papá para contarle que nos habíamos estado escapando de noche. Si lo hubiese hecho, mi padre no me habría dejado volver nunca más a Pixy Cove. Pero supongo que Antonia decidió guardar el secreto y no decírselo porque yo era demasiado pequeña como para armar un escándalo. Yo tenía, no sé, diez u once años, ¿no?

—Diez —dijo Will mientras cortaba el queso—. Eso sucedió el día siguiente a que te negases a saltar desde Angel's Head.

—Tienes razón. —Beatrix cogió el trozo de pan que él le ofrecía, lo clavó en el tenedor y le puso un poco de queso encima, luego extendió el brazo hacia el fuego y empezó a tostar el improvisado sándwich con las llamas.

Will hizo lo mismo.

—Y después de que Antonia averiguase lo que habíamos estado haciendo —prosiguió él—, tuviste miedo de que te pillasen. Durante siete años, te negaste a escaparte conmigo para nuestras aventuras nocturnas. No volviste a aceptar hasta que nos comprometimos.

—¿Por eso...? —Se calló y cuando Will la miró, vio que ella lo estaba mirando insegura—. ¿Fue por eso por lo que me pediste que me casara contigo? —le preguntó—. Para poder... para poder... —Hizo otra pausa y Will creyó que Beatrix se estaba sonrojando, a pesar de que no podía estar seguro con aquella luz—. Ya sabes —añadió en voz baja.

Él se quedó atónito.

—¿Es eso lo que crees? Que el único motivo por el que te pedí que te casaras conmigo fue porque quería hacerte el amor y no se me había ocurrido otra manera de conseguirlo

—Se me pasó por la cabeza. —Beatrix se removió nerviosa y agachó la cabeza. Era obvio que aquella conversación la incomodaba—. En especial

después de que te fueras. No podía dejar de pensar que nunca me habías amado.

Will se quedó mirando su cabeza gacha, el pelo dorado le brillaba a la luz del fuego y sintió un profundo dolor en el pecho.

—Siempre te he amado. Toda mi vida —soltó y de inmediato apartó la mirada de ella y la fijó en los trozos de pan y de queso que tenía al lado. Se produjo un silencio muy largo que sólo fue interrumpido por el chisporroteo del fuego. Entonces añadió en voz baja—: Nunca he dejado de amarte.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, flotando en el humo de la hoguera, en la brisa del mar y en los recuerdos de su infancia y Beatrix sintió cómo la alegría se propagaba por su interior. Notó que se le escapaba un sollozo de felicidad y lo contuvo para que él no pudiese oírlo. Se mordió el labio y mantuvo la vista fija en su regazo, intentando no perder la sensatez. Eran sólo palabras. Will iba a marcharse. Ellos dos no iban a pasar el resto de sus agostos juntos en Pixy Cove, ni tampoco a besarse a escondidas en la bodega o en el jardín. No pondrían regalos bajo el árbol de Navidad para sus hijos, ni tampoco harían todas las cosas que ella quería hacer. Aquel sueño ya no existía. Había muerto hacía seis años.

—Ten cuidado —dijo Will y al levantar la vista, Beatrix vio que se le estaba quemando el pan. Apartó el brazo y salvó la cena justo a tiempo.

»Sé que no sirve de nada que te diga estas cosas ahora —añadió él con una voz increíblemente tranquila—, porque tú ya has dicho que no vas a casarte conmigo. Pero he pensado que debías saberlo. ¿Más champán?

—¿Por qué no puedes quedarte aquí? —susurró ella sin mirarlo, con el corazón encogido de dolor.

Will llenó las copas sin responder y volvió a dejar la botella en la cubitera, removiendo un poco el hielo que quedaba.

—Porque me esperan en la excavación. Allí tengo trabajo que hacer y hay gente que cuenta conmigo. Ya sé que crees que no soy un hombre responsable, pero no puedo dejarlos plantados. Y tú no vas a venir conmigo. Así están las cosas.

Beatrix asintió. En realidad no había esperado que fuera a decirle otra cosa, pero a pesar de eso, sintió un profundo dolor en el corazón. No quería

pensar en cómo sería su vida cuando Will se fuera y ella volviese a quedarse sin sus aventuras.

Comieron el pan y el queso en silencio y hasta que se dispusieron a guardar la comida que había sobrado en la cesta de picnic, él no volvió a hablar:

—Creo que esta vez he sido yo el que ha estropeado nuestra aventura.

—No, no has estropeado nada. Ha sido maravillosa. Quizá el año que viene me atreva a tirarme de cabeza desde Angel's Head. —Pero sabía que sin él no lo haría—. Tal vez, si tú... —Se detuvo, temerosa de decir lo que quería decir. Se dio media vuelta y estiró las piernas frente al fuego para así tener tiempo de pensar—. Tal vez, si vuelves el próximo agosto, pudieses venir a ver cómo salto.

Will no contestó y ella tuvo que ocultar lo decepcionada que se sintió. Había sido una tonta al creer que él le prometería que volvería el año siguiente, había sido una tonta por desearlo. Pero cuando el silencio se alargó y la curiosidad la impulsó a mirarlo, vio que Will no le estaba mirando la cara, sino que tenía los ojos fijos en las piernas de ella, que se insinuaban por entre los pliegues de la bata; y en su rostro vio la misma expresión de deseo que le había visto en el *Maria Lisa*.

El calor se extendió por el cuerpo de Beatrix, un calor que no tenía nada que ver con la hoguera. Pensó en el beso que él le había dado en el columpio, en el beso de la cueva de Phoebe y en todos los otros besos que se habían dado y decidió que había llegado el momento de ir más allá. Bebió el champán que le quedaba en la copa y respiró hondo varias veces para encontrar el valor necesario para hacer lo que quería hacer. Will no iba a volver, de eso estaba segura. Y ella no iba a ir a Egipto. Y sabía que antes de que él se fuera tenían que vivir una última aventura.

—Ha sido una aventura maravillosa —dijo, poniéndose en pie—. La mejor que hemos tenido hasta ahora.

Will también se levantó.

—Te llevaré de vuelta a casa.

—¿Por qué? —le preguntó, tirando del lazo del cinturón—. ¿Por qué crees que esta noche ha terminado?

Will se quedó mirándola y su deseo se transformó en consternación al ver que se empezaba a abrir la bata. Y, para sorpresa de Beatrix, la cogió por las muñecas y la detuvo.

—No —dijo feroz—. Por Dios santo, no lo hagas. Volveré a Egipto, ¿te acuerdas?

—Lo sé.

Will le cogió el mentón y la miró a los ojos.

—En todas las aventuras nocturnas que hemos tenido, de algún modo siempre hemos conseguido ser sensatos respecto a este tema. Pero si cruzamos la línea, será imposible retroceder; por eso siempre hemos respetado la norma de los tres botones. Si vamos demasiado lejos, será demasiado tarde.

—¿Lo dices porque perderé mi inocencia? —Le sonrió y giró la cabeza para besarle la palma de la mano—. Ya te lo he dicho antes, la vida es demasiado corta y creo que nos hemos negado esto durante mucho tiempo, ¿no crees?

Se puso de puntillas para besarlo, pero él esquivó el beso.

—Trix, escúchame —dijo desesperado y ella volvió a poner los pies en la arena con un suspiro—. Es el champán el que está hablando, no tú. No podemos hacer esto. Si lo hacemos, tendremos que casarnos.

—¿Por qué? ¿Porque podría haber un bebé en camino? —Vio que él negaba un poco con la cabeza, como si no pudiese creerse lo que ella le estaba diciendo y Beatrix no pudo evitar reírse—. ¿Qué? ¿Acaso pensabas que creía que los niños crecían bajo las coles?

—Bueno, no lo sé —contestó Will de repente un poco a la defensiva—. Tu madre se fue cuando tenías nueve años y, conociendo a Eugenia, me cuesta imaginármela explicándote la verdad. Y no puede decirse que tú y yo hablásemos del tema. Si no recuerdo mal, nuestras conversaciones al respecto se limitaron a la norma de los tres botones y a la falta de intimidad.

—Julia me lo explicó hace mucho tiempo. Cuando tú y yo nos comprometimos, me lo contó todo. Yo ya sospechaba algunas cosas, claro está, gracias a ti. —Empezó a sonrojarse, lo que no sirvió para que se sintiera demasiado seductora y notó que el instante se le estaba escurriendo entre los dedos—. Pero estoy dispuesta a arriesgarme, Will, sólo esta vez.

Quizá nunca volvamos a tener una oportunidad. Ha llegado el momento —concluyó—. Todavía faltan dos horas para que amanezca y aquí tenemos intimidad.

—¿Y qué me dices de la norma de los tres botones? —dijo él, desesperado.

Beatrix le sonrió y se quitó la bata, que siseó al caer detrás de ella.

—Esto no tiene botones.

Will soltó una maldición y le dio la espalda.

—Por el amor de Dios, Trix, para. Estoy intentando demostrarte que puedo ser un hombre responsable y así conseguir que te cases conmigo. Pero si no vuelves a ponerte la bata, no respondo de mis actos. No puedo más.

—No pasa nada. —Se colocó detrás de él y deslizó las manos por su espalda, deleitándose con la sensación de notar sus músculos bajo las palmas—. No espero nada a cambio. Lo único que quiero es hacer esto, porque quizá sea lo único que tengamos.

Will se estremeció al notar su caricia, pero no se apartó.

—Trix, no...

Ella le dio un beso en el hombro y, con un suspiro entre dientes, él se dio media vuelta y la sujetó por los brazos, cogiéndola por sorpresa.

—Te lo he advertido —dijo y su boca poseyó la de ella.

Aquel beso no podía compararse con ninguno de los anteriores. Fue desgarrador, cruel, incluso violento y Beatrix pensó emocionada que había sido ella la que los había llevado al punto de no retorno. Los brazos de Will la rodearon y ella le rodeó el cuello con los suyos. El contacto de piel contra piel no podía compararse con nada de lo que había sentido en toda su vida. Era delicioso. Gimió de placer, pegada a los labios de él.

Will profundizó el beso, le acarició la lengua con la suya, se deslizó más adentro y luego retrocedió, convirtiendo el beso en algo físico y carnal y muy exigente. Ardía en las zonas en que entraba en contacto con Beatrix, haciendo que el calor que ella sentía se extendiese por todos los poros de él.

Retrocedió e interrumpió el beso lo suficiente para que ambos pudiesen respirar y luego volvió a besarla, despacio, lentamente, besos adictivos que hicieron que ambos cayesen de rodillas.

Le sujetó el rostro con las manos y exploró su boca, la saboreó y luego le mordió con cuidado el labio inferior. El calor que sentía Beatrix fue a más, notó que tenía los pechos presionados contra el torso de Will y le pareció que le ardían, que desprendían incluso más calor que la erección que notaba apretada contra su estómago. Identificó esa sensación al recordarla de años atrás; sin embargo, no era la misma, porque ahora no había varias capas de ropa entre los dos.

Beatrix tembló y se sujetó con más fuerza del cuello de Will, movió todo el cuerpo contra él buscando aquella fricción tan exquisita y se le aceleró la respiración.

Notó que volvía a caer por el precipicio, pero esa vez no había saltado desde un acantilado al mar. Ahora estaba tumbándose en la manta con el impresionante cuerpo de Will encima, rodeándola de fuego y calor.

Cuando él no volvió a besarla, Beatrix abrió los ojos y lo encontró mirándola. Vio que le costaba respirar y, a la luz del fuego, sus ojos eran impenetrables y su rostro mostraba una expresión adusta, casi como si estuviese sufriendo un dolor terrible.

—Intentaré parar a tiempo —le dijo emocionado, susurrando.

Y antes de que ella pudiese contestarle, ya estaba besándola otra vez y tenía la palma de una mano abierta sobre uno de sus pechos.

Beatrix tembló nerviosa. Antes nunca lo había dejado ir tan lejos y no estaba preparada para su propia reacción... para la deliciosa sensación que la embargó y la impulsó a arquear la espalda en busca de la mano de Will. Éste la tocó y la acarició con los dedos mientras le besaba el cuello, la clavícula y el escote y todo fue maravilloso. Beatrix no podía dejar de moverse y de temblar debajo de él, anhelando más, buscando más, pero era imposible que hubiera algo que pudiese hacerla sentirse mejor que aquellos besos y aquellas caricias. Notaba un hormigueo en todo el cuerpo.

Will le besó el pecho y ella levantó una mano para hundir los dedos en el pelo de él. Los deslizó por sus mechones mojados y con un gemido lo acercó más a ella.

Él obedeció la sutil orden y abrió la boca para cubrirle el pezón y luego la cerró para besarlo. Beatrix gimió de placer, un placer que mandó lenguas de fuego por todo su cuerpo. Empezó a moverse más ansiosa debajo de él,

impaciente por estar más cerca, más unida a Will. Él ajustó su cuerpo al suyo y su parte más excitada se colocó, con un gesto muy íntimo, en el vértice de las piernas de ella.

Trix descubrió esa parte de Will cuando tenía diecisiete años y una noche él la besó contra la pared del jardín de Danbury. Ahora, movió las caderas en busca de las de él, incrementando su propio deseo, algo que la hizo sentir increíblemente atrevida y aventurera. Las sensaciones parecieron aumentar en intensidad. Beatrix estaba desnuda y él a punto de estarlo y ella se movía con un abandono y una desesperación que nunca antes había sentido.

Will presintió lo que Trix estaba sintiendo y levantó la cabeza.

—Dime que pare —le ordenó, pero mientras se lo decía, no dejaba de acariciarle el pecho con la mano, de pellizcarle el pezón con delicadeza—. Sólo dime que pare.

Ella negó con la cabeza, desesperada, frenética, increíblemente asustada de que él fuera a hacerlo y de que aquella maravillosa sensación llegase a su fin.

—N... no —consiguió decir, arqueando la espalda en busca de la caricia de sus dedos y moviendo las caderas contra su erección—. No pares.

—Me estás matando poco a poco —masculló pegado a su piel—. Si me muero antes de que te cases conmigo, será culpa tuya. —Se apartó de ella y se colocó de costado, deslizó una mano hasta la cintura de Beatrix y la dejó encima de su estómago.

Se detuvo y se quedó mirándola, los ojos de Will brillaban como gemas bajo la luz del fuego.

—Separa las piernas —le dijo y cuando ella obedeció, él guió la mano hasta su entrepierna y la tocó. Y entonces... oh, cielos, Beatrix sintió una sensación tan intensa y dolorosamente dulce que gritó de placer y todo su cuerpo se estremeció y empezó a convulsionarse alrededor de la mano de Will.

—Eres tan suave... —murmuró él, dándole besos en los pechos, en la clavícula, en el cuello, en el rostro.

Movió la mano e intentó entrar en su interior; Beatrix se tensó un instante, pero luego relajó las piernas. La punta de uno de los dedos de él se

deslizó arriba y abajo de su lugar más íntimo, y el placer fue tan intenso que Beatrix estuvo a punto de llorar. Con una voz tan baja que sólo consiguió excitarla todavía más, él dijo:

—Eres tan, tan suave... —murmuró—. Tan dulce... Casi estás preparada.

Ella sólo entendía vagamente lo que quería decir, pero no habría podido responderle aunque lo hubiese entendido del todo, porque las caricias de sus dedos hacían que le fuese imposible hablar. Era como si no tuviese control sobre su propio cuerpo. Lo único que podía hacer era moverse indefensa, prisionera de la mano de Will, anhelando algo que permanecía lejos de su alcance. No podía controlar su voz y los únicos sonidos que parecía capaz de emitir eran pequeños gemidos de placer y de desesperación. Ni siquiera podía controlar sus pensamientos, porque no podía dejar de pensar: «Más, más, no pares».

—No pararé —dijo él y entonces se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta. Gimió, rindiéndose a lo que estaba sintiendo, pero no tuvo tiempo de sentir vergüenza.

De repente, el cuerpo de Beatrix estalló al alcanzar el éxtasis. Will siguió acariciándola y juró que no se detendría, y las oleadas de aquel primer orgasmo siguieron llegando una y otra vez hasta dejarla maravillosamente satisfecha.

Beatrix notó que él salía de dentro de ella y cuando abrió los ojos lo vio de rodillas, desabrochándose los pantalones. Parpadeó confusa y levantó la cabeza para poder mirar qué aspecto tenía aquella parte tan dura de su cuerpo. Lo vio un instante y lo único que pudo hacer fue decir su nombre:

—¿Will?

Él se movió al oír su voz y percibir el pánico que la impregnaba.

—No pasa nada —le dijo emocionado, colocando una rodilla entre las piernas de ella—. Sepáralas un poquito para mí.

Beatrix lo hizo, separó las piernas igual que había hecho antes, pero en vez de tumbarse encima de ella, Will se arrodilló entre sus muslos. Le sujetó las nalgas con las manos y la levantó un poco para acercarla a su erección.

Tenía las facciones endurecidas, como ella pudo ver a pesar de la poca luz, y la respiración entrecortada como si hubiese estado corriendo. Sus

hombros y su torso parecían un muro de bronce y le bloqueaban el resto del mundo, haciendo que para Beatrix sólo existiese él. Suspiró al notar que su sexo la tocaba en el mismo lugar donde la había acariciado antes e intentó incorporarse para mirar lo que estaba pasando, pero Will gimió y apretó las manos con que le sujetaba las nalgas.

—No te muevas, Trix. Por Dios, no te muevas.

Tenía tanto miedo de que ella se moviese, de que se echase atrás, de que lo hiciese entrar en razón antes de que fuese demasiado tarde, que empujó hacia adelante y entró dentro de ella. No del todo, pero sí lo suficiente como para que Beatrix suspirase, sorprendida al notar la penetración.

Will podía notar la barrera natural del cuerpo de ella contra la punta de su pene y se apartó un poco, luego empujó un poco más, gimiendo de placer de lo maravillosa que era aquella sensación. Tembló por el esfuerzo que estaba haciendo para no ir más allá y poseerla del todo. Pero Dios, Beatrix era tan suave y estaba tan excitada... Cuando notó que temblaba alrededor de su pene y que alcanzaba otro orgasmo, Will supo que estaba a punto de perder el control.

El cuerpo de Beatrix se estremeció debajo de él, lo buscó instintivamente con las caderas y, sin saberlo, lo atormentó más de lo que Will podía soportar. Apretó los dientes y notó su himen contra el pene, una provocación y una advertencia, y supo que era entonces o nunca.

«Hasta que me demuestres que puedes ser un hombre responsable...»

Dios santo. Will gimió de agonía y se apartó de Beatrix justo a tiempo. Se tumbó encima de ella, con el pene prisionero entre su cuerpo y la parte de ella que se estaba derritiendo, mientras la frustración y el placer lo embargaban a partes iguales.

—Oh, Dios —gimió, estremeciéndose al alcanzar el orgasmo entre los muslos de Beatrix—. Oh, Dios mío.

Podía notar el cálido aliento de ella contra el cuello, sus brazos sujetándolo con fuerza. El peso de su propio cuerpo la presionaba contra la manta.

—¿Por qué? —le preguntó Trix—. ¿Por qué has parado?

Él negó con la cabeza, incapaz de hablar, todavía prisionero del placer que lo estaba recorriendo. Alargó la sensación tanto como pudo, consciente

de que quizá aquélla sería la única vez en toda su vida que podría estar con ella, deseando con todas sus fuerzas que aquello durase para siempre pero consciente de que era imposible.

Tras unos minutos, respiró hondo y, con el aliento todavía tembloroso, abrió los ojos. Se incorporó un poco y se tumbó de espaldas junto a Beatrix. Se abrochó los pantalones y, antes de contestarle, intentó recuperar algo que se pareciese al sentido común.

—No quiero que tengas que casarte conmigo sólo porque haya un bebé en camino —le dijo al fin—. Y —añadió antes de que ella pudiese decir nada— no quiero que nunca más vuelvas a decir que soy irresponsable. —Se frotó el rostro con las manos—. Maldición, después de lo que acabo de hacer, creo que prácticamente soy un héroe.

17

ANTES de volver a la mansión, dejaron un par de prendas en la cueva de las Hadas, tal como hacían de pequeños cuando se escabullían para vivir una aventura. Luego, Will se quedó fuera de la casa y esperó a que Beatrix encendiese la lámpara de su dormitorio antes de escalar el roble y volver al suyo.

En esa ocasión no le hizo falta irse a nadar durante horas en agua helada antes de acostarse, pero distaba mucho de sentirse satisfecho. Salir del cuerpo de Beatrix en el último segundo había sido una de las cosas más difíciles que había hecho en toda su vida, casi tanto como irse a Egipto.

Se quedó tumbado en la cama, mirando el techo y escuchando el rugido del mar a través de la ventana, pero en su mente lo único que podía oír eran los gemidos de placer de Trix. Lo único que podía ver era el rostro de ella, resplandeciente a la luz de la luna en Angel's Cove y luego a la del fuego de la hoguera. Sus ojos, enormes, oscuros y preciosos. Su sonrisa, como el sol abriéndose paso entre las nubes para iluminarlo sólo a él.

«Trix», pensó, cerrando los ojos. En toda su vida sólo había amado a una mujer.

De repente lo embargó la melancolía e intentó sacudírsela de encima. Tenía que viajar a Londres para reunirse con los responsables del Museo Británico y para dar su conferencia en el club de arqueología. Estaría fuera una semana como mucho. Y después aún tardaría catorce días más en irse.

No podía alargar más su estancia. Marlowe iba a patrocinar la excavación, había accedido a arriesgar su dinero a cambio de la certeza que

tenía Will de que ese año excavarían en el lugar preciso y encontrarían a Tutankamon. Pero el vizconde no le daría ni un penique si no seguía adelante.

Y a principios de octubre todos los trabajadores empezarían a prepararse para retomar los trabajos de excavación y contaban con que él estaría allí con el dinero necesario para llevar el proyecto a cabo.

Will sabía que no iba a cometer el mismo error de hacía seis años. Quizá no tuviera más remedio que irse, pero volvería en primavera. Y volvería a intentar conquistar a Trix. Lo seguiría intentando hasta que ella se casase con otro o hasta que se congelase el infierno. Pero si Beatrix no quería irse con él, no tendría más remedio que dejarla allí y partir solo.

Y, al pensarlo, notó que el dolor recorría su cuerpo igual que una corriente de aire en una casa vacía.

«Trix —pensó desesperado, tumbándose boca abajo y hundiendo el rostro entre los brazos cruzados—, no quiero decirte adiós.»

Beatrix se despertó de un profundo sueño al oír su nombre acompañado de unos insistentes golpes en la puerta.

Se dio cuenta de que había estado soñando con la boca de Will sobre la suya, con que él la estaba acariciando y tenía su cuerpo dentro del de ella de aquella manera tan sensual y exquisita.

—¿Beatrix? —La voz de tía Eugenia le llegó a través de la puerta cerrada. Oír aquel sonido tan agudo en medio de un sueño tan romántico fue como si le echasen un cubo de agua fría. A continuación, oyó otro insistente golpe—. Beatrix, querida, ¿estás ahí?

Ella sacudió la cabeza para ver si así se despejaba un poco.

—Por supuesto que estoy aquí, tía —le dijo, sentándose en la cama—. Pasa.

Eugenia abrió la puerta, dio dos pasos dentro, y se detuvo para exclamar:

—¡Cielo santo, todavía no estás vestida!

Beatrix parpadeó y se frotó los ojos.

—Eso es porque justo acabas de despertarme —contestó con un bostezo.

—Y menos mal que lo he hecho. Tendrás que vestirte sola. Lily tiene que hacerte el equipaje.

—¿El equipaje? —Preocupada, desvió la vista hacia la ventana—. ¿Qué hora es?

—Son casi las diez y...

—¿Las diez? —Miró de nuevo hacia afuera, sintiéndose culpable—. No sé cómo he podido dormir tanto —masculló, convencida de que la razón era más que evidente en su rostro.

Pero si lo era, su tía no se dio cuenta.

—Bueno, deja de remolonear y levántate —le dijo, haciéndole un gesto con la mano para que saliese de la cama—. No tienes tiempo que perder. Sólo dispones de media hora para vestirte, hacer las maletas y bajar. Sir George quiere salir antes de las diez y media. Aunque —añadió, volviéndose hacia la puerta— la verdad es que le está llevando más tiempo del que creía alistar el *Maria Lisa*, así que quizá puedas contar con unos minutos más. Ahora que Sunderland no está...

—¿Will se ha ido? —Beatrix se quedó petrificada a medio camino del armario y miró a su tía—. ¿Qué quieres decir con que ya no está?

Eugenia también se detuvo y se volvió.

—Se ha ido esta mañana temprano, querida. Antes de desayunar, creo. Al parecer, ha preferido ir directamente a Londres en vez de navegar con nosotros. Creo que su partida tenía algo que ver con el Museo Británico o con una conferencia. No sé.

—Pero si la conferencia no es hasta el día 10 —murmuró ella y la alegría que había sentido al pensar que iba a volver a ver a Will se desvaneció—. Falta casi una semana. ¿Por qué se ha ido tan pronto?

—Cielo santo, querida, no lo sé, pero esta mañana Marlowe se iba a Londres y Sunderland ha decidido acompañarlo. Ambos querían coger el tren de las diez de Teignmouth, así que el ayuda de cámara de Sunderland ha recogido todos esos trastos egipcios y Paul y Geoff los han acompañado a Torquay en carruaje. Pero... ¿qué importancia tiene, querida?

Beatrix dejó de pensar en lo enfadada que estaba y vio que su tía le estaba sonriendo.

—Sólo estará fuera unos días —añadió Eugenia—. Menos de una semana, ha dicho. No hace falta que te pongas tan triste.

—No estoy triste —negó ella, mientras su tía salía de la habitación. Que Will se hubiese ido no era motivo para estar triste. Él ya la había dejado una vez, durante seis años—. ¡No estoy triste! —insistió, antes de que Eugenia cerrase la puerta.

Evidentemente era mentira, pero en algún momento tenía que aprender a ocultar lo que sentía.

Will se metió de lleno en el trabajo. Para la mayoría de la gente estar en setiembre en Londres era tan entretenido como ver crecer la hierba. Pero los arqueólogos y los científicos no eran como la mayoría de la gente. A ellos no les importaba estar al día del último cotilleo y muchos aprovechaban esa época para ir a la ciudad e intercambiar datos sobre sus descubrimientos. Así no tenían que preocuparse por encontrar alojamiento y todo era mucho más barato, había carruajes disponibles por todas partes y el tráfico era más que tolerable.

Will fue a visitar a sus antiguos profesores de Cambridge que estaban en la ciudad; cenó con un grupo de arqueólogos a los que había ido conociendo a lo largo de los años. La conferencia que dio en el club de arqueología fue muy bien recibida y sus descubrimientos sobre Tebas aplaudidos.

Marlowe y él se reunieron en la editorial para concretar los últimos puntos del acuerdo de patrocinio. Eligieron a un fotógrafo del equipo del vizconde, pero Will se reservó el derecho de llevar a su propio ilustrador, pues aún mantenía viva la esperanza. Cuando se lo comunicó a Marlowe, éste se limitó a levantar una ceja y a decir:

—Así que por ahí van los tiros, ¿eh?

Pero accedió a darle permiso para contratar al ilustrador que quisiera.

Will se reunió con los comisarios de la exposición organizada en el Museo Británico y les dio los objetos que desde Egipto les prestaban para dicha exposición; también les entregó el catálogo que Trix y él habían

hecho. Los dibujos de ella recibieron más de un elogio y él se sintió muy feliz de que se reconociese su talento. Pero cuando terminó la reunión se sintió muy aliviado, porque se estaba esforzando por no pensar demasiado en Beatrix.

Will intentó reconstruir los muros que durante años habían protegido su corazón, pues necesitaba prepararse para la posibilidad muy real de que tuviese que volver a Tebas solo y de que tuviese que pasarse los próximos ocho meses sin verla. Dudaba de que una incompleta noche de pasión bastase para hacerla cambiar de opinión, a pesar de lo erótico que había sido todo.

Pero aunque se había pasado los últimos seis años construyendo esos muros, ahora que Trix los había derribado, no consiguió volver a levantarlos. Se moría de ganas de verla. Pensaba en ella día y noche. Mucho más que nunca.

Se quedó mirando a través de la ventana de su habitación en el Savoy. Con un hombro apoyado en el marco, observó cómo el tráfico se atascaba en el Strand. La ciudad era muy ruidosa, pero él apenas oía nada. Lo único que podía oír eran los gemidos de Trix.

«Más, más, no pares.»

Pero paró.

Tenía que estar completamente loco.

Ella estaba desnuda debajo de él, llena de deseo. Nunca antes habían llegado tan lejos, ni siquiera en los encuentros más apasionados de su juventud. Nunca habían pasado de los tres botones. Esa vez en cambio había estado dentro de ella, por Dios santo, a punto de arrebatarle la virginidad. No había necesidad de que parase y podría haber utilizado la posibilidad de un embarazo para hacerla claudicar.

Habría sido la oportunidad perfecta, combinada con la excusa perfecta y sin embargo no la había aprovechado. Años de deseo insatisfecho y por fin llegaba a las puertas del paraíso. Un movimiento más de cadera y la habría hecho suya, pero retrocedió.

Sí, definitivamente se había vuelto loco.

Pero todavía estaba a tiempo, pensó, todavía no había perdido la esperanza. Y si ese año no lo conseguía, volvería a intentarlo al siguiente.

Claro que ahora pensar en el año siguiente le parecía mucho tiempo y aunque una parte de él creía que Beatrix no quería casarse, ni con él ni con nadie, no podía estar completamente seguro.

La desesperación volvió a hacer mella en él. Maldición, si ella no fuese tan terca... Trix se aferraba como una lapa a la vida en Inglaterra y a lo que ésta conllevaba.

Dos semanas, pensó Will, pasándose una mano por la frente. Todavía le quedaban dos semanas.

¿Qué tenía que hacer para convencerla? Le había dicho que todavía la amaba y ella ni siquiera había reaccionado.

«Siempre te he amado. Toda la vida. Nunca he dejado de amarte.»

Las palabras se habían quedado flotando en el aire mientras él esperaba que Trix le dijese que también lo amaba. Pero lo único que se oyó fue un largo e incómodo silencio, prueba más que suficiente de que el sentimiento no era mutuo.

Beatriz ya no lo amaba.

Volvió a menear la cabeza negándose a aceptarlo. Seis años atrás, él había perdido la fe en el amor que sentían el uno por el otro y ése había sido el error más grande que había cometido en toda su vida. Ahora se negó a volver a hacerlo.

«Piensa, Will —se dijo—. Piensa.» ¿Qué podía hacer para convencerla de que se casase con él y lo acompañase a Egipto? Más aventuras, más picnics y más champán podrían ayudar, supuso, pero en ese momento esas cosas le parecían muy inadecuadas.

Alguien llamó a la puerta y Will miró por encima del hombro, pero cuando Aman entró en el dormitorio, volvió a centrar su atención en la ventana.

Ni los picnics, ni el champán ni las aventuras servirían de nada si lo único que conseguían era terminar como aquella noche en la cueva de las Hadas. Eso había sido una agonía; dos semanas de noches similares lo matarían. Jamás conseguiría volver a apartarse de Beatrix. No era lo bastante fuerte como para estar a punto de alcanzar el placer más grande que había sentido nunca y negárselo una y otra vez.

—¿Señor?

Will se dio media vuelta y vio que Aman estaba cerrando la puerta y despidiendo a un joven con librea.

—¿Sí?

—Un telegrama para usted, señor.

Su ayuda de cámara le entregó el sobre. Will lo abrió y miró quién lo mandaba, era de Howard Carter.

HAY ELECTRICIDAD EN EL VALLE DE LOS REYES STOP NO PODÍA ESPERARTE STOP LOS TRABAJADORES HAN EMPEZADO A CAVAR ESTA NOCHE STOP TENÍAS RAZÓN AL CAMBIAR DE ZONA STOP ENCONTRADO ESCALONES TUMBA NUEVA STOP PUEDE SER TUTANKAMON EXCLAMACIÓN VEN EN SEGUIDA STOP SI NO ESTÁS AQUÍ 1 OCT. COMA ABRIRÉ TUMBA SIN TI Y VENDERÉ LA HISTORIA A LA PRENSA EXCLAMACIÓN CARTER STOP STOP.

¿Una tumba nueva? Will releyó el telegrama y, mientras lo hacía, saboreó el dulce sabor de la victoria. Él tenía razón: habían estado excavando en el lugar equivocado. Y ahora, porque Carter lo había escuchado y había decidido cambiar de sitio y excavar en otra parte, habían encontrado una tumba nueva que podía ser la de Tutankamon. La emoción estalló dentro de él como una botella de champán y se echó a reír de felicidad. Tenía razón, maldita fuera. Él tenía razón.

—¿Buenas noticias, señor?

Will levantó la vista sonriendo como un niño al que acaban de darle matrícula de honor.

—¿Buenas noticias? ¿Buenas noticias? —Cogió a Aman por los hombros y lo zarandeó un poco—. ¡Son las mejores noticias del mundo, amigo!

El egipcio se mantuvo impertérrito, como de costumbre.

—¿De verdad, señor? Me alegro mucho por usted. Los telegramas suelen traer malas noticias.

Will respiró hondo e intentó contener la alegría y el entusiasmo que sentía, al menos lo bastante como para poder pensar. Ahora ya no podía retrasar la vuelta a Egipto. Estaban a 11 de setiembre. Si quería llegar a Tebas el primero de octubre, tenía que irse de inmediato.

Pero ¿y Trix?

Ya no disponía de las dos semanas que contaba pasar en Devon. Se planteó mandarle un telegrama a Beatrix, pero aunque ella quizá —y sólo quizá— se plantease ir a Londres para despedirse de él, Will dudaba seriamente de que lo hiciese. Ella odiaba las despedidas, siempre las había odiado. Y aun en el caso de que fuese a Londres, Will jamás lograría convencerla de que lo acompañase a Egipto. Y menos sin estar casados.

«Piensa, Will.» Se guardó el telegrama en el bolsillo y se pasó una mano por el pelo.

—Una Bradshaw —murmuró—. Necesito una Bradshaw.

—¿Una Bradshaw? —repitió Aman—. ¿Se refiere a la guía de los trenes, señor? ¿Nos vamos de Londres?

—Sí, Aman. Tenemos que volver a Tebas. —Tiró de la cadena de su reloj y miró la hora. Eran las tres y media—. ¿A las diez no sale un tren de la estación Victoria rumbo a Exeter?

—Sí, señor. Es el tren que cogimos en nuestro primer viaje a Devon. Pero creía que había dicho que nos íbamos a Tebas, señor.

—Sí, así es. —Se guardó el reloj en el bolsillo—. Iremos a Tebas pasando por Devon. —No se detuvo a explicárselo. Tenía mucho que hacer y no podía perder el tiempo—. Olvídate de la Bradshaw —le dijo, corriendo hacia el dormitorio con Aman pegado a sus talones—. Necesito hacer planes para el viaje. Nos iremos de Londres a Devon y pasaremos una noche en Stafford Saint Mary. Dos, si es posible —se corrigió, ansioso por pasar el mayor tiempo posible con Trix. Miró a su alrededor—. ¿Dónde está mi chaqueta?

El ayuda de cámara cogió la levita color gris que Will había llevado esa misma tarde y se la sujetó abierta para que se la pusiese.

—Luego volveremos a Londres —continuó Will, mientras metía los brazos por las mangas—. O podríamos coger un barco de Plymouth a Calais, si fuera más rápido. No lo sé. Lo que nos lleve antes a París para coger el Orient Express hacia Constantinopla.

—El Orient Express sale de París los miércoles y los domingos, señor. Y creo que esos días también hay un tren de Calais a París.

—Tus conocimientos me dejan asombrado, Aman. Veamos —añadió, saliendo del dormitorio—, cogeremos el Orient Express a Constantinopla y luego un barco hacia El Cairo; desde allí, una *dahabiyeh* para seguir el Nilo hasta Tebas. —Abrió el maletín y buscó los fajos de dinero que ya tenía preparados—. Es de vital importancia que lleguemos antes del uno de octubre. ¿Te acuerdas de todo?

—Sí, señor.

—Perfecto. —Contó los billetes, sacó el billetero del bolsillo y guardó unos cuantos en su interior; luego volvió a meterse la cartera en la levita—. Creo que todavía tengo tiempo de cenar con sir Edmund, pero tenlo todo listo para salir de aquí a las nueve. Tenemos que coger el tren de las diez. Será mejor que vayas a Cook’s para organizarlo todo y que empieces a hacer el equipaje.

Aman asintió y le abrió la puerta. Will salió, pero se detuvo en el umbral.

—Y diles que necesitamos pasaje para tres personas.

—¿Tres, señor?

—Tres —afirmó él, decidido, negándose a creer lo contrario.

Luego, Will bajó al opulento vestíbulo del Savoy y pidió que le buscasen un taxi, cuando éste llegó, le dijo al conductor que lo llevase a las oficinas del arzobispo de Canterbury, donde dio rienda suelta a su optimismo y pidió una licencia especial para casarse. Desde allí se fue a Lloyd’s y luego a Fortnum & Mason, y después a la calle Bond. Volvió al Savoy a tiempo de cambiarse para cenar con sir Edmund en el restaurante del hotel.

Aunque le gustó volver a ver a su mentor y disfrutó contándole las noticias que había recibido de Tebas, Will se alegró de que la cena concluyese, porque estaba impaciente por ir a ver a Trix. Pero después de

despedirse de sir Edmund no cogió el ascensor para ir a su habitación en busca de Aman. En vez de eso, se fue del Savoy. Todavía tenía que hacer una última cosa antes de volver a Devon y conquistar a la mujer que amaba. Tenía que buscar una cortesana.

A lo largo de la semana siguiente, después de que Will se fuese a Londres y de que Beatrix volviese a Stafford Saint Mary, podría decirse que el adjetivo más adecuado para describir su estado de ánimo era «triste».

Intentó convencerse de que se sentía así porque había tenido que resolver ciertos temas relacionados con la cancelación de su boda. La costumbre dictaba que los novios recibiesen los regalos dos semanas antes del enlace, así que, por fortuna, Beatrix todavía no había recibido ninguno y, por tanto, no tuvo que devolver nada. Sin embargo, y por respeto a sus amistades, creyó que era correcto que les escribiese una breve nota para darles personalmente la noticia.

Los periódicos ya se habían hecho eco de lo sucedido y llevaban días hablando de que la boda de lady Beatrix Danbury había sido anulada. Al haberse quedado en Pixy Cove, Beatrix se ahorró una semana de humillaciones, pero ahora que había vuelto a Stafford Saint Mary, la noticia parecía asaltarla por todas partes.

El domingo, cuando entró en la iglesia, vio varios grupos de gente que cuchicheaban a su alrededor, y el martes, cuando llegó a una partida de cartas, todas las conversaciones cesaron de golpe. El jueves, cuando fue de compras por la calle principal, notó varias miradas sobre ella. En las secciones de cotilleos de los periódicos se habló hasta la saciedad de lo curioso que era que a lo largo de su vida Beatrix hubiese conseguido que la abandonasen no uno, sino dos duques, y que el regreso del primero era probablemente la causa de la partida del segundo.

Ella no tenía ninguna duda de que las debutantes de toda Inglaterra, y probablemente de toda América, se alegraban de la noticia.

A pesar de que se esforzó para que no le importase, ser carne de cañón de los tabloides le resultó indignante y humillante. Además de que la ponía furiosa. En especial cuando leía los comentarios de la señorita Delilah

Dawlish, columnista del *Ecos de la Ciudad*. Cada vez que leía alguna frase de la periodista, como: «Al parecer, mis queridos lectores, los compromisos rotos son una constante en la vida de la dama», quería romper el periódico y a la señorita Dawlish en mil pedazos.

Estaba harta de oír las distintas teorías acerca de si ella había dejado a Aidan o él a ella. Tía Eugenia no paraba de recordarle lo horrible que era que su familia fuese objeto de tantos chismes. Y como Julia se había ido al continente, Beatrix no tenía a nadie en Stafford Saint Mary cuyo sentido del humor la ayudase a tomarse las cosas con filosofía.

Guardó el precioso vestido de novia que Vivian había confeccionado en exclusiva para ella y consiguió que sólo una o dos lágrimas manchasen la seda blanca. Se lo dio a la esposa del vicario del pueblo para que lo donase a la próxima chica que fuese a pronunciar allí sus votos matrimoniales, una chica que seguro que estaría encantada de llevarlo.

Tal como exigían las normas de la etiqueta, se encargó de devolverle a Aidan todos los regalos que él le había hecho durante su noviazgo: un libro con los discursos del Parlamento, un precioso abanico de marfil que Beatrix había admirado un día en un escaparate y un colgante de plata con el retrato de su padre en el interior (aunque antes de devolvérselo quitó el retrato). Mandó el paquete a Trathen Leagh, la finca que Aidan tenía en Cornualles, y junto con los regalos, adjuntó también las cartas que él le había escrito. Las cartas que ella le había enviado ya le habían sido devueltas días antes y Beatrix las guardó en una caja en el desván. Las releyó antes de guardarlas y, al hacerlo, comprendió por qué a su corazón le había resultado tan fácil volver a enamorarse de Will pese a que su mente intentara que se enamorase de Aidan.

Tanto las cartas de ella como las de él estaban repletas de preguntas acerca de la salud del uno y del otro, de noticias de sus respectivas familias y amigos y en alguna hablaban de lo que harían con el jardín de una de las propiedades de él, o acerca de qué espectáculos irían a ver durante la Temporada. Pero en ninguna había ni siquiera un comentario remotamente romántico.

Al leerlas, Beatrix sintió por Aidan el mismo cariño y afecto que sentía siempre que pensaba en él y supo entonces que jamás habría sentido nada

más. A diferencia de Julia, a ella nunca le había molestado ningún aspecto de la personalidad de su anterior prometido y si Will no hubiese regresado, Aidan y ella habrían tenido una vida agradable, apacible y terriblemente aburrida.

Beatrix por fin se dio cuenta de que, para ser feliz, ella necesitaba algo más que la mera compatibilidad y cariño mutuo. Había intentado convencerse de lo contrario y si se hubiese casado con Aidan, se habría esforzado por hacer que funcionara su matrimonio y quizá nunca se habría acordado de lo diferentes que podían ser las cosas, si Will no hubiese vuelto.

Pero había vuelto y ahora ella sabía perfectamente que estar con Aidan no era como estar con Will. Eran como el blanco y el negro. Y, sin embargo, Beatrix estaba en algún punto entre los dos extremos, aunque sabía que con Will no sería posible encontrar un término medio. Ellos dos parecían incapaces de llegar a un acuerdo, a un compromiso. Si se saltaba del precipicio, se saltaba, y ya no había vuelta atrás.

«Pero ¿y si te demuestra que es un hombre responsable?», le susurró una voz en su mente. Beatrix intentó acallarla, pero la voz persistió y le recordó que todavía era posible:

«¿Y si se queda y se forja un futuro aquí? ¿Y si te demuestra que respeta las tradiciones? ¿Y si asume sus responsabilidades ducales?».

Quizá entonces, pensó, quizá entonces se atrevería a correr el riesgo. Pero era absurdo pensar en esas cosas. Will no era así y nunca lo sería.

Miró a través de la ventana del desván hacia la extensión de terreno que conducía a la carretera de Stafford. ¿Cuántas veces había mirado por la ventana de su dormitorio aquel mismo camino, esperando a Will? Esperando que regresase de Eton. De Cambridge. Del continente. Esperando que le declarase su amor, que le pidiera que se casase con él, que volviese de Egipto. Y, ahora, esperando que volviese de Londres.

A lo largo de toda su vida siempre había tenido la sensación de estar persiguiendo el cielo, pero cada vez que creía haberlo encontrado, se le escurría entre los dedos. No iba a seguir esperando a Will; él no podía reaparecer cuando le diese la gana y creer que bastaba con unas cuantas palabras de amor y con pasar unas semanas juntos en medio de largas

temporadas viviendo en continentes distintos. Tenía que quedarse más de uno o dos meses seguidos al año y Will no era un hombre que permaneciese mucho tiempo en el mismo sitio.

Beatrix debía pensar en su propia vida, una vida que ahora parecía estar en el limbo. Su primer trabajo como ilustradora había concluido, pero encontraría otro. Todavía no sabía cómo se enfrentaría a las objeciones de su familia, pero encontraría la manera. Supuso que a Paul terminaría por convencerlo; al fin y al cabo, varias de sus amistades ejercían distintas profesiones. Tía Eugenia probablemente no lo aceptaría nunca, pero tendría que aprender a vivir con ello.

A Beatrix le gustaba su recién descubierta profesión y no tenía intenciones de dejarla. Ella no era como su madre, no iba a huir con un hombre ni a destrozar la reputación de la familia, pero tampoco iba a quedarse sentada de brazos cruzados, esperando a que apareciese su posible marido y que éste le diese una vida mejor.

Se apartó de la ventana y se planteó volver al piso de abajo, pero un par de baúles y un par de maletas le llamaron la atención. Era el equipaje, todavía sin estrenar, que seis años antes se habían comprado Will y ella para ir de luna de miel. Encima había otro conjunto completo, destinado a otra luna de miel con otro hombre. El primero, pensó Beatrix, lo había elegido y preparado con más ingenuidad y alegría que el segundo.

Había amado a Will durante casi toda su vida, pero no tenía ninguna intención de volver a enamorarse de él. Si lo hiciera, volvería a hacerle daño como antes. La primera vez casi la había destruido. Ahora ya no estaba dispuesta a correr el riesgo.

18

CUANDO Will llegó a Danbury la tarde siguiente, Beatrix estaba en el jardín, podando las rosas. Eugenia lo acompañó al ventanal que había en la biblioteca y le señaló la pérgola junto a la que estaba su sobrina y luego se sentó en una silla, de cara a dicha pérgola.

Para poder vigilarlos, pensó Will exasperado pero sonriendo al mismo tiempo. No importaba, mientras no llegase al extremo de la doncella de Antonia y decidiese dormir delante del dormitorio de Trix esa noche...

Atravesó el huerto en dirección al jardín de rosas y se detuvo antes de llegar, sonriendo al ver a Beatrix entre las flores. Llevaba una falda y una camisa sencillas y encima un delantal. Se cubría con un sombrero de paja y del brazo le colgaba una cesta llena de rosas de tallo largo.

Parecía justo lo que era: una chica común y corriente cortando flores. Pero Trix nunca había sido una chica común y corriente. Ella siempre había sido *su* chica; desde que eran niños hasta que la perdió. Y Will siempre había dado eso por hecho.

Nunca más volvería a hacerlo, al menos no hasta que llevasen cincuenta años casados o más. Porque estaba decidido a casarse con ella, decidido a encontrar la manera de conciliar sus dos mundos para formar una única vida perfecta y a demostrarle que se pertenecían el uno al otro, sin importar en qué país viviesen.

Pero ella tenía que querer lo mismo que él y ésa era la parte más complicada. En especial ahora que en Cook’s no habían podido encontrar

una ruta que le diese un día más de tiempo en Devon. Will sólo tenía esa noche para convencerla.

Se acercó un poco más y ella levantó la vista, y cuando lo vio casi se le cayeron las tijeras de podar.

—¡Wi-ill!

Él se detuvo de repente, tan sorprendido como ella pero por otro motivo: porque acababa de oír cómo a Beatrix le temblaba la voz al decir su nombre y eso bastó para que lo embargase el optimismo. Tenía una oportunidad. Por fin sabía que tenía una oportunidad.

Beatrix no le sonrió cuando él se detuvo a su lado, sino que con una mano enfundada en un guante de jardinería se tiró nerviosa de un mechón de pelo de la nuca y con la otra tocó el rosal.

—Así que has vuelto —dijo, en un descarado intento por mantener las distancias, como si quisiera demostrarle que no le importaba lo más mínimo.

Pero ya era demasiado tarde, Will había oído su leve titubeo al pronunciar su nombre y ella no podía hacer nada para retirarlo. Trix lo amaba a pesar de todo. Will se echó a reír. Maldita fuera si aquello no era un milagro.

Beatrix lo miró intrigada y confusa y entre sus ojos apareció una arruga.

—¿De qué te ríes?

Él sonrió.

—Yo... me alegro de verte. ¿Tú no te alegras de verme a mí?

—Por supuesto —contestó educada y siguió podando las rosas.

—Te he echado de menos. —Se acercó más a ella—. Y creo que tú a mí también.

—Si te echase de menos cada vez que te vas, me pasaría la vida sintiéndome muy desgraciada. Ya he aprendido la lección.

Will sabía que tenía que contarle lo de su inminente partida y cuáles eran sus intenciones antes de poder poner en marcha su plan de esa noche. Pero a pesar de que tenía muchas ganas de contarle la buena noticia que iba a llevarlo de regreso a Egipto, las palabras se le atragantaban cada vez que intentaba pronunciarlas.

—Tengo que enseñarte una cosa —dijo y sacó el telegrama del bolsillo.

Beatrix se quitó los guantes de jardinería y los dejó en la hierba junto con las tijeras de podar y la cesta y luego cogió el papel que él le tendía y lo desdobló.

—¿Has encontrado a Tutankamon? —le preguntó excitada mientras leía el telegrama.

—Es posible. Todavía no sabemos si es su tumba.

—Pero allí hay algo, ¿no? Algo grande, algo importante. ¿No es así? —Levantó la vista y, cuando lo vio asentir, se echó a reír—. Cielos, al final tenías razón. Tenías razón. Esto significa... —Se detuvo de repente al comprender lo que significaba. Bajó la vista, volvió a leer el telegrama y Will vio cómo de su rostro desaparecía toda la excitación. Ella tragó saliva —. Vas a irte —dijo sin mirarlo.

—Sí, Trix —contestó en voz baja—. Mañana.

—¿Mañana? ¿Tan pronto?

Will oyó su sorpresa y su pena. A pesar de que le dolía verla tan triste, se sintió más optimista respecto a su causa.

—Tengo que hacerlo si quiero llegar a Tebas el 1 de octubre. El tren de Stafford Saint Mary sale mañana a mediodía. Si no lo cojo, perderé la conexión entre Exeter y Dover y si eso sucediese, perdería el barco de Calais y llegaría tarde a París, lo que significaría perder el Orient Express hacia Constantinopla...

—¿El Orient Express? —repitió ella al oír el nombre del tren que se suponía que iba a coger en su luna de miel, seis años atrás—. ¿Vas a coger el Orient Express?

—Es el modo más rápido de llegar a Constantinopla. —Hizo una pausa y se inclinó hacia Trix—. ¿Quieres venir conmigo?

El rostro de ella se volvió inexpresivo. De él desapareció tanto el placer que había sentido al enterarse del éxito de Will como la pena que la había embargado al saber que él se iba. Ahora sólo era una máscara.

—No —contestó y le devolvió el telegrama.

Will se encogió de hombros y fingió que no le importaba.

—No pasa nada. Además, como no estamos casados, sería un escándalo que vinieras. A no ser, claro está, que hayas cambiado de opinión respecto a lo de casarte conmigo.

—Si nos casamos, ¿te quedarás?

Will respiró hondo.

—No.

Ella se agachó para coger las tijeras.

—Entonces, mi opinión sigue siendo la misma. —Volvió a podar las rosas, pero sus gestos no parecían destinados al bienestar de las flores.

—Si sigues así —dijo él mirándola—, ese arbusto se quedará pelado.

Beatrix se detuvo.

—Puesto que te vas mañana, deduzco que has venido a decirme adiós.

—La verdad es que no. Eso tenía la esperanza de poder hacerlo más tarde. He venido a ver si te apetecía una última aventura nocturna.

—¿Ah, sí? —No le preguntó qué tenía en mente. En vez de eso, se arrodilló en la hierba, dejó las tijeras en la cesta y empezó a recoger las rosas que había cortado.

—Esta aventura será un poco distinta de las que hemos tenido hasta ahora —le explicó él—. Tienes que venir a mi casa.

—¿A tu casa? —Beatrix se detuvo y lo miró. Will esperó a que comprendiese lo que le estaba diciendo y, cuando lo hizo, se sonrojó—. Entiendo —dijo Trix, y volvió a recoger las flores—. ¿Quieres repetir lo de la otra noche?

—Algo así, pero con una diferencia. —Se arrodilló en la hierba y le cogió las manos, cuando Beatrix lo miró, añadió—: Esta vez quiero terminar lo que empezamos.

—¿De verdad?

Se mantenía distante, pero era puro teatro. Will lo supo cuando ella se lamió nerviosa el labio inferior y desvió la vista.

—Creo que ya sabes a qué me refiero.

Quería cogerla entre sus brazos allí mismo, en aquel preciso instante, tumbarla en la hierba y besarla hasta que accediera a irse con él. Pero no podía hacerlo. Se atrevió a mirar de reojo, pero por culpa del reflejo del cristal fue incapaz de adivinar si Eugenia seguía sentada junto a la ventana. Aunque tampoco importaba. Trix y él tenían años de experiencia en eso y habían desarrollado una especie de sexto sentido que los avisaba si venía

alguien. A pesar de la distancia, Will podía sentir los ojos de Eugenia pegados a la nuca.

—Beatrix. —Cuando Will pronunció su nombre, ella intentó soltarse las manos, pero él se las sujetó con fuerza reteniéndola. Respiró hondo y jugó su última baza—. Te amo. Siempre te he amado y lo sabes. Te deseo y después de esa noche en Angel's Cove, creo que puedo decir que tú también me deseas a mí.

Ella levantó la cara, pero no se atrevió a mirarlo a los ojos.

—Fuiste tú quien no quiso —le dijo con voz temblorosa—. Yo prácticamente me eché en tus brazos, pero tú... tú te detuviste.

—Ya te dije que estaba siendo responsable. Aunque... —Hizo una pausa e intentó buscar un modo más delicado de decírselo. Por desgracia no lo había. Se acercó un poco más a ella y bajó la voz, a pesar de que no había nadie cerca—. Hay maneras de evitar un embarazo. Maneras que son mucho mejores que lo que hice el otro día.

—Oh.

Sus mejillas pasaron del rosa al carmín y por el modo en que Beatrix se mordió el labio inferior, Will supo que estaba a punto de ceder. Esperó, pero al ver que pasaban los minutos y ella no decía nada, su optimismo fue dando paso a la desesperación. No podía soportar la idea de irse a Tebas sin ella y tener que pasar ocho meses sin verla.

—Estaré fuera mucho tiempo —dijo Will— y quiero vivir esta aventura contigo antes de irme. Te voy a ser completamente sincero. Tengo intenciones de bañarte con champán, de aprovecharme descaradamente de ti y de hacerte locamente el amor con toda la ternura y la pasión que sea capaz. Y tengo la esperanza de convencerte para que te cases conmigo y para que mañana te vengas a Egipto.

—Querrás decir para que me fugue contigo.

—Sí. Tienes derecho a saber que en Londres tramité una licencia especial para poder casarnos, pero no tenemos tiempo de ir a buscarla. Debemos coger el tren que va de Exeter a Dover, lo que significa que tendremos que casarnos en el barco que cruza el Canal o esperar a que lleguemos a Egipto. Sea como sea, seguro que habrá un escándalo.

—¿Y crees que aceptaré fugarme contigo y deshonrar así a mi familia?

—Confío en que creas que lo nuestro vale la pena.

Ella se lo quedó mirando, pero Will no pudo leer nada en sus ojos.

—¿Y si me niego?

—Entonces regresaré el año que viene y volveré a intentarlo.

Beatrix no se dejó impresionar por la promesa.

—Eso si vuelves el año que viene.

—No pasa nada si no vienes esta noche —continuó Will como si ella no hubiese dicho nada—, porque no voy a darme por vencido. Esta vez no. Di que no y el próximo junio volveré a estar frente a tu puerta. —Hizo una pausa y luego añadió—: Pero falta mucho para junio y si quieres vivir esta última aventura conmigo antes de que me vaya, te esperaré junto a la verja de mi casa a medianoche. ¿Vendrás?

Beatrix bajó la vista a su regazo y tardó lo que pareció una eternidad en contestar.

—Sí, Will. Iré.

—¿Vendrás?

—Sí. —Apartó las manos de las de él, cogió el cesto de rosas y se puso en pie—. Me gusta el champán.

A pesar de que Beatrix le había prometido que iría, Will no estaba seguro de que lo hiciese. Así que cuando la vio aparecer por el prado que separaba Sunderland de Danbury, se permitió sentirse un poco más optimista sobre su futuro. Se apartó de la verja y fue a su encuentro.

Ella llevaba botas de montar, sus pantalones bombachos y encima un abrigo con capucha que le ocultaba el rostro e impedía que él pudiese verle la expresión.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —le preguntó él cuando se le detuvo delante, agachándose para verle la cara.

—Sí —respondió Beatrix y se quitó la capucha—. Estoy segura.

—¿No vas a echarte atrás?

Ella le sonrió.

—¿Como en el acantilado, quieres decir? ¿Si voy a ser incapaz de saltar? —Negó con la cabeza—. No.

—De acuerdo. Entonces vamos.

Will no necesitó que siguiera persuadiéndolo, la cogió de la mano y la guió a través del prado hasta la casa. Había dejado la verja abierta y la llevó por esa entrada hacia el ala sur del edificio y luego hasta su dormitorio.

Lo había dejado todo preparado, pero después de cerrar la puerta aprovechó para bajar un poco la llama de la lámpara, cambiar la inclinación de la botella de champán en la cubitera y recolocar el plato con pan y quesos. Estaba nervioso. Quizá porque sus anteriores aventuras habían cumplido ciertas normas y en cambio esa noche no iban a cumplir ninguna.

Will vio el sobre de terciopelo negro que había comprado en Londres. «Estúpido», pensó, y lo cogió. Tendría que haberlo dejado junto a la cama.

—¿Qué es eso? —le preguntó ella cuando él pasó por su lado.

Will se detuvo. Un hombre nunca hablaba de esas cosas con nadie y mucho menos con una mujer, pero Beatrix tenía derecho a saberlo.

—Se llaman preservativos. —Abrió el sobre de terciopelo negro y sacó un disco plano de goma—. Son... —se aclaró la garganta— ... son para evitar que una mujer se quede embarazada —le explicó—. Los compré en Londres.

—Cielos. —Beatrix le cogió uno y lo miró más de cerca. Era más que comprensible que sintiese curiosidad—. ¿Dónde se compran?

—En burdeles. O bien los venden las prostitutas. —Will lo recuperó de la mano de ella—. No es que yo haya ido a ver a ninguna prostituta. Es decir, sí que fui, pero no... no para eso. —Movió la mano en la que sujetaba el preservativo—. Fui a buscar esto. Es decir... Dios —Se rió de sí mismo, volvió a guardar el condón y luego lanzó el sobre encima de la cama—. Me siento como cuando tenía diecisiete años, volví a casa desde Eton y descubrí que te habían crecido los pechos mientras yo no estaba. Al parecer, soy incapaz de decir una sola palabra que tenga sentido.

Su confesión la hizo reír, pero él no estaba de humor. Las dudas lo estaban carcomiendo.

—No hay vuelta atrás —se sintió obligado a recordarle—. Una vez lo hayamos hecho ya no podremos deshacerlo, Trix.

—Lo sé.

Empezó a desabrocharse el vestido sin dejar de sonreír y la actitud calmada de ella lo puso todavía más nervioso.

Apoyó el peso primero en un pie y luego en otro, como si no supiese qué hacer a continuación. Y entonces se dio cuenta de que jamás había seducido a Trix, no de ese modo, no con un objetivo tan lascivo y descarado. Ella ya se había negado a casarse con él y no parecía tener la más mínima intención de cambiar de opinión ni de fugarse al día siguiente. Y lo que se estaban jugando era muy importante. Quizá todo aquello fuera un error. Despojar a una mujer de su virtud sin estar casado con ella, la noche anterior de irse del país, era un comportamiento muy irresponsable.

Will cerró los ojos un segundo y respiró profundamente para ver si así dejaba de temblar.

—¿Estás nervioso?

La pregunta de Beatrix le hizo abrir los ojos.

—Sí —reconoció—. ¿Y tú?

—No. —La sonrisa de ella se ensanchó sin razón aparente y se rió—. Me gusta que estés nervioso.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Se encogió de hombros y dejó que el abrigo se deslizara hasta el suelo, entonces se volvió hacia Will—. Porque normalmente soy yo la que está nerviosa cuando vamos a una de nuestras aventuras y tú siempre eres el que se siente seguro de sí mismo.

—Bueno, la mayoría de las veces es sólo una pose. —Se pasó una mano por el pelo al ver que ella se detenía delante de él—. Puro teatro por mi parte.

Beatrix le rodeó el cuello con los brazos.

—No tienes por qué estar nervioso, ¿sabes? —dijo, poniéndose de puntillas para darle un beso—. No muerdo.

Will le sujetó el rostro con las manos y cuando separó los labios, ella hizo lo mismo. Él le dio un beso largo, lento y sensual y después deslizó las manos entre los cuerpos de los dos para desabrocharle los botones. Le rozó los pechos con los nudillos y el deseo prendió dentro de él como si hubiera sido una mecha. Pero sabía que si esa noche quería conquistar algo más que el cuerpo de Beatrix, tenía que controlarse.

Se recordó eso infinidad de veces.

Will se detuvo y le acarició los pechos y, cuando se los cubrió con las palmas, se dio cuenta de que no llevaba corsé.

Sabía el aspecto que tenían los pechos de Beatrix porque su imagen desnudándose delante de él una semana atrás todavía seguía viva en su mente. Pero ahora, al recordarla, se imaginó a sí mismo acariciándoselos y se excitó enormemente.

Tras unos segundos, y a pesar de que no quería hacerlo, apartó las manos y tiró de la blusa de ella para sacársela de los pantalones. Interrumpió el beso para mirarla y empezó a desabrocharle los botones. Resultó un proceso agónico y muy lento, porque los botones eran diminutos y había docenas de ellos. Tampoco ayudó que le temblasen tanto las manos por querer contener el deseo.

—Por favor —le dijo, intentando parecer un hombre de mundo—, la próxima vez que te diga que voy a seducirte, ponte algo fácil de desabrochar.

—Bueno —contestó ella imitando su tono—, la próxima vez quizá no deje que me seduzcas.

Will se detuvo de golpe, enfadado consigo mismo por haber vuelto a dar por hecho que ella le quería.

—¿No?

—No. La próxima vez, quizá te seduzca yo antes.

Él se rió y la tensión que había sentido se desvaneció de repente.

—Quizá hagas exactamente eso —dijo y a medida que iba desabrochando botones, el deseo iba reemplazando a los nervios—. No te costará demasiado —le aseguró—. Sólo sonríeme y dime «hola» cuando me veas.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. Después, seré arcilla en tus manos. Confía en mí.

—¿Que confíe en ti? —Ladeó la cabeza como si lo estuviese pensando —. No sé si puedo confiar en ti ahora que me estás desabrochando los botones.

Will volvió a reírse, una risa ronca y sensual.

—En eso tienes razón. —Le deslizó la blusa por los hombros y fue a parar al suelo, junto con el abrigo de capucha.

Will se quedó sin aliento, porque podía verle las areolas de los pezones a través de la delgada tela de la camisola, y se excitó al máximo. Tenía que volver a verle los pechos. En aquel mismo instante. No podía esperar ni un momento más.

—Levanta los brazos —dijo y cuando ella lo hizo, tiró de la camisola hacia arriba quitándosela por la cabeza y dejándola desnuda de cintura para arriba.

Se le secó la garganta al verla, porque Beatrix era todavía más hermosa de lo que había imaginado después de verla aquella noche en Angel's Head. Le acarició los pechos, saboreó la sensación de tenerlos en las palmas de sus manos. Jugó con ellos, acarició su blanca piel y sus pezones de terciopelo rosa hasta que oyó que ella tenía la respiración entrecortada.

—Me amas —le dijo, acariciándola con la yema de los dedos—. Tú me amas. Reconócelo. Dime que te casarás conmigo y que vendrás a Egipto.

Beatrix movió la cabeza de un lado a otro y Will supo que todavía no estaba lista para rendirse. Levantó las manos y le apartó las manos y, por un instante, él temió que lo estuviese echando, pero entonces Beatrix empezó a desabrocharle los botones de la camisa y a darle órdenes.

—Quítatela.

—No puedo. —Will levantó las muñecas—. No me has quitado los gemelos.

—Oh.

Beatrix se rió y le cogió una mano para abrirle el gemelo de plata; cuando consiguió quitárselos, se dio media vuelta y los dejó encima de la mesita del vestidor de Will. Él se sacó la camisa por la cabeza y la lanzó al suelo.

Ella se volvió y, en cuanto lo hizo, fue inmediatamente a tocar a Will. Él respiró entre los dientes y echó la cabeza hacia atrás al notar sus manos sobre la piel. Y se preguntó cómo iba a poder aguantar hasta que estuviesen los dos desnudos.

Pero aguantó, porque era muy dulce. Era insoportablemente dulce sentir las palmas de Beatrix deslizándose sobre él, tocándole los brazos, los

hombros, el torso. Pero cuando se las dirigió hacia el estómago, no pudo soportarlo más.

Con suavidad pero con firmeza, volvió a recuperar el control.

—Si sigues torturándome así —le dijo, cogiéndole las muñecas para apartarle las manos—, esta seducción va a ser muy corta.

Ella lo miró descarada.

—¿Y eso sería malo, porque...?

—Porque todavía no me has dicho que me amas.

Capturó la boca de ella antes de que pudiese decir nada y la besó despacio mientras le desabrochaba los pantalones.

—Yo te he dicho que te amo —continuó Will mientras se los bajaba por las caderas— y quiero que tú me digas lo mismo.

Ella no dijo nada, pero se inclinó hacia adelante y le dio un beso en el torso. Llevó las manos hasta la cintura de los pantalones de él para desabrochárselos tal como Will había hecho con los de ella, pero él supo que no podía permitírselo. Estaba duro como el acero y si lo tocaba allí, sería incapaz de terminar la noche como quería. Llevaban años esperando una noche como aquélla y no tenía intenciones de estropear su primera vez yendo demasiado rápido. Además, Will tenía otro objetivo en mente, uno que era igual de importante.

Firme pero con delicadeza, volvió a apartarle las manos.

—Te amo —le dijo y deslizó las palmas por las caderas de ella—. ¿Tú me amas?

Beatrix no respondió y él deslizó muy despacio una mano entre los muslos hasta llegar a su sexo.

Ella gimió y le flaquearon un poco las rodillas, pero siguió sin decir lo que él quería oír. Will guió sus dedos hasta la apertura de la ropa interior de Trix e hizo caso omiso del modo en que con los muslos intentaba retener su mano, pero cuando tocó la humedad del sexo de ella, supo que había ido demasiado rápido, porque todavía no le había quitado las botas.

Se apartó, a pesar de que no quería hacerlo.

—El estribo está detrás de ti —le dijo y la guió hasta allí de espaldas para que pudiese sentarse en el extremo.

Beatrix se sentó y se sujetó con los dedos a la barandilla de metal al ver que Will se arrodillaba delante de ella. Él le levantó un pie, cogió el tacón y tiró de la bota de montar. Después repitió el proceso con la otra y lanzó el par hacia una esquina del dormitorio. Luego le quitó los pantalones y, acto seguido, las medias, al tiempo que le acariciaba la parte de atrás de las rodillas. Ella suspiró su nombre.

—¿Te ha gustado? —preguntó Will, dibujando círculos con las yemas de los dedos.

Ella asintió y echó la cabeza hacia atrás cuando él le pasó las manos por los muslos hasta llegar a la cinturilla de la ropa interior. Will le aflojó el lazo de la cintura y empezó a tirar de la prenda hacia abajo.

—Levanta un poco las caderas.

Beatrix lo hizo y él pudo desnudarla. Cuando la ropa interior estuvo arremolinada a los pies de ella, Will se sentó sobre los talones y la observó.

Había visto a Trix de muchas maneras, y siempre le había parecido preciosa, pero nunca tanto como en ese momento, con la cabeza echada hacia atrás y los labios separados de deseo, con el cuerpo desnudo listo para hacer el amor. Sus pechos subían y bajaban al ritmo de su acelerada respiración, los tenían redondos y perfectos, con los pezones de un tono rosado oscuro a la luz de aquella lámpara. Los rizos que cubrían el vértice de sus muslos eran como oro y su piel parecía de alabastro.

Volvió a tocarle los pechos, a acariciárselos, a jugar con ellos. A Beatrix la respiración se le aceleró todavía más, igual que su deseo, y Will decidió aprovechar cualquier ventaja que pudiese tener.

—¿Me amas? —le preguntó, inclinándose. Siguió acariciándole un pecho, mientras devoraba el otro con los labios.

Ella gimió de placer y arqueó la espalda mientras Will le succionaba un pezón. Después, él se apartó y se lo recorrió con la lengua, desesperado por encontrar la manera de contener su propio deseo e incrementar el de ella tanto como le fuese posible.

—¿Me amas?

Beatrix no contestó, pero hundió los dedos en el pelo de Will e intentó acercarlo a ella. Él no se movió, sino que decidió que había llegado el

momento de recurrir a tácticas más duras y empezó a besarle el estómago mientras descendía hacia abajo.

Beatrix movió convulsivamente los dedos que tenía entre su pelo.

—Will —gimió en voz baja—. Oh, oh.

Él se apartó lo suficiente como para recuperar el aliento y entonces acercó la boca a los rizos dorados del vértice de sus piernas. Trix gritó de placer y movió las caderas, pero él la sujetó y empezó a acariciarle el sexo con la lengua, una y otra vez, arriba y abajo, despacio, suave, sin darle cuartel.

Aflojó las manos con que la sujetaba y el cuerpo de Beatrix respondió al instante, moviéndose en busca de su boca. La respiración de ella se entrecortó hasta convertirse en gemidos. Él siguió lamiéndola con suaves movimientos de la lengua hasta que la notó estremecerse de pies a cabeza y alcanzar el clímax.

Con un último temblor, Beatrix se derrumbó sin apenas poder respirar. Will se puso en pie y la cogió antes de que se cayese levantándola en brazos. La llevó hasta su lado de la cama y la tumbó. Clavó los ojos en los suyos y se dispuso a quitarse la ropa que todavía llevaba puesta.

—¿Me amas? —le preguntó al quitarse las botas.

Ella lo miró sin decir nada. Quería contestarle, quería decirle que no, pero no pudo. Y tampoco podía decirle que sí. Will le estaba reclamando algo que no podía darle. Podía darle su cuerpo, por eso había ido allí esa noche, pero no podía darle su corazón. Porque él se iba y, si se lo daba, quizá no lo recuperase nunca.

Miró las manos de Will y vio que se estaba desabrochando los pantalones. Se los bajó por las caderas junto con la ropa interior y ella supo que tenía que mirar. Y al hacerlo se quedó sin aliento al descubrir lo excitado que estaba.

«Dios santo», pensó al comprender lo que había hecho la otra noche. Al verlo así lo entendía todo.

Will esperó y dejó que ella lo mirase tanto como quisiera. Luego se agachó para coger el sobre de terciopelo negro que había caído al suelo y sacó uno de los discos de goma. Beatrix lo observó fascinada mientras

cubría su erección con aquella delgada funda de goma. Un gemido escapó de sus labios y Beatrix notó que estaba perdiendo el valor.

Will lo notó también y se acercó a ella para darle un beso en la boca mientras se tumbaba encima antes de que pudiese cambiar de opinión. Beatrix separó los brazos algo más tranquila y pensó que ya sabía lo que iba a pasar. Él se incorporó un poco y apoyó su peso sobre un brazo mientras con el otro guiaba su erección entre las piernas de ella.

—Beatrix, escúchame —le dijo con voz ronca y con la respiración entrecortada—. No puedo seguir conteniéndome. Te amo e iba a esperar hasta que tú me dijeses que también me amabas, pero yo no..., Yo... sencillamente no puedo más. —Le sonrió, pero ella vio que era una sonrisa forzada—. Ya me conoces. Soy muy impaciente.

Ella le acarició la cara y lo besó. No quería oír nada más porque no podía darle lo que él quería y porque no quería utilizar el amor como moneda de cambio para que Will se quedase.

—No te disculpes —susurró Trix moviendo las caderas y comprendió un poco más el esfuerzo que él estaba haciendo—. Adelante, Will. Llevamos mucho tiempo esperando.

Él negó con la cabeza. Y cuando ella volvió a moverse, a deslizar los muslos cerca de su erección, apretó los dientes.

—No, por el amor de Dios. No te muevas. Escúchame.

Respiró hondo para recuperar un poco el control. Tenía el pecho y la frente empapados de sudor y la respiración se le iba acelerando por segundos.

—Ninguna de las aventuras que hemos vivido hasta ahora te ha hecho daño, pero ésta sí que te lo hará, Trix. Te dolerá. No hay ningún modo de evitarlo.

Mientras hablaba, Will empezó a mover las caderas despacio para que ella pudiese sentir esa parte de él cerca de su sexo, un sexo que había besado y acariciado antes y una maravillosa sensación de placer volvió a extenderse por todo su cuerpo. Beatrix arqueó la espalda igual que había hecho antes y el placer fue a más y se tornó más ardiente. Gimió.

—Dios —dijo Will entre dientes y se movió hasta apoyar el peso en los antebrazos. Enterró el rostro en el cuello de Beatrix y adelantó las caderas.

Aquella parte tan dura de él presionó el cuerpo de ella igual que aquella otra noche y entró en su interior.

Beatrix no lo entendía, estaba tan absorta en lo que estaba sintiendo que tuvo la sensación de que era lo mismo que aquella noche en la isla. No le dolía. Quizá le había entendido mal.

De repente, Will movió las caderas con más fuerza y penetró en lo más profundo de su cuerpo, y Beatrix se oyó gritar al mismo tiempo que un dolor nacía en su interior. No lo había entendido mal, pensó desilusionada. Will le había dicho la verdad.

Él le cubrió la boca con la suya y atrapó su gemido con un beso. Se mantuvo inmóvil encima de ella, besándola por todas partes; en el pelo, el cuello, las mejillas, los labios.

—Todo saldrá bien. Te lo prometo. Te amo, Trix. Te amo.

Mientras le hablaba y la besaba, el dolor empezó a retroceder.

—Estoy bien, Will —susurró, moviendo un poco las caderas intentando acostumbrarse a eso de hacer el amor.

Él empezó a moverse, al principio muy despacio, luego más rápido. Los movimientos de sus caderas eran cada vez más profundos e intensos. Tenía los ojos cerrados, los labios entreabiertos y era casi como si se hubiese olvidado de ella, pero seguía acariciándole el pelo y repitiendo su nombre y entonces Beatrix comprendió que Will sencillamente estaba prisionero del placer que le proporcionaba su cuerpo. Y sonrió, muy complacida con la idea.

Levantó las caderas y Will deslizó los brazos debajo de ella como si quisiese acercársela más, cuando era imposible que estuviesen más cerca de lo que ya estaban. Y Beatrix empezó a pensar que quizá esa parte no estaba tan mal. Le escocía un poco, pero el dolor inicial ya había desaparecido. Volvió a levantar las caderas e intentó acompasar sus movimientos a los de él.

Podía notar la respiración entrecortada de Will junto a su pelo, sus caderas apretándola contra el colchón y de repente volvió a sentir aquel placer tan intenso que antes él le había arrancado con sus manos y sus labios.

Y entonces Will se estremeció y gimió desde lo más profundo de su ser. Movió las caderas varias veces más y luego se derrumbó con la respiración entrecortada mientras hundía el rostro en el cuello de ella.

Beatrix le pasó los dedos por el pelo y le acarició la espalda y los hombros. Y cuando él le besó el pelo y murmuró su nombre, la felicidad la embargó igual que una marea incontenible.

Sí, pensó, por eso había ido allí. Porque cuando Will ya no estuviese, quizá algún día él se acordara de esa noche y también fuese feliz. Y tal vez en esa ocasión no tardase seis años en regresar.

19

WILL estaba dormido.

Beatrix se quedó mirándolo a la luz de la lámpara mientras se vestía. Por raro que pareciese, a pesar de los años que hacía que lo conocía, nunca lo había visto dormir. Lo hacía boca abajo y había apartado las sábanas, dejando al descubierto su musculosa espalda hasta la rabadilla.

Tenía un brazo debajo de él y con el otro abrazaba la almohada que ella había utilizado. Beatrix sonrió feliz, porque decidió que él se abrazaba a la almohada porque creía que era ella. Aunque el semblante de él seguía pareciéndole mucho más duro que el del joven que se había ido de aquella casa hacía seis años, ahora que estaba dormido se había suavizado y le recordó al chico del que estaba enamorada desde que tenía uso de razón.

Lo amaba. Había tratado con todas sus fuerzas de dejar de amarlo, pero eso, pensó resignada, había sido una pérdida de tiempo y de energía. Le había entregado su corazón cuando apenas tenía tres años y por mucho que lo intentase jamás había logrado recuperarlo del todo. De eso era de lo que tenía miedo antes, pero ahora que habían hecho el amor ya no había vuelta atrás.

Will le había dicho que iba a volver y ella le creía. De verdad. Pero eso no cambiaba el hecho de que él se marchaba de todos modos. Probablemente Will se pasaría la vida yéndose, y probablemente a ella cada vez le dolería tanto como entonces.

Beatrix continuaría con su vida allí en Devon. Le gustaba ser ilustradora y tenía intenciones de seguir adelante con esa profesión. Quizá pudiese

hacer dibujos para los periódicos del vizconde Marlowe, o ilustrar alguno de los libros que publicaba. Tal vez a su familia le pareciese aceptable. Y el próximo año puede que volviese a dibujar para Will cuando regresase a casa.

A casa. Para ella, Devon siempre sería su hogar, pero cuando Will se fuera a Egipto se llevaría una parte de su corazón para siempre.

Se agachó y le dio un suave beso en la mejilla para no despertarlo.

—Te amo, Will —susurró—. Espero que sea la tumba de Tutankamon. Si lo es, entonces quizá vuelvas a casa para quedarte, pero si no, tampoco pasa nada. Sólo quiero que seas feliz.

Se dio media vuelta y salió de puntillas del dormitorio, aunque se detuvo en la puerta para mirarlo por última vez. Su aventura había terminado, pero Beatrix quería recordar aquella imagen para poder sobrevivir lo que probablemente iba a ser un invierno muy largo y solitario.

Había dejado la entrada del ala norte de Danbury abierta, igual que en los viejos tiempos, cuando se escabullía para ir a reunirse con Will. Esa parte de la casa estaba casi vacía y, como de costumbre, Beatrix pudo volver a meterse en la cama sin que nadie la viese. Estaba exhausta, se desnudó, se acostó y, en cuanto su cabeza tocó la almohada, se quedó dormida.

—Señorita, despierte.

Beatrix se movió al notar la mano de Lily en el hombro y se la apartó sin abrir los ojos. Quería seguir durmiendo, le parecía que acababa de cerrar los ojos.

—Oh, señorita, despierte. Su excelencia, el duque de Sunderland, ha venido a verla.

—¿Will? —Abrió los ojos—. ¿Will está aquí?

Seguía medio dormida, pero se sentó y miró incrédula a su doncella. Pero las siguientes palabras que salieron de la boca de Lily le confirmaron que no estaba soñando.

—Sí, señorita. Está en el salón y quiere verla. Lady Danbury le ha dicho que usted todavía no había bajado, pero él ha dicho que era importante que

la viese hoy mismo porque se vuelve a Egipto.

Beatrix sacudió la cabeza para ver si así su cerebro se despertaba.

—¿Qué hora es, Lily?

—Las diez y media, señorita. Lady Danbury me ha dicho que viniese a despertarla y que la ayudase a vestirse para que fuese a despedirse. La señora me ha dicho que le diga que tiene que darse prisa, porque su excelencia tiene que coger el tren de mediodía, así que su visita no puede ser muy larga.

Beatrix no quería una visita larga. De hecho, no quería visitas de ninguna clase. Ella ya le había dicho adiós y no iba a poder soportar volver a despedirse de él y mucho menos en persona.

—No voy a bajar.

Lily la miró confusa.

—Lady Danbury ha sido muy insistente.

—No voy a bajar, Lily, ve a decirle a su excelencia que no quiero verlo. Que no... —Hizo una pausa y le costó tragar saliva—. No puedo soportar las despedidas. Él lo sabe. Dile que lo veré cuando vuelva en primavera.

Lily asintió y salió del dormitorio. Beatrix no volvió a acostarse, sino que salió de la cama, se cubrió el camisón con un chal y se acercó a la ventana. El carro del señor Robinson estaba en el camino y en él estaban el sirviente de Will y todo su equipaje. Habían pasado seis años y, excepto por el ayuda de cámara, aquella vista era idéntica a la de antaño.

Beatrix sabía por qué Will había ido a verla, pero a esa aventura no podía acompañarlo, por eso se había despedido de él mientras dormía. Sí, había sido capaz de saltar desde Angel’s Head cogida de su mano, pero eso no significaba que quisiese vivir en la otra parte del mundo. Y aunque su padre estaba muerto, no podía escandalizar al resto de su familia fugándose con un hombre. No quería que Will la tentase a hacerlo.

Se quedó junto a la ventana y cuando por fin él salió de la casa, se quedó observando cómo se acercaba al carro.

Will empezó a subir al banco, al lado del señor Robinson, y ella suspiró aliviada. Pero ese alivio duró poco, porque lo vio detenerse a medio camino y volverse para mirar atrás. Levantó la vista y la clavó directamente en su ventana.

Ella quiso agacharse y apartarse, pero no lo hizo. Se quedó allí mirándolo, mientras se le rompía el corazón.

«Vete, Will, vete de una vez. No me esperes. Ve a buscar a Tutankamon, y cuando vuelvas a casa en primavera, ya veremos qué pasa.»

A pesar de que la lámpara no estaba encendida y de que probablemente el reflejo de la ventana impedía que él viese el interior del dormitorio, su mirada le pidió que bajase, como si supiese que ella estaba allí. Beatrix no se movió, lo único que hizo fue negar despacio con la cabeza.

«Vete, Will —suplicó—. Por Dios santo.»

Por fin, tras lo que le pareció una eternidad, Will se volvió de nuevo y se subió al carro. El señor Robinson sacudió las riendas y empezaron a avanzar por el camino. A medida que iba desapareciendo por la carretera de Stafford, Will se volvió y miró la mansión Danbury por última vez.

Beatrix lo observó mientras se iba y, a pesar de que estaba demasiado lejos, entrecerró los ojos e intentó seguir viéndolo durante más tiempo, hasta que las lágrimas le nublaron la vista y el carro desapareció al llegar al final del camino. Allí giró y quedó oculto tras los árboles que flanqueaban la carretera.

Ella se quedó de pie junto a la ventana mucho rato después de que él se hubiese ido. Lily regresó al dormitorio y le confirmó que su tía estaba histérica, porque decía que Will había ido a pedirle matrimonio y que se había negado a verlo. Pero a Beatrix no le importó. Ella sólo intentaba proteger su corazón.

Miró el camino y pensó en todas las veces que había estado así antes, esperando a Will, esperando el día de su boda, esperando a que empezase su vida.

«*Plus ça change, plus c’est la meme chose.*»

Y al mirar el camino, de repente se dio cuenta de que era muy estrecho. Un camino estrecho para una vida estrecha, una vida que había estrechado su padre, la sociedad, sus propios miedos. Básicamente sus propios miedos. Ella siempre tenía miedo; de no contar con la aprobación de su familia, de pasarse de la raya, de llevar una vida diferente a la que siempre había tenido.

Y de repente se puso furiosa y sintió un profundo resentimiento hacia sí misma por haber aceptado vivir según unas leyes que no había escrito. ¿Por qué las niñas no podían columpiarse y que se les levantasen las faldas? ¿Por qué no podían convertirse en artistas que se fugaban a Egipto con el hombre que amaban? ¿Por qué esas cosas eran consideradas una vergüenza?

«Te mueres de ganas de saltar, pero nunca te atreves a hacerlo, así que te dices que te conformas con ver las vistas.»

Por supuesto. Las damas se quedaban mirando las vistas. Y eso era lo único que hacían.

Se puso en pie tan rápido que la silla en la que estaba sentada cayó al suelo con un golpe seco.

—¡Yo no quiero mirar las vistas! —gritó, apoyando las palmas en la ventana—. ¡Yo quiero saltar del maldito acantilado!

Lily salió corriendo del vestidor.

—¿Señorita?

Beatrix se dio media vuelta y se encontró con la doncella mirándola sorprendida. En las manos sujetaba uno de sus vestidos. Se rió al ver lo asustada que estaba la pobre chica.

—Te envidio, Lily —dijo—. De verdad.

Ella abrió sus ojos azules como platos.

—¿A mí, señorita? Pero usted es una dama. ¿Por qué iba a envidiarme?

—Porque tú eres libre —contestó con pasión—. ¡A nadie le importa si te columpias muy alto o si te vas de viaje a Florencia, o... o si te fugas con un hombre!

—¿Fugarme con un hombre? Oh, señorita, mi madre me arrancaría la piel a tiras si hiciera algo así. —Lily comprendió entonces lo que estaba insinuando Beatrix—. Oh, señorita —dio palmas de emoción—, ¿está pensando en fugarse con su excelencia? Será todo un escándalo, ¿no, señorita?

Beatrix puso cara de resignación.

—Sí, exacto, y una dama jamás hace nada escandaloso. Una dama no gana dinero vendiendo sus dibujos. Una dama no conduce un automóvil y tampoco camina descalza por la playa. No, una dama se viste de negro

cuando alguien muere y tiene que ir acompañada a todas partes. Y la verdad es que estoy harta.

Lily no dijo nada, probablemente porque no había nada que decir.

—Me siento como si estuviese encadenada, Lily. Unas cadenas que me retienen en un lugar, en una vida, en un ideal y cada vez que intento romperlas, termino con más cadenas que antes. Y lo peor es que es culpa mía. Yo decidí la vida que tenía que llevar, el tipo de mujer que tenía que ser y ayudé a forjar esas cadenas. Ayudé a que me las pusiesen y a que me retuvieran. Y he vivido con ellas durante veintiséis años. Elegí todas esas cosas a pesar de que en el fondo quería tener otras. Esas cadenas me hacían sentir importante. Y en realidad me he comportado como una idiota.

»¿Sabes por qué aprendí a conducir? —Cuando la chica negó con la cabeza, Beatrix continuó—: Porque quería sentirme libre, pero no tenía el valor suficiente como para luchar por serlo de verdad. —Se rió un poco al ver la expresión atónita de Lily—. Y tú no tienes ni idea de que te estoy hablando, ¿no?

—No, señorita —reconoció la doncella, negando de nuevo con la cabeza.

—No importa —dijo Beatrix y se acercó a la puerta—. Ha llegado el momento de romper las cadenas.

Y con esa frase salió del dormitorio y dejó a la pobre chica mirándola confusa. Volvió diez minutos más tarde con dos bolsas del juego de maletas que se había comprado seis años atrás. Lily volvió a salir del vestidor y gritó emocionada.

—¡Oh, señorita, va a fugarse!

Beatrix se rió y sintió la felicidad que sólo le inspiraba Will.

—Sí, así es y no tenemos mucho tiempo. —Cerró la puerta de una patada y lanzó las bolsas encima de la cama, luego quitó los candados y las abrió—. Necesitaré camisas, faldas, básicamente ropa de verano. —Señaló el armario con la barbilla—. Y también un chal que abrigue. Un vestido de noche, uno de cóctel y otro de tarde... ropa interior, por supuesto. Oh, cielos, espero que quepa todo en estas dos bolsas. Sólo puedo llevar lo que yo pueda cargar.

Lily asintió y empezó a sacar ropa del armario.

—¿Cuántas sombrereras, señorita?

—Una. Caben tres sombreros, pon uno de ala ancha, un sombrero de paja y uno más pequeño para la tarde.

—Y yo ¿qué debería llevarme, señorita? —preguntó la chica con los brazos cargados de ropa para transportar a la cama.

—Tú no vienes. Escúchame con atención. —La cogió por los hombros —. Si de verdad quieres venir conmigo, mandaré a buscarte. Si no, te escribiré una fantástica carta de recomendación, aunque quizá no te servirá de mucho, pues dentro de poco seré considerada una mujer escandalosa y nada de fiar. Pero haré todo lo que pueda para ocuparme de ti y te prometo que no te meterás en ningún lío por culpa de esto, ¿de acuerdo? No puedes decirle a nadie que me voy. ¿Lo entiendes?

Lily asintió con los ojos muy abiertos.

—Perfecto. Ahora no tengo más remedio que dejarte sola con el equipaje, porque yo tengo que ir a hablar con lord Danbury antes de irme. Cierra la puerta detrás de mí y saca la llave del cerrojo. Si alguien quiere entrar, no hagas ruido y pensarán que he cerrado desde fuera por algún motivo. Haz las maletas lo más silenciosamente posible y mete sólo lo que quepa en esas dos bolsas y la sombrerera. ¿Lo has entendido?

—Sí, señorita.

—Y date prisa. Tengo que coger el tren de mediodía. —La soltó y se rió otra vez al darse media vuelta—. No puedo creer que esté haciendo esto —añadió algo mareada.

Salió de la habitación y fue al despacho de Paul. Por suerte para ella, su primo estaba allí, escribiendo unas cartas, así que no tuvo que ir a buscarlo.

—¿Puedo hablar contigo un segundo? —Entró sin esperar respuesta y cerró la puerta—. Me voy, Paul.

—¿Te vas? —La miró confuso y se puso en pie en cuanto ella se acercó —. Pero si acabamos de volver...

—Lo sé, pero... —Se detuvo frente al escritorio y respiró hondo—. Me voy a Egipto con Will. Nos fugamos.

—¿Qué? —Se quedó mirándola boquiabierto durante un instante y luego reaccionó—: ¿Quién se ha vuelto loco de los dos, tú o yo?

—Ninguno. Will tiene que irse. Ahora. Hoy. Y yo me voy con él. Cogeremos el tren de mediodía.

Paul frunció el cejo.

—Soy tu pariente masculino más cercano, el cabeza de familia. ¿En serio crees que me parecerá bien lo que me estás contando?

—Lo amo, Paul. Siempre lo he amado y siempre lo amaré, y él me ama. La vida es demasiado corta y no voy a seguir esperando a que llegue el momento de poder estar juntos.

—Por Dios santo, si tú y Sunderland os queréis casar, genial, supongo. Pero ¿por qué no podéis hacerlo como Dios manda?

—Porque no tenemos tiempo. Will recibió un telegrama cuando estaba en Londres. Es posible que hayan encontrado la tumba de Tutankamon y tiene que volver o la abrirán sin él.

—¿Carter ha encontrado al faraón? —preguntó Paul, alejándose por un instante de lo que estaban hablando y cuando Beatrix asintió, silbó impresionado—. Vaya, así que Will tenía razón.

—Sí. Y voy a irme con él y dibujaré las ilustraciones para el periódico de Marlowe.

Su primo tragó saliva al intentar asimilar las consecuencias que tendría su decisión.

—Será todo un escándalo, pero supongo que ya lo sabes.

—Sí, lo sé. Y no me importa. Voy a coger ese tren al mediodía. Si decides impedírmelo, encontraré otro modo de escapar y seguiré a Will a Egipto yo sola.

—Entonces, ¿por qué me lo estás contando? —quiso saber—. ¿Te das cuenta del compromiso en que me estás poniendo? A mí y a mi madre también; todo el mundo nos acusará de no haber sabido vigilarte mejor.

—Lo sé y lo siento. Ni Will ni yo teníamos planeado esto, pero si te sirve de consuelo, no os criticarán eternamente. Nos casaremos en cuanto podamos. Will le pidió al arzobispo una licencia especial, pero no tenemos tiempo de ir a Londres a buscarla. Debemos coger el tren de las doce de Stafford Saint Mary para así conectar con el de Dover y llegar a París mañana por la noche para no perder el Orient Express. Nos casaremos en el barco, o en el consulado británico de Tebas.

Hizo una pausa lo bastante larga como para recuperar el aliento y continuó:

—Te estoy contando todo esto porque alguien tendrá que mandarnos la licencia a Egipto, en el caso de que nos casemos en Tebas, lo que sería bonito, porque así al menos podría tener una boda como Dios manda.

—Que seas capaz de decir «como Dios manda» en medio de esa frase me deja sin habla.

—Y te lo estoy contando porque no quiero que mi doncella tenga que pagar las consecuencias de mis actos, así que necesito que te encargues de que encuentre un nuevo trabajo. Y alguien tendrá que recoger el Daimler en el pueblo después de que yo me haya ido y tú sabes conducir. El coche no puede quedarse en la estación hasta la primavera.

—Espera un segundo. ¿Quieres que te ayude a fugarte?

Beatrix se mordió el labio y lo miró compungida.

—Te estoy poniendo en un aprieto, lo sé.

—¿En un aprieto? Eso es quedarse corta —masculló y se pasó una mano por el pelo—. Supongo que debería estar agradecido de que no te cases con un oficinista o con un administrador de fincas. Y después de lo que vi en Pixy Cove, no puedo decir que me sorprenda. Pero si no estáis casados cuando lleguéis a Egipto, tu reputación estará completamente arruinada. ¿Lo entiendes?

—Sí. —Le sonrió—. Y la verdad es que no se puede decir que yo tenga mucha suerte con las bodas, ¿no? Pero a veces, para ser feliz, tienes que poner el amor por delante de todo lo demás. Y he pensado que quizá tú podrías entenderlo.

El rostro de Paul se endureció.

—No sé por qué dices eso, a mí el amor no me ha hecho feliz. —Hizo una pausa y suavizó el tono antes de seguir—: Pero no soy como el tío James, Trix. Y no voy a detenerte.

—Gracias.

Paul se puso en pie.

—Distraeré a mamá durante la mañana para que no descubra que te has ido hasta que sea demasiado tarde. Pero más te vale estar casada dentro de un mes, primita, o el cielo caerá sobre nuestras cabezas.

—Gracias, Paul. La verdad es que tú también tendrías que irte de vacaciones. —Se dio media vuelta y corrió hacia la puerta, pero se detuvo con la mano en el picaporte—. He oído que Newport está precioso en esta época del año.

No esperó a que él le respondiese, pero se escabulló fuera y cerró la puerta.

Will estaba de pie en el andén de Stafford Saint Mary. El tren proveniente de Brixham había llegado hacía unos minutos y estaba en la vía, siseando y esperando a que el reloj marcase las doce para partir de aquel pueblo diminuto hacia Exeter. Volvió a mirar el reloj. Las once y cuarenta y cinco.

No sabía por qué se molestaba en mirar la hora. Lo mejor sería que subiese al tren y buscase su asiento.

En vez de eso, paseó hasta un extremo del andén con la mirada fija en la carretera que iba de Stafford Saint Mary a Danbury Downs. Pensó en el día que llegó y en lo extrañas que le parecieron entonces las colinas, los montes y los prados. Ahora ya no se lo parecían, ahora tenía la sensación de estar en casa. Porque Trix estaba allí.

Se dio media vuelta y volvió a mirar hacia la estación. Le dolía mirar los campos y los prados de su hogar, le dolía porque se estaba yendo sin ella. Y lo que más le dolía era que esa mañana Trix no hubiese querido decirle adiós.

Pero ¿acaso lo sorprendía? Beatrix odiaba las despedidas. Y ya le había dejado claro que no iba a irse con él. Maldición, ni siquiera había conseguido que reconociese que todavía lo amaba.

Supuso que había forzado demasiado la situación y que al final Trix se había asustado. Y no la culpaba. Era evidente que no se había ganado su confianza. Y aun en el caso de que hubiese accedido a casarse con él, habría tenido todo el derecho del mundo a exigirle un período de noviazgo. Pedirle que se fugasen porque no tenía tiempo de casarse con ella en su parroquia era algo horrible y Will lo sabía.

Se detuvo y volvió a mirar el reloj. Las once y cincuenta.

Probablemente debería subir al tren. No tenía sentido que siguiese allí de pie. Se guardó el reloj en el bolsillo del chaleco, miró los vagones y buscó el número de su compartimento.

La escribiría cada día, se juró. Y le contaría todo lo que descubrieran. También le mandaría fotos. Quizá pudiese volver en Navidad, pero era poco probable, ya que con sólo dos meses no tendría tiempo de excavar la tumba como era debido. Pero si no podía regresar para esa fecha, tal vez pudiese intentarlo en marzo. Y si entonces ella aceptaba casarse con él, podrían ir a Florencia de luna de miel. Trix siempre había querido ir allí. Ella nunca había querido ir a Egipto.

Sonó el primer silbido del tren, avisando a los pasajeros que faltaban cinco minutos para partir.

—Todos a bordo —gritó el maquinista—. Todos a bordo. Tren con destino a Exeter.

Will fue caminando despacio hacia su compartimento. A través de la ventana pudo ver a Aman hablando con un porteador de cómo colocar su equipaje. Se sujetó de la barandilla de acero que había junto a la puerta, frente al vagón. Se detuvo y se dio media vuelta, dispuesto a mirar Stafford Saint Mary por última vez, pero desde aquel ángulo la estación le bloqueaba la vista del pueblo, se volvió y subió al tren.

Había apostado fuerte y había perdido y ahora tenía que esperar ocho meses para volver a jugar. Pero jugaría. Al fin y al cabo, tenía corazón de truhán.

Paul arrastró a Geoff con él a la pista de tenis e insistió en que Eugenia fuera a verlos jugar, de ese modo le dejó vía libre a Beatrix para salir de la casa con dos bolsas y una sombrerera sin que nadie la viese. Colocó las bolsas en el maletero del Daimler, metió la sombrerera en medio a empellones y luego lo rodeó todo con una cuerda para que no se cayese. Unos minutos más tarde, circulaba a toda velocidad por el camino que antes había estado observando desde la ventana del que toda la vida había sido su dormitorio. Estaba dejando atrás el hogar que amaba, la familia que amaba

y el país que amaba. Pero ni siquiera se detuvo a mirar atrás. Ya no había retorno.

—Espérame, Will —susurró, girando el volante hacia la carretera de Stafford—. Yo también quiero ir.

Pero cuando vio el humo de la locomotora por encima de las colinas, gritó asustada y pisó el pedal a fondo. Rezó para que el tren estuviese llegando o parado en la estación, no partiendo.

No había oído ningún silbato, pero eso no la tranquilizó demasiado, porque desde aquella distancia y con el ruido que hacía el Daimler, tampoco lo habría oído. Además, no tenía ni idea de qué hora era, porque no había querido mirar el reloj al salir de Danbury. No había querido saberlo.

Las carreteras de la campiña inglesa no estaban hechas para circular a cuarenta kilómetros por hora y Beatrix saltaba del asiento con cada bache que se encontraba. El corazón le latía descontrolado en el pecho, pero no de miedo sino de emoción y de alegría por estar rozando la libertad.

Estaba dejando atrás todo lo que había creído que le importaba en la vida. Y tal como había dicho Paul, si algo salía mal y Will y ella no se casaban, su reputación quedaría destrozada para siempre. Incluso casándose, la historia de su boda aparecería durante meses en todos los periódicos de allí a Egipto. Gracias a los telegramas y a los teléfonos, la noticia de su fuga llegaría a la población británica de El Cairo antes que ellos. Y si al final la tumba que había encontrado Howard Carter pertenecía al faraón Tutankamon, periodistas de todo el mundo volverían a indagar y a hablar de las circunstancias de su matrimonio, porque les parecería tan fascinante como los objetos que Will hubiese descubierto.

A Beatrix no le importaba. Nada de eso tenía importancia. Se sentía como si hubiese vuelto a saltar desde Angel’s Head; tenía el estómago encogido, veía pasar su vida por delante de los ojos y el corazón le latía tan rápido como los pistones de la locomotora del tren. Esa vez, pensó, seguro que el final de la aventura sería tan espectacular como la de la noche en Angel’s Cove. Si no, volver a la realidad sería muy doloroso.

El camino más corto para ir a la estación era cruzando el pueblo y fue el que Beatriz eligió, a pesar de que sabía que si había alguien en la calle principal, ese alguien dejaría lo que estuviese haciendo para seguirla. Al fin

y al cabo, lady Beatrix no era una alocada, como la baronesa Yardley. Ella no hacía carreras por el pueblo, poniendo en peligro la vida de los habitantes. Oh, sí, si alguien la veía, seguro que la seguiría para ver qué había sucedido para que estuviese corriendo con el Daimler como loca.

Y no le importó.

Giró por la vicaría y el coche levantó las ruedas de un costado, escupiendo grava y polvo, consiguiendo que el señor Venables saliese de su jardín y la observase atónito. Cuando Beatrix miró hacia atrás, comprobó que sus sospechas habían sido correctas: había gente siguiéndola por el camino.

Volvió a pisar el acelerador a fondo y segundos más tarde apareció la estación. Sintió un gran alivio al ver el tren. Todavía estaba allí. No lo había perdido.

El tren tenía varios vagones de pasajeros y había gente por todas partes. Beatrix detuvo el coche lo más cerca que pudo de la estación, pero por desgracia, lejos del andén. No podía hacer otra cosa.

Pisó el freno, saltó al suelo y corrió hacia el maletero para soltar la cuerda con que había sujetado el equipaje. Cuando oyó que la locomotora empezaba a soltar humo para ponerse en marcha, levantó la vista justo a tiempo de verla salir del andén. Se estaba marchando.

«No, no», gritó en silenciosa agonía tirando del nudo. El tren iba ganando velocidad y Beatrix pensó que si quería atraparlo, tendría que dejar allí sus cosas, pero entonces, de repente, se aflojó el nudo. Apartó la cuerda, se puso la sombrerera debajo del brazo, cogió una bolsa en cada mano y corrió hacia el andén.

Y entonces, justo antes de llegar a la escalera y sin motivo aparente, se le acabó la suerte. Tropezó con un poco de grava que había en el suelo y perdió el equilibrio. Trastabilló y soltó las maletas. Consiguió recuperar el equilibrio, pero la sombrerera se le cayó del brazo y salió rodando. La dejó y también las bolsas. Subió corriendo la escalera, pero cuando llegó al andén el último vagón pasó por delante de ella.

Gritó desesperada y corrió tras él por todo el andén, pero el tren desapareció antes de que pudiese alcanzarlo y Beatrix no tuvo más remedio que detenerse. Casi sin respirar, observó cómo se iba.

Demasiado tarde, pensó, parpadeando para contener las lágrimas, sintiendo una desolación y una tristeza inmensas mientras veía cómo iba alejándose. La única vez en su vida que decidía hacer algo espontáneo y había sido un desastre. Maldición.

Tragó saliva y se dijo que todo iba a salir bien. Perder un tren no era el fin del mundo. Si cogía el coche, todavía estaría a tiempo de alcanzar el de Exeter. Y si algo volvía a salir mal y también perdía ese tren, entonces cogería otro. Ya se lo había dicho a Paul; si era necesario, iría sola a Egipto. No iba a quedarse atrás. El mundo era un lugar muy grande y ella estaba dispuesta a recorrerlo.

—¿Te vas de viaje?

Con un suspiro se dio media vuelta y vio a Will acercándose a ella sonriendo.

—¡Wi-ill!

Él se detuvo frente a ella.

—¿No sabes que cuando uno se va de viaje tiene que llevar equipaje?

—Está allí abajo —contestó, con la respiración entrecortada y señalando los escalones del andén—. He pensado que tendría que saltar al tren y he dejado caer las bolsas. ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Has perdido el tren!

—No podía irme sin ti.

—¿Qué?

—Te amo y no me voy a ir. —Señaló el montón de baúles y maletas que había junto a la puerta de la estación con su ayuda de cámara al lado—. Aman y yo íbamos a buscar al señor Robinson para que nos llevase de vuelta a Sunderland.

—Pero ¿y la tumba? Carter la abrirá sin ti. Te lo dijo.

Will se encogió de hombros como si eso no tuviese la más mínima importancia.

—Supongo que tendrá que hacerlo sin mí.

—¿Sin ti? Pero si es el trabajo de toda tu vida... Tienes que llegar hasta el final. ¡No puedes abandonar ahora!

Will ladeó la cabeza y la miró.

—Para ser alguien que hasta hace unas horas estaba en contra de la idea, ahora pareces estar muy favor. Has tirado las bolsas, ibas a saltar a un tren...

—¡Will! A veces me gustaría que fueses más serio. ¿Has perdido el tren por mí? ¿Acaso te has vuelto loco?

—Nunca en la vida había estado tan cuerdo como ahora. No podía irme sin ti porque sin ti nada tiene sentido. No vamos a fugarnos.

—Pero Will...

—Nos casaremos aquí, en Stafford Saint Mary y nos instalaremos en el pueblo como el duque y la duquesa Sunderland. No sé qué haré para mantenerte, pero encontraré la manera. Mis tierras nunca serán rentables, pero quizá podamos ir manteniéndolas. La tradición es importante. Y no importa lo que yo tenga que hacer, me ocuparé de ti, Trix. De ti y de nuestros hijos. Siempre.

—¡Y una mierda!

Will arqueó una ceja ante su lenguaje.

—¿No quieres que me ocupe de ti y de nuestros hijos?

—¡No, si eso significa que tenemos que quedarnos en Stafford Saint Mary! No ahora, cuando estás a punto de encontrar a Tutankamon. Nos vamos a Egipto, Will. Yo quiero ir. Quiero viajar en el Orient Express y quiero visitar Constantinopla y quiero excavar esa tumba contigo. Si es Tutankamon, genial. Y si no...

—¿Y si no?

Ella miró sus brillantes ojos verdes y, aunque no sabía cómo era posible, comprendió que lo amaba mucho más entonces que antes.

—Es una tumba, ¿no? Allí dentro debe de estar enterrado algún faraón y sea quien sea seguro que vale la pena desenterrarlo. Yo dibujaré todo lo que encuentres y tú escribirás artículos y libros sobre él; Marlowe los publicará y tú te convertirás en el famoso arqueólogo que descubrió todos esos maravillosos tesoros.

—No, yo no quiero ser famoso. Yo sólo te quiero a ti. Mientras estaba esperando para subir al tren, he estado pensando. Ya había decidido que regresaría el año que viene para intentar conquistarte otra vez y entonces he pensado que volvía a mi vida en Egipto sin ti y me he dado cuenta de que nada de lo que pueda hacer me importa si no puedo compartirlo contigo. —

Le cogió las manos—. Te he amado toda mi vida, Beatrix Elizabeth Anne, y quiero casarme contigo. Aquí, en Stafford Saint Mary. Quiero que vayas vestida de blanco y con una cola muy larga y quiero que nuestras familias y nuestros amigos estén presentes. Y después quiero celebrar un banquete. Será la boda de la Temporada, tal como tú siempre habías querido.

—Eso no me importa, Will. Ya no.

—A mí sí. Y, como mínimo, vamos a tener dos niños y dos niñas. Y nuestro hijo mayor tendrá que asumir que es duque y que tiene responsabilidades con los demás.

—¿Y si quiere ir a Egipto?

—Podrá hacerlo, pero más le vale volver a casa. Y nuestras niñas podrán columpiarse tan alto como quieran e ir a Florencia y aprender a pintar.

Beatrix oyó el reloj que daba el cuarto de hora y supo que tenían que irse.

—Todo esto suena muy bien, Will, y te agradezco que me lo digas. De verdad. Y quizá algún día podamos ir a Florencia, pero ya hablaremos de todo esto más tarde. Ahora tenemos que ponernos en marcha.

Will prosiguió como si no hubiese oído ni una palabra de lo que ella había dicho:

—Y quizá algún día me dejes que te lleve a Egipto y que te enseñe el desierto al amanecer. Y nos sentaremos en la cubierta de una *dahabiyeh* y navegaremos por el Nilo...

—Will —lo interrumpió ella, impaciente—, no quiero quedarme aquí y hablar de lo que haremos si vamos a Egipto. Quiero ir a Egipto y hacerlo. Tenemos que ponernos en marcha o perderemos el próximo tren.

—¿El próximo tren? Beatrix, ya hemos perdido el tren y no hay otro hasta mañana.

—Oh sí, sí que lo hay y vamos a cogerlo. —Le soltó una mano y le sujetó fuerte la otra con las suyas para tirar de él—. Vamos.

—¿Adónde? —La miró confuso, sin moverse y sin compartir su impaciencia—. Trix, hemos perdido el tren —repitió, como si ella no lo hubiese visto con sus propios ojos—. Se ha ido.

—Lo sé, Will, pero podemos cogerlo en Exeter.

—No, no podemos. Un carruaje no es lo bastante rápido...

—No necesitamos un carruaje. —Tiró de él de nuevo y esta vez Will dejó que lo arrastrase hasta el final de la pequeña estación, para que pudiese ver el Daimler. Ambos ignoraron el hecho de que medio pueblo de Stafford Saint Mary se estaba acercando por el camino—. Tenemos un coche.

Los ojos de Will fueron al Daimler y luego volvieron a ella.

—Con el Daimler podemos llegar a tiempo a Exeter para coger el tren de Dover —dijo él, comprendiéndola al fin.

—¡Exacto! Eso es lo que estaba intentando decirte. Y que te amo. Y que de verdad no me importa dónde vivamos, porque si estamos juntos puede ser en cualquier parte. —Le apretó la mano y respiró hondo—. A partir de ahora, todo lo que hagamos lo haremos juntos. Saltaremos al precipicio hasta el final. Juntos.

—De acuerdo. Juntos. Saltaremos al precipicio, hasta el final. Pero cuando termine lo de Egipto, nos iremos a Florencia y luego volveremos aquí para pasar el verano.

—¿Agosto en Pixy Cove?

—Pixy Cove en agosto. Y quizá podamos comer unas cuantas castañas antes de volver a Egipto y cuando tengamos hijos, creo que deberíamos pasar la Navidad en Stafford Saint Mary. —Will se soltó las manos para poder sujetarle la cara—. Te amo, Trix.

—Y yo te amo a ti, Wi-ill.

Ella lo vio sonreír y esa vez no le dolió mirarlo. Al contrario, aquella sonrisa la llenó de felicidad.

—¡Maldición! —dijo él de repente—. Tengo que coger mis cosas y contarle a Aman nuestros planes. Él nos seguirá a Tebas y llevará todo lo que yo no pueda llevarme conmigo.

Beatrix miró incómoda al grupo de curiosos que iba acercándose.

—Tenemos que darnos prisa o la mitad del pueblo vendrá a ver el espectáculo.

—Tienes razón. —Will corrió hacia el andén mientras ella iba por sus bolsas y la sombrerera y volvía a colocarlo todo en el maletero del Daimler. Cuando Will reapareció, llevaba consigo una maleta grande y una pequeña y también su maletín. Colocó las tres piezas junto a las de Beatrix y las ató

con la cuerda mientras ella giraba la palanca del motor y ponía el automóvil en marcha. Unos minutos más tarde, circulaban por la carretera, dejando a la multitud que había ido a curiosear envuelta en una nube de polvo.

—Bueno, ahora sí que tienes que casarte conmigo —dijo él, levantando el tono de voz por encima del ruido del motor y estirando las piernas tanto como le fue posible en aquel espacio—. Tu reputación está hecha añicos, me temo. Lo de fugarnos es una aventura que todavía no hemos probado.

Beatrix se rió y echó la cabeza hacia atrás para disfrutar de la sensación del viento en la cara.

—Will, cariño, contigo, cada día es una aventura.

Biografía

LAURA Lee Guhrke es licenciada en Empresariales por la Boise State University. Desde la publicación de su primer libro ha recibido numerosos elogios y excelentes críticas tanto por sus novelas como por su estilo. Su labor ha sido recompensada con el galardón más prestigioso del género: el RITA de Romance Writers of America. En 2004 fue distinguida con el CataRomance, otorgado por los críticos, y el KISS Hero (Knight In Shining Silver) de *Romantic Times*, que premia a los mejores protagonistas masculinos, en este caso los de su novela *Amor prohibido*. Además, colabora escribiendo artículos en diferentes medios como *Romance Writers Report, The British Weekly* e *Irish-American Press*.

Laura vive en Idaho con *Sam*, su perro labrador, al que le encanta perseguir pelotas de tenis y excavar en el jardín.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:
www.lauraleeguhrke.com

Plantadas en el altar. La boda de la Temporada
Laura Lee Guhrke
Título original: *Wedding of the season*
© de las imágenes de la portada, Karen Grigoryan / Shutterstock
© de la fotografía de la autora, CC Photography

© Laura Lee Guhrke, 2011

Del extracto de Plantadas en el altar. El escándalo del año © Laura Lee Guhrke, 2011.

Publicado de acuerdo con Avon Books, un sello de HarperCollins Publishers

© de la traducción, Anna Turró i Casanovas, 2012

© Editorial Planeta, S. A., 2012

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2012

ISBN: 978-84-08-03600-5 (epub)